

A close-up photograph of a woman's legs from the knees down. She is wearing a bright yellow, flowing, ruffled dress. Her feet are in blue, pointed-toe high-heeled shoes with thin straps across the ankles. She is standing on a blue, textured surface that looks like silk or satin. To her right, there is a small, dark blue floral arrangement. The background is a warm, golden-yellow color.

Neil
EL
HIGHLANDER
QUE ME CONQUISTÓ
SARAH RUSELL

Neil
EL
HIGHLANDER
QUE ME CONQUISTÓ

Primera edición.

Neil. El Highlander que me conquistó

©Sarah Rusell

©marzo, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



No me podía creer lo que me acababa de enseñar Cloe. ¿Se podía tener peor suerte en esta vida? Lo dudaba mucho.

Cloe es mi mejor amiga y hemos estado unidas desde la escuela infantil. Es una de esas amistades para toda la vida. Con ella podía contar para todo, y también era la causante de que acabara de abrir los ojos como platos.

Estábamos sentadas en una cafetería del pueblo disfrutando de unas cervecitas, cuando de buenas a primeras me puso su teléfono delante para que viera un vídeo. Para mi sorpresa, el vídeo mostraba a mi chico, o al menos quien creía que era mi chico, en una discoteca con una rubia. Sus manos estaban en el culo de ella, mientras se daban un beso de tornillo que parecía no tener fin.

—Te he dicho un montón de veces que Óscar es un capullo —dijo ella mientras con el dedo índice daba golpecitos en la mesa— ¿Qué piensas hacer?

—Pues no lo sé, Cloe. ¿Qué crees que puedo hacer? —pregunté con sarcasmo— Pareces tonta, lo que voy a hacer es lo que tenía que haber hecho hace tiempo —dije con rabia.

—¿Darle una patada en los huevos? —me preguntó entre risas.

—No, mandarlo a la mierda, lo de la patada te lo dejo a ti —le guiñé un ojo—, que para eso eres más vengativa que yo.

—Por cierto, de nada por hacerte abrir los ojos, que lo mío me ha costado —resopló—. Mira que tirar tu vida a la basura durante un año entero —dijo con cara de asco.

—Para que veas, no todo el mundo tenemos tu buen gusto. —Daba igual que fuera irónica con ella, le iba a entrar por un oído y a salir por el otro, porque así era ella.

—Ni mi buen juicio. —Rio—. Cuando se entere don Manuel y se lo encuentre, le va a dar tal bastonazo en sus partes que se va a quedar eunuco. —El sorbo que le acababa de dar a la cerveza me salió hasta por la nariz.

—Calla loca, a ver cómo se lo digo a mi abuelo, que este es peor que tú —negué con la cabeza.

—Pero vamos, que llorar, lo que se dice llorar, no te he visto. —Me miraba muy atentamente.

—Supongo que en el fondo sabía que esto iba a pasar, tampoco es que estuviera loca por él.

—¿Ahora me lo dices?, se supone que eres mi amiga. —Estaba un pelín indignada.

—Yo creo que estaba más por costumbre que por otra cosa —terminé admitiendo—. Si no te lo conté antes, no es por nada en particular, simplemente dejaba pasar los días.

—Anaís, llevas un tiempo un poco apática. ¿Qué te pasa? —preguntó— Pero quiero que me cuentes la verdad.

—No lo sé Cloe, no es nada en concreto, solo estoy un poco cansada de encontrar trabajos que pagan una mierda, cuando tengo muy buenos estudios. —Y eso era de verdad, todos los trabajos que encontraba te pagaban una miseria y te exigían mucho.

—En eso te entiendo, pero no sé, estás últimamente rara. —Seguía sin creermelo del todo.

—¿A ti no te gustaría conocer otras cosas?

—Cosas, como ¿qué?

—Me siento encerrada aquí, me gustaría conocer algo más que este pueblo. Quiero viajar, conocer otros países y ver el mundo entero —solté de sopetón—, siento que aquí no puedo respirar.

—Para lograrlo necesitas dinero, y de eso tenemos poquito. —Me hizo unos movimientos de cejas.

—Por eso llevo un tiempo pensando en buscar trabajo en otro país. — Sabía que esta conversación no era de su agrado, porque ella tenía el mismo miedo de perderme que yo, de perderla a ella.

—¿Qué me estás contando, Anaís! ¿Quieres irte de aquí de verdad? ¿Qué pasa con tus abuelos? —decía cada vez estaba más alterada— Y, ¿qué pasa conmigo?

—Uf... esas son muchas preguntas seguidas.

—No me vengas con gilipolleces y empieza a contestarlas.

—Cálmate un poquito, Cloe. Primero —las fui enumerando con los dedos— sí, realmente quiero irme, aunque no sé a dónde ni cuándo, pero sí. Segundo, mis abuelos están genial y siempre respetarán lo que decida, además de apoyarme en todo, y tú lo sabes. —Me puse seria—. Y tercero, siempre puedes buscar algo donde me vaya o ir a visitarme de vez en cuando. La amistad no se pierde por eso.

—Perdona, sé que tienes razón, es solo que no te quiero perder. —Me agarró de la mano por encima de la mesa.

—Y no me vas a perder en la vida, eso lo sabes de sobra.

Mi pelirroja de ojos verdes nunca me perdería, porque por ella era capaz de hacer hasta lo inimaginable. Siempre la había tenido junto a mí.

Mis abuelos, Manuel e Inés, me habían criado desde que tenía cinco años, cuando mi madre murió en un trágico accidente por culpa de un borracho que se estrelló contra su coche. Mientras ella se dirigía al trabajo muy temprano, el desgraciado aquel iba de regreso a su casa muy tarde después de haber estado toda la noche de fiesta.

No tenía padre, y ese es un tema que prefiero dejar de lado. La cuestión es que cuando se enteró de que mi madre estaba embarazada, salió corriendo de aquí como una rata.

Desde ese momento, mis abuelos se hicieron cargo de todo, y por suerte para mí, tenía una relación maravillosa con ellos; los quería con todo mi corazón, al igual que ellos a mí. Formaban un tándem perfecto, siempre tan bien compenetrados.

Ella era la calma absoluta, mientras que él era un manojo de nervios, no podían vivir el uno sin el otro. Gracias a ellos, he llegado a ser quien soy hoy. A pesar de que el trabajo aquí escaseaba, tenía muy buena educación gracias a sus esfuerzos y sacrificios, ya que me habían pagado unos buenos estudios.

—Lo sé, pero sabes que no será lo mismo si no estás aquí. —Me miró con tristeza.

—Bueno, no te pongas triste, porque no es seguro, solo es algo que he estado pensando, pero eso no significa que lo vaya a hacer —le sonreí—. Y ahora brindemos por haberme librado de Óscar.

—Gracias a mí, todo sea dicho. —Levantamos las jarras de cerveza y brindamos—: Por una vida estupenda sin ese gilipollas. —No, ella no se contenía con las palabras.

Un rato después, nos despedimos y me fui para casa, no quería llegar muy tarde, ya que, tenía que contarles a mis abuelos lo de Óscar.

—¡Ya estoy aquí! —grité nada más entrar por la puerta.

—Nenita —así es como me llamaba mi abuelo—, ¿cómo te lo has pasado con Cloe? —Venía hacia mí con su bastón.

Mi abuelo era un hombre bajito y con una cara redonda que inspiraba ternura, tenía una expresión de esas que te transmiten bondad. Su barriguita era bastante prominente y, con esas piernas cortas que tenía, el peso extra le había pasado factura, dejando sus rodillas en un estado lamentable. Era imposible convencerlo de que siguiera una dieta; siempre decía que había pasado mucha hambre de pequeño y que ahora no pensaba pasar ninguna.

—¿Dónde está la abuela? —Le di un beso en su rechoncha mejilla, y de camino se llevó un pellizquito en ella.

—Tu abuela fue a casa de María un momento. —Nos sentamos en el sofá.

—Pues, la verdad, ha sido muy productiva la charla con Cloe. —Lo miré de reojo—. Me ha enseñado un vídeo de Óscar.

—¿Un vídeo? Y, ¿qué hace Cloe con un vídeo de esa cosa? —Cómo se notaba que mi abuelo no podía ni ver a Óscar. Sabía que se iba a llevar una alegría cuando le dijese que ya no era mi novio. Aunque, en realidad, todavía no le había dado la noticia al susodicho.

—Es que, Cloe salió anoche a una de esas discotecas que están tan de moda y, por casualidad, sé encontró allí con él. —Lo miré de frente, no quería perderme su reacción—. Aunque Óscar no la vio, pues eso, que lo vio allí bailando con otra chica, mientras le metía mano y lo que no es la mano también.

—Me estás diciendo que el cretino ese se ha atrevido a ponerte los cuernos. —Se puso rojo como un tomate y es que, cuando se enfadaba, los mofletes se le ponían de un rojo muy intenso.

—Básicamente, sí.

—Como aparezca por aquí, le doy con el bastón. —Y para que quedara claro, hizo movimientos con él.

—Pues entonces más vale que no lo veáis, ni tú ni Cloe —dije riendo—, porque entre los dos lo vais a dejar hecho un cristo.

Empezamos a reírnos y nos pusimos a hablar de temas mucho más agradables. Sé que mi actitud hacia el tema de Óscar os puede parecer extraña, pero es que desde hacía mucho tiempo me había desencantado de él.

Capítulo 2



La abuela llegó poco después y entre los tres preparamos la cena. Desde que le había dicho a Cloe que quería buscar trabajo fuera, no había dejado de darle vueltas toda la tarde.

Quería comentárselo durante la cena a mis abuelos, ya que estaba segura de que me entenderían y, lo más importante, que me apoyarían en la decisión que tomase. Sin embargo, por otro lado, me sentía mal conmigo misma por irme y dejarlos aquí.

—Abuela, ve a sentarte, ya termino yo de llevar las cosas a la mesa. — Esta mujer no paraba en todo el día.

Estábamos comiendo y los dos no dejaban de echarme miradas.

—Suelta ya lo que te está pasando por la cabeza —dijo mi abuela.

—No estoy pensando en nada —contesté sin levantar la mirada del plato.

—Nenita, no pretenderás que te creamos —dijo el abuelo—. ¿Te preocupa algo de lo de Óscar?

En cuanto la abuela había llegado a casa, le conté todo lo que había pasado. Ella era de la misma opinión que el abuelo, con la diferencia de que ella era más precavida a la hora de hablar.

—No, Óscar no tiene nada que ver en esto —suspiré—. Veréis, es que desde hace un tiempo he estado pensando buscar trabajo fuera de aquí. —Ellos me seguían mirando, pero sin decir nada—. Todavía no he empezado a buscar nada, solo lo he estado pensando un par de veces.

—¿Y qué es lo que te impide dar el primer paso? —me preguntó mi abuelo.

—Manuel, lo que realmente frena a la niña somos nosotros. —Qué bien me conocía ella.

—Nenita, ¡eso son tonterías! —Se me dibujo una sonrisa al escucharlo—. Nosotros hemos construido nuestra vida y ahora tú debes construir la tuya. No puedes renunciar a lo que deseas por nosotros, siempre estaremos aquí para apoyarte, eso lo sabes de sobra. —Cuando hablaba así, era imposible que no me emocionara.

—Es que no quiero dejaros solos. —Se me escapó una lágrima, no era de pena, era más bien por la emoción de contar con unos abuelos así.

—Solos, nunca nos vas a dejar, porque siempre estarás presente —dijo la abuela dándome un apretón en la mano—, Cariño, tienes que buscar tu felicidad, nosotros siempre hemos sabido que no lo serías aquí.

—Abuela, de todos modos, no es nada en firme —quería dejarlo claro—, es solo un pensamiento. Voy a seguir buscando un buen trabajo por aquí —bebí un sorbo de agua—, y si no encuentro nada en condiciones, entonces empezaré a buscar por país.

—Déjate de tonterías y empieza a buscar esta misma noche —afirmó el abuelo con determinación—. Para empezar, ¿a qué país te gustaría ir? —Se interesó.

Esa era una cuestión que no había pensado, Escocia siempre me había llamado la atención, pero no estaba del todo convencida.

—No lo he pensado todavía, la verdad.

—Pues ahora, cuando te duches miras en ese ordenador que tienes —
sentenció mi abuela.

Después de darme una ducha, decidí que era hora de ponerme a buscar algo interesante. Fui a mi habitación, me tiré bocabajo en la cama con el portátil y empecé a navegar por la web, esperando encontrar algo que me llamara la atención.

Sin embargo, a pesar de que pasé un buen rato revisando diferentes páginas, no encontré nada que realmente me motivara o que se relacionara con mis estudios. La verdad es que los estudios ya me daban igual; lo que realmente deseaba era descubrir algo nuevo que me apasionara.

Era solo la primera búsqueda y ya empezaba a sentirme frustrada. «Paciencia, Anaís, debes tener paciencia», me repetí a mí misma antes de cerrar el ordenador y decidir que era hora de dormir.



Llevaba una semana buscando trabajo y la verdad es que ya había probado de todo. Empecé buscando como profesora de español, después como secretaria en diferentes empresas, y también en restaurantes y supermercados. La cosa es que estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa, pero no había suerte.

La desesperación me estaba consumiendo, porque desde el día siguiente en que Cloe me mostró el vídeo de Óscar y rompí con él, no podía soportar lo pesado que se había vuelto.

Nunca había estado tan encima de mí como en ese momento, y es que el dicho tenía mucha razón: no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos, y eso es exactamente lo que me estaba pasando con él.

Era viernes por la mañana, mi abuela había salido al mercado y mi abuelo se había ido al bar de la plaza a jugar unas partiditas de dominó con sus amigos. Como estaba un poco aburrida en casa, decidí volver a

encender el ordenador y ver si esta vez tenía un poco más de suerte en mis búsquedas.

Justo cuando estaba a punto de rendirme, saltó un anuncio que llamó mi atención. En él, se solicitaba a una mujer que hablara inglés a la perfección, con disponibilidad inmediata. Además, el trabajo era como interna y consistía en cuidar a una niña de tres años y a su hermanito de uno.

No me lo pensé dos veces y le envié un correo electrónico en el que le conté toda mi formación y que estaría encantada de ejercer ese trabajo. Además, le mencioné que tenía buena mano con los niños, lo cual era cierto, ya que en mi juventud había trabajado como niñera para ganar algo de dinero y cubrir mis gastos.

Estaba cruzando los dedos para que me contrataran, especialmente porque se trataba de Escocia, un lugar que siempre había soñado visitar. Como sabía que no recibiría respuesta de inmediato, decidí apagar el portátil y ponerme a limpiar la casa.

Después de comer, volví a revisar mi bandeja de correo para ver si me habían contestado, pero no había nada. Así que decidí llamar a Cloe para invitarla a tomar un café, quedamos en vernos sobre las cuatro en el bar.

Estaba entrando por la puerta y vi que ella ya estaba sentada en una mesa. Al verme empezó a hacerme señales con la mano, vamos como si no la fuera a ver.

—¿De verdad hacía falta que me hicieras señales? —le pregunté tras sentarme.

—Como llevas varios días sin verme, era por si te habías olvidado de mi cara —respondió con un tono burlón.

—De tu cara no me olvido ni en mis sueños. —Le saqué la lengua—. Por cierto, esta mañana encontré una oferta de trabajo en Escocia. La cuestión es que envié un correo y ahora estoy esperando a que me contesten. —Cuanto antes se lo dijera mejor.

—Entonces es definitivo que te marchas. —No fue una pregunta.

—Sí, si no es en ese puesto de trabajo, será en otro, pero me voy —le sonreí con tristeza en los ojos.

Me daba mucha pena dejar a mi mejor amiga atrás, pero sabía que necesitaba encontrar algo que realmente me aportara y me hiciera sentir plena. En este lugar, no había nada que me ofreciera eso, así que pensé que no perdía nada con intentar algo nuevo.

Estaba contándome algo sobre su madre, cuando me sonó una notificación en el móvil. Al mirar, vi que era un correo electrónico donde me contestaban que habían aceptado mi solicitud para el puesto de niñera en Escocia.

No pude contener mi emoción y empecé a saltar de alegría, y lo digo en serio, ¡salté como una loca!

—¡¡Me han aceptado!! —gritaba mientras saltaba—. Cloe, ¡me han aceptado! —Corrí hacia ella y la abracé, mientras le daba un montón de besos.

—¿En serio? —Cloe, mostraba una mezcla de tristeza y alegría—. No sabes lo que me alegro por ti, Anaís, de verdad.

—Lo sé, sé que te alegras de corazón. —Volvimos a sentarnos.

—¿Te han informado cuándo debes comenzar? —quiso saber.

—Espera, voy a leerlo con calma. —Mientras leía la respuesta, no presté atención a nada más—. Aquí dice que debo empezar el lunes. —La miré con los ojos bien abiertos, creía que tendría algo más de tiempo—. También mencionan que tengo un billete de avión para el domingo, que ellos corren con todos los gastos y que alguien me recogerá en el aeropuerto.

—Pues tendremos que salir a celebrarlo. —Alzó su ceja derecha—. Hacemos un dos por uno: un nuevo puesto de trabajo y una despedida.

—Cloe, de verdad no creo que sea una buena idea salir de juerga la noche antes de coger un vuelo para un nuevo trabajo, no quiero presentarme allí con una resaca terrible —me negaba por completo.

—¡Vamos, no seas aguafiestas! —suspiró— Anímate, Anaís, solo serán un par de copas —insistió.

—¿Qué te parece si mañana vienes a casa y te quedas a dormir? Así el domingo me puedes llevar al aeropuerto con los abuelos —le propuse—. La verdad es que prefiero quedarme en casa disfrutando el tiempo con ellos, y si tú estás también, sería genial. Quiero aprovechar al máximo las horas que me quedan aquí con mis abuelos y contigo. Eso lo puedes entender, ¿verdad?

—Sí que lo entiendo —asintió con la cabeza— pues, que no se diga más, vamos a hacer una despedida por todo lo alto en tu casa.

Cuando llegué a casa, les conté a mis abuelos que había recibido respuesta y que el domingo tendría que tomar un vuelo por la tarde. Su reacción fue similar a la de Cloe; se alegraban mucho, pero también se notaba un toque de tristeza en sus rostros. Los comprendía perfectamente a los tres, ya que yo sentía una mezcla de emociones igual, aunque con un extra de nerviosismo por enfrentarme a lo desconocido.

Y es que, ¿quién no se pondría un poco nerviosa al irse a otro país? Además, tendría que adaptarme a vivir con personas que no conocía. Normalmente, me llevaba muy bien con todo el mundo, pero me asaltaban dudas: ¿y si no les caía bien? ¿Y si no me caían bien a mí? Así que, en un intento de calmarme, me repetí: «Anaís, piensa en positivo».

Capítulo 3



La despedida en el aeropuerto fue uno de los momentos más duros que había vivido hasta ese momento. Nunca me había separado de mis abuelos, como tampoco lo había hecho de Cloe.

Mientras volaba, empecé a recordar las palabras que mi abuelo me había dicho justo antes de que me fuera.

—Nenita, disfruta al máximo esta experiencia, pero recuerda que aquí siempre tendrás tu casa —dijo apoyando su mano en mi mejilla—. No necesito recordarte que seas educada y respetuosa, porque eso es algo que siempre has llevado contigo, pero también es fundamental que exijas respeto hacia ti. —Puse mi mano encima de la que él tenía en mi mejilla, quería sentirlo lo más cerca que pudiera.

»Y lo más importante, no permitas que nadie te menosprecie; si en algún momento no te sientes bien, sal de ahí sin mirar atrás. —Terminamos en un abrazo, con las lágrimas fluyendo libremente.

—Abuela, prométeme que si pasa cualquier cosa me avisarás en el momento —le rogué a mi abuela—. Te quiero mucho. —Le di un beso y me dirigí hacia Cloe—. Cuídamelos, por favor y cuídate tú también, te quiero.

—No te preocupes por ellos, se les va una nieta, pero les queda otra. — Me abrazó muy fuerte, diciéndome que ella también me quería y que me echaría mucho de menos.

Me sentía preparada para dar un giro a mi vida, o más bien para embarcarme en una nueva aventura, ya que sabía que mi vida seguiría siendo la misma después. Iba a estar en ese trabajo por un tiempo, pero era consciente de que no sería algo permanente, y en realidad, tampoco lo quería.

A medida que el avión comenzaba a descender, los nervios por lo que me esperaba en el destino iban en aumento. Intenté tranquilizarme un poco, tarareando una melodía en mi mente; la música siempre ha tenido ese poder sobre mí. Es como ese refrán que dice que la música amansa a las fieras, pues en mi caso, lo hacía con mis nervios.

Como venía para un largo tiempo, tuve que facturar unas cuantas maletas, además el clima aquí es más frío y la ropa de invierno ocupa mucho más espacio. Cuando abrieron las puertas, me fui derechita hacia la cinta de equipaje con un carro que cogí previamente. Allí, fui recogiendo mis maletas una por una y las fui apilando en el carrito.

Al salir, vi a un señor de unos cincuenta años más o menos sosteniendo un cartel que ponía: «Sra. Blanco», así que me acerqué a él.

—Hola, soy Anaís Blanco. —Vi que el hombre me miró de arriba abajo con mal disimulo, empezábamos bien.

—Buenas tardes, soy Héctor. El señor Campbell se disculpa por no haber podido venir a recogerla —dijo de carrerilla y serio.

—Oh... no se preocupe, entiendo que es un hombre muy ocupado. —No sabía qué más decirle.

—Sígame —dijo cogiendo el carrito con las maletas.

—Héctor, puedo llevar el carro yo. —Intenté cogerlo de sus manos.

—Ese es mi trabajo señorita, yo hago mi trabajo y usted hace el suyo. —Guau... menudo zasca me acababa de dar sin venir a cuento. «Tranquila Anaís, no es como comienza, es como termina», me dije para calmarme.

—Puede llamarme Anaís, ya que los dos somos trabajadores, además sería más cómodo para mí. —No estaba acostumbrada a tanto formalismo.

—No se trata de comodidad, se trata de educación, señorita. —Otro zasca y bien recalcado dijo ese último, señorita.

Parece que mi cara no le había gustado en absoluto, ya que no le había dado tiempo de conocerme antes de ser tan brusco. ¿Serían todos así? Dios mío, esperaba que no, pero vamos, no tenía intención de quedarme callada.

—¿Tienes algún problema conmigo en particular? ¿O simplemente eres así por naturaleza? —Yo también podía ponerme borde.

—Han pasado varias niñeras por casa, y todas han sido despedidas por lo mismo: no sabían hacer bien su trabajo.

—Ya, y por eso, sin conocerme, te atreves a prejuzgarme, pues déjame decirte algo: cuando realmente veas que no lo hago bien, entonces, y solo entonces, podrás hablarme con esa condescendencia. Mientras tanto, te agradecería que intentaras ser un poco más amable. —Cuando tenía que poner a alguien en su sitio, no me temblaba la mano—. Ahora, te rogaría que me llevaras con el señor. —Ya no volví a hablar con él nada más.

Durante el trayecto, no podía evitar maravillarme con el paisaje que nos rodeaba; todo era tan bonito que, miraras a donde miraras, el paisaje era simplemente espectacular. Tenía la esperanza de que me concedieran algunos días libres para poder escaparme y explorar esos rincones tan encantadores.

A medida que nos íbamos alejando de la ciudad, se empezó a vislumbrar un castillo en la distancia y no pude evitar pedirle algo a Héctor.

—Perdona Héctor, ¿me puedes hacer un favor? ¿Podrías pararte en aquel castillo que se ve al fondo? —le dije en un tono amable.

—Es allí a donde nos dirigimos —me contestó.

Espera un momento, a mí nadie me había dicho que iba a vivir en un castillo, ¡esto era una pasada total! No podía esperar a contárselo a los

abuelos y a Cloe. La emoción me invadía mientras pensaba en explorar cada rincón de este lugar.

A medida que nos acercábamos, todo se veía aún más impresionante. El castillo era gigantesco y estaba rodeado de hermosos jardines, todos perfectamente cuidados.

Era como un castillo sacado de un cuento de hadas, con sus muros de piedra y amplios ventanales que dejaban entrar la luz. Aunque se veía que había sido renovado, aún conservaba ese aire mágico que lo hacía especial.

—¿Aquí es donde vive el señor?

—Así es, el castillo ha ido pasando de generación en generación, pero fue el señor quien decidió hacerle algunas reformas cuando lo heredó de sus padres. —Vaya, parecía que Héctor se animaba a hablar un poco más.

—No me quiero ni imaginar el trabajo que debe tener mantener todo esto limpio. —Pobre de las criaturas que tuvieran que limpiarlo.

Cuando detuvo el coche y nos bajamos, me hizo seguirlo hasta lo que parecía ser el despacho del señor Campbell. Se paró frente a la puerta y, tras dar un par de golpes con los nudillos, se escuchó una voz de hombre. En cuanto la escuché, sentí cómo se me erizaban los vellos del cuerpo. ¡Vaya voz tan profunda! Era de esas que te hacen temblar las piernas, y así estaba yo, temblando por completo.

Al entrar detrás de Héctor, él se hizo a un lado y, al mirar hacia el escritorio, me encontré con el hombre más atractivo que nunca había visto.

Era castaño y llevaba un corte de pelo que combinaba lo clásico con un toque moderno; la parte superior era un poco más larga, perfecta para que uno pudiera pasar los dedos entre los mechones y despeinarlo un poco. Su rostro era simplemente perfecto, y sus ojos, de un verde profundo, parecían atravesarme con una intensidad que me dejaba sin aliento.

—Señor, ella es la señorita Anaís Blanco —anunció Héctor.

Cuando el señor Campbell se puso en pie, sentí que el mundo se me venía abajo. ¡Madre mía, qué cuerpo y qué altura! Me sacaba al menos una cabeza, y eso que yo no era precisamente bajita.

—Encantado de conocerla, soy Neil. —Extendió su mano para saludarme.

—Igualmente, señor. —Sentí como mi mano se perdía entre la suya de lo grande que era—. ¿Podría llamarme solo Anaís, por favor?, para mí es mucho más cómodo así.

—Como quieras, por favor, toma asiento. —Señaló con su mano una silla delante del escritorio—. Gracias, Héctor, puede retirarse. —En cuanto cerró la puerta, puso toda la atención en mí—. Te voy a decir en lo que consistirá tu trabajo aquí.

Era un hombre muy serio, y todo lo que me decía lo hacía con un tono demasiado formal.

—Tu única tarea aquí es cuidar de mis hijos, no necesitas preocuparte por nada más. —Hizo una pequeña pausa—. Zoé es mi hija mayor y tiene tres años, y Riley es mi hijo pequeño y apenas tiene un año. Por lo general son niños muy tranquilos, aunque a veces tienen sus momentos. —Su tono era tan serio y carente de sentimientos, que parecía un robot.

»Te los presentaré durante la cena. Tendrás los domingos libres, a menos que esté fuera por trabajo; en ese caso, te avisaré con unos días de antelación para que no hagas planes.

—Disculpe mi atreviendo, pero ¿qué hay su madre? —Sé que no era de mi incumbencia, solo se lo preguntaba por si tenía que saber algo sobre el tema de la custodia.

—Mi mujer falleció un mes después de que naciera Riley y no me gusta hablar del tema. —Por su respuesta, tuve la sensación de que más de uno en esa casa tenía un carácter difícil.

—Lo siento, no volveré a sacar el tema, no era mi intención parecer una entrometida ni nada por el estilo, solo quería asegurarme por si tenía que saber algo de temas de custodia. —No quería empezar con mal pie con él.

Me dio varias indicaciones más de los niños, como a qué hora tenían sus comidas, cuándo era el momento de bañarse y a qué hora debían irse a la cama. Una vez que terminó de explicarme todo, llamó a su ama de llaves para que me guiara hacia lo que sería mi habitación.

Dolores, que así se llamaba su ama de llaves, era una española que se mudó a Escocia para buscar un trabajo mejor. Me explicó que se vino con su marido, Bernardo, quien trabajaba como jardinero en el castillo. Ambos llevaban trabajando para el señor doce años.

Me comentó que no habían llegado a tener hijos, pero que querían al señor como a uno y a sus hijos como si fueran sus propios nietos. Era evidente que era una mujer de gran corazón, se le notaba el derroche de amabilidad y simpatía, algo que claramente le faltaba a su señor.

—Gracias, Dolores —le dije cuando me dejó delante de la habitación.

—¿Por qué?

—Por haber sido la única persona que me ha tratado con amabilidad —se lo dije tal cual, porque era la verdad.

—Entiendo que el señor pueda parecerle un poco distante, pero en realidad no es una mala persona, solo que está atravesando un momento difícil —dijo en un tono triste—. Desde que falleció su mujer, no ha vuelto a ser el mismo hombre que era antes, y si a eso le sumas la responsabilidad de gestionar una empresa multinacional, además de una niña pequeña y un hijo recién nacido, es comprensible su cambio de actitud.

Entendía todo lo que me quería decir, pero yo era de la opinión que en tus manos está el poder afrontar las cosas de una manera u otra.

Al entrar en la habitación, me enamoré de ella al instante; era enorme, con una cama en el centro que parecía la cama de una reina, incluso tenía hasta dosel. A un lado, había dos puertas: una conducía a un vestidor, donde, por cierto, ya estaban mis maletas, y la otra a un baño completo, con bañera en lugar de ducha, me encantó todo.

Además, había un balcón desde el que se podía ver el impresionante jardín; las vistas eran realmente espectaculares. Después de haber inspeccionado todo, me puse a organizar la ropa, y una vez que terminé, llamé a mis abuelos para decirles que había llegado bien y que ya estaba instalada.

Les hice una visita virtual de mi habitación y del jardín por videollamada. Lo que más les sorprendió fue cuando les mencioné que vivía en un castillo.

—Hija, ¿será uno de esos castillos que tienen pasadizos secretos? —preguntó el abuelo entre risas.

—Abuelo, todavía no me ha dado tiempo de explorar mucho, solo he visto el despacho del señor y mi habitación. —Me reí también—. Pero te prometo que en cuanto tenga un rato libre, lo investigaré a fondo y te contaré todos los rincones ocultos que encuentre.

—Niña, no le hagas caso a tu abuelo, a ver si por chismosa te echan del trabajo.

—Que no, abuela, no te preocupes.

Me despedí de ellos y me dirigí a la ducha, ya que no quería llegar tarde a la cena y dar impresión de ser impuntual.

Capítulo 4



Llamaron a la puerta con unos golpes suaves, y al abrirla me encontré con una mujer de mediana edad.

—Señorita Blanco, me han pedido que venga a buscarla para la cena —dijo, sin presentarse ni darme más información sobre quién era.

—Ah... vale, ¿y usted es? —le pregunté, más que nada, para ir conociendo al personal, porque me imaginaba que era una de las trabajadoras de este castillo.

—Disculpe, soy Isabella, y me encargo de mantener este castillo en orden. —Me extrañó esa contestación, ya que tenía entendido que la encargada de todo era Dolores, pero vamos, que yo no era nadie para cuestionar las palabras de esta mujer—. Sígame, la llevaré al comedor.

La seguí a través de los pasillos que íbamos pasando. Este castillo era enorme por lo que estaba viendo, por suerte tenía una buena memoria y me adaptaba rápido a los lugares, así que no tendría problemas en recordar el camino que estábamos tomando.

Con cada cosa que iba viendo por el camino hacia el comedor, más me iba gustando este sitio. Todo lo que veía me llamaba la atención; la decoración estaba cuidada hasta el mínimo detalle, con un gusto exquisito. No había duda de que aquí no se trataba de cosas de un mercadillo.

Me reí para mis adentros al imaginarme a Neil recorriendo un mercadillo en busca de objetos para su castillo; era evidente que este tipo nunca había

estado en uno y que tampoco lo haría en el futuro.

Al entrar al comedor, lo vi sentado con los niños: la niña a su derecha y el niño en una trona a su izquierda. Me sentí un poco intimidada cuando noté la mirada de Neil puesta sobre mí, y es que no era una mirada cualquiera, este hombre tenía algo en sus ojos que te atrapaba y te dejaba sin palabras.

—Buenas noches —saludé cuando desperté de mi inoportuno letargo.

—Buenas noches, Anaís —contestó Neil haciendo un gesto de cabeza para que me acercara a la mesa—. Zoé, saluda a la señorita Anaís. —Miró a su hija más serio de la cuenta.

—Buenas noches, señorita Anaís —contestó la niña, y la verdad es que, a pesar de sus apenas tres años, se expresaba con una claridad sorprendente.

El pequeño me miró atentamente y, luego, esbozó una preciosa sonrisa mientras movía su mano saludando.

Los niños eran preciosos, se veía perfectamente que los dos habían heredado rasgos de su padre. Es verdad que Riley se parecía mucho más a él que Zoé, pero que no podía negar que eran sus hijos.

Me acerqué a la niña y me agaché junto a ella para poder hablar sin tanto formalismo.

—¿Sabes que eres una niña preciosa? —Le di un pequeño toque en la punta de la nariz—. Te prometo que nos lo vamos a pasar superbién, ya verás. —Terminé de decirle y le guiñé un ojo, mientras ponía caras divertidas.

—Tú también eres muy bonita —me contestó con cierta timidez.

—Gracias, cariño. —De reojo vi como Neil no nos quitaba la vista de encima mientras hablábamos su hija y yo.

Me levanté y le hice una caricia en la mejilla, antes de dirigirme hacia Riley. Luego, me giré hacia el padre y le pregunté si podía cogerlo en

brazos, a lo que él asintió con la cabeza. Lo saqué de la trona y lo senté en mi regazo.

—¡Mira qué niño más bonito tengo aquí! —Le di un beso en su moflete —. Creo que me lo voy a comer de un solo bocado —dije mientras fingía que le daba pequeños bocados por el cuello.

Riley reía a carcajadas mientras yo hacía como si me lo fuera a comer. Durante la cena, mantuve al pequeño sentado en mi regazo y, mientras iba comiendo, a él le iba dando de su comida. Su padre, por otro lado, me observaba de vez en cuando con una expresión seria, como si estuviera evaluando mis habilidades como niñera.

Sabía que no le estaba gustando que le diera la cena así al pequeño, pero es lo veía tan chiquitito que no lo pude evitar. No me decía nada porque estaban los niños delante, pero también sabía que en cuanto tuviera la más mínima oportunidad, no dudaría en reprenderme.

En serio, este hombre parecía que tenía un palo metido por el trasero. Entendía que no estuviera pasando por su mejor momento, pero ¿de verdad necesitaba ser tan estirado hasta con sus hijos? En fin, si no terminaba poniéndome de patitas en la calle, pensaba darles a esos niños todo el cariño que se merecían.

Después de cenar, me levanté con el pequeño todavía en brazos y me dispuse a llevar a los dos niños a su habitación, como todavía eran los dos pequeños dormían en la misma habitación.

—¿A dónde vas con ellos? —preguntó Neil con su tono de voz serio.

—Voy a llevarlos a su habitación y a prepararlos para dormir. —Me volví para mirarlo a la cara.

—Tu trabajo empieza mañana, no tienes por qué hacerlo esta noche.

—Pero yo quiero hacerlo ya, si no le importa —sonreí.

—No, no me importa, por mí está bien —dijo sin cambiar su tono serio.

—¿Me das la mano, cariño? —La extendí hacia la de Zoé, ya que todavía tenía al pequeño en brazos—. Así me dices dónde está tu habitación, que todavía me pierdo. —Alcé mis cejas mientras ponía cara de asombro para hacerles reír.

Y vaya, si lo conseguí. La niña me tomó de la mano mientras se reía, y el pequeño tampoco dejaba de hacerlo. Me llenaba de alegría darme cuenta de que al menos con los niños me entendía bastante bien, y la verdad es que estos chiquitines eran de lo más encantadores, nada que ver con su padre.

Aunque, para ser sincera, ese hombre me hacía temblar con tan solo mirarme, y no era por su seriedad, más bien era porque estaba como un queso, un verdadero bombón que no tenía nada de desperdicio.

Zoé me fue dirigiendo por todo el camino hasta llegar a su habitación, que realmente era enorme. Tenía dos camas, un amplio vestidor y su propio baño, todo perfectamente decorado y sin que le faltara un detalle.

Después de darles una ducha y ponerles sus pijamas, los acomodé en sus camas, los cubrí con las mantas y les di un beso en la frente. Justo cuando estaba a punto de salir, Zoé me pidió si podía contarles un cuento, y, por supuesto, no pensaba negarme.

Me tumbé en la cama del pequeño, y mientras les iba contando el cuento, le fui acariciando el pelo. En un visto y no visto, se rindió en los brazos de Morfeo.

—Anaís —me la llamo la pequeña en un susurro para no despertar a su hermano—. ¿Te puedes acostar conmigo ahora un ratito y me terminas de contar el cuento?

—Claro, hazme un hueco. —Me tumbé junto a ella e hice lo mismo que con su hermano, con la diferencia de que Zoé no se quedaba dormida.

—Anaís, ¿sabes que tienes un pelo muy bonito? —me dijo mientras tenía un mechón de mi pelo entre sus dedos.

Mi pelo era largo, castaño claro y ondulado, quizás le llamó la atención por la largura y por mis ondas, porque el color era de lo más normal.

—El tuyo sí que es bonito —le dije tras darle un beso en frente.

—Anaís, ¿a tus papis no les importa que te hayas venido a vivir con nosotros? —Seguía tocándome el mechón de pelo mientras me preguntaba.

—Bueno, cariño —la miré a los ojos—, yo no tengo papis, pero sí tengo unos abuelos que son como mis papis. A ellos no les importa que me haya venido, porque solo quieren verme muy feliz. ¿Entiendes lo que te he dicho?

—Sí, soy pequeña, pero soy muy lista. —Soltó una risita.

De reojo noté un movimiento en la puerta y, al girar la cabeza para ver qué era, me encontré con Neil, que estaba apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Su expresión seguía siendo tan seria como la que tenía durante la cena.

—Intuyo que eres demasiado lista para tu edad. —Le di un pequeño toque en la punta de la nariz con el dedo índice—. Y ahora, señorita, es hora de dormir, así que cierra esos ojitos tan bonitos que tienes y sueña bonito. —Me levanté, la arropé bien y le di un beso en la mejilla. — Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Anaís.

Salí de la habitación, y Neil estaba en el pasillo esperándome, imaginaba que me preguntaría cualquier cosa.

—¿No entra a darle las buenas noches a tus hijos? —Me paré frente a él.

—No, ya les deseé las buenas noches cuando terminaron de cenar. —Me quedé un poco impresionada de que fuera así de frío con sus propios hijos.

—Ya, pero no estaría de más que entrara y les diera un beso. —Alcé una ceja y crucé mis brazos sobre mi pecho—. Apuesto lo quiera a que a la niña, que es la que sigue despierta, se le ilumina la mirada y le hace ilusión.

No podía entender que no sintiera la necesidad de abrazar y besar a los niños. Yo no me crie así, y por lo tanto lo veía duro. A mí nunca me faltaron

las muestras de cariño, las risas y la complicidad con mi madre hasta que la perdí, así como con mis abuelos.

—No creo que a Zoé le haga mucha ilusión —suspiró.

—Pruebe y después veremos quién tiene razón. —Con mi hombro le di un toquecito en el suyo, bueno, más bien en el brazo, porque era mucho más alto que yo.

Me miró con una ceja alzada cuando le di ese toque, y la verdad es que me dejé llevar por el momento, aunque después me arrepentí, porque yo era su empleada y no podía actuar así con él. Me costaría mucho dejar esos impulsos, porque formaban parte de mi forma de ser.

Me quedé junto a la puerta mientras él entraba y se agachaba sobre su hija para desearle las buenas noches. Cuando Zoé se dio cuenta de lo que su padre estaba haciendo, se le iluminó la cara y lo abrazó con muchas ganas.

Tenía ante mis ojos una escena de lo más bonita, porque, aunque este hombre fuera un témpano de hielo, se notaba que sus hijos sentían devoción por él.

Ojito, que a sus vidas había llegado Anaís, y pensaba cambiar a este hombre y volverlo el más cariñoso del mundo. Por lo menos con sus hijos, en otros aspectos no pensaba meterme, por muy bueno que estuviera.

Cuando salió y cerró la puerta se detuvo delante de mí y me observó fijamente, estaba como evaluándome.

—¿Y ahora qué? —le dije con una media sonrisa— Tiene que intentar demostrarles a los dos lo mucho que sé que los quiere, solo necesitan el amor de su padre, ya que por desgracia no tienen el de su madre. —Mis ojos se entristecieron al recordar a la mía—. Se lo digo por qué sé de lo que hablo.

—No todas las personas son como parece ser tú. —Me miró con algo extraño en la mirada, y a mí me dio un vuelco el corazón. Más me valía mantenerme alejada de este hombre, porque lo acababa de conocer y ya me ponía nerviosa.

—Bueno, si no necesita nada más de mí, creo que me voy a ir a dormir ya. —Crucé los dedos mentalmente para que no quisiera nada más.

—No, nada más, bueno, en realidad sí, me gustaría que me tutees. Muchas gracias, Anaís, que descanses y tengas buenas noches. —Pasó por mi lado y con su mano rozó sin querer la mía, en ese momento sentí como si me recorriera una corriente eléctrica de lo más rara.

Me dirigí a mi habitación y, tras ponerme el pijama y meterme en esa cama enorme, me puse a repasar todo lo que había vivido en este último día. Neil ocupaba mis pensamientos; me resultaba muy atractivo. Sin embargo, era consciente de que no debía dejarme llevar por un capricho hacia alguien como él, ya que, para él, probablemente, yo no significaría nada especial.

Capítulo 5



Me levanté temprano para tener tiempo de sobra antes de ir a buscar a los niños a su habitación y arreglarlos para comenzar con el día.

—¡Vamos, dormilones, arriba! —Abrí las cortinas para dejar pasar la luz.

—Buenos días, Anaís —dijo Zoé mientras se desperezaba.

—Buenos días, cariño. —Le di un beso y me fui hacia Riley para levantarlo y vestirlo.

Cuando bajamos, el desayuno ya estaba servido en la mesa de la cocina. Como Neil salía temprano hacia la oficina, los niños ya estaban acostumbrados a desayunar allí.

—Buenos días —dije nada más entrar, porque todavía había personal que no conocía.

—Anaís, por favor, sienta a los niños y ven, que quiero presentarte al resto del personal —me dijo Dolores mientras se acercaba a mí.

La noche anterior conocí a Isabella y a Héctor, quien fue el que me recogió en el aeropuerto. Sin embargo, había un par de personas más que aún no había tenido la oportunidad de conocer. Tenía la sensación de que una de ellas era la cocinera y el otro, el jardinero, que también era el marido de Dolores.

—Te presento a Lupe, que es la cocinera, y a Bernardo, mi esposo, quien se ocupa de los jardines. —Los señaló—. A Isabella y a Héctor ya los

conoces.

—Encantada de conoceros —me acerqué para estrecharles la mano.

—¡Venga ya, chiquilla! —Bernardo se acercó y me envolvió en un abrazo fuerte, seguido de dos besos—. Soy español, igual que tú, y estamos acostumbrados a dar besos.

—Yo digo como Bernardo, a mí me das dos besos bien dados —me dijo Lupe.

Héctor seguía igual que cuando lo conocí, con esa actitud seria y rígida que lo caracteriza. A su lado estaba Isabella, que también parecía bastante distante, disfrutando de su café mientras me miraba fijamente.

No pensaba dejarme pisar por nadie, y las formas de estos dos conmigo no me gustaban ni un pelo. Por ahora, les daría un poco de cuartelillo, pero que no se pensarán que yo era tonta ni mucho menos.

Me senté junto a los niños para darles el desayuno, aunque en realidad solo le daba al pequeño, ya que Zoé comía sola. Junto a nosotros se sentaron los demás, excepto los dos estirados, a quienes a partir de ese momento los llamaría «repe», de repelentes, porque vaya par estaban hechos los dos.

—Cuéntanos algo de ti, pequeña —dijo Bernardo con una sonrisa—. ¿Qué te trajo hasta aquí?

—La verdad es que no hay mucho que contar —dije mientras encogía los hombros—. En mi pueblo las oportunidades laborales son escasas y las que hay están muy mal pagadas. Así que pensé que si tenía que mudarme, prefería hacerlo fuera de España.

—¿Y a tus padres les pareció bien? —preguntó Lupe con curiosidad.

—En realidad, no tengo padres —noté cómo sus miradas se llenaban de tristeza—, pero mis abuelos son como mis padres para mí —sonreí al acordarme de ellos—. Ellos me han apoyado siempre en todas mis decisiones. Lo que más me va a doler es no poder verlos a diario.

—Qué bonito por su parte y qué bonito hablas de ellos. —Me dio un apretón de mano Dolores, como diciéndome que podía contar con ella—. No te preocupes que aquí te vamos a cuidar mucho. —Me sacó una sonrisa.

Por lo poco que conocía a estas tres personas, podía ver que eran buena gente, con unos corazones muy nobles.

—Anaís, ¿qué vamos a hacer ahora? —dijo llamando mi atención la pequeña.

—¿Qué te parece si nos vamos a la biblioteca? —Puse un dedo debajo de mi barbilla como si estuviera pensando—. Yo creo que te puedo ir enseñando a leer mientras tu hermano juega.

El pequeño se puso a aplaudir como loco cuando escuchó la palabra juego, y todos los que estábamos allí nos echamos a reír al ver con el entusiasmo con el que daba palmadas.

—¿No tenéis trabajo que hacer? —Vaya, al final no iba a poder controlar mi lengua con la «repe» esta—. No os pagan para que estéis charlando.

—Isabella, era tu nombre, ¿verdad? —Me fui levantando de la silla—. Déjame decirte una cosa —crucé mis brazos sobre mi pecho—, se ve que no te he caído muy bien, pero una cosa es que yo no te caiga bien y otra muy distinta es que le hables a ellos en ese tono. —La miraba fijamente—. Delante de mí no, bueno, ni delante ni detrás, a estas personas las tratas con respeto y no con esa altanería.

—Hablo como me da la gana, no eres nadie para darme lecciones. Llegaste ayer y ya te crees la reina del castillo. —Qué tía más estúpida era esta mujer.

—No me creo nada, solo te estoy diciendo que hables con respeto. —Ya me estaba sacando de quicio y cuando me enfado, es mejor temerme—. No entiendo tu actitud hacia mí sin conocerme de nada, pero si tienes miedo de que te quite el puesto de trabajo, te puedes quedar tranquila, lo de quitar el polvo y la suciedad no es lo mío, así que te lo dejo a ti. —Alcé una ceja.

—Isabella, creo que te estás tomando demasiadas libertades, y sabes que aquí haces lo que yo te diga que hagas. —Dolores se puso seria—. No voy a decirte cuatro cosas bien dichas por respeto a todos los que hay aquí, pero no te vuelvas a pasar nunca más. —La señaló con el dedo índice—. Ahora, ve a limpiar la habitación del señor y las otras habitaciones también; después te iré indicando qué más necesitas hacer hoy.

—Tú eres mala y se lo voy a decir a mi papi —le dijo la niña con los ojos entrecerrados.

Isabella dio un zapatazo en el suelo y se marchó con la cabeza alta, vamos ni una cría se comportaba así.

—No entiendo qué le sucede a esta mujer, siempre se comporta como si fuera superior a los demás, y si el señor no la ha despedido aún, es gracias a que yo he intercedido por ella. —Se notaba que Dolores estaba bastante molesta.

—Bueno, no pasa nada, no vamos a dejar que nos fastidie el momento. —Intenté quitarle hierro al asunto para que volviéramos a estar cómodos todos.

—Niña, intuyo que vas a dejar una huella enorme en esta casa. —No sabía Bernardo lo que decía.

—Huella, no, voy a dejar un socavón para que cuando me vaya, no os olvidéis de mí. —Todos se rieron al escucharme.

—No lo dudo ni por un segundo, cariño. —Lupe tenía una manera de hablar superdulce.

Me llevé a los niños a la biblioteca y, mientras que a Riley le puse una manta en el suelo con unos cuantos juguetes, yo me senté en el suelo con las piernas cruzadas y Zoé sentada sobre mí. Con un libro de vocales y consonantes entre nuestras manos, nos preparamos para que yo le enseñara y ella aprendiera.

Me estaba quedando alucinada con esta niña, se iba quedando con todo con una rapidez impresionante.

El resto de la mañana la pasamos dando paseos por el jardín, observando cómo trabajaba Bernardo. Se notaba que a este hombre le gustaba mucho estar rodeado de plantas, y mientras él iba trabajando, nosotras le íbamos preguntando sobre lo que estaba haciendo.

Riley todavía no andaba solo, por lo tanto, para no llevarlo en brazos y ayudarlo a ganar un poco de confianza, su hermana y yo lo llevábamos de la mano.

Era un niño muy risueño, siempre sonriendo y mostrando una felicidad contagiosa, se conformaba con todo y no daba guerra alguna. A mí me habían ganado ya los dos niños.

Si no fuera por la seriedad de Neil y la actitud de los repelentes, para mí esto no sería un trabajo, sino más bien serían unas vacaciones disfrutando de la compañía de estos dos pequeños.

Hubo un momento en el que le pedimos a Bernardo que jugara un ratito con nosotros al pillar-pilla. Al principio, se mostró un poco reacio, pero todo cambió cuando Zoé le hizo esos ojitos de pena que son imposibles de resistir, y Riley, con sus manitas juntas, le suplicó que se uniera.

Nos reímos lo más grande corriendo detrás de Bernardo, y cuando a él le tocaba pillarnos, el pequeño se reía a carcajadas. Yo lo llevaba en brazos mientras que corría, ya que para él era mucho más divertido.

El pobre aguantó poco nuestras carreras, cuando terminamos hasta se tuvo que sentar en el suelo para coger un poco de aire.

—No contéis más conmigo para correr, que uno ya está mayor —dijo entre resoplidos.

—¿Y lo que te has reído? Eso no está pagado. —Pero yo también me paré para coger algo de aire.

—Niña, eso está garantizado, como la bronca que me llevaré del señor, como nos haya visto la bruja y le vaya con el cuento. —Esperaba que Neil no le dijera nada, no quería que por mi culpa le llamaran la atención.

—Venga, *abuelete*, levántate que ya es la hora de comer. —Le tendí mi mano para ayudarlo a que se levantara.

Comimos en la mesa de la cocina junto a Lupe, Dolores y Bernardo, los otros dos se pusieron a comer en la barra de la cocina, vamos, que no querían saber nada de nosotros.

La comida que preparó Lupe estaba buenísima, y después de la mañana llena de juegos, tanto los niños como yo teníamos un hambre feroz; de hecho, no dejé ni las migas en el plato.

Una vez que terminé de comer, me levanté para ayudar a limpiar todo.

—Cariño, déjalo que yo me encargo —me dijo Lupe.

—¡De eso nada, Lupe! Yo también soy una trabajadora aquí y no se me van a caer los anillos por recoger cosas. —Pasé por su lado con vasos y de camino le di un beso en la mejilla.

—Tu trabajo es cuidar a los niños, lo que estás haciendo es el trabajo de Lupe —dijo de pronto Isabella.

—¿Y tú sabes que en boca cerrada no entran moscas? —Me volví hacia ella aún con los vasos en la mano—. Pues si no lo sabías, te lo digo yo, no vaya a ser que te entren unas cuantas.

—Al final, voy a tener razón y vas a durar poco aquí —dijo Héctor mientras salía de la cocina.

Esto no era normal, me hacían sentir mal por todo. Yo solía ser una persona muy sociable, y lo que me estaba pasando con Héctor e Isabella, no me había pasado nunca. Intentaba que su actitud no me afectase, pero me dolía que me trataran de esa manera sin haberse molestado en conocerme.

Decidí que era mejor no pensar más en ellos, así que cogí a los niños y nos dirigimos a su habitación para que pudieran echarse una siesta. Me pidieron que les contara una historia, y así lo hice. No había pasado ni cinco minutos de mi relato cuando los dos ya estaban profundamente dormidos.

Los dejaría dormir una hora y media; no quería que durmieran demasiado, ya que quería asegurarme de que también pudieran dormir bien por la noche.

Capítulo 6



Mientras los niños dormían, decidí que era el momento perfecto para llamar a Cloe y charlar un rato con ella. La verdad es que la extrañaba un montón. Si estuviera aquí, seguro que ponía a los repelentes en su sitio en un santiamén.

—¡Hola, a lo más bonito de todo Escocia! —fue lo que me dijo nada más contestar—. Cuéntame, ¿cómo va todo por allí? ¿Te están tratando bien?

—Si no me dejas hablar, no podré contarte nada.

—Es que tenía muchas ganas de hablar contigo.

—Las mismas que yo —suspiré, deseando que estuviera a mi lado.

—Ahora en serio, ¿cuéntame cómo estás y cómo te sientes allí? —La voz se le notaba un poco tomada por la emoción.

—Los niños son un verdadero encanto, Cloe, son maravillosos. El padre es un poco más serio, pero es normal dadas las circunstancias. —No quería decirle que, más que serio, parecía un témpano de hielo—. Hay cinco personas más trabajando en el castillo.

—Espera, ¿has dicho castillo? —Me tuve que separar el móvil del oído del grito que dio.

—Sí, he dicho castillo. Esto es impresionante, si estuvieras aquí alucinarías. Como te iba diciendo, de los cinco que trabajan aquí, sin contar

conmigo, hay dos que me tienen hecha la cruz desde el primer segundo que me vieron.

—¿Te han dicho algo? Porque si es así, me monto en el primer avión que vaya para allá y me los cargo a los dos. —Me la podía imaginar enfrentándose a los dos y ponerlos finos.

—Bueno, sueltan comentarios fuera de lugar. Héctor, que es chófer, desde que me recogió en el aeropuerto me habló en plan borde e Isabella que es la limpiadora, esa va con aires de grandeza y me habla con altanería, pero no te preocupes, porque yo no me callo y les contesto a los dos.

—Ole ahí, mi niña bonita —la escuché reír por el teléfono—, no dejes que se te suba nadie a la chepa.

—¿Has ido a ver a los abuelos? —Quería saber si los había visto y si era el caso, como estaban.

—He ido a verlos esta mañana y no te preocupes por ellos que están bien. Además, los viste ayer, que eres muy exagerada.

Sé que tenía razón, pero al estar tan lejos como que la inquietud podía conmigo en algunos momentos.

—Lo sé, pero no puedo evitar preocuparme.

—Por cierto, anoche me tropecé con el capullo de Óscar y tuvo toda la cara de preguntarme por ti.

—¿En serio? —Ese tío no tenía vergüenza.

—Sí, pero ¿sabes cómo que le contesté?

—No, no lo sé, pero viniendo de ti me lo puedo imaginar. —Empecé a reír, porque con esta loca me podía esperar de todo.

—Con una patada en los huevos, eso se llevó por gilipollas.

Rompí a reír, pero a carcajada limpia. Cloe era bestial en todos los sentidos. No soy partidaria de la violencia, pero hay ocasiones en las que algunas personas se merecen que les den un escarmiento.

Estuvimos charlando un ratito más, hasta que vi que ya era hora de despertar a los niños para darles la merienda, y después ya veríamos lo que hacíamos.

Justo cuando salía de la habitación, de repente me tropecé con Neil.

—¿Y los niños? —preguntó cabreado.

—Buenas tardes, para ti también. —Alce una ceja—. Justamente eso iba a hacer, despertarlos, ya que les he permitido disfrutar de una siesta de una hora.

—Bien, déjalos que ahora irá Dolores para despertarlos, y tú ven a mi despacho.

Uy, por el tono de voz, el panorama no pintaba muy bien. Lo seguí hasta su despacho, me hizo pasar primero y cuando él entró, cerró la puerta con suavidad. En el instante en que se dio la vuelta, noté que estaba bastante molesto.

—¡¡¡Se puede saber por qué hablas mal a mis empleados!!! —gritó a pleno pulmón, pero lo que más rabia me dio fue que no lo preguntó, sino que lo afirmó.

—Para empezar, puedes ser mi jefe, pero no vuelvas a gritarme así nunca más —le decía mientras me acercaba a él—. En segundo lugar, ni siquiera me has preguntado qué es lo que ha pasado, lo has dado por hecho sin conocer toda la historia. —Me paré justo frente a él, con las manos a ambos lados de mis caderas—. Y por último, si ya me has juzgado basándote en lo que te han contado, no tengo ningún problema en recoger todas mis cosas e irme ahora mismo.

»Puede que no tenga nada de valor material, pero lo que sí tengo es amor propio, y no voy a permitir que nadie me trate mal sin razón. —Uf... me

había costado un mundo mantenerle la mirada, este hombre tenía algo que me atrapaba y no me dejaba ir.

—¿Tan poco comprometida eres con el trabajo? —Se dirigió hacia su escritorio y al pasar a mi lado, rozó mi mano. Al igual que la noche anterior, volví a sentir esa extraña conexión con el roce.

—Siempre he dado lo mejor de mí en cada trabajo que he tenido, pero jamás había experimentado un trato como este por parte de un jefe. Tampoco he tenido nunca problemas con mis compañeros. —Me quedé de pie mientras él se sentaba detrás de su mesa.

»¿Y tú? ¿Es así como tratas a todos tus empleados o soy una excepción? —A pesar de que por dentro estaba temblando, no pensaba dejar que nadie me menospreciara. Mis abuelos se habían encargado toda la vida de hacerme entender lo que yo valía.

—He venido a recoger unos documentos que necesito en la oficina y me encuentro con que Isabella me dice que la has humillado sin motivo alguno, que la has tratado mal cuando ella solo intentaba enseñarte qué es lo que tenías que hacer con mis hijos. —Mientras lo iba escuchando, iba dibujando en mi rostro una sonrisa irónica—. Y encima, tienes la poca vergüenza de reírte. —Dio un palmetazo sobre el escritorio, algo que no me esperaba, por lo que di un pequeño respingo.

De repente la puerta se abrió y apareció Dolores. Me dirigió una mirada llena de tristeza. Por lo visto Neil estaba gritando más de la cuenta y hasta ella escuchó la bronca que me estaba echando. Al ver su mirada, algo dentro de mí hizo clic y me dije que no estaba dispuesta a aguantar esto por nada del mundo.

—Si me disculpan, voy a recoger mis cosas y a llamar a un taxi —dije dándome la vuelta para salir del despacho.

—Tú no te vas a ir hasta que el señor sepa lo que de verdad ha pasado. —Dolores me cogió del brazo—. Después, si así lo decides, puedes irte y yo misma te ayudaré a recoger tus cosas.

Neil me miró con fuego en sus ojos, como si realmente deseara que me fuera. Claramente, no estaba contento con mi presencia, o al menos eso era lo que parecía.

—No merece la pena, Dolores, de verdad, no te preocupes. —Tomé su mano y le di un pequeño apretón—. No tengo intención de quedarme en un lugar donde no soy bienvenida.

—Señor, lo que Isabella te ha dicho es mentira.

Dolores le contó todo lo que realmente había pasado a Neil. Él la escuchaba sin mostrar ninguna expresión en su rostro, simplemente la dejó hablar y no la interrumpió en ningún momento. Cuando terminó de hablar, hice el intento de volverme a marchar.

—Muchas gracias, Dolores —dijo con un asentimiento de cabeza hacia ella—. Puedes retirarte y, por favor, encárgate de los niños mientras yo termino de hablar con Anaís.

Nada, que al final no me dejaba que me fuera ya tranquila a recoger mis cosas, porque mi intención era irme de aquí, pero no pensaba volver a España, al menos por el momento.

No me iba a dar por vencida tan fácilmente. Una vez que había dejado atrás a mis abuelos y a Cloe, pensaba ponerme a buscar trabajo aquí de lo que fuera, pero al pueblo no volvía por ahora ni en sueños.

—Usted dirá —le respondí, girándome hacia él, para que me dijera lo que tenía que decirme y listo.

—Quiero pedirte disculpas por la forma en que te hablé. —Se levantó—. Por otro lado, no me gustaría que te fueras, ya que como ha dicho Dolores, mis hijos están muy contentos contigo. —Se fue acercando a mí—. No sé qué me pasa contigo, que pierdo los nervios rápidamente.

»Créeme cuando te digo que eso es algo que no me pasa nunca. —Se paró a escasos centímetros de mí, y tuve que levantar la cabeza para mirarlo a la cara—. Quédate, aunque solo sea por los niños, ellos realmente necesitan a alguien que los trate como tú lo haces.

Me dejaba temblando con esa mirada intensa; con solo unas pocas de esas, podría tenerme rendida a sus pies, pero no podía darme el lujo de encapricharme de un hombre como él, alguien que nunca me daría mi lugar.

Porque no dudaba que terminaría enamorándome de él, y también que sería la persona que más daño podría hacerme. Tenía que concienciarme que Neil no era para mí, ni ahora ni nunca.

—No creo que sea buena idea quedarme aquí. Si en solo dos días ya les he tomado tanto cariño, no quiero ni pensar en lo que sentiré por ellos con el tiempo —dije mientras daba un paso atrás, sintiendo que su cercanía me ponía cada vez más nerviosa.

—Piénsatelo, por favor. —Me cogió del brazo suavemente.

—Me lo voy a pensar lo que queda de día, pero voy a ser muy clara: no me voy a quedar callada si alguien me falta al respeto o me habla con arrogancia. —Retiré mi brazo de su agarre—. Como tampoco lo voy a hacer si hablan mal a alguien delante de mí.

—Hablaré con Isabella y Héctor. De todos modos, si pasa cualquier cosa, me gustaría que me lo dijeras.

—Si no necesitas nada más, me gustaría irme con los niños. —En realidad, lo que más deseaba era alejarme de este hombre.

—Por supuesto. —Su mirada se fue hacia mis labios y yo, inconscientemente, me mordí el labio inferior—. Al final, no voy a volver a ir a la oficina, me voy a quedar trabando desde aquí. Cualquier cosa que necesites, no dudes en decírmelo. —Se dio la vuelta y se dirigió a su mesa.

Salí del despacho con un montón de mariposas revoloteando en mi estómago. «Calma Anaís, tú a lo tuyo, que es cuidar a los niños, y deja de soñar despierta, porque después vienen los problemas, y este hombre es un problema bastante grande», me repetí mentalmente.

Si estuviera aquí Cloe, me quitaba todas las tonterías de la cabeza con una buena colleja.

A los niños me los encontré en la cocina, disfrutando de su merienda. Mientras Dolores le daba de comer al pequeño, la niña se estaba tomando su leche con cacao.

—¿Dónde estarán mis niños? —Fingí no verlos—. Dolores, ¿has visto a los niños? No logro encontrarlos.

Dolores me miraba negando con la cabeza y riendo, de fondo se escuchaban las risas de Lupe y los niños.

—¿No me digas que los has perdido? —Ella me seguía la broma—. Pues verás cómo se entere el señor.

—¿De qué no me puedo enterar? —Escuché de pronto, giré la cabeza sobre mi hombro y le dije articulando con los labios que me siguiera la corriente.

—Nada, solo que Anaís ha perdido a los niños y no los encuentra por ningún lado. —Lupe soltó una risotada al ver la expresión que puso Neil.

—Anaís, ¿en serio has perdido a mis hijos? —Me asombró que entrara en el juego, porque una cosa era que me siguiera la corriente y otra muy distinta era que participara—. Más vale que los encuentres rápido.

—Pa-pá —lo llamó el pequeño estirando los brazos para que lo cogiera.

Lo cogió entre sus brazos y la pequeña se escondió detrás de sus piernas. Yo seguía haciéndome la tonta mientras iba buscando por toda la cocina llamándolos.

De reojo iba viendo como Neil sonría con el pequeño en sus brazos. Era la primera vez que veía a este hombre sonreír, y si antes se me caía la baba con él, no digamos después de ver esa bonita sonrisa.

—Papá, ¿se habrá quedado ciega? —le preguntó la niña asomando su cabeza por detrás de sus piernas.

No sabía ni cómo me estaba aguantando las ganas reír que me habían entrado al escuchar a la niña.

—Jefe, lo siento, pero no los encuentro —le dije mientras me encogía de hombros.

Poco a poco me fui acercando a ellos, y de buenas a primeras asomé mi cabeza por detrás de Neil e hice como que por fin veía a la niña.

—¡Te encontré! —grité mientras la cogía en brazos y me ponía a girar con ella.

No había cosa más bonita que oír y ver a unos niños reírse con ganas.

Capítulo 7



Después de ese rato de risas, les pregunté si querían conocer a mis abuelos por videollamada, a lo que la niña dijo que, sí y el pequeño, no iba a ser menos, aunque él no supiera ni lo que era una videollamada.

—Nenita —dijo mi abuelo feliz nada más contestar—. ¿Cómo estás? Pero bueno, y esos niños tan bonitos.

—Ella es Zoé, y él es Riley. —Le di un beso a cada uno en sus mejillas conforme los nombré—. Abuelo, ¿has visto qué guapos son los dos? Por cierto, ¿y la abuela?

—Ha ido al baño, y sí que son guapos los dos.

—¿Cómo se llama tu abuelo? —me preguntó flojito Zoé

—Se llama Manuel y mi abuela se llama Inés.

—*Nue* —dijo el pequeño y dio una palmada—, *Nes* —volvió a decir.

Por lo menos intentó decir los nombres de mis abuelos, a su manera, pero los dijo.

—Riley, se dice Manuel e Inés. —Le intentó corregir su hermana.

—Cariño, tu hermano es todavía muy pequeñito y no puede pronunciar bien.

—Anaís, cariño, qué bien te veo con esos niños entre tus brazos —dijo mi abuela nada más asomarse a la cámara.

—¡Abuela! —grité al verla— Oye, algo estás haciendo, porque te ves más joven.

—¡Anda ya! Niña, ni estando allí, dejas de decir tonterías —dijo mientras sonreía.

Escuché el sonido de la puerta abriéndose detrás de nosotros, y los niños se dieron la vuelta, emocionados al ver que era su padre.

—Papá, estamos hablando con los abuelitos de Anaís, ven para que ellos también te conozcan.

Qué boca tenía la niña, yo no quería que lo pusieran en el compromiso y más con lo tieso y seco que era, aunque hoy hubiera sonreído en la cocina.

Sin embargo, este hombre había cambiado un poco las cosas, porque jamás pensé que se sentaría en el suelo con nosotros y tomaría a su hija para ponerla en sus piernas mientras se unía a la conversación.

—Inés, Manuel, él es nuestro papá —anunció Zoé de lo más resuelta.

Se saludaron por ambas partes, y los abuelos le estuvieron preguntando cosas que él muy amablemente fue respondiendo. Es importante mencionar que los abuelos no hablaban inglés y los niños no entendían español. Así que, en todo momento, iba haciendo de traductora entre los abuelos y los niños, ya que Neil sí dominaba el español.

Y más hubiera valido que Neil no lo supiera hablar, porque a mi abuelo se le soltó la lengua que daba gusto. Justo cuando estaba a punto de despedirme para ir a bañar a los niños, mi abuelo soltó un comentario que me hizo ponerme roja como un tomate.

—Inés, mira qué estampa más bonita, se ve de familia, hasta pasan por una de verdad —le dijo a la abuela.

—¡Abuelo! Deja de decir tonterías, que Neil no te conoce y se puede asustar. —No quería ni mirarlo de la vergüenza que sentía.

—No creo que me asuste por lo que ha dicho tu abuelo, además tiene razón, como parecer, parecemos una familia.

«Tierra, trágame», pensé. Con lo que me hacía sentir y esas palabras no ayudaban nada a dejar los pajaritos que se me estaban formando en la cabeza.

—Abuelo, abuela —los llamé para que me prestaran atención—, os dejo, porque me voy a bañar a los niños. Os mando muchos besitos, os quiero un montón.

—Nosotros también te queremos —dijeron a la vez—. Adiós, guapos. — Se despidieron de los niños y colgué.

Me levanté con el niño en brazos y alargué la mano hacia la niña para que me la diera.

—Nosotros nos vamos, que voy a darles un baño a estos bichitos —le dije a Neil.

—Sí, yo voy a hacer algunas llamadas que tengo pendientes. —Se dirigió hacia la puerta—. Nos vemos en la cena.

Mientras iba hacia la habitación de los niños, no para de pensar en el cambio tan grande que había dado hoy Neil. De estar gritándome, a pasar de buenas a primeras, a ser todo amabilidad.

«Tú a lo tuyo», me volví a decir mentalmente por quinta vez en lo que iba de tarde. Ahora que caía, no había vuelto a ver a Isabella desde que Neil me llamara a su despacho. ¿Le habría llamado la atención? Esperaba que por lo menos le hubiera pedido alguna explicación de por qué había mentido, he intentado ponerme en mal lugar frente a él.

Desde luego, me daba la impresión de que había algo raro en la forma de actuar de ella. Mi intuición me decía que estaba enamorada de él, pero bueno, cada loco con su tema, a mí eso ni me iba ni me venía.

—¿Quién quiere un baño con mucha espumita? —les pregunté, y ambos respondieron al unísono «yo», que les encantaba la idea.

Cogí la ropita de los dos mientras se llenaba la bañera, a la que le eché unas gotitas de gel de baño para que hiciera un poco de espuma. No quería que esto se convirtiera en la típica fiesta de espuma que hacían en mi pueblo todos los veranos.

Cuando la bañera estuvo lista, los metí y jugué con ellos un rato, hasta que noté que empezaba a enfriarse el agua.

Estaba vistiendo a Riley cuando de repente apareció Isabella por el baño.

—Tú aquí perdiendo el tiempo y la cena ya está lista —me soltó con un tono bastante desagradable—. Debería darte vergüenza, hacer esperar al señor.

La verdad es que me estaba tocando la moral, por no decir otra cosa. Estaba claro que si seguía así, íbamos a tener un enfrentamiento, pero esta noche decidí no darle ni una respuesta, de hecho, la estaba ignorando por completo.

—Eres mala —le dijo la niña desde la bañera.

—Zoé, eso no se dice —Aunque en el fondo me hizo gracia que lo dijera, no podía dejar que hablara así.

—Solo he dicho la verdad. —Nada, que no se bajaba del burro—. Quiero que se vaya de mi habitación.

—Isabella, dile al señor que ya bajamos. —Ni siquiera la miré al decirle eso.

Como no consiguió lo que quería de mí, que no era otra cosa que discutir, se marchó dando un portazo. No entendía cómo había personas con el corazón tan negro, porque esa mujer lo tenía y mucho. Es increíble cómo hay quienes prefieren pelear en lugar de disfrutar de la vida en paz, cada uno en su propio camino. Pero, claro, no todos son felices con lo que tienen

y parece que para algunos, la única forma de sentirse mejor es menospreciando a los demás.

Justo cuando estábamos a punto de entrar al comedor, la escuchamos hablar con Neil, diciéndole que yo no era apta para cuidar a los niños, que ella lo haría mucho mejor y que sería más estricta y firme.

Esperaba que Neil no le hiciera caso jamás, porque no me quería ni imaginar lo mal que lo pasarían los niños con ella o con cualquiera como ella.

La niña entró corriendo al comedor y fue en busca de su padre.

—Papá, Isabella es muy mala, le habla mal a Anaís y a nosotros —dijo la niña con lágrimas en sus ojos.

—Ve, señor, ya le ha metido ideas raras a la niña. —Cada vez que abría la boca, era para soltar otra mentira.

—Isabella, ya es suficiente, puedes retirarte. —La miró muy serio—. Después hablaré con Anaís.

Hala, ya me volvía a tocar bronca y eso que ni siquiera había abierto mi boca. Pero como volviera a pasarse como lo había hecho por la tarde, esta vez no me quedaría ni por los niños, por mucho que los quisiera ya, vamos, por la mañana estaba saliendo de aquí, pero a primera hora.

En esta ocasión, decidí sentarme con los niños a cada lado. Mientras cenábamos, me sentía un poco fuera de lugar; no estaba acostumbrada a tanta seriedad en la mesa. Con mis abuelos todo era tan distinto, ese era el momento del día en el solíamos charlar de todo un poco, desde cómo nos había ido el día hasta cualquier tema que surgiera. Eran cenas alegres y, sobre todo, cómodas.

Cuando finalizamos y me levanté con los niños para llevarlos a la cama, me comentó que, una vez que se durmieran, bajara a su despacho para charlar sobre lo que había sucedido de nuevo. Solo asentí y salí de allí.

Como la noche anterior, me pidieron que les contara un cuento y así lo hice. Me tumbé en la cama de Zoé con ella y me llevé al pequeño con nosotras. Los dos se acurrucaron contra mi pecho mientras escuchaban la historia, y poco a poco, se fueron quedando dormidos.

Me levanté con cuidado para no despertar a ninguno de los dos y llevé a Riley a su cama. Les eché un último vistazo y me dispuse a ir al despacho de Neil.

Capítulo 8



Me paré frente a la puerta del despacho y se me escapó un suspiro antes de llamar. La incertidumbre me invadía, no sabía lo que me iba a encontrar una vez entrara. ¿Me toparía con el Neil enfadado o con el risueño?

Di unos toques en la puerta y esperé a que me diera permiso para entrar.

—Pasa, Anaís — dijo, y al entrar, cerré la puerta detrás de mí—. ¿Ya se han quedado dormidos? — me preguntó sin mirarme, absorto en la lectura de unos papeles.

—Sí, les conté un cuento y se quedaron dormidos al instante. —Al notar que no continuaba, le pregunté— ¿Qué es lo que quieres hablar conmigo? Si se trata de Isabella, te adelanto que no voy a entrar en los juegos de esa mujer y a dejarme manejar por sus manipulaciones.

—Toma asiento, por favor. —Ahora sí me miró.

—Prefiero quedarme de pie, si no te importa. —Estaba intentando poner distancia entre nosotros.

—Como tú estés más cómoda —suspiró—, dame un segundo que termine con esto y hablamos.

Mientras él terminaba con lo que fuera que estuviera haciendo, me entretuve echando un vistazo con detenimiento por todo el despecho. Pude ver que era un hombre muy meticuloso con sus cosas, ya que todo lo tenía muy ordenado.

Estaba todo decorado en tonos oscuros, lo que le daba un aire de sofisticación, pero al añadir algunos detalles en colores más claros y con cortinas de un tono marfil, lograba un equilibrio perfecto que iluminaba la estancia y contrarrestaba la oscuridad de los muebles.

Tan ensimismada estaba observándolo todo, que no me di cuenta de que se había levantado y parado justo frente a mí.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó tan cerca de mí, que di un pequeño salto—. ¿Te he asustado?

—Lo siento, no me di cuenta de que te habías levantado, estaba completamente distraída.

—Anaís, ¿qué pasa con Isabella? —No había gritos, por lo tanto, era un buen comienzo.

—A mí no me pasa nada, es ella. Desde que me vio por primera vez, me ha tratado de una manera horrible, como si fuera superior a mí. —Lo miré seria—. Siempre está buscando una excusa para provocarme.

—Ella dice todo lo contrario. —Se sentó en el filo del escritorio y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ella puede decir lo que quiera, incluso dar misa si eso la hace más feliz. —Tomé una bocanada de aire para calmarme y continué—. Sé perfectamente lo que está tramando y conmigo no lo va a conseguir, más que nada porque no me interesa lo que ella quiere.

—¿Y qué es lo que quiere, según tú? —Se humedeció los labios.

—¡Venga ya! No te hagas el tonto conmigo. —Alcé una ceja—. Ambos sabemos que no tienes ni un pelo de tonto.

—Parece que has cogido la confianza pronto —respondió con una media sonrisa.

—Pues ahí tienes otra prueba de que soy clara. No tengo nada que ocultar, soy auténtica y no me ando con mentiras ni falsedades.

—Sigues sin decirme qué es lo que ella quiere.

El capullo este me estaba provocando para que al final soltara la lengua. Si creía que iba a dejarme intimidar, estaba muy equivocado.

—¿Puedo hablar con claridad?

—Deseo que lo hagas, así que no te cortes por mí, por favor. —Me dedicó otra de esas sonrisas de medio lado que me dejaban sin aliento y hacían que mis piernas temblaran.

—Isabella, lo que quiere es que te metas entre sus piernas —comenté, sintiendo cómo el calor me subía por la cara, mientras él sonreía cada vez más—. Si me trata de esa manera, temiendo que yo quiera lo mismo que ella, puede estar tranquila, porque la verdad es que no me interesa ni lo más mínimo. —Afortunadamente, no me crecía la nariz como a Pinocho, porque de ser así, ya estaría tocando el techo.

—¿Eso es lo que crees que ella quiere? —Se levantó y se fue acercando a mí— ¿Y qué te hace pensar que no lo ha conseguido ya?

—A mí, no me hace pensar nada. Si lo habéis hecho, me alegro por vosotros, eso no es algo que me concierna. —Arrugué la nariz al imaginármelo con ella.

—¿De verdad no te importa? —Dio un paso más hacia mí—. ¿No te gustaría que lo hiciera contigo? Me refiero a lo de meterme entre tus piernas. —Otro paso más.

—No, a ambas preguntas. —Di varios pasos atrás.

—¿Estás completamente segura? —Cada vez se iba acercando más.

Cada vez que él se acercaba, yo retrocedía un poco más, hasta que finalmente mi espalda se encontró con la puerta. En ese momento, se detuvo a escasos centímetros de mí, y una mezcla de emociones me invadió.

Por un lado, había una parte de mí que quería seguirle el juego, dejarme llevar por la atracción que sentía. Sin embargo, la otra parte no quería,

porque sabía que terminaría enamorándome de él, y al final, la que acabaría sufriendo sería yo.

—Creo que esta conversación se nos está yendo de las manos —dije, cometiendo el error de mirarlo a los ojos—. Lo mejor será que me vaya a dormir.

Me di la vuelta para abrir la puerta y marcharme, pero él me detuvo, rodeándome la cintura con sus brazos desde atrás.

—No he tenido nada con Isabella —me susurro al oído—. De hecho, desde que murió mi mujer, no he estado con nadie, pero tú logras que desee estar contigo. —Cada vez sentía sus labios más cerca de la oreja—. No sé qué me has hecho, que en lo único que puedo pensar desde que apareciste por esta puerta es en hacerte gemir mi nombre.

Me temblaba el cuerpo entero, una mezcla de anhelo y nerviosismo que me empujaba a girarme y perderme en sus labios.

—Neil, no estoy segura de que esto sea lo correcto. —Apreté los puños, tratando de contener las ganas que tenía de tocarlo—. Por favor, no sigas con esto —le supliqué—, solo vas a provocar malentendidos entre nosotros, y al final, quien sufrirá seré yo.

—Sé que lo deseas tanto yo, con la diferencia de que tú te estás conteniendo por miedo. No te voy a jurar amor ni nada por el estilo, para llevarte a mi cama; no soy de esas personas que mienten para obtener lo que desean. Lo que sí te puedo asegurar es que lo que vas a disfrutar conmigo no lo harás con nadie más.

—Eso es un poco pretencioso por tu parte. —Se me escapó una sonrisa.

—De nada vale que te diga lo que disfrutarías, es mucho mejor que lo compruebes por ti misma. —Su mano, que antes estaba en mi cintura, se deslizó hacia el centro de mi abdomen, empujándome suavemente hacia atrás hasta que mi espalda se apoyó en su pecho.

Intenté apartar su mano con la mía para alejarme, pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, sentí como depositaba un beso en la base de mi

cuello, y en ese preciso instante, toda fuerza de voluntad se evaporó.

Esos labios carnosos, dando pequeños besos por todo mi cuello, me estaban haciendo sentir cosas que no había sentido nunca. Dios, ¿cómo es posible que unos simples besos puedan hacerte sentir como si estuvieras flotando?

La mano que tenía sobre mi abdomen comenzó a deslizarla lentamente hacia arriba, recorriendo el centro de mi barriga y subiendo hasta mi pecho. Finalmente, llegó a mi cuello, donde me lo sujetó con delicadeza, moviéndolo a su antojo para tener un mejor acceso.

—Neil... tienes que parar —suspiré.

—No pienses más. —Dejó un beso en el lóbulo de la oreja—. Disfruta del momento.

Me giró el rostro, me miró a los ojos con una intensidad que no le había visto hasta el momento, y de repente, atrapó mis labios entre los suyos.

Al principio, fue un simple roce, algo delicado, como tentándome. Luego, con una mano agarró mi mandíbula para intensificar el beso. Lo que comenzó como algo suave rápidamente se convirtió en algo mucho más apasionado e intenso.

Ese beso nos iba encendiendo por momentos, era algo tan abrasador que sentía como si todo mi cuerpo estuviera en llamas, y el calor se concentraba especialmente en mi parte más íntima.

A lo largo de mis veintinueve años, me habían besado mucho y yo también lo había hecho, pero lo que este hombre estaba provocando en mí era algo completamente nuevo; nunca había sentido algo así, y eso que solo era un beso. No podía ni imaginar lo que sucedería si llegáramos a algo más, porque estaba claro que esto no se quedaría solo en un simple roce de labios.

Me giré para poder mirarlo de frente, y cuando lo vi humedecerse los labios, perdí la poca cordura que me quedaba y me abalancé sobre él sin pensarlo dos veces.

Llevé mis manos a su pecho, donde me entretuve en pasarlas despacio por sus pectorales, sintiendo cómo sus músculos se tensaban al contacto con mis dedos.

Él no perdió la oportunidad de cogerme por ambas mejillas para volverme a besar. Comenzó a jugar con la punta de su lengua en mi labio inferior, y luego lo atrapó entre sus dientes, tirando de él con un ligero roce.

Eso me encendió tanto, que llevé mis manos a su cuello, atrayéndolo aún más hacia mí para intensificar el beso. Cuando nuestras lenguas se encontraron, se desató todo en un instante. Ya no éramos solo dos personas, sino que nos convertimos en animales desatados, buscando saciar el fuego que nos consumía por dentro.

—Neil... —gemí— Esto no está bien, pero no pares —dije cuando dejé de besarme para coger un poco de aire.

—Ni la mayor de las catástrofes me detendría en este momento —murmuró mientras iba dejando un rastro de besos, desde mi cuello hasta llegar al nacimiento de mis pechos—. Agárrate fuerte a mis hombros.

Me levantó a pulso y me apoyó contra la puerta. En un instante, le rodeé su cintura con mis piernas, y él no dudó en aprovechar esa oportunidad para rozar su miembro erecto contra mi húmeda entrepierna. Movía las caderas con destreza, buscando el punto exacto para provocarme el máximo placer, y lo estaba consiguiendo de tal manera que sentía que un orgasmo intenso estaba a punto de desbordarse en mí.

—Dios... como sigas así me voy a correr —dije entre gemidos.

—Eso es justo lo que quiero, que te corras así como estás —respondió con la voz ronca por la excitación—. Voy a hacer que te corras muchas veces más. —Atrapó un pezón con sus dientes a través de la camiseta que llevaba puesta.

—Ah... —Mordí su hombro mientras el orgasmo me iba arrasando de pies a cabeza, sentí como si un rayo me atravesara entera y me dejara sin fuerzas.

Sin soltarme, me llevó hasta un sofá que tenía en el despacho, me depositó allí con cuidado colocándose encima de mí y haciendo que separara las piernas.

Mientras iba repartiendo besos por mi abdomen, sentí cómo me subía la camiseta, acariciando mi piel hasta llegar a mis pechos. Allí iba dando lametazos constantes, pasando de un pecho a otro sin darme un respiro.

Hizo lo mismo con el resto de mi cuerpo hasta desnudarme por completo. Cuando ya me tenía como él quería, se levantó y comenzó a desnudarse sin apartar su mirada de mí. Había algo en su forma de mirarme que me cautivaba de una manera casi hipnótica, como si fuera un imán que me atraía hacia él.

Con cada prenda que caía al suelo, más me iba calentando yo, sin poderlo evitar; su cuerpo era una obra de arte, con músculos bien definidos pero sin caer en lo exagerado. Mis ojos recorrieron su torso, deteniéndose en una V perfectamente marcada que me dejó sin aliento.

Sin despegar los ojos de los movimientos que iba haciendo, vi como poco a poco se desabrochaba el pantalón y de un tirón se los bajaba junto con el bóxer, dejando al descubierto su impresionante miembro, que se mantenía firme y apuntando hacia su ombligo. En ese momento, no pude evitar pensar que, efectivamente, el tamaño sí que importa; es más, estaba totalmente segura de que él sabía cómo darle buen uso a su tamaño.

Después, volvió a colocarse sobre mí y empezó a recorrer mi cuerpo repartiendo pequeños besos, avanzando lentamente hasta llegar a mi vagina. De mi boca solo salían gemidos y jadeos llenos de desesperación, deseando se adentrara en mí e hiciera magia con su lengua.

No se hizo mucho de rogar y, sin pensarlo dos veces, colocó la punta de su lengua sobre mi clítoris, provocando un pequeño estremecimiento que me sorprendió. ¿Cómo era posible que un simple toque de su lengua pudiera causar tanto placer?

—Dios... sigue, no pares —casi grité.

—Parar, no entra en mis planes. —Me guiñó un ojo y siguió dándome placer con la lengua y con los dedos.

Y no paró, no lo hizo hasta que me llevó al segundo orgasmo de la noche. Este fue tan intenso que tuve que morderme los labios para no gritar con todas mis fuerzas. Sin perder un segundo, se levantó para ponerse un preservativo y, en un instante, me penetró de una sola embestida.

Después de esa primera embestida, vinieron muchas más, todas con la misma fuerza y pasión, cada una más intensa y profunda que la anterior, llevándome a experimentar una sensación que nunca antes había conocido.

Apoyó su frente en la mía y siguió penetrando con la misma intensidad, con cada penetración nos íbamos acercando más al éxtasis.

Después de varias embestidas, nos dejamos llevar por la pasión y finalmente alcanzamos el orgasmo que tanto deseábamos.

Sentirlo latir dentro de mí, junto con esa mirada tan intensa que me estaba dedicando y su manera de acariciar mi cuerpo, fue una experiencia inigualable, algo que jamás había sentido antes. Tenía la certeza de que no estaba exagerando al decirme que lo que me ofrecía era algo que nadie más podría igualar.

Después de dejar un beso en mi frente, se retiró para que pudiéramos vestirnos. Sin embargo, una vez que estuvimos vestidos, no podía evitar el impulso de escapar a mi habitación.

No sabía si era porque él era mi jefe, porque otra vez volvía a estar serio o porque simplemente porque la euforia del momento ya había pasado.

Lo que realmente me hizo querer escapar fue lo que dijo después de sentarse en su silla detrás del escritorio.

—Anaís, como te dije antes, me atraes, pero no te hagas ilusiones con amor ni nada parecido. —Volvía a ser ese hombre serio que parecía un témpano de hielo—. El amor y una relación no entran en mis planes.

Al escuchar esas palabras, una oleada de tristeza me invadió, y sentí que las lágrimas estaban a punto de brotar, pero no iba a permitir que él me viera débil. Así que, aunque por dentro me sentía destrozada, decidí ponerme una máscara de indiferencia y sacar una actitud desafiante que en realidad no sentía. Si él era frío, yo iba a convertirme en un iceberg impenetrable.

—No te preocupes, sabía desde el principio de qué iba esto —le hablé con aire despreocupado—. No creas que me has calado tan hondo como para ir llorando por las esquinas. Simplemente, ambos teníamos esa necesidad y decidimos satisfacerla. —Forcé una sonrisa que pareciera natural.

»Ahora, si me disculpas y no te molesta, me voy a retirar a mi habitación, así que, buenas noches y que descanses, te lo has ganado. —Me giré para marcharme, pero llegando a la puerta lo miré por encima de mi hombro y le dije—. Ah... y gracias por los tres orgasmos que me has regalado.

Salí de allí sin darle opción a que me contestara, porque toda la seguridad que había demostrado delante de él se me iba a romper en cualquier momento, y prefería estar sola en la habitación cuando eso pasara.

Apenas crucé la puerta, las emociones que había estado reprimiendo estallaron; las lágrimas brotaron como ríos desbordados, fluyendo sin control por mi rostro.

Me arrastré hasta la ducha y me dejé caer en el suelo, recriminándome lo tonta que había sido. Era consciente de que no teníamos un futuro juntos, no era tan ingenua como para vivir en un mundo de fantasía. Lo que realmente me dolió fue la frialdad que mostró después; no hacía falta que hablara de esa manera, ya que no estaba pidiendo un amor eterno ni nada por el estilo.

Me levanté del suelo y tras aclararme el cuerpo me puse un pijama y me metí en la cama. Necesitaba desconectar y dejar de darle vueltas a lo que había sucedido.

Sin embargo, había algo que tenía claro: Neil iba a sentir mi indiferencia. A partir de este momento, solo hablaría con él sobre los niños y nada más.

Capítulo 9



Había pasado una semana desde aquella noche que me acosté con Neil, y aunque los primeros días me sentía incómoda, con el paso de los días logré llevarlo mejor de lo que había imaginado.

Con los niños cada vez era todo más sencillo; eran tan buenos que me hacían el trabajo demasiado fácil. Zoé iba avanzando muy rápido con la lectura, y no me sorprendería que en poco tiempo pudiera leer cuentos por su cuenta. Por otro lado, Riley parecía que en poco tiempo terminaría dando sus primeros pasos. Sé que hay niños que comienzan a caminar a diferentes edades, y él parecía ser de los que tardan un poco más, ya que se mostraba algo temeroso al intentar soltarse. Sin embargo, una vez que lo hiciera, estaba segura de que no habría quien pudiera pararlo.

Si no fuera por Isabella, mi estancia aquí sería un auténtico sueño, bueno, por ella y por el episodio que había tenido con el amo y señor de todo esto.

Después de que se me pasara el llanto por la manera en la que me habló después de habernos acostado, decidí que me quedaría con lo bueno. Y pensándolo fríamente, lo bueno fueron esos tres orgasmos que me proporciono, y para qué mentirnos, había sido el mejor sexo que había tenido en mi vida. Que él fuera un capullo, no le quitaba el mérito de que sabía muy bien cómo hacer disfrutar a una mujer. Eso era indiscutible.

Era por la tarde y estaba con los niños en el salón, Zoé quería que viéramos una película y el pequeño estaba distraído gateando por el suelo en busca de cosas que le sirvieran de distracción. Justo cuando levanté la vista

para mirar qué estaba haciendo, lo vi ponerse de pie, apoyándose con las manos en la silla que tenía más a mano.

Me quedé en el sofá aguantando la respiración y con mucha ilusión de que por fin diera sus primeros pasos, no quería llamarlo, ni hacer ningún ruido por miedo a que él se asustara.

Lo vi soltar sus manitas e ir hacia un aparador que había cerca dando sus primeros pasos por sí solo, lo llamé suavemente para no asustarlo y le dije que viniera hacia mí. Pensaba que no lo iba a hacer, pero me sorprendió y sí que se dirigió hacia donde yo estaba sentada con su hermana.

Por fin mi niño se soltaba, con pasos torpes y muy temblorosos, pero estaba dando sus primeros pasos. Cuando llegó hasta nosotras nos pusimos a aplaudir las dos como locas y lo felicitamos dándole un montón de besos y arrumacos.

—Cariño —dije llamado a la niña—, quédate con tu hermano, que voy a ir a buscar a tu padre al despacho, para que vea cómo Riley da sus primeros pasos.

—Sus primeros pasos ya los ha dado. —Anda que no sabía nada la pequeñaja esta.

—Bueno, pues sus siguientes pasos —le sonreí—. ¿Te parece mejor así, listilla?

Asintió con la cabeza mientras se reía, me levanté y fui corriendo en busca de Neil, porque no quería dejarlos solos mucho tiempo. Entré en el despacho como si me persiguiera el diablo y sin darle tiempo a que me preguntara, me acerqué a él y lo cogí de la mano para que se levantara.

—Vamos, levanta. Quiero que veas algo. —Tiré de su mano para que me siguiera.

—Tengo que hacer una llamada importante —dijo intentando soltar mi agarre.

—Esto es mucho más relevante, te lo aseguro. —Tiré más fuerte de su mano.

—Anaís, no puedo perder el tiempo en tonterías. —Pero por lo menos se estaba dejando arrastras.

Al entrar en el salón donde los dos niños estaban en el suelo jugando, me miró con una expresión que parecía preguntar qué más quería que viera, además de observar a sus hijos divirtiéndose.

—¿Para verlos jugar me sacas de mi despacho? —Levantó una ceja.

—Espera y verás. —Le di una palmadita en el pecho—. Riley, mira quién está aquí —llamé la atención del niño—. ¿Quieres que papi te dé un besito?

—Sí —dijo mientras reía.

—Pues tienes que venir hasta aquí, tú solito, como has hecho antes. Zoé, ayúdale a levantarse.

La niña le ayudó y cuando estuvo de pie lo soltó con mucho cuidado, le llamé y poco a poco empezó a dar pequeños pasos hasta llegar a nosotros. Yo estaba de lo más feliz viéndolo, aunque ya lo había visto antes, pero me daba mucha alegría haber vivido sus primeros pasos junto a él.

—Míralo, está andando —dije dando saltos de alegría.

¿Os he dicho en algún momento que a veces soy muy impulsiva? Pues en ese momento me dejé llevar por mi impulsividad. El niño estaba a medio camino de nosotros y yo no tuve otra cosa que hacer, que volverme hacia Neil, cogerlo de sus mejillas y plantarle un besazo en toda su boca.

En el momento en que pegué mis labios a los suyos, me di cuenta del gran error que había cometido.

—Lo siento, lo siento —me disculpé varias veces—. Ha sido un impulso por la alegría de ver al niño.

Podía ver como Neil se estaba aguantando una sonrisa. De verdad, que no sé por qué le di ese beso, y menos en un momento como ese. Ya me dijeron varias veces mis abuelos que la impulsividad me iba a traer problemas, pero es que no lo podía evitar, me salía sin darme cuenta.

Neil se agachó para quedar a la misma altura que su hijo y poder cogerlo cuando llegara a él. Pasito a pasito, Riley llegó hasta su padre, era maravilloso ver cómo Neil cargaba a alguno de sus hijos en brazos.

Cuando llegué aquí, la primera impresión que me dio con respecto a sus hijos era igual de fría que con el resto de las personas. Sin embargo, conforme iban pasando los días podía ver que, aunque pasara muy pocas horas con ellos, sentía auténtico amor hacia ellos. Las miradas no mienten y la manera que tenía de mirar a los niños lo decía todo.

Se quedó un momento en el salón, aproveché que él estaba con ellos para ir a la cocina y prepararles la merienda a los niños. Les trocé un poco de fruta y en un plato puse unas cuantas lonchitas de pavo, cuando iba por el pasillo me tropecé con Isabella, y como era de esperar no perdió su oportunidad de buscarme la boca.

Lo que jamás hubiera imaginado sería que me diría lo que me dijo.

—Has fallado en tu intento de volver a llamar la atención de Neil. —Me miró con chulería.

—No sé de qué me hablas y si no te importa, no voy a escuchar tus tonterías. —Hice el intento de pasar por su lado, pero se volvió a poner en medio.

—Esto, te aseguro que sí lo quieres escuchar. —Levantó ambas cejas—. Y si no lo quieres escuchar, te lo voy a decir de todas las maneras —hizo una pausa para crear más tensión—, aunque te lo hayas follado, no lo vas a tener nunca para ti. Así que deja de hacer el intento como hace un momento dándole un beso, con él, eso no te vale de nada. —Me quedé clavada en el suelo, sin saber cómo reaccionar. ¿Cómo sabía ella que nos habíamos acostado? —. No me pongas esa cara, yo no os he espiado, si lo sé, es

porque el mismo Neil me lo contó cuando vino a mi habitación a la noche siguiente, se ve que contigo no se quedó satisfecho.

El corazón parecía que se me quería salir del pecho. Me mintió, Neil, me mintió al decirme que nunca había tenido nada con ella y lo que era peor, le había contado lo que pasó entre nosotros. Se había reído de mí en todo momento.

Y yo, como la imbécil que era, había caído en su juego. Me hubiera esperado cualquier cosa de él, menos esto, la indiferencia, sus palabras frías y muchas otras cosas, pero esto no. Aguantándome el picor de ojos por las ganas que tenía de llorar, levanté la cabeza y me enfrenté a ella.

—¿Qué es lo que se supone que esperas que haga con esas palabras que me has dicho? ¿Esperas verme llorar? —Que era lo que realmente quería hacer, llorar entre los brazos de mis abuelos, hasta quedarme ronca, pero ella no lo iba a ver—. Desde ya te digo que me importa una mierda lo que te haya dicho Neil. ¿Sabes con lo que me quedo? Con lo que me hizo disfrutar, si él no lo hizo, lo siento por él.

—Eres una puta que se abre de piernas ante cualquier hombre —dijo con rabia.

—Ten cuidado con las palabras que dices —le dije cabreada— además, no me abro de piernas con cualquier hombre, solo lo hago con mis jefes, tú sabes, por eso de intentar escalar. —Le guiñé un ojo y me marché dejándola con la palabra en la boca.

De camino al salón, la máscara que me había puesto ante Isabella se me iba resquebrajando poco a poco, y por cómo me sentía, sabía que no podría aguantarla mucho más.

—Mirar, qué cosa más rica traigo para mis niños. —Intenté sonar alegre—. ¿Quién se lo va a comer todo? —Los dos se pusieron a comer con ganas. —Neil, ¿puedes decirle a Dolores que se quede un rato con los niños? —Intenté no mirarlo a la cara—. No me encuentro muy bien.

—¿Qué te pasa? Estabas bien hace diez minutos. —Se puso delante de mí.

—Me ha entrado un fuerte dolor de migraña, solo necesito tomarme mis pastillas y descansar un poco. —Seguía con la cabeza agachada para no mirarlo, no quería que viera que me estaba rompiendo por completo.

—Anaís, mírame cuando hablas. —Me cogió de la barbilla con dos dedos y me levantó la cara—. Tienes los ojos rojos y llorosos, ¿estás segura de que es una migraña? —Me retiré de su toque dando un paso atrás.

—Sí, es que se me ponen los ojos así cuando me duele la cabeza, de verdad, solo necesito descansar un poco, por favor.

—Vete, no te preocupes por los niños, yo me encargo de ellos —volvió a levantar mi rostro para mirarme a los ojos—, pero que sepas, que a mí no puedes engañarme, sé que te pasa otra cosa. —No le contesté.

—Os lo tenéis que comer todo, ¿vale? —les dije a los niños— Voy a ir un momento a mi habitación, pero en un ratito estoy de vuelta para jugar un poquito más.

Capítulo 10



Aguanté el nudo en la garganta y las ganas de llorar hasta que llegué a mi habitación, pero en el momento en que crucé la puerta y supe que estaba sola, toda la fuerza que había mantenido se desmoronó de inmediato.

Al cerrar la puerta, no llegué ni a la cama; simplemente me dejé caer lentamente hasta el suelo, abrazando mis piernas y apoyando la frente en ellas mientras el llanto reprimido salía sin control.

No podía creer que Neil fuera tan poco hombre como para ir a contarle a su amante lo que había pasado entre nosotros dos. ¿Tan poco valor le daba a su intimidad?

Se habían estado riendo de mí los dos, ahora comprendía por qué reacciono así cuando discutí con Isabella el segundo día de llegar aquí. La defendió desde el primer momento ante mí, por eso no me dio opción a defenderme, simplemente tuvo que recular y disimular cuando Dolores le dijo que Isabella había mentido.

Con las manos temblorosas le puse un WhatsApp a Cloe, necesitaba a mi amiga, ojalá estuviera aquí conmigo, necesitaba el abrazo de alguien que me quisiera, que me dieran el cariño que ansiaba en este momento.

Anaís: *¿Estás en tu casa?*

Sabía con esas simples palabras, se daría cuenta de que me pasaba algo.

Cloe: *No, estoy visitando a los abuelos. ¿Qué te pasa? ¿Quieres que te haga una videollamada y hablamos los cuatro?*

Anaís: *No me llames delante de ellos, por favor. No quiero que me vean como estoy en estos momentos.*

Cloe: *Anaís, me estás preocupando. Espera que me despido de ellos y te llamo.*

Anaís: *Mejor quédate y hazles compañía, hablamos en otro momento. No te preocupes, ha sido una tontería. Te prometo que estoy bien o que dentro de poco lo estaré. Mañana hablamos y te lo cuento. Te quiero mucho, besos para ti y los abuelos.*

Cloe: *Nena, no cuela que estés bien, pero sé cómo eres y que necesitas tu espacio. Sabes que si me lo pides, me planto allí en un abrir y cerrar de ojos. Yo también te quiero, no olvides que me tienes a tu lado siempre.*

No le volví a contestar, como bien había dicho ella, necesitaba mi espacio. Me levanté del suelo y me fui hacia la cama, donde me tumbé bocabajo mirando hacia un lado. Intenté dejar de pensar, pero era imposible; no paraba de recriminarme haberme acostado con Neil.

Había estado con otros hombres antes, pero ninguno de ellos se había reído de mí de esta manera. Y aunque Óscar se había portado como un cerdo, sabía que con él al menos podía prever lo que iba a pasar.

No esperaba amor eterno de su parte ni nada parecido, pero un mínimo de respeto hacia mi persona, sí. Estaba claro que no me había pasado por la imaginación que pasase algo así, porque de haber sido el caso, jamás me habría acostado con él.

No tenía ni idea de cuántas horas llevaba encerrada en la habitación, no había salido para nada, ni pensaba hacerlo. De hecho, había tomado una decisión firme: iba a marcharme de ese lugar.

Me dolía dejar a los niños, realmente me partía el corazón, pero no estaba dispuesta a permitir que nadie me utilizara para reírse de mí.

De repente, escuché cómo la puerta se abría poco a poco, y aunque ya no lloraba con desgarró, sí me seguían cayendo las lágrimas y no quería que nadie me viera en ese estado, por lo tanto, decidí hacerme la dormida.

—Está dormida, así que no hagáis ruido. Le dais un beso suave y nos vamos, ¿de acuerdo? —Era la voz de Neil hablándole a los niños.

—Vale, papá —dijo Zoé.

Podía escuchar cómo se acercaban a la cama, me quedé totalmente inmóvil e intenté suavizar mi respiración. Sentí cómo el pequeño dejaba un beso en mi mejilla.

—¿Ta malita? —le preguntó a su padre.

—Shhh... —Chistó—. Sí, está malita —volvió a decir en voz baja.

Después llegó el turno de Zoé para darme el beso, supuse que el padre dejó a Riley en el suelo y cogió a la niña para que llegara a dármele sin problema.

—Papá, creo que ha tenido un sueño malo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tiene la cara mojada de llorar.

Mi niña era muy lista, demasiado diría yo, cómo se había dado cuenta de mis lágrimas, que, aunque eran silenciosas, seguían saliendo.

—Pues entonces, seguro que sí ha tenido un mal sueño, venga vámonos. —Se fue con los niños y cerró la puerta suavemente.

Al final terminé quedándome dormida un rato, suponía que era por el cansancio de tanto llorar, no sabía si había dormido una hora o dos, pero sí que me desperté con un fuerte dolor de cabeza y me levanté para ir a la cocina y tomar algo para ese dolor.

No se escuchaba a nadie por ningún lado, así que supuse que ya se habían retirado cada uno en su habitación a descansar, por lo que un poco más relajada por no ver a nadie, me preparé un té. Me senté en un taburete de la isla de cocina, con los codos apoyados sobre la superficie mientras sujetaba la taza.

Tan metida estaba en mis pensamientos, que no escuché que llegaba alguien y se apoyaba en la isla mirándome. Esa persona era Dolores.

—Niña, escuché todo lo que te dijo Isabella. —Me acarició el brazo—. Siento tanto lo que te ha pasado, que no encuentro palabras para darte consuelo.

Vi que estaba emocionada, y es que ella una mujer demasiado buena y sentía el dolor de las personas como el suyo propio.

—No te preocupes Dolores, todo pasará y dejará de dolerme esto que ha pasado. —Le dediqué una media sonrisa—. Nada dura para siempre, todo tiene solución menos la muerte o por lo menos eso es lo que dice siempre mi abuelo.

—¿Tú de verdad piensas que Neil le ha contado lo que pasó entre vosotros a Isabella?

—¿Cómo podría haberse enterado de otra manera? —le pregunté, sintiéndome desesperada—, Tú lo has sabido porque has escuchado a Isabella, pero ella no tenía otro modo de saberlo. Además, si oíste eso, también escuchaste el resto de la conversación. —Se me escaparon unas lágrimas.

—¿Y si os vio o escuchó? —preguntó— Ella tiene la costumbre de pegar la oreja siempre en la puerta del despacho, la he pillado más de una vez.

—Claro —dije irónica—, por eso también se acostó con ella al día siguiente de hacerlo conmigo. Da igual, Dolores, no puedes defender lo indefendible —volví a suspirar—. Ya he tomado una decisión, y mañana se la comunicaré a Neil, lo siento mucho por los niños y por todos los que me

habéis acogido aquí con los brazos abiertos, pero no me puedo quedar en un sitio donde se disfruta haciéndome daño, no creo que merezca eso.

—Pero niña, no puedes irte, los niños están muy felices desde que has llegado. Ellos lo sentirán mucho. —Me hizo girarme para que la mirara a la cara.

—Por eso te he dicho que lo voy a sentir mucho por ellos, pero de verdad, no me puedo quedar. —Empecé a levantarme para dirigirme de nuevo a mi habitación—. Mañana nos vemos Dolores, me duele la cabeza y ahora es de verdad, supongo que será por todo lo he llorado. —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla—. Gracias por todo.

—No, gracias a ti por haber hecho a los niños felices todos estos días. —Me devolvió el beso.

Cuando iba de camino a mi habitación, alguien me cogió desde atrás y tapó mi boca para que no gritara. Al mirar sobre mi hombro vi que era Neil y que me llevaba hasta el despacho, entró todavía sujetándome y hasta que no cerró la puerta y se puso ante ella no me soltó.

—Ahora me vas a contar qué es lo que te pasa de verdad. —Entrecerró los ojos—. Y quiero escucharlo de tu boca, porque me he tenido que enterar del motivo por el que estás así al escucharte hablar con Dolores.

—No tengo nada que contarte —hable en voz baja—, mejor háblalo con Isabella, ya que es con ella con quien lo hablas todo.

—¿En serio, Anaís? ¿De verdad piensas que soy ese tipo de hombres? —me retó a que le contestara— Puede que fuera frío después del momento que habíamos compartido, pero eso no quiere decir que haría algo tan horrible como lo que me estás acusando injustamente. —Su enfado se hacía más evidente con cada palabra.

—Yo no creo nada, no te conozco lo suficiente y yo no te he acusado de nada, ha sido tu amante la que me dijo todas esas cosas. —Ahora la que empezaba a enfadarse era yo—. Soy yo la que lo está pasado mal, soy yo la

que ha tenido que escuchar cómo te reías con ella de mí. —Di un paso hacia él.

»Es a mí a la que han llamado puta —grité—, es a mí a quien le han hecho daño. Tú no tienes que padecer las pullas de esa mujer, tú no eres quien ha escuchado cómo, al día siguiente de habernos acostado, te acostabas con ella porque conmigo no disfrutaste lo suficiente.

—¿Qué dices? —Parecía asombrado—. Te dije esa noche que nunca había tenido nada con Isabella y no te he mentado, y mucho menos he hablado de nuestra intimidad, ni con ella ni con nadie. —Dio un paso al frente—. Lo que te dije esa noche era verdad, todo lo que te dije, lo de antes de acostarnos y lo de después.

»Me atraes mucho, Anaís, más de lo que quiero admitir, pero no estoy preparado para una relación. Créeme, te lo juro por mis hijos, no miento, no sé cómo se ha enterado, pero yo no le he dicho nada y mucho menos me he acostado con ella. Tienes que creerme, por favor.

Me estaba haciendo un lío, parecía tan sincero que, me costaba no creer en sus palabras, pero de la forma en la que me lo dijo Isabella, también parecía que no mentía. No sabía qué ni a quién creer.

—Neil, lo siento, pero no puedo fiarme de ti —le dije con pesar—. Me gustaría, pero de la manera en la que ella me dijo todas esas cosas, también parecía que no mentía.

—Eso tiene solución, la hago llamar y que te lo vuelva a decir delante de mí, a ver si tiene agallas.

—No es necesario. Si realmente deseas que te crea, haz algo al respecto, porque ahora tengo algo que decirte. —Le di unos golpecitos en el pecho con el dedo—. O se va ella, o me voy yo.

—¿Me estás amenazando? —Intentó intimidarme.

—No, estoy diciendo la realidad de lo que pasará, porque o sale ella mañana por la puerta o me voy yo a primera hora. —Ahora estaba sacando la valentía que me faltó por la tarde.

Se fue acercando cada vez más a mí, pero no pensaba dar ni un solo paso atrás.

—Me da igual que ella se vaya, pero no quiero que lo hagas tú, mis hijos te necesitan, no puedes abandonarlos. —¿Estaba intentando chantajearme emocionalmente? —. Te lo vuelvo a pedir por favor. —Parecía desesperado.

—Neil, sabes que tus hijos significan mucho para mí, pero me tengo que querer un poco a mí misma, y esa mujer vive para hacerme la vida imposible, y aunque intento no entrar en su juego, eso no significa que no me duela todo lo que me dice.

—Mañana hablaré con ella y le diré que no seguirá trabajando aquí y que, por lo tanto, se tendrá que ir mañana mismo. —Me acarició la mejilla y con su dedo pulgar retiró una lágrima que se me había escapado.

—Gracias, te lo digo de corazón, porque no quería dejar a los niños, pero tenía que hacerlo por mi salud mental.

Me separé un poco de él para que me dejara de tocar, no porque me quedara aquí, significaba que confiaba en él. Dejó de caer la mano hacia un costado suyo, como si estuviera decepcionado.

—Buenas noches, Neil. —Me giré y justo cuando iba a salir lo escuché murmurar.

—Buenas noches, pequeña mía —lo dijo tan bajito que sonó casi como un susurro, pero lo oí.

Ya con el pijama puesto y acurrucada debajo de mis sábanas, no dejaba de pensar en ese «pequeña» que me había dicho.

¿Cómo unas simples palabras podían llenar tanto el corazón de alguien? Quería creer que eran palabras sinceras, salidas de su corazón o de algún sentimiento que albergara hacia mí, pero ni mi corazón ni, mucho menos, mi mente, estaban dispuestos a aceptar esa idea.

Si tuviera la certeza de que algún día se me concedería un deseo, sin dudar, pediría tener un futuro junto a ese hombre, formando una familia

que incluyera a los niños y a otros que pudieran llegar en el futuro.

Sin embargo, como dice un refrán en mi pueblo, «de ilusiones vive el tonto de los cojones», pues bien, yo era la tonta de los cajones esa, porque no podía evitar pensar y desear estar con él todo lo que me quedara de vida.

Me volví a regañar mentalmente y me obligué a dormir, ya que presentía que mañana sería un día bastante largo, por lo tanto, tenía que coger fuerzas.

Capítulo 11



La mañana llegó tal como había anticipado la noche anterior, muy ajetreada, por decirlo suavemente. Apenas bajé con los niños para prepararles el desayuno, y ya se podían oír los gritos provenientes del despacho de Neil. Todos esos alaridos eran de una sola persona, y esa no era otra que Isabella.

Me llevé a los niños lo más rápido que pude a la cocina, intentando que no escucharan a esa mujer desquiciada, porque, sinceramente, lo que estaba soltando por su boca no era nada apropiado y su lenguaje dejaba mucho que desear.

En el fondo, sentía una mezcla de tristeza y compasión por ella; era increíble lo tonta que podía llegar a ser en esos momentos. Me daba pena, porque en el corazón no se manda y estaba totalmente segura de que ella estaba locamente enamorada de Neil.

Pero, por otro lado, no me daba ninguna pena, ya que aunque estuviera enamorada y no fuera correspondía, no tenía derecho a ir haciendo daño a otras personas.

Por desgracia, en esta vida, nunca tenemos lo que queremos o más bien deseamos, como era en mi caso. Me preguntaba constantemente cómo había podido enamorarme tan intensamente en tan poco tiempo, pero por más que intentaba encontrar una explicación, seguía sin tener una respuesta.

Me apresuré a entrar en la cocina y a cerrar la puerta tras de mí. Lupe me miró con los ojos de par en par, seguro que ya se había enterado de todo, al igual que lo habían hecho los demás, por las miradas que estaba recibiendo.

Aquí había miradas para todos los gustos y colores, como se suele decir. Estaban desde la divertida de Bernardo, pasando por la de asombro de Lupe, la de pena de Dolores y, por último, la de maldad de Héctor.

Porque dejadme deciros algo, ese hombre tenía una mirada que lograba ponerme los pelos de punta, pero bueno, que no iba a desperdiciar mi tiempo analizando la forma de ser de ese hombre.

—Buenos días —dijimos los niños y yo a la vez, bueno, Riley lo dijo con su lengua de trapo y a su manera.

Lupe vino hacia nosotros y, con ternura, tomó al niño de mis brazos para darle un montón de besos. Cuando veía al pobre niño agobiado, lo dejaba sentado en su silla e iba a por la niña. Ella, como ya conocía las intenciones de Lupe, comenzaba a correr para escapar de ese achuchón de buena mañana. Era un juego entre ellas dos que me hacía sonreír, disfrutando de cómo cada mañana se llenaba el ambiente de risas y alegría.

—¿Os podéis quedar con los niños un momento? —no se lo pregunté a nadie en concreto. Todos asintieron con la cabeza.

—Niña —me llamó Bernardo—, la bruja va a dejar sordo al señor —dijo en voz baja y sonriendo.

—Lo que no sé es cómo no nos deja sordos a nosotros también. Por favor, intentad que los niños no la oigan mucho. Voy a ver lo que está pasando. — Le di una palmadita en el hombro y un beso en la mejilla.

Salí de la cocina y me encaminé hacia el despacho. A medida que me acercaba, las voces de Isabella se hacían más audibles. No me molesté en tocar a la puerta; simplemente la abrí y entré. Al instante, dos pares de ojos se fijaron en mí: los de ella, llenos de furia, y los de él, que mostraban una mezcla extraña.

—Por tu culpa —gritó a pleno pulmón—. Con tu cara de niña buena, has llegado aquí para ponerlo todo patas arribas y quedarte con lo que me pertenece. —Estaba desquiciada.

—¡Qué estás diciendo, Isabella! —la voz de Neil sonó dura— ¿Cuándo te ha pertenecido en esta casa algo? ¿Has perdido la cabeza? —preguntaba en voz baja— Tú solo estabas aquí para limpiar.

—Y ella —me señaló—, solo vino aquí para cuidar de tus mocosos, no para que te la follaras como la puta que es.

—No voy a permitir que vuelvas a faltarle el respeto a Anaís. —Dio una palmada sobre el escritorio—. No tengo que darle explicaciones a nadie, y mucho menos a ti. Te lo he dicho de buenas maneras, quiérete un poco y vete de aquí ya.

—Esto no se va a quedar así, os lo prometo. —Pasó por mi lado y me dio un empujón.

Cuando se había ido, Neil se acercó a mí y me preguntó si estaba bien.

—Lamento mucho lo que ha pasado —le dije.

—Tú no tienes la culpa de nada, la culpa es mía por no haber tomado medidas antes. —Me acarició la mejilla y me alejé de su mano.

Anhelaba con todas mis fuerzas sentir su contacto, pero era consciente de que si no establecía una barrera entre nosotros, me iba a hacer mucho daño.

—Ya veo —dijo, dejando caer su mano—, ahora la fría vas a ser tú.

—Neil, no se trata de ser fría, se trata de proteger a mi corazón. No quiero sufrir y enamorarme de ti. —Ni loca le iba a decir que ya estaba enamorada de él—. Tú no me vas a querer en la vida, puede que te atraiga y que el sexo entre nosotros haya sido bueno, pero si permito que te acerques a mí, la que perderá el corazón seré yo, y no quiero eso para mí, lo siento, espero que me entiendas.

—Entonces haces bien en mantenerte alejada de ti, porque jamás me enamoraría de ti. —Ahí estaba de vuelta el hombre frío y duro con sus palabras—. Lo que sí necesito es que me ayudes a encontrar a alguien para que trabaje aquí ocupando el puesto de Isabella, ¿podrás ayudarme en eso? —Me miraba sentado detrás de su mesa.

—Cuenta con ello, déjame eso a mí. —Aguanté una gran sonrisa, porque ya tenía a la chica perfecta para ese puesto, pero no se lo diría todavía—. Ahora me voy con los niños, si necesitas algo más, solo dímelo.

—Te lo agradezco, cuando consigas a alguien, avísame, no puedo dejar a Dolores sola con todo esto por mucho tiempo. —En el fondo, tenía buen corazón.

—No te preocupes, mientras encuentro a alguien, yo le echaré una mano a ella.

Salí del despacho y, mientras me dirigía a la cocina, no puede aguantar la sonrisa y la dejé salir. Imaginaba la reacción de Cloe al proponerle que viniera a trabajar conmigo; podía visualizarla haciendo su maleta en un abrir y cerrar de ojos, dando saltos de alegría por la noticia.

Pero claro, antes de mencionárselo a Neil, necesitaba estar completamente segura de que Cloe estaría dispuesta a aceptar la propuesta.

—Chicos... ¿Qué os parece si hoy montamos un campamento improvisado en el jardín de atrás? —propuse dando palmadas para que se entusiasmaran más.

—¡Sííí! —gritaron al unísono.

—Pues venga, terminados el desayuno y pongámonos manos a la obra, que hay un montón de cosas que preparar.

—Estarás contenta ya —dijo Héctor al pasar por mi lado, no era una pregunta. Ni me molesté en contestarle.

—Dolores, ¿hay sábanas viejas o algo por el estilo?

—Claro, ahora mismo te las traigo —respondió con una sonrisa.

—Pues yo, os voy a preparar el mejor pícnic del mundo —se ofreció Lupe.

—Pues yo no voy a ser menos, así que me ofrezco para montar una tienda de campaña que os va a encantar —comentó Bernardo mientras se levantaba

de la mesa.

Todos nos pusimos manos a la obra y los niños estaban de lo más emocionados. Zoé cogió algunos cuentos y juegos, y a Riley le sacamos también algunos de sus juguetes.

La ventana del despacho de Neil daba a la parte trasera del jardín, donde planeábamos montar nuestro improvisado campamento. En uno de esos viajes que hacía con los niños para llevar cosas, pude ver como Neil se asomaba a la ventana con una ceja alzada, como si se preguntara qué locura se me había ocurrido esta vez.

Era evidente que pensaba que estaba llevando a cabo alguna idea descabellada con los pequeños.

En una de esas salidas, mientras Dolores me estaba ayudando a llevar unos cojines... Porque, aunque estuviéramos en el jardín, no podía faltarnos la comodidad. Anda que estaba yo de lo más preparada para irme a un campin, léase con ironía.

Pues eso, que en una de esas salidas, le dije a Dolores que vigilara a los niños que tenía que hacer una llamada importante.

Subí corriendo a mi habitación para llamar a Cloe, no fuera a ser que Neil buscara a otra persona para ocupar el puesto de Isabella.

—Hola, ¿estás más tranquila hoy? —contestó nada más descolgar.

—Es una larga historia, pero no te llamo para contártela ahora, sino para decirte algo que creo que te hará mucha ilusión.

—Ains... ¡Ya me tienes intrigada!, cuenta, cuenta.

—Se ha quedado un puesto vacante aquí y te llamaba para ver si te interesaba. —Crucé los dedos para que quisiera venir aquí.

—Me interesa. ¿Cuándo tendría que irme para allá? —Se la notaba supercontenta.

—Espera, loca, que todavía no te he dicho para qué es. —Aguanté la risa.

—Me da igual, como si es para recoger caca de vaca. —Ahí solté una carcajada, siempre era igual.

—No, eso seguro que no es, a no ser, que al jefe le dé por comprar vacas.

—¿Ves?, pues si eso no es, lo demás me da igual.

—Mira, te lo suelto de una vez. Es para un puesto de limpiadora, te lo comento para que lo sepas, esto es grande y lo tienes que mantener todo impoluto. Estarías trabajando bajo las órdenes de Dolores, pero desde ya te digo que es una mujer maravillosa.

—Ya sabes que no se me caen los anillos por limpiar, y si a eso le sumamos que vamos a tener la oportunidad de estar juntas de nuevo, no hay más que discutir.

—Genial, hablaré con Neil y se lo comentaré, crucemos los dedos para que acepte. Te llamo por la noche y te digo lo que sea.

—Espero tu llamada, entonces, besos.

Nos despedimos y de verdad esperaba que a Neil le pareciera bien la idea. Desde que había llegado aquí, todavía no había salido ningún día, y ya tenía ganas de visitar todo Glasgow y conocer a sus gentes. No podía imaginar mejor compañía que Cloe para esta aventura.

Los niños se divirtieron muchísimo durante el día, y no era para menos, ya que estuve entreteniéndolos con todo tipo de actividades que se me ocurrían. Vamos, que cuando llegó la noche, se dejaron caer en la cama exhaustos; estoy segura de que ni siquiera tuvieron tiempo de apoyar la cabeza en la almohada antes de que el sueño los atrapara.

Estaban tan agotados que Neil tuvo que ayudarme a subirlos. Yo llevaba al pequeño mientras él cargaba a la niña en brazos. Al salir de la habitación, aproveché para comentarle que ya había encontrado a alguien para el puesto de trabajo.

Le dije que era mi mejor amiga, que estaba muy emocionada por la oportunidad y que se esforzaba mucho en su trabajo. Le aseguré que no tenía que preocuparse por ese tema ni por ningún otro.

Dio el visto bueno y me aseguró que al día siguiente se encargaría de todo para que pudiera tomar el vuelo esa misma tarde y llegar antes del anochecer.

Los gritos de Cloe casi los pude escuchar desde aquí sin necesidad de una llamada, ¡por Dios, que manera de gritar!

Ya estaba contando los minutos para tenerla a mi lado; sabía que se llevaría genial con todos, porque ella es una persona muy extrovertida y divertida. Eso sí, sabía que su llegada iba a revolucionar todo en el castillo.

Capítulo 12



En esta ocasión, Neil decidió ir a recoger a Cloe personalmente al aeropuerto y, por supuesto, me pidió que lo acompañara. Como era de esperar, acepté encantada.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó cuando íbamos en el coche.

—No, lo que estoy es contenta —le respondí girando la cabeza para mirarlo con una gran sonrisa—. Somos amigas desde infantil y nunca nos habíamos separado, la extrañaba mucho.

—Espero que sea más tranquila que tú —dijo, y no lo pude evitar reírme a carcajadas. Neil me miró con una ceja levantada, como preguntándome qué era tan gracioso.

—Si te soy sincera, espero que te agarres porque con ella vienen curvas. —Uff... si las miradas pudieran matar, la suya lo habría hecho en el acto—. Pero en el buen sentido de la palabra. —Me apresuré a aclarar, no fuera a ser que se diera la vuelta con el coche y no llegáramos al aeropuerto.

—Anaís... me estás gastando una broma, ¿verdad? —No sabía si reír o llorar.

—Claro, hombre. Si Cloe es supertranquila. —Lo miré de reojo.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que me vais a dar muchos quebraderos de cabeza.

—Para nadaaa... —Alargué la última sílaba y eso le sacó una sonrisa—. Te das cuenta de que no pasa nada por sonreír un poco, ¿hasta te ves más joven! —Le di un pequeño toque con el dedo en la comisura de su boca.

Llegamos al aeropuerto y todavía faltaban veinte minutos para que aterrizara el avión, así que decidimos sentarnos en una cafetería para tomarnos un café. Se sorprendió al ver que me gustaba el café *espresso*, sin azúcar ni leche.

—No te imaginaba bebiendo el café así.

—Me gusta el sabor del café por sí solo, si le añades azúcar u otra cosa, ya no sabe igual. —Lo miré directamente a los ojos—. ¿Te imaginabas que era una chica más dulce? —pregunté con segundas, mordiéndome el labio inferior.

—No me provoques, Anaís. —Humedeció sus labios.

—¿Te estoy provocando?, ¿por decir que no soy tan dulce? —dije mientras apoyaba una mano bajo mi barbilla y lo miraba fijamente.

—¿Qué estás buscando, pequeña? —susurró.

—Tal vez quiero que me des un poco más de lo que me diste las otras noches. —me incliné en la silla para susurrárselo al oído.

—Sabes que he sido claro contigo y que no quiero ninguna relación.

—Lo sé, pero los dos sabemos que te atraigo y tú me atraes a mí, entonces, ¿cuál es el problema? —Quise saber.

—El problema es lo que tú misma me dijiste, que te terminarías enamorando de mí y lo pasarías mal. —Estaba atento a cada palabra que salía de mi boca.

—Sé lo que te dije, Neil —suspiré—, y por eso, ¿qué más te da que tengamos encuentros de vez en cuando? ¿Tienes miedo de que te enamores de mí? —le guiñé un ojo.

—Eso no va a pasar, pero lo que sí podría pasar es que te haga venir a mi cama cada noche y disfrute de tu cuerpo tanto como desee.

—¿No notas que aquí hace un calor insoportable de repente? —dije mientras me abanicaba con la mano para refrescarme, lo que provocó que Neil soltara una carcajada. Era la primera vez que lo veía reír así y tenía una risa de lo más sensual.

Tuve que apretar las piernas, buscando un poco de alivio ante el calor que comenzaba a invadir mi zona íntima.

—El calor que vas a sentir esta noche va a ser mucho más intenso —respondió con un tono de voz que dejaba claro que él también estaba sintiendo la misma excitación.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos hacia la puerta de salida. —Me puse en pie.

—Ya sabes, o vienes esta noche a mi habitación, o voy yo a la tuya —me dijo mientras pasaba a mi lado, deteniéndose un momento para dejar un suave beso en mi cuello. Fue un gesto tan sutil que casi no lo noté, pero mi cuerpo reaccionó de inmediato a ese beso fugaz.

En ese instante, la loca de Cloe salió corriendo y se lanzó a mis brazos. Si no hubiera sido porque Neil estaba justo detrás de mí, seguramente habríamos terminado en el suelo las dos.

Antes de que pudiera presentarla, ya estaba soltando una de sus ocurrencias.

—Si este es el chófer, por muy mal que te haya tratado, yo se lo perdono si pasa una noche conmigo. —Le hice gestos para que se callara, pero no sirvió de nada.

—Anda, cállate ya, bocazas. —Le di una colleja—. Él es Neil, nuestro jefe y el dueño del lugar donde vas a vivir, a menos que decida mandarte de regreso a España rápidamente. —La vi cambiar de color como un semáforo.

—Perdone, jefe, no me imaginaba que sería usted el que vendría a recogerme. —Le extendió la mano—. Me siento una privilegiada. —La hija de su madre no se callaba ni debajo del agua.

—Bienvenida, Cloe. —Le estrechó la mano.

—Jefe, sé que aquí sois muy secos y todo eso, pero si yo tengo que amoldarme a vuestra forma de ser, tú también deberías hacer un esfuerzo por adaptarte a la nuestra. —¿De qué estaba hablando ahora?—. Así que, por favor, dame dos besos y deja esos apretones de manos para los negocios. —Tiró de su mano y le plantó dos besos en la mejilla.

—Cloe, no te pases —la regañé.

—Tu amiga es todavía más impulsiva que tú —me dijo bajito cuando Cloe se dio la vuelta para coger su bolso del suelo.

—Bueno, parejita. ¿Qué os parece si nos vamos? —Y empezó a andar hacia la salida sin esperarnos.

Neil me lanzó una mirada con las dos cejas levantadas, y yo me tuve que hacer la despistada, porque no quería admitir que al pobre le había caído una buena con ella en su casa.

Íbamos en el coche, rumbo al castillo, y Cloe iba mirando el paisaje tan embobada como yo.

—Nena, ¿cuándo dices que podemos salir y recorrer esta ciudad? —preguntó con entusiasmo.

—¿Puedes calmarte un poco o prefieres que te dé un Trankimazin? Acabas de llegar —le respondí, un poco molesta, porque sabía que su emoción era solo nervios, que le estaban jugando una mala pasada, pero era importante que supiera mantener la compostura.

—Tranquila, leona, que no he dicho nada fuera de lugar, ¿verdad, jefe? —Qué desfachatez tenía cuando se lo proponía—. Por cierto, ¿qué distancia hay desde el castillo hasta la ciudad?

—Andando, alrededor de una media hora —le contestó Neil—. En coche, más o menos, unos seis minutos.

—Pues ya sabes, jefe. Nos tendrás que prestar un coche para los días que descansemos.

—Cloe... —le volví a advertir.

—Vale, ya paro. —Al mirarla vi que hizo el gesto como si se cerrara la boca con una cremallera.

Tengo que admitir que Neil fue sonriendo por todo el camino, y eso era algo muy raro en él.

Al llegar a las puertas del castillo, Cloe se quedó con la mandíbula descolgada y la verdad, es que no era para menos, porque era una maravilla para la vista.

—Jefe, qué bien te trata la vida —dijo después de soltar un silbido. Otra colleja que se llevó de mi parte—. Me vas a dejar tonta.

—Más de lo que estás, lo dudo. —Le saqué la lengua.

—Más que tratarme bien, todo lo que ves es el fruto de mucho esfuerzo —le contestó Neil.

—Pero el castillo te lo dejaron tus padres, a mí los míos lo único que me van a dejar es la vida que me han dado. —Rio—. Pero que conste que no me quejo. ¿Por casualidad no tendrás un hermano?

—Pues da la casualidad de que sí lo tengo, pero no te lo aconsejo —negó con la cabeza.

—Uy, aquí hay mucho que rascar, si lo dices porque es un bala perdida, no te preocupes que yo te lo pongo firme. —Nada, que no se callaba—. Por cierto, ¿y cuántos años dices que tiene ese hermano tuyo?

—Tiene treinta y cinco, es cuatro años menor que yo.

Me estaba quedando alucinada con Neil; por lo visto con Cloe sí que podía hablar con soltura, pero conmigo era otra historia. La verdad es que me estaba enterando de cosas que no tenía ni la más mínima idea.

Tal vez el problema era yo y no él, porque aparte de las miradas coquetas que intercambiábamos durante el café y esa noche de pasión, no habíamos tenido muchas más conversaciones, lo que me hacía dudar de mis posibilidades con él. Me reñí mentalmente una vez más, ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho desde que llegué aquí.

Dolores salió a recibirnos con los niños, y yo me dirigí a cogerlos para presentárselos a Cloe. Por supuesto, también le presenté a Bernardo y Lupe, a Héctor no se lo presenté porque no lo vimos; ya habría tiempo para que se conocieran, y la verdad, tampoco se perdía gran cosa.

Los niños vinieron con nosotras a la que sería la habitación de Cloe; ella llevaba al pequeño en sus brazos, mientras que yo cargaba a la niña, ya que, con el tema de que su hermano aún no andaba con soltura, rara vez la llevábamos en brazos.

—Ahora que estoy delante, me vas a decir qué es lo que te ha pasado. —Y no fue una pregunta, vamos, que lo daba por hecho.

Mientras los niños estaban entretenidos sacando las cosas de Cloe de la maleta, aproveché ese momento para contárselo todo. Conforme se lo iba contando, su expresión cambiaba constantemente, pasando de la incredulidad al enfado.

—Nena, aprovecha y disfruta con ese escocés que parece que sabe muy bien lo que tiene que hacer —seguíamos hablando bajito por los niños—. No pienses en lo que puede pasar, y vive por una puta vez en tu vida.

—Ya vivo, loca. —Me reí.

—Sabes lo que quiero decir, tía, que no siempre vas a tener a mano a un hombre como ese. ¿Pero tú lo has visto bien? —Abrió los ojos exageradamente.

—Como para no verlo. —Me acerqué más a ella—. Te puedo asegurar que lo tiene todo acorde con su tamaño.

—No me pongas los dientes largos, que estoy en modo desierto. —Se pasó la mano por la cara, como si estuviera desesperada—. ¿Crees que su hermano vendrá algún día?

—Cloe, luego eres tú la que me aconseja disfrutar y dejar de fantasear.

—Exacto, quiero disfrutar. Te aseguro que si aparece por aquí y está soltero, me lo llevo a la cama sin pensarlo, solo espero que sea como su hermano mayor, por lo que me has contado de él.

Ambas nos echamos a reír al mismo tiempo. Como ese hombre apareciera por aquí, no tendría nada que hacer con Cloe, ya que iba a caer en sus manos, seguro.

Entre que colocamos todas sus cosas y que no paramos de hablar de un tema y otro, se nos echó la hora encima de la cena. Así que cogimos a los niños y nos fuimos rápidamente hacia el comedor, donde seguramente Neil nos estaría esperando.

Estábamos en mitad de la cena, que por cierto estaba siendo muy divertida, cuando Cloe soltó una de las suyas.

—Neil, ¿cuándo os ponéis el *kilt* ese que usáis los escoceses, lleváis ropa interior debajo? —No me atraganté con el trozo de carne que tenía en la boca de milagro.

—¡Cloe! —le grité, y los niños se reían sin parar.

—Esa pregunta voy a dejar que te la conteste mi hermano si algún día lo conoces. —Tenía una media sonrisa—. Que sepas que lo hago para que tengas algo de lo que hablar con él. —Dio un sorbo a su copa de vino.

—¿Pero el *kilt* no es algo que ya está en desuso? —pregunté dentro de mi ignorancia con respecto a ese tema.

—Solo se usa para ocasiones especiales, como las bodas u otro tipo de celebraciones. —Me tocó la pierna por debajo de la mesa—. ¿Tú también quieres saber si utilizamos ropa interior debajo? —Que calor me estaba entrando.

—Yo no soy tan curiosa como lo es Cloe, puedo vivir sin saberlo. —Antes muerta que admitirlo.

—Mentirosilla, después me lo preguntarás a mí. —Con los labios articulé la palabra «capulla»—. Pues sabéis lo que os digo, en mi boda tu hermano llevará el *kilt* puesto, ya que son los novios los que lo suelen llevar, vamos por lo que sé.

—¿Te ha sentado mal el cambio de aires?

—Todo lo contrario, me ha sentado tan bien que he decidido que quiero vivir el resto de mi vida aquí —y lo decía totalmente convencida—. Niños, ¿a qué os gustaría mucho que yo fuera vuestra tita? —y, por supuesto, los niños respondieron que sí.

—Y que ella sea nuestra mamá —dijo Zoé dejándonos mudos a su padre y a mí.

Creo que ya es hora de que los niños se vayan a la cama —comentó Neil, visiblemente incómodo, mientras yo por dentro no podía evitar reírme.

Llevé a los niños a la cama para que se durmieran, mientras Cloe se encargaba de recoger y dejar todo en orden. En cuanto los pequeños se quedaron dormidos y mi amiga se fue a descansar, aproveché para darme una ducha antes de irme a la cama.

Capítulo 13



Acababa de salir de la ducha y me estaba poniendo las braguitas en mi habitación cuando, de repente, la puerta se abrió. Al principio pensé que era Cloe, pero al ver quién era, mi corazón se aceleró.

—Deberías estar quitándotelas en lugar de poniéndotelas — dijo con un tono más grave de lo habitual—. ¿Qué te dije esta tarde, Anaís? —Se acercó a mí con una intensidad que me hizo sentir vulnerable, como si fuera un depredador acechando a su presa—. ¿Dónde deberías estar ahora? —Su mirada me recorrió el cuerpo lentamente—. ¿Se puede ser más perfecta? —Empecé a sentir que el calor me iba a consumir.

»Deberías estar en mi cama, no aquí. —Se colocó detrás de mí y me rodeó la cintura con sus brazos—. Dios, tu cuerpo me responde tan bien. —Sus manos subieron suavemente por mi abdomen y luego se deslizaron hacia los lados. Era un roce delicado, casi etéreo, pero lo suficientemente electrizante como para erizar cada vello de mi piel—. Inclina la cabeza hacia un lado —me ordenó, y obedecí sin dudar—. Me vuelves tan loco que desearía estar dentro de ti día y noche.

Sus manos se deslizaron suavemente por los lados de mi pecho, mientras con la punta de los dedos fue trazando pequeños círculos hasta llegar a los pezones. Al mismo tiempo, sus labios iban dejando un rastro de besos desde mi hombro hasta llegar al lóbulo de mi oreja.

La temperatura de mi cuerpo aumentaba por momentos, era una mezcla de todo: su voz susurrándome al oído, sus dedos deslizándose suavemente sobre mi piel y su cuerpo presionándose contra mi espalda. Esa atracción que sentía

por él encendía un fuego que recorría cada rincón de mi ser, concentrándose especialmente en mi zona más íntima.

Levanté los brazos y los llevé hacia atrás, aferrándome a su cuello, instándolo a que continuara besándome con la misma intensidad que antes.

—Neil... no pares, por favor —susurré con un hilo de voz.

Lo sentí sonreír y, casi de inmediato, sus dedos se deslizaron suavemente sobre mis pezones, apretándolos lo justo para que se pusieran aún más erectos. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral, intensificando la sensación.

—Parece que es verdad que no eres tan dulce —dijo mientras retorció un poco más mis pezones—, por la forma en que reacciona tu cuerpo, está claro que te gusta.

—Nunca me ha gustado que sean bruscos conmigo —respondí entre gemidos—, y los azotes no son lo mío. Pero contigo es diferente, disfruto de la manera en que me tocas y de lo que me haces. —Jadeé, sintiendo cómo cada palabra aumentaba la tensión entre nosotros.

—Lo siguiente te gustará más. —Me giró para que quedara frente a él—. Quítate las bragas —ordenó mientras él empezaba a desabrocharse la camisa.

Enganché con los pulgares los laterales de las bragas y empecé a bajarlas poco a poco hasta que cayeron a mis tobillos. Con un movimiento sutil, las desplazé hacia un lado de la habitación usando la punta del pie. Mis dedos se deslizaron entre mis labios vaginales, y después, los llevé a su boca. Él los lamió con deseo, y cuando los saqué, se humedeció los labios.

Mientras él continuaba desnudándose, no podía apartar la mirada de su cuerpo, que parecía estar diseñado para seducir y provocar. Cuando finalmente se quedó completamente desnudo, no dudé ni un segundo y me dejé caer de rodillas ante él, lista para ofrecerle placer con mi boca y mis manos.

Con la punta de mi lengua, tracé un camino desde la base de su miembro hasta la punta, donde jugueteé haciendo círculos. Su gemido resonó en la

habitación, intensificando el calor que ya sentía en mi interior.

Cogí su miembro erecto y le di unas suaves pasadas con la mano, para después metérmelo en la boca, primero chupaba lento para ir calentándolo, cuando su respiración se volvió más errática, aumenté el ritmo de subida y bajada, ayudándome también con la mano. Al mismo tiempo, con la otra mano le acariciaba la parte baja de su ombligo, la llevaba hasta el nacimiento de su pubis y de ahí la bajaba a sus testículos, donde se los masajeaba con suaves caricias.

—Anaís... me vuelves loco —dijo mientras cogía mi cabeza para profundizar más en mi boca.

Antes de que llegara al orgasmo, me pidió que me levantara y me pusiera en pie. Apenas me incorporé y sin ningún tipo de miramiento, atrapó mi boca y me dio el beso más ardiente que he tenido en mi vida.

Parecía como si le fuera la vida en ese beso; su lengua se adentraba en mi boca con fuerza, luchando contra la mía y arrastrándome junto a él a una lujuria desenfrenada. Entre mordiscos, lametazos y los sonidos de placer que ambos emitíamos, la atmósfera se cargaba de una energía casi palpable.

Cuando finalmente se detuvo un momento para recuperar el aliento, me empujó suavemente hacia atrás sobre la cama, con el culo cerca del filo, las piernas levantadas y los talones apoyados en el borde. Me abrió las piernas tanto como dieron de sí.

—Ahora me toca a mí saborearte —gemí de anticipación.

Lo hizo comenzando con un suave recorrido de besos que iba desde mi tobillo, subiendo por la pantorrilla y llegando hasta el interior de mi muslo, donde se detuvo un momento antes de seguir su camino hacia mi vagina.

Su lengua exploró cada rincón de mis labios vaginales, saboreando cada gota que había escapado de mis jugos. La intensidad de esa sensación fue tan abrumadora que no pude evitar gritar y saltar en la cama. Sin embargo, cuando se centró en mi punto de placer, perdí el control por completo y me dejé llevar por un orgasmo que me envolvió, liberando un grito que rasgó mi

garganta, aunque lo ahogué rápidamente con la mano para que no se escuchara demasiado.

—Me has durado poco, pequeña —dijo con una sonrisa de suficiencia.

—La culpa es tuya, que me pones demasiado caliente. —Yo también sonreí, con la mirada aún nublada por el placer que acababa de experimentar.

—No te preocupes, todavía queda mucha noche por delante —dijo incorporándose para darme la vuelta y ponerme de pie en el suelo con las manos apoyadas en la cama.

—¿Cómo lo quieres? —Depositó un beso en mi espalda—. ¿Suave?, o ¿fuerte? —Otro beso más en el centro de la columna.

No podía ni contestarle, escuché cómo rasgaba el envoltorio del preservativo, giré la cabeza sobre mi hombro y vi cómo se lo colocaba en su miembro erecto. ¿Había algo más erótico que ver cómo se colocaba el preservativo? Para mí en ese momento os puedo asegurar que no lo había.

—Estoy esperando a que me contestes. —Se situó detrás de mí y con su erección fue pasándola por el centro de mi vagina, me estaba provocando.

—Me da igual —gemí—, solo hazlo ya.

Con una mano cogió mi pelo, pero sin darme ningún tirón, solo para agarrarlo e incorporarme pegando mi espalda a su pecho.

—Eso no me vale, nena. —Pasó su lengua por mi oreja.

—Está bien... —Jadeé—. Te quiero sentir duro.

Sin más, me penetró estando de pie como estábamos, de un solo golpe se adentró en mí y me hizo soltar un grito de placer.

—Dios... sí —grité y él gruñó.

Me hizo volver a colocar las manos sobre la cama mientras continuaba penetrándome. Mantenía un ritmo constante, sin pausa alguna, adentrándose

en mí de manera rápida y profunda, alcanzando ese lugar que, al ser estimulado, podría volver loca a cualquier mujer.

La intensidad del placer era tal que todos los vellos de mi cuerpo se erizaban. Cuando decidió cambiar de posición, se retiró de mi interior y se sentó en el borde de la cama, haciendo que me sentara a horcajadas sobre sus piernas.

—Ahora te toca a ti llevar el ritmo —dijo entre lametones en mis pechos, iba pasando de uno a otro.

Cogí su pene con una de mis manos y me lo fui introduciendo poco a poco, sintiendo como cada centímetro entraba en mí. Una vez que lo tuve completamente dentro, comencé a mover mis caderas suavemente de adelante hacia atrás. Neil me agarró de las caderas fuerte, pero se notaba que lo hacía por lo excitado que estaba.

Escuchar los jadeos que escapaban de sus labios, tan cerca de mi oído, me incitaban a acelerar el ritmo, pero sabía que si lo hacía, todo terminaría demasiado rápido. Quería saborear cada instante y disfrutar de su compañía por mucho más tiempo.

Empecé a subir y bajar sobre su endurecido miembro, poco a poco fui aumentando la velocidad, hasta que terminé explotando en un orgasmo que me consumió de pies a cabeza.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás, momento que aprovechó él para lamer todo mi cuello hasta llegar a mi pecho izquierdo.

Se levantó conmigo en brazos y todavía en mi interior, me llevó hasta una cómoda donde me sentó en él y empezó a moverse dentro de mí con un ritmo constante, eran penetraciones lentas y largas.

Lo agarré por el cuello y lo atraje hacia mí para atrapar su boca y devorarlo en un beso apasionado.

Sin dejar de besarnos, ese vaivén constante nos llevó a ambos a un clímax que se sintió como un tsunami, arrasando todo a su paso. Apoyó su frente en la mía intentando normalizar la respiración.

Poco a poco, se fue retirando de mí, y en el momento que salió del todo, una sensación de vacío me invadió, consciente de que eso significaba que tendría que esperar hasta nuestro próximo encuentro para volver a sentirlo cerca.

Se dirigió al baño para asearse, mientras yo me quedé atrás, incapaz de unirme a él en la ducha. No me sentía con fuerzas para eso; era un momento demasiado íntimo y no quería engañarme con ilusiones que quizás no se cumplirían, así que decidí esperar a que él terminara.

Salió del baño con una toalla envuelta en la cintura, con el pelo mojado y luciendo más atractivo que nunca. Ese hombre no era de este planeta, eso lo tenía claro, porque en todos mis años nunca había visto a nadie más guapo y atractivo que Neil.

Se acercó a mí y se despidió dándome un simple beso en la frente. En cuanto salió por la puerta me reprimí el no tener más fuerza de voluntad y quererme un poquito más a mí misma.

No es porque me sintiera engañada, ni mucho menos, porque en todo momento Neil había sido bastante claro conmigo y yo lo había aceptado, el problema era yo. Que sin poderlo evitar me había enamorado perdidamente de un hombre que jamás me iba a querer.

Me duché y me metí en la cama. Al día siguiente era domingo, y tenía planes de pasar el día entero con Cloe, explorando Glasgow. Definitivamente, necesitaba un cambio de aires y un poco de diversión para despejar la mente.

Capítulo 14



—Hora de despertar, dormilona. —Entró en la habitación en tromba.

—Joder, Cloe. Todavía es muy temprano —refunfuñé.

—Mejor, así tenemos más tiempo para recorrer la ciudad. —Tiró de mi brazo para que me levantara.

Al final, me levanté, ya que no quería que siguiera tirando de mi brazo, porque estaba claro que iba a terminar por arrancármelo. Entró al baño para aplicarse una de mis cremas hidratantes y salió con los ojos abiertos de par en par, como si hubiera visto algo sorprendente.

—Nena, ¿qué hace un preservativo en la papelera? —Me atraganté con mi propia saliva y empecé a toser—. Sí, sí, tú tose todo lo que quieras, pero a mí me cuentas todo lo que te pasó anoche.

Le hice un pequeño resumen de cómo había ido la noche, se lo iba contando mientras me iba vistiendo, para cuando ya estaba totalmente arreglada había terminado de contárselo. Evidentemente, me guardé para mí las cosas más íntimas. No era plan de contar lo que me hizo o lo que le hice por muy amiga mía que fuera.

Salimos de la habitación y ella se fue flechada a la cocina, saludamos a todos cuando entramos y se fue directa a la cafetera, Cloe era aún más adicta al café que yo, y eso ya era decir bastante.

—Lupe, ¿has visto al jefe? —preguntó Cloe— Es que necesito hablar con él. —Miedo me daba pensar qué era lo que querría hablar con él.

—Hace un momento le dijo a Dolores que le llevara un café a su despacho —contestó Lupe.

Sin dar más opción, y yo no tardé en seguirla, temiendo que soltase alguna de sus típicas salidas. Entró sin ni siquiera tocar la puerta.

—Jefe... como bien sabes, hoy es domingo, así que Anaís y yo tenemos descanso —Ni los buenos días le dio—. Por eso, me preguntaba si podrías ser tan amable de prestarnos un coche. —Al final lo que mencionó ayer sobre el coche iba en serio.

Neil levantó ambas cejas y puso una expresión un tanto extraña.

—Buenos días, a ti también. —Estaba serio—. ¿Me lo estás preguntando en serio?

—Hombre, pues claro, para bromas no hubiera venido a verte tan temprano.

—Cloe... llamamos a un taxi y punto. De todos modos, no conocemos estas carreteras.

—Para eso está el GPS. —Volvió a mirar a Neil—. Entonces, ¿hay coche o no lo hay?

—¿Por qué mejor no os lleva Héctor y que después os recoja? —suspiró negando con la cabeza, como admitiendo que tenía la batalla perdida contra Cloe.

—Cloe, yo creo que Neil tiene razón, es mucho mejor que nos lleve Héctor. —No me hacía gracia, pero no quería causar problemas.

—¡Qué dices, loca! Pero si ese tío la tiene tomada contigo. —Cruzó los brazos sobre su pecho como si estuviera indignada—. En serio jefe o nos dejás un coche o nos vamos haciendo autostop. —Dio un zapatazo en el suelo como si fuera una niña pequeña.

Neil abrió un cajón de su mesa y sacó unas llaves de coche.

—Aquí tienes, pero tenéis que prometerme que vais a tener cuidado. —
Alargó la mano hacia mí para entregarme las llaves, pero Cloe fue más rápida
y las cogió ella.

—Gracias, pero la conductora soy yo —dijo de lo más feliz—. Hala, nena,
si hasta nos deja un Mercedes.

—Pues ya estáis corriendo, porque como llegue mi hermano antes de que
os vayáis, os quedáis sin coche —dijo riendo—, ya que es suyo, ni loco, os
dejo yo el mío.

—Jefe, tú lo que quieres es que me riña mi futuro marido antes de
conocerme. —Le guiñó un ojo la muy descarada—. Nena, corre, corre, como
venga mi *Highlander*, nos quedamos en tierra. —Tiró de mi brazo y me sacó
del despacho en un visto y no visto.

Estábamos saliendo cuando nos tropezamos un pedazo de tío, tan
impresionante como Neil; de verdad, no podían decir que no eran hermanos.

Ambas nos quedamos boquiabiertas, sin poder creer lo que veíamos. Cloe
se detuvo de inmediato y se puso frente a él.

—Tú debes ser el hermano del jefe, ¿verdad? —La muy descarada lo miró
de arriba abajo por completo, yo creo que le hizo hasta una radiografía.

—Si te refieres a Neil como jefe, entonces sí, la respuesta es afirmativa. —
Alzó una ceja—. ¿Y vosotras quiénes sois?

—Ella es Anaís y yo soy Cloe. —La muy loca le dio un beso en la mejilla
—. Pero eso mejor que te lo explique el jefe. —Me volvió a coger de la mano
y tiró hacia ella—. Por cierto, no me has dicho tu nombre.

—Braden, y no te lo he dicho porque no me has dejado. —Este, por lo
menos, parecía más divertido que su hermano.

—Pues Braden, que no se te olviden ni mi nombre, ni mi cara, porque he
decidido que vas a ser mi futuro marido. —Cloe no conocía la vergüenza.

El pobre se quedó en un primer momento sin saber cómo reaccionar, hasta que finalmente soltó una carcajada.

Cloe, al final, dejó de prestarle atención y, al recordar que íbamos a llevarnos su coche, comenzó a correr hacia el garaje, arrastrándome con ella.

Cuando pulsó el botón del control remoto para abrir el coche y vio qué modelo era, casi se le hace agua la boca de la emoción.

—Nena, qué suerte tengo con el marido que he elegido. —No pude evitar reírme con ella; a veces, lo mejor es unirse a la locura de alguien cuando no puedes hacer otra cosa.

—Cloe, nada de tonterías, ese coche cuesta una fortuna y nosotras no podemos ni pagar el gasto de un simple pinchazo.

—Tú, tranquila, que yo controlo. Anda, pon el GPS.

Estábamos a punto de salir del garaje cuando, de repente, apareció Braden gritando a todo pulmón, seguido de su hermano que se iba meando de la risa.

—¡Corre, corre, que nos quedamos sin coche! —exclamó, lo que solo provocó que mi risa aumentara.

—¿Y cómo se supone que voy a correr si tú eres la que está al volante? ¿Debería bajarme y empujarlo? —respondí con ironía.

—Pues no estaría mal, Anaís, que este coche es muy moderno y yo estoy acostumbrada a conducir coches con treinta años —gritó, visiblemente nerviosa, al notar que el propietario se acercaba cada vez más.

Al final, logró salir de allí dando un acelerón y haciendo chirriar las ruedas. Desde la ventanilla, vi a Neil doblarse de risa, mientras su hermano se llevaba las manos a la cabeza. Y mi amiga, tan atrevida como siempre, al pasar junto a él, le lanzó un beso. Yo, por mi parte, me tapé la cara y sacudí la cabeza en señal de desaprobación.

Por suerte, activamos el GPS, porque de lo contrario, nos habríamos perdido sin duda. Aunque, para ser sinceros, a ella se le olvidó que aquí se

conduce por el lado izquierdo.

—¡Estás loca, nos vas a matar! ¡Te has metido en el otro carril! —grité, presa del pánico.

—Tampoco es para tanto, mujer —respondió, riéndose a carcajadas.

—No es para tanto porque no venía nadie. —Me santigüé, y eso que yo no era creyente.

—Nena, tienes que intentar relajarte, o no llegarás a vieja. —Era para darle con toda la mano abierta, sin duda.

Afortunadamente, llegamos al corazón de la ciudad sin ningún contratiempo. Encontramos un lugar para aparcar y comenzamos a explorar las calles de Glasgow.

Hicimos una primera parada en una cafetería muy bonita que vimos, ya que necesitábamos recargar energías con un buen desayuno. El tiempo se nos pasó superrápido y más no pude reírme ese día; hacía mucho tiempo que no disfrutaba de esa manera.

Cloe parecía haber aterrizado de España con la energía por las nubes, algo que no había visto en ella antes. Aunque siempre había sido divertida, ahora se sentía como si estuviera en una dimensión completamente diferente.

Para el almuerzo, decidimos entrar en un restaurante típico escocés, donde nos animamos a probar el famoso *haggis*. La verdad es que estaba bastante bueno; no es algo que comería todos los días, pero de vez en cuando no me importaría disfrutarlo.

La comida no llegó sola, ya que las cervezas también hicieron su aparición, y si soy sincera, terminamos bebiendo más de lo que comimos. No recordaba la última vez que había tomado tanto.

Lo cierto es que, en ese bar, la comida y la cena se nos juntaron.

—Anaís... —dijo con la lengua de trapo— aunque ahora esté medio borracha te voy a ser sincera. —Le dio otro sorbo a su cerveza—. Con solo

una mirada me he enamorado de Braden. —Enarqué una ceja—. Te lo juro, nena. Necesito que me ayudes a que caiga rendido a mis pies. —No pude evitar soltar una carcajada al escucharla.

—Cloe, tú no necesitas ayuda para ligarte a ese hombre, sola te bastas.

—Pues también es verdad. —Fue a apoyar el codo en la mesa y se le resbaló tirando su bebida a su paso.

Decidí que lo más sensato era llamar a Neil y pedirle que viniera con Héctor a buscarnos, ya que no podíamos conducir y tampoco queríamos dejar el coche aquí. Así que le comenté a Cloe que iba al baño para poder llamar a Neil sin que ella me escuchara.

—Dime, Anaís —contestó serio.

—Neil, verás, tenemos un pequeño problemilla encima. —Escuché un suspiro de su parte—. Cloe no se siente bien y no puede manejar, y yo he tomado un par de cervezas, así que tampoco estoy en condiciones de conducir.

—Envíame tu ubicación y voy con mi hermano a buscaros —me interrumpió antes de que pudiera decirle más.

Le mandé la ubicación y salí del baño para dirigirme a la mesa. Lo que no esperaba era que al llegar, me encontraría con Cloe bailando con mucha energía sobre una silla, rodeada de un montón de gente que la animaba a seguir con su espectáculo.

—Cloe, baja de ahí que te vas a matar. —Intenté bajarla, pero me lo estaba poniendo complicado.

—Sí, hombre, con el club de fans que me ha salido. —Me costó entender lo que estaba diciendo.

Llevaba ya veinte minutos tratando de convencerla para que dejara de bailar sobre la silla, pero la tía solo se detenía para tomar algunos tragos de su cerveza. Una esponja no llegaba a absorber tanto como lo hacía ella, pues

como os iba diciendo, yo seguía intentando que se bajara sin éxito. Así fue como nos encontraron los hermanos.

Aunque eran hermanos, su personalidad era completamente diferente. Neil entró con una expresión seria, mientras que Braden no podía contener la risa al ver a Cloe en esa situación tan cómica.

—¿Te parece bonito esto, Anaís? —me reprochó Neil cuando llegó a mi lado.

—A mí que me registren. —Levanté las manos como si fuera a entregarme a la policía—. La que está dándolo todo es ella, no yo. Además, ¿a ti que más te da lo que hagamos?

—No, si a mí me da absolutamente igual lo que hagas con tu vida —dijo cabreado—. Pero lo que no puedes hacer es ir molestando a las personas para que resuelva tus problemas. —No puedo imaginar a un tío más capullo que él.

—Neil, te estás pasando de la raya —intervino su hermano—, solo se están divirtiendo un poco, tienes que entender que son jóvenes. —Por suerte, mientras hablaba, estaba atento a mi amiga, porque si no, se habría estampado de cara contra la mesa. La sujetó justo a tiempo.

—¡Pero mira quién ha venido a rescatarme! —Le echó los brazos por los hombros—Si es mi futuro marido, ¿tanto te ha impresionado mi belleza que has venido a buscarme? —Braden soltó una carcajada increíble.

—Venga, futura mujer, hora de irnos —dijo llevándola en brazos fuera del local.

Era sorprendente cómo un hombre que acababa de conocerla la trataba con tanta amabilidad, riéndose de sus ocurrencias, mientras que su hermano aparecía para regañarme, mirándome con esa cara de amargado.

Me resultaba difícil entender cómo podía ser la misma persona que había estado a mi lado la noche anterior y ahora se comportaba así. Su actitud solo me hacía pensar que realmente solo me quería cerca cuando le apetecía tener relaciones, lo que me dejaba confundida y decepcionada.

Era solo culpa mía, por ofrecérselo en bandeja de plata. Me agarró del brazo y comenzó a arrastrarme hacia la salida de una manera bastante brusca. No me estaba lastimando, pero su fuerza era suficiente para que sintiera que quería sacarme del lugar.

Di un tirón para que me soltara y me di la vuelta para encararlo.

—Que sea la última vez que me vuelves a coger así. —Le di unos golpeitos en el pecho con mi dedo índice—. Tú no eres nadie para tratarme así, no se lo he consentido en mi vida a nadie y no vas a ser el primero al que se lo permita. —Ya me había cabreado su manera de comportarse—. ¿Te ha quedado claro o no?

—Solo deseo que nos marchemos de aquí de una vez. —Me lanzó una mirada arrogante—. Que a ti no te importe este comportamiento, no significa que a mí no me incomode que me vean con una chica inmadura y, encima, borracha.

El puntazo que tenía se me bajó por completo, con esas palabras me hizo más daño de lo que él se podía imaginar, fue como si me hubiera traspasado el corazón con un puñal. Me cambió la cara por completo, tanto fue así que hasta él se dio cuenta.

«Anaís, la cabeza alta y que no te vea venirte abajo, tú vales mucho», me iba diciendo de camino hacia la salida.

Me fue a coger otra vez del brazo, pero no se lo permití.

—Perdona, no quería decir lo que he dicho. —Se apresuró a decir en un intento de arreglarlo.

—No tienes que pedir disculpas, simplemente has dicho lo que piensas. Si no te importa, aléjate un poco de mí. —No lo miré para decirle eso—. No vaya a ser que te vean conmigo más de la cuenta.

Sin más, salí y me reuní con Cloe y Braden. Le dije dónde estaba su coche y si por favor podía ir con él y Cloe. Él miró por encima de mi hombro, como si estuviera buscando la aprobación de su hermano, aunque en realidad él no tenía que darle nada, y mucho menos algo relacionado conmigo.

—Anaís, tú te vienes conmigo —dijo tajante—. Braden llevará a Cloe.

—Yo me voy con mi amiga, no pienso dejarla sola, y es mi última palabra.
—De esa idea no me movía ni dios.

—Anaís... por favor.

—He dicho que no —contesté secamente—. ¿Me puedo ir con vosotros o tengo que pedir un taxi? —Volvió a mirar a su hermano—. Te estoy hablando yo, no hace falta que lo mires a él.

—Con este comportamiento solo me haces ratificar lo que te he dicho.

—¿Sabes qué? —No le di opción a contestarme—. A veces no se necesita que te den un guantazo para que te hagan daño, hay palabras o frases que lo hacen mucho más, si es lo que opinas de mí, lo respeto, pero, te lo pido por favor, respeta mi decisión.

Parece que mis palabras lograron tocar su corazón, ya que se fue sin hacer más preguntas. Me subí al coche con mi amiga y su supuesto futuro marido en el coche de él, pero no podía dejar de pensar en lo que él me había dicho durante todo el trayecto.

Definitivamente, no iba a volver a tener a esa chica inmadura a su lado; si realmente deseaba a alguien que estuviera a su altura, era hora de que comenzara a buscar.

Capítulo 15



Cloe estuvo casi en un estado de coma durante todo el trayecto, y no solo en ese momento, sino también antes, porque si no, os garantizo que hubiera mandado a la mierda a Neil. Lo más curioso de todo es que, para colmo, él estaba esperándonos en la puerta.

—Braden, ¿me puedes ayudar a llevarla a su habitación? —mi voz sonó más como una súplica que otra cosa, y no era para menos, porque, seamos sinceros, ¿quién iba a ser la valiente que la subiera sola y sin ayuda?

—No pensaba dejar que la subieras tú. —Me dirigió una bonita sonrisa—. En el estado en el que está mi futura mujer, lo más probable es que terminarais las dos rodando escaleras abajo. —Me guiñó un ojo.

—Gracias, tú solo la tienes que subir, de lo demás me encargo yo.

Mientras me acercaba a la habitación de Cloe, pasé junto a Neil. Justo cuando iba a seguir mi camino, él me tomó la mano con delicadeza y me hizo parar.

—Anaís, me gustaría hablar contigo un momento.

—Si tiene algo que ver con el trabajo, todavía estoy en mi día de descanso, y si no es así —alcé la mirada para que me viera los ojos—, no tenemos nada de lo que hablar.

Braden ya se había ido para subir a mi amiga y me había dejado a solas con su hermano.

—Pequeña, por favor —dijo sin soltar mi mano.

—¿Ahora quieres hablar conmigo? ¿Ahora que no nos ve nadie?

—No es eso, estaba cabreado por algo del trabajo y lo pagué contigo.

—Déjalo ya, Neil. Ahora es cuando entiendo por qué me llamas pequeña, y yo, tonta de mí, creía que era una especie de apelativo cariñoso, y resulta que es porque me ves como a una niña.

—Sabes que eso no es así, se me fue la lengua y no medí el daño que podía hacerte con esas palabras.

—Perdona, pero me voy a la cama, estoy agotada. —No tenía intención de seguir conversando con él, la verdad es que no me apetecía que me dijera cosas bonitas en este momento, como solía decir mi abuela, «a lo hecho, pecho».

Llegué a la habitación de Cloe y vi que Braden ya la había metido en la cama. Les deseé buenas noches y me dirigí a la mía. De camino, me paré frente a la de los niños. Abrí la puerta con mucho cuidado para no despertarlos. Se veían tan adorables durmiendo que daban ganas de abrazarlos. Entré y les di un beso a cada uno.

—Lo siento —dije cuando choqué con el pecho de Neil—. Solo vine a verlos, pero ya me voy.

—Anaís...

Lo dejé con la palabra en la boca y entré en mi habitación. Fui directamente a la ducha, ya que necesitaba despejarme la cabeza. No había estado tan descontrolada como Cloe, pero las cervezas habían hecho su trabajo y mi mente no estaba del todo en su sitio.

Mientras me duchaba, noté por el rabillo del ojo que Neil estaba apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, mirándome con atención.

—Sabes que no tienes ningún derecho de estar aquí, ¿verdad? —Le seguía dando la espalda mientras me aclaraba la cabeza—. Creo que esto se puede

considerar acoso. —Le salió una sonrisa de medio lado al escucharme.

—No me has dejado otra opción, me has dejado con la palabra en la boca, y eso no se hace. —Seguía con la vista clavada en mi cuerpo.

Mi cuerpo era un puto traidor, porque solo con verlo sonreír de esa manera, con esa actitud tan relajada y esa mirada intensa, estaba provocando que mi cuerpo anhelara que se uniera a mí en la ducha y me hiciera sentir placer como solo él sabía hacerlo.

Pero no podía permitir que jugara conmigo de esta manera, si le permitía que me tuviera entre sus brazos cuando él quisiera, terminaría por destruir mi corazón por completo.

—Neil, de verdad, no tenemos nada de lo que hablar. —Otra cosa no, pero insistente era este hombre, un rato largo, claro, insistente en lo que a él le convenía o quería.

Creo que me vio tan cansada que, por fin, desistió, me dio las buenas noches y se marchó.

Tal como salí de la ducha, me puse unas braguitas y me metí en la cama, ni pijama me puse. Fue caer en ella y quedar dormida en el acto.



Tan pronto como estuve lista, me fui a llamar a Cloe para ver cómo iba a enfrentar el día la loca esta; seguro que tenía una resaca monumental.

—¡Vamos, arriba, borrachilla! —La zarandéé para que se espabilara.

—Nena, necesito un paracetamol con urgencia. —Se tapó la cabeza con la almohada—. No vuelvo a beber cerveza escocesa ni loca.

—Pero ¿te acuerdas de lo que bebiste ayer? —pregunté con sarcasmo— Cloe, ¿sabes cómo llegamos hasta aquí? —le pregunté aguantándome la risa.

—Supongo que traerías tú el coche, yo qué sé. La cuestión es que estamos aquí —suspiró mientras se levantaba de la cama e iba al baño.

—Claro, como yo tampoco bebí. —Esa mañana me había levantado sarcástica—. Para tu información, te rescató tu futuro marido —grité para que me escuchara a través de la puerta del baño.

—No. —Salió del baño con una toalla cubriendo su cuerpo—. Te estás quedando conmigo.

—¡Qué va! Pregúntale cuando lo veas, si hasta evitó que te cayeras de boca cuando estabas bailando encima de la silla. —Rompí a reír al acodarme como estuvo a punto de caerse—. Venga, espabila, que aquí no estamos de vacaciones, nos vemos después, voy a preparar a mis niños.

Salí de allí y me fui para preparar a los niños y empezar el día con fuerza. No sabía qué haríamos hoy, ya se me ocurriría algo.

—Buenos días, pequeñines. —Les di un beso a cada uno.

Zoé se levantó y comenzó a vestirse, mientras yo ayudaba al pequeño. Él observaba a su hermana hacerlo por sí misma y, por supuesto, quería imitarla. Sin embargo, había ciertas prendas que le resultaban complicadas de manejar.

—Anaís, ayer llegó mi tito.

—Sí, cariño, ya lo vi. —Comencé a peinarla para hacerle un peinado con dos trenzas—. ¿Te gusta estar con él?

—Sí, me hace reír un montón, siempre está haciendo bromas, y aunque papá lo regaña, él no le hace caso —respondió Zoé entre risas.

—Entonces, vamos a darnos prisa, a ver si tenemos la suerte de verlo antes de que se vaya.

Nos dirigimos a la cocina y ya estaban todos allí, todos, menos Neil.

Los desayunos eran uno de los mejores momentos que vivíamos en el castillo, porque ahí era donde nos sentábamos todos alrededor de la mesa

para compartir un rato de charla y risas.

Eché en falta a Héctor que, aunque nunca se sentaba con nosotros, siempre estaba allí a esa hora tomándose un café.

—Dolores, ¿Dónde está Héctor?

—¿El sieso ese?, dimitió ayer —me contestó Bernardo, aunque le había preguntado a su mujer.

—Y por lo que veo, su dimisión te ha afectado mucho. —Le di un sorbo a mi café y miré hacia él por encima de la taza.

—Niña, no sabes el disgusto que me llevé ayer cuando me lo dijo Dolores. —Me encantaba este hombre.

—¿Le pediste que no se marchara? —Le estaba siguiendo el rollo.

—Claro, hasta me puse de rodillas y le besé los pies, pero, ni aun así, quiso quedarse. —Rompimos todos los que estábamos allí a reír.

Por el rabillo del ojo vi que Cloe estaba muy cerca de Braden, al final la capulla de mi amiga sí que conseguiría tener algo con él. Si se diera el caso, yo me iba a alegrar mucho por ella, siempre y cuando, él la tratara como se merecía.

—Braden —lo llamé—, ¿tú sabes si hay sillitas de repuesto para los coches? Es que me gustaría dar un paseo por la ciudad con los niños.

—Creo que en garaje hay una para cada niño, pero no estoy seguro. De todos modos, ¿con que coche piensas ir? —Me miró interrogante.

—Pues tenía la pequeña esperanza de que me dejaras utilizar el tuyo. —Puse una bonita sonrisa en mi rostro, para ver si lo convencía.

—Con mi coche ni en sueños, ya os lo llevasteis ayer —negó con la cabeza —, dile a mi hermano que te deje el suyo o el que utilizaba Héctor.

—Es que estará ya en la oficina. —Supuse por la hora que era.

—No, hoy dice que se queda a trabajar desde aquí.

—Bueno, ya si eso se lo pregunto otro día, de todos modos, no es algo que sea urgente. —No se lo pediría a Neil, ni loca, con lo de anoche ya había tenido más que suficiente—. ¿Qué os parece si hoy damos un gran paseo por el campo que rodea el castillo?

Los niños, por supuesto, dijeron que sí, eran tan buenos que se conformaban con cualquier cosa. Preparé una mochila con pañales para el pequeño, agua, algo para picotear y nos pusimos en marcha.

Las horas se nos pasaron muy rápido y cuando me di cuenta, ya era hora de regresar.

Esa noche, Cloe vino a mi habitación y me estuvo contando que había estado hablando con Braden en sus ratos libres. Me explicó que él le había mencionado que vivía aquí, pero que cuando yo llegué, él estaba fuera por motivos de trabajo. Además, me dijo que si no me habían comentado que Neil tenía un hermano, era porque no le dieron importancia, ya que lo iba a conocer de todos modos.

También me contó que la empresa la llevaban entre los dos hermanos, pero que era Neil el que la llevaba con mano de hierro, y que por eso habían llegado tan lejos.

Me comentó que sus padres vivían relativamente cerca, pero que su hermano había dejado que la relación con ellos se enfriara desde el fallecimiento de su esposa.

Era realmente triste escuchar todo esto por boca de mi amiga. Cada palabra que decía me reafirmaba que Neil no estaba interesado en mí. Aunque él me lo había dejado claro, eso no hacía que el dolor fuera menos intenso.

Capítulo 16



Con el paso de los días y las semanas, Cloe comenzó a forjar una hermosa relación con Braden; eran como dos piezas de un rompecabezas que encajaban a la perfección. Cualquiera que estuviera cerca de ellos no podía evitar reírse de sus travesuras y ocurrencias.

Entre los dos tenían el castillo patas arriba. Los niños se lo pasaban bomba en compañía de su tío y de Cloe, creando recuerdos inolvidables.

En cuanto a mi relación con Neil, era bastante cordial, pero desde aquella noche en que vino a recogernos y me lanzó esas palabras, no había vuelto a tener una conexión que fuera más allá de lo profesional.

Él había intentado acercarse a mí en varias ocasiones, pero siempre le respondía lo mismo: que no, que lo mejor era mantener cierta distancia entre nosotros. Siempre respetaba mi decisión, aunque era evidente que no lograr lo que deseaba le incomodaba, a pesar de que trataba de disimularlo.

Por otro lado, seguía en contacto con mis abuelos casi a diario, o al menos un día sí y otro no. Ellos me aseguraban que estaban bien, pero en los últimos días había notado que mi abuela se comportaba de manera extraña al hablar. A pesar de sus insistencias de que todo estaba en orden, había algo en mi interior que me decía que no era así.

Era domingo y Cloe iba a salir con Braden, me dijeron que fuera con ellos, pero no tenía ganas de salir, me apetecía estar tranquila.

Neil se había ido a pasar el día fuera con los niños, me comentó que lo pasaría con un matrimonio cercano a sus padres, a quien él consideraba como unos tíos. Los niños disfrutaban mucho allí, especialmente jugando con los perros que tenían.

Así que con todo el mundo fuera, me dediqué a mimarme un poquito haciendo las cosas que me gustaban.

Alrededor de media mañana, recibí una llamada de mi abuela. Aunque nunca solía llamarme a esta hora, porque sabía que estaba ocupada con los niños, hoy, al ser domingo, no le di mucha importancia, sabiendo que era mi día para relajarme.

—Hola, bombón —le dije al descolgar.

—Hola, cariño. —Noté el tono de su voz algo tomada.

—Abuela, ¿te has vuelto a resfriar? —No hacía mucho que lo había estado, y a lo mejor había vuelto a recaer.

—No, cariño. Anaís hay algo que tengo que decirte y no sé cómo hacerlo. —Ese tono y eso que acaba de decir, hicieron que me pusiera en tensión—. Tu abuelo prefiere que no te lo diga, pero creo que es fundamental que lo sepas. Anaís, tu abuelo ha estado sintiéndose muy cansado últimamente y le cuesta respirar. No te hemos querido decir nada hasta no saber lo que tenía para no preocuparte.

—Abuela, dilo ya, por favor, que me estás poniendo nerviosa —dije dando vueltas de un lado para otro.

—La semana pasada recibimos los resultados. Al abuelo le han diagnosticado un tumor en los pulmones; uno de ellos está prácticamente destruido por esa enfermedad, y el otro solo funciona al cuarenta por ciento. —Sentí que el mundo se desmoronaba a mi alrededor, como si me faltara el aire—. Anaís, los médicos han pronosticado que le queda, como máximo, un mes de vida. Cariño, tienes que venir, porque sé que nunca nos perdonarías si no te lo decimos y no pasas esos últimos días con él. —La abuela sonaba rota de dolor y yo me estaba muriendo de la pena.

—Abuela, por favor, no digas eso, me duele demasiado. —Las lágrimas seguían fluyendo por mis mejillas—. Dime que no es cierto, aunque suene cruel, solo necesito escuchar que es una mentira, te lo ruego de nuevo. —Me dejé caer de rodillas, y un grito desgarrador salió de mi garganta, como si me estuviera rompiendo por dentro.

En ese momento apareció Dolores, que al escucharme gritar se asustó y vino a ver qué me había pasado. Me encontró llorando sin consuelo.

—Abuela, no te preocupes, voy a coger el primer avión que encuentre y en nada estoy allí. —Intenté sonar más tranquila para que ella no se preocupara, y así poder tranquilizarla un poco.

Me despedí de ella rápidamente y empecé a buscar un vuelo de inmediato. Logré encontrar uno que salía en tres horas, así que tenía el tiempo justo para preparar una maleta y conseguir un taxi.

Dolores, que había estado escuchando toda la conversación, se negó a que me marchara en un taxi y le pidió a su marido que me llevara al aeropuerto.

—Dolores, dile a Neil que me tengo que ir, ahora mismo no soy capaz de hablar ni con Cloe, y mucho menos con él — le decía entre lágrimas—. No sé cuándo volveré, así que, si busca a otra que ocupe mi puesto, por favor, házmelo saber y mándame el resto de las cosas que dejo aquí. —Me abracé con todas mis fuerzas a ella—. Por Cloe no te preocupes, ya hablaré yo con ella. Muchas gracias por todo. —Le di un beso y me fui a preparar una pequeña maleta.

La vida no podía ser tan cruel de quitarme a mi padre y digo padre, porque es lo que había sido mi abuelo para mí, es el único que ha ocupado ese lugar.

En menos de quince minutos, había arreglado la ropa que me llevaría. Iba bajando por las escaleras cuando apareció Cloe en tromba. Al verla me derrumbé más de lo que ya estaba.

—Se me va —dije rota—, Cloe, se me va el abuelo y mi padre. ¿Qué voy a hacer yo sin él? —Ella lloraba con la misma intensidad que yo, porque, aunque no llevara su sangre, lo consideraba su abuelo.

—Anaís... no puede ser, si él estaba bien hace nada —dijo dejándose caer en el suelo junto a mí—. Me voy contigo.

—No creo que consigas billete para mi vuelo, y no puedo quedarme esperando, tengo que irme.

Braden se acercó a nosotras y nos ayudó a levantarnos, ofreciéndose a llevarme al aeropuerto junto a mi amiga.

—Tan pronto como encuentre un vuelo, estaré contigo —me comentó antes de pasar por el control de seguridad.

—Estoy buscando un vuelo para mañana para los dos —dijo Braden—, porque me voy con vosotras. —Y es que se había integrado perfectamente en nuestro grupo; con Cloe formaba una pareja estupenda y conmigo había desarrollado una bonita amistad.

Me abracé a los dos dejando salir el dolor que me oprimía el pecho.

—Cuídalo hasta que yo llegue para poder hacerlo también —dijo, mientras yo cruzaba el control y les echaba un último vistazo antes de dirigirme a la puerta de embarque.

No había querido decirles nada, ya que no era el momento, pero la verdad era que no planeaba regresar. Cuando mi abuelo se fuera, no iba a dejar a mi abuela sola; iba a quedarme con ella, porque ahora más que nunca necesitábamos estar juntas.

El tiempo del vuelo fue una tortura para mí, se me hizo interminable, los segundos parecían horas. La mujer que estaba sentada a mi lado me dirigía de vez en cuando miradas de pena. Suponía que era normal, si yo me encontrara con una persona tan rota como lo estaba yo, sentada a mi lado, también sentiría pena por ella.

Durante todo el vuelo fui rememorando cada segundo que había pasado junto a mi abuelo a lo largo de mi vida. Recordaba esas largas conversaciones que teníamos mientras paseábamos, los momentos en que me enseñó a atarme los zapatos, las lecciones sobre cómo defenderme de otras niñas, cada risa que compartimos, y esos besos que siempre me pedía de una manera tan

especial; él nunca decía nada, solo señalaba sus mejillas con el dedo índice y yo, sin pensarlo, me acercaba a llenarlas de besos.

Mi era una parte fundamental de mi vida, y con él se me iba algo muy valioso. Sé que de pena no se muere, pero sí se siente como si un trozo de tu corazón se estuviera apagando lentamente, dejando un vacío que no se puede llenar.

En cuanto llegara a casa, tocaba hacer de tripas corazón, sabía que tenía que hacer un esfuerzo enorme para mantenerme fuerte, ya que no podía permitir que él se marchara de este mundo viéndome tan destrozada. Sabía que eso lo haría sufrir aún más, y por él estaba dispuesta a reprimir mis lágrimas, dejándolas salir solo en la soledad de mi habitación.

Cuando el avión finalmente aterrizó, comprendí que era el momento de ponerme una máscara que esperaba que no se rompiera, con la esperanza de poder sostenerla el mayor tiempo posible.

Capítulo 17



El taxi me dejó justo delante de la puerta de mi casa. La abuela al escuchar un coche se asomó a la puerta, y cuando me vio, echó a correr hacia mí. Ese fue el único momento que nos permitimos sacar fuera el dolor, habíamos dicho que delante del abuelo eso no pasaría y cumpliríamos con nuestra promesa.

—Abuela, estás más delgada y eso no puede ser. —Le acaricié la mejilla mientras apoyaba mi frente en la suya—. Nos quedan días duros por delante, y tenemos que estar fuertes.

—Sé que tienes razón, cariño, pero es que no me pasa la comida.

—Pues eso lo vamos a arreglar ahora mismo, porque yo vengo muerta de hambre, y tú me vas a acompañar con una buena merienda. —Era mentira, a mí no me pasaba ni agua, pero como si tenía que comer a la fuerza, aunque después lo vomitara, lo importante era que ella comiera, no podía permitir que se consumiera.

No entré a ver a mi abuelo porque en este momento estaba descansando. Los médicos de cuidados paliativos habían estado en casa recientemente y le habían administrado un medicamento potente para aliviar su dolor.

La abuela me contó que fue el abuelo quien decidió que los cuidados paliativos se llevaran a cabo en casa. En situaciones como esta, cuando ya no había más opciones, muchos médicos apoyaban esa elección, argumentando que estar rodeado de la familia y en un ambiente familiar era beneficioso para el bienestar emocional. Considero que fue una buena decisión; si hay que

despedirse de este mundo, no hay mejor manera de hacerlo que en la compañía de tus seres queridos y en tu casa.

—He hecho un bizcocho, así cuando el abuelo se despierte, se podrá comer un pedazo. —Me cogió de la mano y así, juntas, entramos dentro de casa—. Tú sabes cuánto le gusta el bizcocho de limón. —Sonreí al recordar lo mucho que le gustaba a mi abuelo, pero siempre tenía que ser el de limón, cualquier otro no le valía.

—Pues se va a aguantar, porque lo pienso empezar yo. —Lo único que intentaba era que la abuela no sufriera más de la cuenta.

La convencí para que se comiera un pedacito de bizcocho acompañado de un café, y yo hice lo mismo. Justo cuando terminamos, recibí una llamada de Neil, pero decidí colgarle, entonces le dije a mi abuela que tenía que llamar a mi jefe y hablar con él.

Así que me fui a mi habitación, pero antes de llegar a ella, tuve que entrar en el baño para vomitar lo que acaba de comer. No lo podía evitar, con los nervios se me cerraba el estómago y si me obligaba a comer terminaba haciéndolo.

Me encerré un momento en la habitación y llamé a Neil.

—Pequeña... —Hacía tanto tiempo que no me llamaba así que me emocioné sin poder evitarlo, se me escapó un pequeño sollozo—. No llores, me mata escucharte.

—Neil, ¿cómo están mis niños? ¿Ya habéis llegado a casa?, o ¿todavía estáis en casa de tu amigo? —Cambiaba de tema porque no tenía ganas de que me preguntara cómo estaba.

—Ellos están bien, todavía estamos en casa de Duncan. —Hizo una pausa—. Me llamó Braden y me lo contó todo. —Escuché un suspiro—. No sabes cuánto lo siento. —Y por su tono de voz, sabía que estaba siendo sincero.

—Así es la vida.

—Anaís, no tienes que hacerte la fuerte conmigo.

—Sí, definitivamente necesito hacerlo, porque si no, terminaré por desmoronarme y no quiero que mis abuelos me vean así —me tragué el nudo de emociones que me oprimía la garganta.

—Nena, tenías que haberme llamado, habría ido contigo sin dudarlo.

—Neil... tengo algo que decirte, espero que puedas perdonarme, pero no tengo intención de regresar allí. —Las lágrimas comenzaron a brotar al pensar que no volvería a verle, ni a mis pequeños, tampoco—. He tomado la decisión mientras venía hacia aquí.

—Anaís, no puedes estar hablando en serio, los niños te adoran... y yo no sé cómo vivir sin verte cada día, aunque no tengamos una relación. —Su voz sonó triste—. Soy consciente de que no la tenemos por mi culpa, ahora me doy cuenta de ello. El miedo de volver a enamorarme y volver a pasar lo que viví con la madre de mis hijos, no me permitió dar un paso hacia ti. Pequeña, por favor, te necesitamos aquí.

—Lo siento Neil, pero ya he tomado la decisión —dije, mientras un sollozo profundo se escapaba de mi pecho—. Cuando mi abuelo ya no esté, no puedo simplemente irme y dejar a mi abuela sola, por favor, compéndelo.

—Vale, escucha lo que te voy a decir. Pasa tiempo con tus abuelos, disfruta de cada instante a su lado y guarda esos recuerdos en tu corazón. Pero necesito que me prometas algo: cuando todo esto termine, nos sentaremos a charlar y tomaremos una decisión juntos. —Había súplica en su voz.

No dejó que colgara la llamada hasta que se lo prometí. Lo que es la vida, siempre tan caprichosa, que nos intenta dar las cosas cuando ya no las tenemos a mano. El ser humano siempre es igual, toma conciencia de lo que tenía una vez que lo ha perdido.

Salí de la habitación y me di cuenta de que el abuelo estaba en el salón. Me acerqué con cautela por detrás de él y le cubrí los ojos con mis manos.

—¿Quién soy? —Me agaché sobre él y le di un beso en su rechoncha mejilla, aunque ahora estaba mucho más delgado.

—Nenita, mi niña bonita está aquí. —El pobre se echó a llorar y yo me tuve que tragar las lágrimas.

Salí de su espalda y me coloqué frente a él, agachándome para estar a su altura. Con ambas manos, le tomé las mejillas y nos miramos fijamente a los ojos.

—Entonces, ¿dónde iba a estar? —Se inclinó y me abrazó tan fuerte como le permitían sus fuerzas, y así nos quedamos durante el tiempo que él quiso.

¿Cómo una persona podía consumirse en tan poco tiempo? Seguía siendo él, pero no del todo. Había perdido mucho peso y ya no se le veía el mismo brillo que siempre había tenido en sus ojos, se notaba que se le iba apagando su luz poco a poco.

Maldita fuera esta enfermedad, que no entendía de edad, de género, ni de nada. Cuando entraba en una casa no se llevaba solo al enfermo, se llevaba con ella parte de los que se quedaban aquí.

—Deberías estar en tu trabajo y no aquí con dos viejos. —Sonrío.

—Estos viejos, como tú dices, son mis padres y a unos padres no se les abandona. —Le di un golpecito en la punta de la nariz con el dedo índice—. La abuela hizo un bizcocho de limón para ti, pero lo empecé yo. —Lo hice reír.

Esa tarde dimos un paseo los tres juntos y, aunque teníamos que ir despacito y parando de vez en cuando, no nos importaba, la cuestión era pasar tiempo juntos.

Ese día nos acostamos temprano, todos estábamos agotados: mis abuelos por los días que llevaban liados de médicos y hospitales, y yo, por el viaje y las emociones, estaba muy cansada mentalmente.



Ese día llegaba Cloe junto con Braden, y aunque había vivido con sus padres hasta su mudanza a Escocia, afirmaba que se quedaría en nuestra casa con nosotros tres. Por supuesto, su pareja también se quedaría, eso era indiscutible.

El abuelo había tenido un notable deterioro en solo un día, y temía que no llegara a durar ni dos semanas, dado lo mal que se veía. A pesar de eso, se mantenía firme en que debía acompañarme a recoger a los chicos al aeropuerto.

Aquí estábamos, los dos sentaditos esperando que salieran por las puertas. Cloe no tenía ni idea de que él estaría aquí también.

—¡Abuelo! —gritó en cuanto lo vio— Pero ¿cómo se puede ser tan guapo? —dijo mientras le daba un montón de besos por toda la cara.

—Niña, que me la vas a borrar con tantos besos.

—Abuelo, ¿has visto qué novio más guapo me traigo de Escocia?

—Sí, sí que lo estoy viendo, hasta ahora que yo sepa no soy ciego.

—Braden, él es Manuel, nuestro abuelo —Cloe los presentó.

—Muchacho, que no te mienta, que ella no es mi nieta, es una acoplada. —Menos mal que no perdía su sentido del humor por muy enfermo que estuviera.

—Eso me ha dolido. —Fingió un puchero.

—Encantado de conocerle, señor. —Extendió la mano.

—¡Anda ya! Para ti también soy el abuelo a partir de ahora. —Le dio un golpecito en el hombro a Braden—. Niño, dime tú si mi nieta también se ha echado novio allí.

—Abuelo, tú sabes que yo no uso de eso. —Empezamos a reírnos todos.

—Bueno, algo ha tenido con mi hermano. —Abrí los ojos de par en par cuando dijo tal cosa.

—Braden... — lo regañé con la mirada.

—Anaís, a los abuelos no se les miente, y él me ha nombrado su nuevo nieto, así que no puedo mentirle. —Se encogió de hombros el muy descarado.

—Niño, tú y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Subimos al coche y, a lo largo del trayecto, la conversación fluyó entre nosotros, tocando diversos temas. Mi abuelo, especialmente curioso, no podía evitar preguntar sobre mi relación con Neil, mientras Braden se encargaba de responder a cada una de sus inquietudes. En mi mente solo podía repetirme, una y otra vez, «Tierra trágame».

Hubo un momento en el que la atmósfera se tornó un poco más pesada, ya que, a pesar de que intentábamos evitar el tema de la muerte, mi abuelo lo había aceptado de manera muy clara.

—Pues dile tu hermano que quiero conocerlo antes de morir, quiero saber si se merece a mi niña o no —lo dijo con la mayor naturalidad que podía decirlo.

Llegamos a casa, y los chicos se instalaron en la habitación que había libre. Cuando tuvieron todo colocado y listo, nos pusimos entre todos a preparar la cena.

Fue una cena tan bonita que la iba a atesorar en mi memoria el resto de mi vida.

Capítulo 18



Fue realmente duro observar cómo mi abuelo se iba deteriorando poco a poco, hasta que quedó prácticamente en los huesos. Esa maldita enfermedad le estaba impidiendo incluso comer.

Los médicos de cuidados paliativos lo visitaban casi a diario; le administraban parches de morfina y, en algunos momentos, necesitaban conectarlo a una máquina de oxígeno. Había ocasiones en le inyectaban algo más fuerte, ya que los dolores que sufría eran insoportables.

Todos los que estábamos a su lado, experimentamos el sufrimiento de maneras distintas; cada uno lidiaba con su dolor a su manera. En mi caso, la situación me llevó a perder bastante peso, puesto que me resultaba imposible comer. Además, el estrés me mantenía despierta, así que tampoco estaba durmiendo bien.

Con el paso de los días, mi ánimo iba decayendo lentamente. Si no fuera por los dos grandes amigos que tenía a mi lado, no sé cómo hubiese sido capaz de afrontar todo aquello.

Braden fue un pilar fundamental para todas nosotras, siempre atento a mi abuela, a Cloe y a mí. Y ya no digamos cómo se comportaba con el abuelo.

Ese día, la pareja se levantó temprano con la intención de ir al mercado central del pueblo a comprar algunos víveres. Mientras ellos se ocupaban de las compras, yo aproveché el tiempo para poner en orden la casa y hacer una limpieza a fondo.

Si en los últimos días mi aspecto era lamentable, este día estaba para que me echaran de comer aparte. Llevaba unos *leggings* muy desgastados, una camiseta igual de estropeada y el cabello en un moño mal recogido. La verdad, no podía estar peor, pero tampoco tenía intención de vestirme de gala solo para hacer limpieza en casa, ya que no planeaba salir de aquí.

—Anaís, en la puerta hay alguien preguntando por ti —me avisó la abuela.

Me asomé para ver quién me buscaba y, cuando lo vi, no podía creer que él estuviera aquí.

—Neil... ¿Qué estás haciendo aquí? —Estaba todavía sorprendida.

—He sabido por alguien que tu abuelo me quería conocer, así que como ves, aquí me tienes. —Abrió los brazos y no hicieron falta más palabras para arrojarme a ellos.

Me envolvió en un abrazo apretado, como si quisiera compartir su fortaleza conmigo. Me llevó afuera de la casa y, apoyada en su pecho, dejé que todo mi dolor fluyera. Cada lágrima que caía en ese instante era el resultado de días enteros de sufrimiento reprimido.

Era como si, al llegar él, me diera permiso para rendirme, porque sabía que había alguien más fuerte que yo dispuesto a recoger mis fragmentos.

Lloré con fuerza y con desgarró, liberando los nudos que se habían acumulado en mi garganta. Él no decía nada, ya que comprendía que en esos momentos, las palabras no podían ofrecerme consuelo.

Simplemente, estuvo ahí, sosteniéndome para que no me cayera, acariciándome el pelo y dejando de vez en cuando pequeños besos en mi frente.

—Deja que las lágrimas fluyan, llorar sana, y mientras lo haces, yo estaré contigo.

—Gracias por venir, no me había dado cuenta de cuánto te necesitaba hasta que has llegado.

—Y aquí estaré, a tu lado, hasta que podamos regresar.

—Ya sabes lo que te dije, no puedo irme y dejar a mi abuela sola aquí.

—Ahora no pienses en eso, ¿me presentas a tus abuelos? —dijo sacándome una sonrisa.

Asentí con la cabeza y pasamos dentro, donde le presenté a los abuelos.

—¿Así que tú eres el jefe de mi niña? —preguntó el abuelo con voz débil.

—Ese soy yo, Manuel —afirmó.

—Tu hermano me ha dicho que has tenido un tonto con la niña, ¿es verdad? —El abuelo se puso serio, aunque yo sabía que no era de verdad.

—Es verdad, Manuel. No vale de nada mentirle si ya se lo dijo mi hermano. —Neil respondió con total honestidad a todas las preguntas que le hicieron, tanto mi abuelo como mi abuela.

—Solo quiero que me prometas que cuidarás de mi niña y de mi Inés, que es el amor de mi vida —dijo, y en ese instante, mi abuela y yo no pudimos contener las lágrimas. Nunca había llorado tanto en mi vida—. He compartido cada momento con mi esposa y hemos sido muy felices, salvo por la tragedia de perder a nuestra hija.

»Lo que más me duele al dejar este mundo es saber que mis dos amores quedarán solas. —Hizo una pausa para respirar, ya que cuando hablaba mucho se asfixiaba—. Dicen que el diablo sabe más por viejo que por diablo, y puedo confirmar que eso es verdad. Aunque solo soy un viejo, veo mucho, y puedo ver que tú vas a ser un hombre de palabra. Con la tranquilidad de saber que ellas estarán bien cuidadas, puedo irme en paz.

—Abuelo ... No hables así, por favor.

—Nenita, no nos podemos engañar y más vale dejar las cosas dichas cuando todavía se pueden decir. —Le cogió una mano a mi abuela y otra a mí.

—Manuel, le prometo que voy a cuidar siempre de las dos.

Jamás me imaginé que el hombre frío que conocí cuando llegué a Escocia, sería el mismo hombre que estaba hablando así con el abuelo.

En ese momento llegaron Cloe y Braden, y por el llanto que teníamos mi abuela y yo se pensaron que el abuelo había empeorado. Siempre estaban pendientes de que todos estuviéramos bien.



Unos días después la vida del abuelo empezó a apagarse poco a poco, tanto fue así que ya se metió en la cama y los médicos decidieron sedarle para que no sufriera más.

Fueron días realmente duros para todos, pero nos íbamos apoyando unos en otros, lo que hacía que todo fuera más llevadero. Neil siempre estuvo a mi lado; cada noche, cuando nos retirábamos a descansar, me envolvía con sus brazos, esos brazos que me brindaban un apoyo constante.

En los últimos días de vida de mi abuelo, nos organizamos para asegurarnos de que nunca estuviera solo. Esa noche, Cloe y Braden decidieron quedarse al principio, mientras que yo opté por irme a mi habitación con Neil.

—Anaís, tienes que dormir algo —me dijo cuando ya llevaba un buen rato con la cabeza sobre su pecho.

—Lo sé, pero es que esta noche me siento nerviosa, no sé, es como si algo no me dejara estar tranquila. —Cogí su mano y la llevé a la zona donde me latía el corazón totalmente acelerado—. Ves, es una sensación rara la que siento.

—Ven aquí. —Me hizo levantarme y sentarme a horcajadas sobre él, sin intención de tener sexo. Solo deseaba que me colocara encima para que pudiéramos abrazarnos con fuerza y así tratar de relajarme un poco.

Y lo logró, poco a poco me fui relajando y dejándome llevar por el sueño. Estar entre sus brazos me daba una sensación de protección que me ayudó a

descansar un poco.

Era de madrugada cuando dieron unos golpecitos en la puerta, me sobresalté y no hicieron falta palabras para saber que ya había llegado el momento.

Me levanté y me vestí, no dije ninguna palabra, no podía, solo parecía un robot siguiendo unas órdenes. Salí de mi habitación y llegué a la de mis abuelos. Al entrar, vi que al abuelo le había cambiado la respiración por completo, su pecho subía y bajaba con demasiada fuerza.

Me acomodé a su lado, tomé su mano y comencé a conversar con él. Hablaba con voz tranquila, con mucha calma, porque solo deseaba que se marchara de este mundo en paz, con la certeza de que mi abuela y yo estaríamos bien.

Le iba diciendo palabras tranquilizadoras y cariñosas. Él llevaba ya tres días sedado y desde entonces, no abría sus ojos. Esos ojos de un color celeste que siempre brillaron de alegría, ahora llevaba tres días sin poder verlos.

—Gordito, estoy aquí. Sí, tu nenita como tú me dices, está aquí a tu lado.
—Las lágrimas fluyen por mi cara sin poder detenerlas—. ¿No vas a mirarme una última vez?

En ese momento, sus ojos se abrieron y una lágrima resbaló por su mejilla mientras me miraba intensamente. Su pecho se elevó una última vez, y en ese momento comprendí que mi abuelo se había marchado para siempre. Él ya no sentía más sufrimiento, su cuerpo había dejado de dolerle, pero ahora ese dolor lo llevábamos nosotros.

No pude evitarlo y, a pesar de tener su mano entre las mías, un grito desgarrador salió de lo más profundo de mi ser. Mi abuelo, mi padre, mi amigo y mi confidente se habían ido.

No habría más abrazos cálidos, ni besos tiernos, ni risas compartidas. Esa parte de mi vida se había esfumado para siempre. Un vacío inmenso se instaló en mi corazón, uno que sabía que jamás podría llenar.

De repente, sentí unos brazos que me rodeaban por detrás, alejándome del cuerpo sin vida de mi abuelo.

A partir de ahí no fui consciente de nada, mi mente desconectó por completo y no me enteraba de nada de lo que pasaba a mi alrededor. No sé cómo explicarlo, sabía dónde estaba y qué era lo que hacía, pero al mismo tiempo, no me enteraba.

El abuelo fue velado en el tanatorio del pueblo, un lugar que se llenó de gente que lo quería mucho. Desde el principio, sabía que habría muchas personas para rendirle homenaje. Sin embargo, el momento que más me conmovió fue cuando lo enterraron; en ese instante, sentí que la realidad me golpeaba y comprendí que nunca más lo volvería a ver.

En ese momento de despedida, me tomé un instante para decirle adiós en mi mente, prometiéndole que haría todo lo posible por ser feliz, tanto por él como por mí. «Te quiero, abuelo», fueron las últimas palabras que le dirigí.

Capítulo 19



El tiempo fue pasando y, aunque el dolor seguía presente en mi corazón, aprendí a llevarlo de una manera diferente.

Neil tuvo que marcharse unos días después, pero antes de hacerlo, me prometió que regresaría para que la abuela y yo pudiéramos mudarnos con él, esta vez como pareja y no como niñera de los niños. Me comentó que contrataría a alguien más para que se encargara de ellos, pero me negué rotundamente; si iba a vivir con él, no quería que otra persona se ocupase de mis pequeños, ya que no tenía nada más que hacer.

Así que aquí estábamos, mi abuela y yo, organizando la última maleta que nos llevaríamos.

La abuela me sorprendió bastante, pues al principio creí que se dejaría llevar por la tristeza, pero no fue así, enfrentó todo con una fortaleza que realmente hubiera deseado tener.

Era evidente que la tristeza la acompañaba en su interior, pero nunca se mostró débil. Cuando Neil le sugirió mudarse a Glasgow con nosotros, pensé que rechazaría la idea, pero me equivoqué; fue ella quien, con su entusiasmo, me animó a dar el paso y mudarnos juntas.

Cloe y Braden también hacía varios días que habían regresado al castillo y, como no, ella tampoco regresaba para trabajar, sino que lo hacía como pareja de uno de los dueños. Aunque el castillo pertenecía únicamente a Neil, era su casa también y, por lo tanto, aunque no estuviera plasmado en un papel, él era tan dueño como el hermano.

Al final, Neil no pudo venir a por nosotras porque se le habían complicado unos temas con la empresa y había tenido que salir de viaje para arreglarlo. Mi abuela, la pobre, estaba muy preocupada por la idea de volar, ya que nunca había estado en un avión antes.

—Abuela, no temas, si es más seguro que ir en coche —le dije cogiendo su mano cuando ya estábamos sentadas en los asientos.

—Sí, pero si un cacharro de estos se cae, morimos todos —respondió, frunciendo el ceño.

Le di un beso fuerte y me puse a hablar de diferentes temas, que muchos no tenían sentido, pero lo importante era que se distrajera.

—Vas a ver lo bien que te vas a llevar con Dolores y Lupe. —La miré—. Son maravillosas y estoy segura de que te van a recibir con los brazos abiertos.

Si tú dices que son buenas personas, entonces estoy segura de que lo son, así que me siento tranquila. —Me impresionaba cómo, a pesar de su edad, ella se adaptaba a cualquier situación.

—Pues verás cuando conozcas a Bernardo, es el marido de Dolores. —Reí al acordarme de cómo entraba en todos mis juegos con los niños. — Con él tienes las risas aseguradas.

Por fin estábamos tocando suelo escocés de nuevo, y ahora sí que empezaba mi nueva vida junto al *Highlander* de mis sueños.

Al salir, vi a Cloe a lo lejos, sosteniendo un cartel casi más grande que ella. Lo más gracioso era que venía acompañada de los niños, a quienes apenas podía ver debido al tamaño del cartel, en el que se leía «Bienvenidas» con unos colores tan llamativos que era imposible no verlo.

No pude resistir la emoción y corrí hacia ellos, lanzándome al suelo para llenarlos de besos, ya que los había extrañado muchísimo. Esos pequeños se habían vuelto una parte esencial de mi vida.

Cogí a los dos en brazos como pude, y los llevé a que conocieran a mi abuela.

—Abuela, estos son Zoé y Riley, mis niños. —los pequeños saludaron con la mano y le dieron un beso cada uno.

—¡Pero si son dos preciosidades! —exclamó— Te vienes conmigo —le dijo al pequeño alargando las manos para cogerlo.

—Sí, yo *tigo* —dijo con su media lengua o eso es lo que todas entendimos.

—Zoé, ella es mi abuelita Inés.—Miré a la niña—. Va a quedarse a vivir con nosotros.

—¿Y yo también la puedo llamar abuela? —preguntó— Es que la que tengo no la veo nunca, y yo quiero tener una abuela más cerca. —Esta niña tenía un razonamiento para su edad que me dejaba loca.

—Por supuesto —le contestó la abuela—. Me puedes llamar abuela y para mí, tú y tu hermano, seréis mis nietos.

El niño que estaba en sus brazos empezó a aplaudir, aunque él no sabía de qué iba la conversación, sí sabía que era algo que le gustó a su hermana, por lo tanto, a él también le gustó.

—Venga, que tengo ganas de llegar a casa —metió prisa Cloe—, que estos monstrositos solo se portan bien contigo. A mí me hacen la vida imposible —resopló—, está claro que los niños no son lo mío. Uf... menos mal que estás aquí ya.

—Mis niños son demasiado buenos para soportarte. —Le di una colleja.

—Abuela, regaña a tu nieta que ya se le soltó la mano.

—Ella tendrá la mano larga, pero tú tienes la lengua —le contestó la abuela.

—Cómo se nota el favoritismo —dijo poniendo caras para hacer reír a los niños.

Salimos del aeropuerto y pusimos rumbo al castillo, ese que a partir de ahora sería el hogar de todos nosotros.

Estaba deseando llegar y reencontrarme con todos los que dejé atrás cuando regresé a España, pero, sobre todo, al que tenía ganas de ver y abrazar era a Neil. Aunque todavía estaba de viaje, sentía que ya estaba un paso más cerca de poder disfrutar de su compañía.

Al llegar, nos encontramos en la entrada de la casa, que en realidad no era una casa convencional, pero ya sabéis a qué me refiero. La verdad es que todos estaban esperándonos en la puerta. Al ver ese cálido recibimiento, el rostro de mi abuela se iluminó; aunque le había comentado que eran personas maravillosas, no hay nada como vivirlo en persona.

Llegué donde estaban todos con Zoé en brazos y la abuela pisando mis talones con Riley entre los suyos.

Todos se acercaron a mí y me abrazaron, demostrándome así que me acompañaban en mi dolor.

—Abuela —le dije para captar su atención—, ellos son Dolores, Lupe y Bernardo —me volví para señalar a cada uno de ellos— y ella es Inés, mi abuela.

Entramos en la casa y acompañé a mi abuela a lo que había sido mi habitación hasta que me fui; a partir de ahora, dormiría en la de Neil. Aún me parecía increíble, como si estuviera viviendo un sueño, porque al final estaba con el hombre del que me había enamorado.

Dejé a la abuela organizando sus cosas y me dirigí a poner en orden las mías, las que traía en ese momento, ya que las que había dejado anteriormente estaban perfectamente colocadas en el vestidor.

Era la segunda vez que entraba en esa habitación, pero ahora lo hacía como una de sus ocupantes, así que me tomé mi tiempo para observar cada rincón con atención. Al entrar al vestidor y ver todos los trajes de Neil, la nostalgia me invadía aún más, así que empecé a acariciar algunas de las prendas; aunque parecía una tontería, esa conexión me hacía sentir que estaba un poco más cerca de él.

Bajé a la cocina, que era donde se escucha todo el jaleo, y me detuve en el umbral de la puerta, ya que la escena que se presentaba ante mis ojos era digna de ser contemplada.

Bernardo lucía un delantal, mientras que los niños, también ataviados con uno, estaban a cada lado de él. Como era de esperar, los pequeños no alcanzaban la encimera, así que habían improvisado unas sillas para que pudieran subirse y tratar de llegar a los ingredientes. Sin embargo, a pesar de estar en la silla, Riley apenas lograba asomarse por encima de la encimera.

—Pero ¿qué se supone que estáis haciendo? —pregunté muerta de risa.

—Los niños querían que hiciera galletas con ellos. —Se encogió de hombros, como diciendo que él hacía todo lo que ellos le pidieran.

—Ah ... Y por casualidad, ¿sabes hacer galletas? —A lo que él me dijo que no con un movimiento de cabeza—. Y si tú no sabes, ni los niños tampoco, ¿cómo pretendéis hacerlas? —Alcé una ceja.

—Muy sencillo, viendo un video de *YouTube* —contestó Zoé.

—*Tube* sííí —dijo el pequeño.

Al escucharlo tan entusiasmado, me embargó un sentimiento de alegría inmenso. Los niños habían conquistado por completo mi corazón. Tenía la certeza de que ellos serían clave para ayudar a sanarlo.

—Pues venga, manos a la obra que yo también os voy a ayudar. —Me puse otro delantal y me situé al lado del niño.

—Dejaros de tanto vídeo —dijo la abuela mientras se arremangaba y se ponía un delantal—. Vamos a prepararlas con mi receta secreta. ¿Qué os parece? —Le dio un suave toque en la nariz a la niña—. Pero esta receta no se la podéis decir a nadie, ¿vale? —Ambos asintieron con la cabeza.

—Abuela, si es secreta, ¿no es mejor que se vayan todos? —No sabía nada Zoé.

—Bueno, mejor la compartimos con todos ellos y que se queden. —Le guiñó un ojo.

Yo no sabía de dónde habían salido tantos delantales, la cuestión era que terminamos todos con uno puesto y las manos pringadas en la masa de las galletas. Hasta Braden, cuando llegó del trabajo, también se puso manos a la obra. Eso sí, cuando llegó, lo primero que hizo fue darnos un beso a la abuela y otro a mí.

El resultado final nos sorprendió a todos, porque salieron unas galletas para chuparse los dedos, vamos que con un vaso de leche para los niños y un café para los adultos dimos buena cuenta de ellas. Las únicas que se salvaron de ser devoradas fueron unas cuantas que guardamos para Neil y porque los niños insistieron, que si llega a ser por su tío, no le deja ni las migajas.

Como la merienda había sido tan copiosa y tarde, para la cena preparó Lupe unos filetes de pollo a la plancha y una ensalada. Después de cenar nos quedamos un ratito en el salón, los niños jugando entre ellos y nosotros hablando de cómo nos había ido la venta de la casa. Como era una casa grande, bien situada y en buen estado de conservación, la vendimos rápido y por un precio bastante bueno.

Cuando los bostezos se empezaron a hacer presentes, dimos la noche por terminada. Acosté a los niños y luego me di una ducha antes de irme a la cama. Estaba tan agotada que ni siquiera me molesté en secarme el pelo. Con unas braguitas, una camiseta que le había tomado prestada a Neil y el cabello aún húmedo, me dejé llevar por un sueño profundo.

Capítulo 20



Me desperté sintiendo una lluvia de besos recorriendo mi espalda, acompañado por unas caricias por los costados que iban subiendo la camiseta a su paso. Un suave ronroneo escapó de mis labios al disfrutar de esos delicados toques que, poco a poco, me fueron sacando del sueño.

—¿No se suponía que todavía ibas a estar fuera unos días? —Me giré sobre mi espalda para quedar de frente con Neil.

Me dedicó una sonrisa levantando su comisura derecha y se inclinó hasta quedar a pocos centímetros de mi rostro.

—He decidido que estar contigo era más importante. —Depositó un beso en mi frente, después otro en el ojo derecho, para automáticamente dejar otro en el izquierdo, le tocó el turno a la punta de mi nariz y por fin llegó a mis labios.

En los cuales se entretuvo un poco dejando pequeños picos, estaba haciendo todo eso para provocarme, porque él tenía las mismas ganas que yo de profundizar en ese beso.

Aunque también sabía que con esos gestos, estaba intentando decirme que le importaba. Alcé mis brazos y rodeé su cuello para atraerlo a mí, tanto fue mi ímpetu que cayó por completo sobre mí.

—Te he echado mucho de menos —le dije cuando quedamos cara a cara.

Puso los brazos a cada lado de mi cabeza para aguantar su peso y no aplastarme.

—Me tengo que duchar —dijo rozando sus labios con los míos.

—¿Y si no dejo que te levantes de aquí? —Noté cómo sonreía.

—Hay una fácil solución. —Dejó un beso en el lóbulo de mi oreja—. Te llevo conmigo —otro beso en el cuello—, te aseguro que disfrutarías mucho más así mi ducha. —Levantó la camiseta y me dio un beso en el pezón derecho y después en el izquierdo—. ¿Qué dices?, ¿me acompañas? —Fue bajando con la punta de la lengua por el centro del pecho hasta el ombligo.

—Yo ya estoy limpia. —Jadeé.

—Pero si te ensucio tendrás que limpiarte después. —Bajó un poco más hasta dejar un beso en el pubis por encima de las bragas, provocando que se me escapara un ronroneo.

—Juegas sucio, Neil. —Lo agarré de la cabeza e hice que me mirara—. A este juego podemos jugar los dos. —Pasé la lengua por mi labio inferior.

—Yo creo que juego como a ti te gusta. —Enganchó un dedo en el interior de las bragas y tiró hacia un lado, dejando mi vagina al descubierto—. Y creo que no vas a tardar en hacerlo. —Levantó la mirada y me dirigió una sonrisa ladeada.

En cuanto su lengua tocó mis labios vaginales solté un gemido y eso que todavía no me había rozado el clítoris. Hizo una pasada con la lengua por el centro de los labios exteriores mientras absorbía mi esencia, para después adentrarse y dar pequeños toques en círculos sobre el clítoris.

Estuvo torturándome así un largo rato, pasaba la lengua por encima de mi botón del placer, lo cogía entre sus labios y absorbía con fuerza. Cuando se dio cuenta de que estaba a punto de explotar, me introdujo el dedo corazón junto al dedo anular, giró la mano hacia arriba para que con las yemas de sus dedos rozara justo en el punto G. Fue con ese preciso roce cuando me dejé llevar por uno de los mayores orgasmos que había tenido hasta el momento.

Y todo eso lo había hecho sin desvestirse.

—Ahora ya te puedes duchar conmigo —me dijo con aires de suficiencia.

—Desde ya te digo que me quedo como estoy, porque ni fuerzas me has dejado para levantarme de la cama —dije soltando un suspiro.

Sin decir nada más, se puso de pie, se inclinó para levantarme en brazos y me llevó al baño, donde me colocó sobre la encimera del lavabo mientras él se quitaba la ropa.

Ver cómo iban cayendo las prendas que se iba quitando y dejando caer al suelo, era uno de los mayores placeres para la vista. Ese pecho musculoso, pero no en exceso, esos abdominales bien marcados y definidos, y esa V que apuntaba hacia ese impresionante sexo, hacían que me picaran las yemas de los dedos por la necesidad de tocarlo.

—¿Me está deleitando usted con un estriptis, Sr. Campbell? —dije con una ceja levantada y una sonrisa en los labios.

—Estoy aquí para complacerte en lo que necesites —murmuró mientras se acercaba, posicionándose entre mis piernas y cogiendo el borde de mi camiseta para ir levantándola lentamente.

Todos los vellos del cuerpo se me erizaron con el roce de sus dedos y esa mirada tan penetrante que tenía puesta sobre mí.

¿Me ponía taquicárdica cada vez que estaba delante de mí con esa mirada? Sin duda, la respuesta es sí; era como si una manada de caballos estuviera corriendo desbocada en mi pecho.

Me agarró de la cintura y me puso de pie ante él, nos enfrascamos en un beso lleno de lujuria donde nos dimos todo lo que hasta ahora habíamos ido pausando. Las lenguas chocaron entre sí en un baile de poder, hubo mordiscos, lametones y, sobre todo, muchos gemidos.

Me arrancó las bragas de un solo tirón haciéndome soltar un grito, entre besos y caricias me llevó hasta la ducha.

Con un movimiento rápido me levantó del suelo y me hizo rodear sus caderas con las piernas, con una mano me tenía cogida por los glúteos y con la otra me agarraba uno de los pechos, y mirándome fijamente a los ojos me penetra de un solo golpe.

Mordí su hombro para no soltar el grito que pugnaba por salir de entre mis labios, Neil soltó un gruñido de satisfacción haciendo que la temperatura de mi cuerpo subiera unos grados más al escuchar el sonido que escapó de entre sus labios.

Empezó un vaivén con sus caderas dando golpes certeros en el centro de mi placer, iba cambiando el ritmo cuando veía que mi cuerpo lo necesitaba.

—Dios... Neil, ahh. —Jadeé cerca de su oreja, lo que me dio una oportunidad de lamérsela haciendo que él enloqueciera todavía más.

Sentía cada centímetro de su erección penetrándome, la satisfacción de sentirlo dentro de mí era tan abrumadora que me iba consumiendo en un mar de placer sin límites.

Cuando estaba a punto de llegar a mi clímax, apoyó su frente en la mía y aumento las embestidas. Dios era impresionante todo lo que me hacía sentir Neil.

—Eso es nena, aprieta, puedo sentir cómo te contraes preparándote para correrte —me dijo entre gruñidos y mordiscos a lo largo de mi cuello—. Eres perfecta para mí. —Atrapó mi labio inferior entre sus dientes y tiró de él.

Una penetración más, dos, tres... siete y el placer de ambos se iba intensificando. Nuestras respiraciones se volvieron erráticas y las miradas estaban veladas por el placer que estábamos sintiendo.

Sin poderlo aguantar más, me dejé llevar y terminé alcanzando un orgasmo que me atravesó el cuerpo entero. Temblé entre sus brazos mientras el seguía embistiéndome, alargando mi orgasmo, cinco embestidas después, él también alcanzó el suyo con un gruñido cuando llegó a su tan deseado placer.

—Todavía no, pequeña, todavía no he terminado contigo. —Salió de mi interior y sentí un vacío enorme—. Ha sido mucho tiempo deseándote a cada instante. —Me dio un beso y nos empezamos a enjabonar.

Me mimó mientras me duchaba, acariciando cada parte mi cuerpo con tiento, como si lo venerara. Al salir de la ducha, me envolvió en una

esponjosa toalla y me volvió a sentar en la encimera del lavabo mientras él se secaba y rodeaba su cintura con otra toalla.

Se acercó a mí posicionándose entre mis piernas abiertas. Seguía con la mirada cargada de lujuria, y sin previo aviso, abrió la toalla, dejándome desnuda a su vista. Con esa mirada tan penetrante que tenía, me recorrió el cuerpo entero y la detuvo entre la unión de mis piernas, humedeciéndose de paso los labios.

—Neil... acabamos de terminar —dije entre risas.

—Te equivocas, acabamos de empezar. —Se mordió el labio inferior sin apartar la mirada de mi pubis depilado.

Se inclinó hacia delante y fue dejando un montón de besos por las ingles, el interior de los muslos y el pubis. Suspiros de placer se escapaban de entre mis labios. Me separó las piernas todo lo que pudo y se adentró a saborearme hasta que me dejó totalmente saciada y él quedó satisfecho.

Me volvió a cargar en brazos y así me llevó a la cama, donde me recostó con suavidad para situarse entre mis piernas con su miembro totalmente erecto de nuevo.

Esta vez no hubo prisas, se fue adentrando en mí poco a poco, centímetro a centímetro, dejando que sintiera cómo las venas de su miembro erecto palpitaban dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás soltando un suspiro de placer.

—Eso es... pequeña, déjame ver el placer que te estoy dando. —Besó la comisura de mis labios y fue bajando con esos labios carnosos que tenía hasta uno de mis pechos, donde se demoró un largo tiempo chupando y mordiendo el pezón, sin dejar de penetrarme poco a poco.

Cogió mis manos y las llevó por encima de mi cabeza, entrelazando sus dedos con los míos. Rodeé su cintura con las piernas para sentirlo mucho más adentro.

Fue un momento lleno de sentimientos, estábamos haciendo el amor, porque esto no era solo follar. Con las miradas nos trasmitíamos amor, cariño

y mucha ternura.

Con las frentes unidas y sin apartar los ojos el uno del otro alcanzamos el clímax al unísono. Se quedó durante un rato dentro de mí mientras nos seguíamos besando. Hasta que me dio un beso en la punta de la nariz y se empezó a retirar de mi interior poco a poco.

Se tumbó a mi lado bocarriba e hizo que apoyara la cabeza en su pecho. Las respiraciones se fueron calmando poco a poco. Me acurruqué más en su pecho y dejé que fuera acariciándome el brazo con suaves pasadas con las yemas de sus dedos.

Me picaban en la punta de la lengua unas palabras que estaba deseando decirlas en voz alta, pero el miedo me lo impedía. Por una parte, quería decirle que lo amaba con todo mi corazón, pero al mismo tiempo, me daba miedo que él no sintiera lo mismo por mí.

Opté por callarlo, por lo menos por ahora, cuando viera algo más por su parte se lo diría abriéndome a él. Sabía que algo debía sentir por mí, porque de no ser el caso, ni me habría acompañado en el peor momento de mi vida, ni tampoco me habría pedido que me viniera a vivir con él como su pareja y no como la cuidadora de sus hijos.

Cogió las sábanas y nos cubrió con ellas, me dio un beso en la frente y yo a él en el pecho.

—Buenas noches, pequeña.

—Buenas noches, Neil, que descanses. —Me incorporé un poco y le di otro beso cerca de la comisura de sus labios.

Poco a poco dejé que el sueño me venciera, y por primera vez en muchísimos días dormí relajada y del tirón.

Capítulo 21



Despertar entre los brazos de Neil y dándome besos por toda la cara, era una de las mejores sensaciones de mi vida. Y así es como me había despertado ese día, pero no se quedó solo en esos besos, no, hasta que no me proporcionó dos orgasmos antes de irse a trabajar, no se quedó satisfecho.

Después de ducharse, el muy capullo se abrochaba la camisa cuando me lanzó una mirada con una ceja levantada y una sonrisa apenas contenida en la comisura de sus labios. Era como si me estuviera diciendo que aún tenía mucho más que darme. Este hombre tenía una energía que asustaba, y cuando me dejó sola en la habitación tras darme un beso, me costó unos minutos más levantarme para preparar a los niños y arrancar con el día.

—Nena, ¿qué te parece si vamos a la oficina de los chicos y les damos una sorpresa? —me preguntó Cloe cuando se sentó junto a mí en la isla de la cocina.

—Hoy no, no me apetece salir hoy. —La miré de reojo porque sabía que iba a protestar.

—Anaís, la vida no es quedarse encerrada continuamente. —Dio un sorbo a su café—. Antes de mudarnos aquí, solíamos salir de vez en cuando, pero desde que llegamos, solo hemos salido una vez las dos solas y de la mitad de la salida no me acuerdo. —Se rio mientras se tapaba la cara—. Por fis —juntó las manos en un gesto de súplica—, salgamos antes de comer y así los ponemos en el compromiso para comer fuera los cuatro. Los niños se los puedes dejar a tu abuela y a Dolores, sabes que ellas encantadas de quedarse con ellos. Venga... —Me dio un empujoncito con su hombro en el mío.

—Es que esta noche Neil no me ha dado ni un respiro —dije en voz baja, mientras subía y bajaba las dos cejas—, estoy muerta. —Cloe al escucharme soltó una gran carcajada.

—Eso es porque estás desentrenada —seguía riendo— porque a mí tu cuñado me lo hace casi todas las noches. Ya tengo resistencia nivel diez —dijo la muy descarada muerta de la risa y causándomela a mí también—. Venga, necesito que me dé el aire, y no me vengas con que me puedo dar un paseo por los alrededores, que te conozco. —Llegó la abuela y al escucharla le dio la razón.

—Cariño, hazle caso a Cloe, aunque esté medio loca, a veces dice algo con cordura. —Le pellizcó el moflete a la susodicha—. Necesitas despejarte y nada mejor que salir con Cloe. Con ella tienes garantizadas las risas y los sobresaltos también, todo sea dicho. —Qué bien conocía mi abuela a su nieta postiza.

—Está bien, me habéis convencido. —Cloe saltó del taburete y le dio un señor beso a la abuela—. Pero nada de locuras —la señalé con un dedo—, que te conozco.

—Te lo juro por la virgencita. —Se persignó la muy descarada.

—Si tú no eres creyente, capulla.

—Coño, encima que no te lo prometo por la abuela, no vaya a ser que no cumpla la promesa y encima le pase algo por mi culpa. —La vergüenza tampoco la conocía— ¿Te imaginas el cargo de conciencia que me quedaría? —Colleja que se llevó de parte de mi abuela.

—Sube a arreglarte antes de que me arrepienta. —Le di un empujoncito para que saliera de la cocina.

Iba en el coche reflexionando que era la primera vez que visitaría la empresa de Neil, y eso me generaba un poco de nerviosismo, ya que sus empleados no tenían idea de quién era yo.

—¿Tú ya has estado en la empresa?

—Sí, cuando regresamos de España lo acompañé a por unos documentos que necesitaba. —Me cogió la mano que llevaba en mi regazo y le dio un breve apretón.

—¿Tú crees que voy acorde para ir a la empresa? —Me miré la ropa y aunque sabía que iba bien, me creaba algunas dudas.

—Pero ¿te has visto? Vas guapísima y superacorde para el lugar.

Neil no me había visto nunca tan arreglada. Aunque no iba vestida para una gala, sí que me puse un poco más elegante, pero a la vez casual. Opté por unos pantalones pitillo de tela vaquera blancos y una camiseta a juego, y para completar el conjunto, me puse un bléiser en *beige* que le daba un aire sofisticado. Los tacones de aguja del mismo color que la chaqueta, todo combinado con un cinturón también del mismo color que los zapatos. Dejé mi cabello suelto y opté por un maquillaje suave en tonos neutros, lo que le daba un toque fresco y natural a mi apariencia.

Pensándolo bien, creo que acerté con la ropa y el maquillaje.

La empresa se veía imponente, era un edificio grande y con muchas plantas, el edificio entero pertenecía a los hermanos Campbell.

—¿No le sentará mal que hayamos venido sin avisar? —Estaba nerviosa.

—No seas tonta, Anaís. —Se enganchó a mi brazo y se encaminó a la entrada.

Había un portero, el cual ya conocía a Cloe de cuando estuvo aquí con Braden, así que no nos puso ningún impedimento, y nos dejó entrar.

El despacho del novio de mi amiga estaba al lado del de Neil, eran los dos únicos despachos que había en esa planta. Cada uno tenía su propia secretaria, sin llegar a entrar, ya me podía imaginar lo grande que era.

Las dos secretarias se veían muy amables, y con ellas pasó igual que con el portero, que conocían a Cloe de cuando estuvo aquí, por lo que nos dejaron pasar sin problemas.

Estábamos a punto de llamar a la puerta cuando se escucharon a los hermanos levantarse la voz.

—Es que la vas a cagar y después te vas a arrepentir. —Esa era la voz de Braden.

—Chicos, vamos a tranquilizarnos. —Esa voz no la conocía.

—Es que no sé cómo lo convenciste para hacer algo así —volvió a hablar Braden.

—Lo necesitaba Braden, sin su ayuda no estaría aquí ahora. —La voz de ese hombre se notaba que era más mayor.

—Lo arreglaré, no te preocupes Braden —dijo Neil.

No quería seguir escuchando, no lo veía apropiado, seguramente estarían tratando algunos temas de trabajo.

—Cloe o llamamos o nos vamos, no quiero seguir escuchando algo privado que no deberíamos escuchar.

—Hija, siempre igual de aguafiestas, para algo interesante que está pasando —resopló.

—¡Basta ya! Estamos hablando de mi hija —dijo la voz del hombre desconocido.

No esperé a escuchar más y decidida di unos cuantos golpecitos en la puerta. Mi amiga me dirigió una mirada de reproche, pero no en el mal sentido, más bien fue porque le impedí seguir escuchando.

—Pasa —dijo la voz de Neil.

Abrí la puerta y asomé la cabeza preguntando si se podía. En cuanto me vio noté cierta tensión en su cara y después giró el rostro hacia alguien que todavía no podía ver.

—Anaís... no te esperaba por aquí. —Vino hacia mí y me hizo pasar.

—Hola, perdona si molesto —dije tímidamente.

—Nena, tú no molestas nunca y aquí puedes venir cada vez que quieras. — Me dio un beso en los labios, pero fue más un pequeño roce, ya que aparte del hermano había alguien más y un beso más largo sería una falta de respeto —. Déjame que te presente a Duncan, ya te comenté que es muy buen amigo de mi padre, y que para mí es como si fuera mi tío.

Me giré para ponerme de frente a ese hombre y saludarlo. Se veía un hombre que perfectamente estaría rondando los cincuenta y tantos. Era guapo, alto y con una mirada entrañable, no sé, su mirada me trasmitía bondad.

—Encantada —dije extendiendo la mano, me la estrechó mirándome a los ojos con un brillo especial.

—El encantado soy yo, te lo aseguro.

—Duncan —Braden llamó su atención—, y ella es Cloe, mi novia.

El hombre saludó también a Cloe igual de educado que lo hizo conmigo, pero notaba cómo, de vez en cuando, dirigía miradas fugaces hacia dónde yo estaba.

—Bueno, chicas, ¿a qué se debe esta maravillosa visita? —preguntó Braden—. Por cierto, estáis guapísimas. —Lo zalamero que era no se lo quitaba nadie.

—Solo quería que Anaís saliera un poco de casa, se pasa todos los días encerrada y pensé, ¿qué mejor plan que ir a ver a nuestras parejas y salir a comer juntos? —le comentó mientras le guiñaba un ojo a su novio.

—Bueno, chicos, yo os dejo con vuestras mujeres, disfrutad de la comida. —Empezó a ir hacia la puerta—. Un placer haberos conocido. —Nos dedicó una bonita sonrisa—. Chicos, vamos hablando.

Me sentí mal porque ese hombre se fuera, y más si tenía a los hermanos como sus sobrinos.

—Duncan, no hace falta que se vaya, a nosotras no nos importa que venga, ¿verdad, Cloe? —Le di un codazo para que contestara.

—No, claro que no nos importa, es más, así nos cuentas cosas de ellos cuando eran pequeños.

—No me gustaría interrumpir a dos parejas jóvenes —dijo, pero había cierta alegría en su tono de voz.

—Ya las has escuchado, son ellas las que mandan, así que andando —dijo Braden saliendo por la puerta y de camino cogiendo la mano de Cloe.

Me quedé atrás para poder abrazar a Neil y darle un beso más profundo.

—Me gusta que hayas venido a verme. —Me abrazó fuertemente contra su pecho. Aspiré fuerte su olor, me encantaba el perfume que usaba.

—Tenía un poco de miedo a que te sentara mal que viniera sin avisar. —Dejé un beso sobre su corazón.

—Pequeña, puedes venir cuando quieras y sin necesidad de avisar. Habrá momentos en los que estaré en una reunión y no podré atenderte de inmediato, pero fuera de eso, siéntete libre de venir tantas veces como desees. —Me dio un beso en la frente y salimos del despacho para encontrarnos con los otros tres que nos estaban esperando.

Cogida a su mano, salimos de la empresa camino a un restaurante que ellos decían que era tranquilo y con muy buena carta. Duncan se fue en su coche, Cloe con Braden y yo me fui con Neil.

Nos volvimos a encontrar en la puerta del restaurante, y mientras los chicos saludaban a unos conocidos de los negocios, Cloe y yo nos pusimos a charlar un rato.

Capítulo 22



Nos prepararon una mesa para los cinco y, la verdad, el lugar que eligieron era impresionante. Estaba todo decorado con un gusto exquisito, y se notaba que era un sitio frecuentado por personas con un alto nivel económico.

El *maître* del restaurante nos acompañó hasta la mesa, donde tomamos asiento. Luego, nos preguntó lo que deseábamos beber. Cloe y yo decidimos dejar que los chicos se encargaran de hacer la comanda, tanto de las bebidas como de la comida, ya que ellos eran clientes habituales de este restaurante y conocían bien el menú, así que sabían exactamente qué tipo de comida podría gustarnos más.

Pidieron vino y agua para todos, y como entrante optaron por unas tostas conocidas como *oatcakes*, que eran básicamente una mezcla de copos de avena, agua y sal, horneadas y servidas con *foie-gras*. Además, decidieron pedir una ensalada de queso de cabra, que venía acompañada de nueces y piñones, todo ello aderezado con una deliciosa salsa de miel y mostaza.

Para el plato principal, cada uno eligió lo que más le apetecía, y Neil me recomendó que probara el salmón escocés, que, según él, lo preparaban al horno con una exquisita salsa de eneldo, y lo acompañaban de una patata cocida y una variedad de verduras salteadas.

Mientras esperábamos a que empezaran a llegar los platos, fuimos charlando unos con otros. Duncan mostraba un gran interés por la vida de Cloe y la mía, pero no lo hacía de manera indiscreta; su curiosidad era genuina, como si realmente quisiera conocernos mejor.

—¿Siempre habéis sido amigas? —nos preguntó después de dar un sorbo a su vino.

—Desde que éramos pequeñas, más o menos a los dos años. Mi madre conocía a la madre de Anaís y nos inscribieron en la misma guardería —respondió Cloe.

—Desde entonces no consigo deshacerme de ella —dije bromeando.

—¿Y tú? ¿Cómo es que decidiste venir a este país? —Me miró, esperando mi respuesta.

—La verdad es que llevaba un tiempo sin sentirme realizada en España; necesitaba un cambio de aires. Comencé a buscar trabajo en varios países, pero ninguno me convencía del todo. Hasta que un día vi el anuncio del hombre que tengo aquí a mi lado —le tomé la mano a Neil sobre la mesa— y, como puedes ver, aquí estoy, habiendo cambiado mi vida por completo. ¿Y qué hay de ti? Sé por Neil que estás casado, pero no sé si tienes hijos y nietos.

Su mirada se entristeció un poco cuando le pregunté por su vida.

—Llevo casado mucho tiempo, pero mi mujer y yo no hemos tenido la suerte de tener hijos, así que tampoco hay nietos. —Me miraba a los ojos sin pestañear casi—. Sin embargo, tengo la suerte de contar con estos dos hombres desde que eran pequeños —dijo, dirigiendo una mirada llena de cariño hacia los hermanos. Observé cómo Braden le dio un suave apretón en el hombro y le sonrió con ternura.

—También tienes a mis niños como si fueran tus nietos, y digo mis niños, porque ya los quiero como si fueran míos. —Noté cómo se le iluminaban los ojos a Neil al hablar así de sus hijos—. Sé, por ellos mismos, que te quieren a ti y a tu mujer como a sus abuelos.

—Duncan, ¿quieres adoptarme como a tu hija? Total, mis padres están a kilómetros de distancia —bromeó Cloe, intentando poner un toque de humor a la conversación que se había vuelto un poco más seria.

—Cloe —la reprendí—, deja de decir tonterías.

—Leche, que solo era por dar un toquecito de humor. —Se encogió de hombros.

Cuando me pusieron delante el salmón y probé el primer bocado, se me hizo la boca agua, nunca había comido un pescado que estuviera tan bueno, le habían dado su toque perfecto. Estaba tan bien preparado que no pude evitar soltar un pequeño gemido.

¿Debería sentir celos de un plato de comida? —me susurró Neil al oído, asegurándose de que nadie más lo oyera.

—La verdad es que podría considerar cambiarte por este salmón —le respondí con un guiño.

—Esto me lo vas a repetir cuando estemos a solas. —Besó el lóbulo de mi oreja.

—Oye, pareja, dejáros de cuchicheos que tenéis tiempo esta noche. —No sabía cómo todavía seguía siendo amiga de esa cafre.

a comida continuó en la misma línea, con un ambiente agradable entre los cinco. Duncan se veía un hombre con muy buenos modales y saber estar, se notaba que había recibido una educación bastante buena. Además, en su mirada se podía percibir que era una buena persona.

—¿Por qué no os animáis a venir a casa un día de estos tu mujer y tú? —le pregunté, observando su reacción ante mi invitación— ¿Verdad, cariño? —Era la primera vez que usaba un apodo cariñoso con Neil, y parece que le gustó, ya que me respondió con una mirada llena de ternura.

—Él sabe que las puertas de mi casa están siempre abiertas para él y para Grace.

Pedimos los postres, bueno, mejor dicho, los pedimos Cloe y yo, puesto que los hombres pasaron directamente al café.

Uno de mis postres favoritos siempre ha sido la tarta de queso, así que no podía resistirme a pedirla. Para mí, ir a un restaurante y no disfrutar de una porción de este manjar sería un verdadero sacrilegio. La tarta de queso de

este lugar era espectacular, con una cremosidad que te dejaba sin palabras. Además, venía acompañada con un poco de nata montada y sirope de fresa en finos hilos.

Nos despedimos de Duncan al acabar la comida, con la promesa de que vendría a visitarnos pronto junto con su mujer. Pero antes de marcharse me dijo unas palabras que me asombraron, porque acabábamos de conocernos.

—Me hubiera gustado tener a una hija como tú —dijo mientras me daba dos besos de despedida—. Se puede ver que eres una persona con mucha bondad en tu corazón.

—Gracias, Duncan. Eres muy amable. —Con esas palabras, cada uno de nosotros se dirigió hacia los coches en los que habíamos llegado.

Neil y Braden, decidieron tomarse el resto del día libre, así que decidimos ir a un gran centro comercial para hacer algunas compras. Después de todo, con el peso que había perdido debido a la enfermedad de mi abuelo, no tenía apenas ropa que me quedara bien.

Estos hombres iban a lugares donde se movían personas con mucho dinero, porque este centro comercial no podía permitírselo cualquier persona.

Tenía algo ahorrado de lo que había recibido por la venta de la casa, ya que la mitad había sido para mi abuela y la otra mitad para mí. Pero no quería tocar mucho de ese dinero, así que me haría la tonta y solo me compraría un par de prendas. Ya iría otro día con Cloe a un centro comercial que se ajustara mejor a mi presupuesto.

—Cloe, ¿realmente puedes permitirte algo de lo que estamos viendo? —le pregunté cuando nos quedamos solas un momento.

—¿Yo? —Abrió los ojos de par en par—. Si tengo menos dinero que tú.

—¿Entonces qué narices hacemos aquí?

—No sé tú, pero yo estoy dispuesta a dejar que Braden me compre lo que quiera. —Se encogió de hombros sin darle importancia.

—Tienes más desfachatez que sentido común, Cloe —dije, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—¿Vamos? —dijo Braden cuando llegó a nuestro lado.

Entramos en varias tiendas, todas llenas de ropa espectacular, pero los precios eran desorbitados. A Cloe no le importaba que su novio le pagara las cosas, mientras que yo me sentía incómoda con la idea de que Neil cubriera mis gastos. Ya era bastante con estar viviendo en su casa con todos los gastos pagados, como para que encima me pagara la ropa.

—Anaís, ¿qué pasa? ¿No te gusta nada de lo que ves? —me preguntó cuando vio que solo había cogido un pantalón.

—Es que tengo mucha ropa y comprar por comprar no va conmigo. —Sonreí para que me creyera.

—Es mentira, toda la ropa que tiene le queda grande, lo que pasa es que dice que aquí es demasiado caro todo.

—¿Por qué no te metes la lengua en el culo un rato? —dije enfadada.

—No te enfades, solo dije la verdad. —Me tocó lo que no tenía que tocar.

Me parecía perfecto que ella hiciera lo que quisiera, respetaba su forma de ser y de actuar, pero ella también tendría que respetar mi manera de pensar, y no debería haberle dicho eso a Neil.

—Sea verdad o no, no tenías ningún derecho de decirle algo que yo haya hablado contigo. —Por cómo le hablé sabía que me había enfadado de verdad —. Cloe, sé que haces y dices las cosas con buena intención, pero también tienes que saber cuándo callarte.

—Lo siento, no sabía que te iba a sentar tan mal.

Los hermanos iban pasando las miradas de una a la otra, era la primera vez que me veían enfadada con Cloe.

—Pequeña, no pasa nada.

—Sí, sí que pasa. —No lo dejé terminar de hablar.

—Anaís, le estás dando demasiada importancia a algo que no la tiene —sonó rotundo—. Eres mi pareja, vives conmigo y me sobra el dinero. ¿Crees que voy a dejar que te gastes el tuyo? No te enfades, ella solo ha dicho lo que deberías haber dicho tú.

Al final, no me dio opción a réplica y terminamos comprando todo lo que necesitaba. Al entrar en una tienda que tenía ropa tanto para adultos como para niños, me llamó la atención un vestido amarillo con un escote barco, ajustado hasta la cintura y desde ella caía la falda con una tela muy vaporosa, era realmente precioso. Fue amor a primera vista con ese vestido, por lo que sin pensármelo dos veces, lo cogí.

Al pasar por la sección infantil, vi que estaba el mismo vestido en tallas pequeñas, así que decidí cogerle uno para Zoé. Junto al vestido de la niña, vi unas manolitas azules que combinaban a la perfección, así que también las añadí a mi compra. Pero eso no fue todo, porque encontré el mismo modelo de zapatos en mi talla, solo que en lugar de ser planos, los míos tenían tacón.

Ya me estaba imaginando a las dos vestidas iguales. Sabía que a Zoé le encantaría y se pondría muy contenta de vestir igual que yo. Al pequeño también le cogí varias prendas, mi niño no iba a ser menos.

—Tendréis que estrenar esos vestidos —me dijo Neil mientras me llevaba cogida de la mano.

—La intención que es que vayamos los cuatro a cenar y así poder estrenarlos. —Le di un beso rápido.

—Con eso ya contaba en cuanto te he visto coger los dos vestidos iguales. —Tiró de mi mano para rodearme la cintura y darme un pequeño mordisco en el cuello.

Al final, mi enfado con Cloe quedó en nada. Siempre nos pasaba lo mismo, cuando una de las dos se enfadaba con la otra, no podíamos estar más de diez minutos sin hablarnos.

Dimos por terminada la jornada de compras y decidimos volver al castillo.

Capítulo 23



Cuando llegamos, ya era media tarde, por lo que después de colocar las cosas en el vestidor, decidí llevar a los niños al jardín. Jugaríamos un rato o más bien en esta ocasión los vería jugar, porque en cuanto salimos, se fueron a donde estaba Bernardo regando las plantas.

Me acomodé en un sillón que había en el jardín y comencé a leer un libro. De vez en cuando, levantaba la vista para ver qué era lo que estaban haciendo. Riley ya correteaba que daba gusto, mientras que su hermana, siempre tan responsable, lo llevaba cogido de la mano.

Estaba dando un sorbo a una Coca-Cola cuando noté que unas manos se posaban en mis hombros, giré la cabeza por encima de mi hombro para ver quién era.

Cloe se agachó, me dio un beso y me volvió a pedir perdón por lo del centro comercial. Le sonreí y le dije que ya estaba todo olvidado. Me giré de nuevo con la mirada al frente porque los niños me estaban llamando, los vi acercarse a mí.

—Anaís... mira lo que tenemos. —Traían algo entre sus manitas—. Bernardo nos ha dicho que es una cría de cocodrilo. —Los miré extrañada.

—Uy... —dijo Cloe.

Llegaron hasta donde estaba sentada y cuando abrieron sus manos me enseñaron una pequeña salamanquesa, el grito que di debió escucharse hasta

en España. Esos bichos me daban pánico desde que era pequeña, miedo y mucho asco.

Del salto que di tiré hasta el sillón, sin detenerme a mirar atrás, salí corriendo. Al girar la cabeza, vi a Cloe y Bernardo riéndose a carcajadas. Justo cuando estaba a punto de cruzar la puerta, me topé de lleno con los dos hermanos, quienes, al escuchar mi grito, salieron corriendo para ver qué me había sucedido.

—¿Qué pasa? —preguntó Neil, preocupado.

—Tus hijos, realmente son unos diablos. —Justo en ese instante, Cloe apareció con el pequeño en brazos y la niña caminando a su lado, ambos riendo y sosteniendo al bicho en las manos.

Cuando mi amiga les contó lo que pasaba, Braden estalló en risas, mientras que Neil no se quedó atrás.

—Nena, será una broma, ¿verdad? —Estaba doblado de la risa.

—Claro, me he comportado así para haceros reír a todos. —La ironía estaba implícita en mis palabras.

Los niños decían que se la querían quedar como mascota, menos mal que entre todos los convencieron para que la dejaran donde se la habían encontrado. Después de ese pequeño espectáculo que di, nos fuimos todos a ducharnos antes de bajar a cenar.

La hora del baño con los niños era uno de mis momentos favoritos, ya que las risas estaban garantizadas y casi nunca había una noche en la que no terminara completamente empapada.

Después de ducharlos y cuando los tuve listos, se los bajé a su padre, quien al verme tan mojada, arqueó una ceja, como preguntándome qué era lo que me había pasado.

—Tus hijos están hoy algo revoltosos. —Me encogí de hombros quitándole importancia.

—Papi, ¿Anaís es tu novia? —Cuando estaba saliendo, escuché a la niña preguntando a su padre.

—¿Quieres que lo sea?

—Sí, Anaís me gusta mucho y nos cuida muy bien, nos hace reír y nos cuenta cuentos por las noches. —Me emocioné al escucharla.

Los dejé allí y me fui a la ducha, tardé poco en terminar, ya que no quería hacerlos esperar.

Desde que vine aquí por primera vez, todo había cambiado mucho, me acuerdo de que la primera noche que cené, solo estaban los niños y Neil, en esos momentos no había risas, no hablaban, todo era seriedad.

En cambio, ahora era totalmente distinto, éramos muchas más personas cenando, las risas estaban presentes durante la cena, como también estaban las charlas distendidas y el buen ambiente.

La felicidad se podía ver en todos los rostros, menos en el de la abuela y el mío, que, aunque lo disimuláramos muy bien, la tristeza todavía nos embargaba, pero haciendo de tripas corazón lo íbamos llevando lo mejor que podíamos.

Sé que a ella le vino muy bien el cambio de aires, y estar con los niños todavía le venía mejor, porque trasmitían pura felicidad.

Después de la cena, como siempre, llevé a los niños a su habitación para dormir. Estaba contándoles un cuento cuando Neil apreció y se apoyó en el quicio de la puerta mirándonos con una sonrisa en los labios.

¿Cómo había experimentado tal transformación este hombre en tan poco tiempo? Era una cuestión que me rondaba la mente constantemente, y de la que no conseguía obtener respuestas claras. Tenía la sensación de que, de alguna manera, podía estar sintiendo algo por mí. De hecho, estaba convencida de que había algún tipo de sentimiento, aunque fuera mínimo, algo definitivamente existía.

—Anaís, ¿si eres la novia de papi, también puedes ser nuestra mami?

Me quedé sin palabras, no sabía qué contestarle. No había cosa que me gustara más en esta vida que poder ser la madre de estos niños, pero ellos tenían a su madre, aunque ya no estuviera entre nosotros, ya tenían una. Por otro lado, no sé cómo se tomaría Neil que los niños en algún momento me nombraran a su madre.

—Cariño, nada me gustaría más que ser vuestra madre, pero vosotros ya tenéis a una que os cuida desde el cielo. —Les di en beso a cada uno en la frente aguantando el nudo de emoción.

—Pero ella no puede contarnos cuentos, ni jugar con nosotros, tampoco nos hace reír. —Terminó de decir triste—. Además, yo casi no me acuerdo de ella y Riley no la conoció.

Cualquiera que viera a esta niña y no se molestara en conocerla pensaría que era una niña normal y corriente, pero yo, que la conocía mucho, podía ver lo especial que era. Tenía una inteligencia fuera de lo normal y una madurez asombrosa para su edad, es verdad que eso no quitaba las cosas que podía hacer una niña de su edad como era lo más lógico.

—Lo sé cariño, pero no por eso deja de ser tu madre. —Le acaricié la mejilla.

—Anaís, mamá —dijo el pequeño y como se le metiera entre ceja y ceja nada lo quitaría de que me llamara así.

Miré a Neil y con la mirada le pedí un poco de ayuda, y lo que hizo me pilló un poco descolada, se dio media vuelta y desapareció dejándome totalmente descolocada.

—Vamos a hacer una cosa, ahora no vamos a pensar más en eso, tenemos que dormir para descansar muy bien y mañana lo seguimos hablando, ¿vale?

—Vale, pero sigo pensando que quiero que seas mi mamá. —Me dio un abrazo y un beso.

—Mamá —dijo Riley riendo y abrazándome también.

Puse los ojos en blanco, porque ellos parecía que habían tomado la decisión. Lo vuelvo a decir, nada me gustaría más que ejercer de su madre, pero el que tenía que hablar con sus hijos y enfrentar esa conversación con ellos, era el hombre que se había marchado sin decir una sola palabra al respecto.

Cuando llegué a la habitación que compartía con Neil lo vi acostado, bocarriba con un brazo detrás de la cabeza y la mirada perdida en el techo.

—¿Se puede saber por qué te has ido cuando te estaba pidiendo ayuda con los niños? —Llegué hasta los pies de la cama, donde me paré y puse mis manos en las caderas, esperando una explicación por su parte.

—Creo que se lo has explicado muy bien, no hacía falta que lo hiciera yo.
—Seguía sin mirarme.

—No te entiendo Neil, de verdad que no lo entiendo. Este cambio de actitud de buenas a primeras. Creía que estabas bien conmigo, pero ya veo que sigues siendo el mismo, dando una de cal y otra de arena. —Me giré para entrar en el baño.

—¿Mi cambio? —Se levantó de la cama y llegó hasta mí en pocas zancadas—. ¿Y eres tú la que me acusa de ser frío? Fría tú, que unos niños pequeños te piden que ejerzas de madre para ellos y los rechazas, ¿Dónde queda tu buen corazón? —Me cogió del brazo para que lo mirara de frente— Y después te llenas la boca diciendo que son tus niños. —Sus palabras destilaban rabia—. No vuelvas a referirte a ellos como tuyos, porque tú no eres nada para ellos, ni para ellos, ni para mí. —Escupió esas últimas palabras como si me odiara.

—¿Qué estás hablando, Neil? —No podía creer lo que me estaba diciendo—. ¿Me estás diciendo estas palabras en serio? —No me contestó, simplemente me miró con rabia en los ojos—. Te pedí con la mirada ayuda, para que fueras tú el que hablaras con ellos —le grité con lágrimas en los ojos.

»Yo no soy nadie para decidir eso sin tu contentamiento, si les he contestado eso, es porque te respeto y respeto la memoria de su madre. —Ríos de lágrimas corrían por mi rostro, pero eran del dolor que me habían

causado sus palabras—. Daría la mitad de mi vida por ser la madre de esos niños, porque los amo con todo mi corazón, simplemente estaba esperando tu aprobación y tú te lo has tomado por el camino equivocado.

—Anaís... —Ahora parecía que le estaban calando mis palabras, pero ya era tarde.

—No hay Anaís que valga, no cuando has vuelto a decir lo que realmente piensas, lo he dado todo por ti, he dejado de lado cómo me has tratado otras veces, he dejado de lado todo el daño que me has hecho muchas veces con tus desprecios, pero esto no lo pienso dejar. Somos adultos y como tales, cada uno debemos asumir las consecuencias de nuestros actos, yo voy a asumir las mías y tú tendrás que asumir las tuyas.

—Lo siento, lo entendí por el lado equivocado. Pensé que realmente no los querías como a tus hijos, tendría que haber hablado con calma y no dejarme llevar por lo que creí entender. —Intentó acercarse a mí, pero no lo dejé—. Sabes cómo soy, sabes que me cuesta mucho expresar mis sentimientos.

—Pero no te cuesta expresar tu desprecio —añadí destilando rabia con mis palabras, rabia porque siempre terminaba tratándome con esa forma de ser cuando se le cruzaba un cable—. Solo quería tener tu aprobación antes de decirles que estaba encantada, no quería que se ilusionaran para que después tú no estuvieras de acuerdo. Pero como siempre, el ladrón piensa que todos son de su condición.

—Anaís, de verdad que siento mucho mi manera de actuar. —Hizo otro intento de acercamiento, pero volví a esquivarlo—. Lo que te he dicho no es cierto, para mí lo eres todo junto a mis hijos.

—¿Ahora soy alguien para ti? ¿Ahora? Ahora no quiero ser nadie para ti, soy yo la que decido que no quiero ser nadie para ti.

—Pequeña, por favor, perdóname —suplicó.

—Te perdono, porque en mi corazón no hay espacio para el rencor, pero eso no significa que quiera tener en mi vida a alguien que cada vez que se sienta frustrado o esté cabreado con algo, la tome conmigo como si yo fuera su saco de boxeo.

—No lo puedes decir en serio, vives aquí, ya no tienes nada en España, tu abuela está aquí también. —Se notaba que sentía impotencia—. Los niños te necesitan, yo te necesito. —Terminó gritando de la frustración.

—En lo que concierne a mi abuela y a mí, no tienes de qué preocuparte, lo demás es cosa tuya. —Me giré y me fui hacia la puerta.

—Nena... por favor, no lo hagas, no rompas lo que tenemos.

—Lo has roto tú, con tus palabras dañinas.

No lo escuché más y me fui a la habitación de mi abuela, necesitaba acurrucarme en su pecho y sentir su amor, que me abrazara como cuando era pequeña y me pasaba algo, necesitaba sentir que alguien me quería.

Entré dentro y ella estaba con la luz encendida, era como si me estuviera esperando y por la cara que tenía sabía que había escuchado nuestros gritos.

Me dejé caer en sus brazos y así estuve un rato, esta vez no estaba llorando, ya no derramaría más lágrimas por alguien que no se las merecía. Era como si mi mente estuviera bloqueada, simplemente apoyé la cabeza en el pecho de mi abuela y empecé a darle vueltas a lo que tendríamos que hacer al día siguiente.

—Abuela, sé que te gusta estar aquí, pero nos tenemos que ir o por lo menos tengo que irme yo —dije después de estar en silencio un buen rato.

—Por mucho que me guste estar aquí, más me gusta estar contigo, y donde tú vayas y siempre que quieras que te acompañe, allí iré yo —dijo mientras me acariciaba el pelo.

—Mañana nos iremos temprano, buscaremos un hotel que no sea muy caro y nos quedaremos ahí hasta que consigamos una casa de alquiler —suspiré—. Buscaré trabajo y si no somos felices aquí, podemos irnos a vivir a donde sea. —Le di un beso en la mejilla—. ¿Qué te parece?

—A mí me parece todo bien, siempre que estemos juntas. —Me dio un beso en la frente.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti, cariño.

Capítulo 24



A la mañana siguiente, muy temprano, entré en la habitación que hasta ahora había considerado mía y con una pequeña maleta en la mano me dispuse a meter algo de ropa para pasar unos días, ya le pediría a Cloe que me llevara el resto de las cosas cuando me estableciera en algún lugar.

Tenía la esperanza de que no pasara mucho tiempo antes de conseguir una casa y un trabajo.

Al entrar en la habitación vi que estaba vacía y supuse que Neil se había ido temprano a trabajar. Decidí entonces dirigirme al vestidor y comencé a guardar mi ropa, limitándome a las prendas que había traído de casa, ya que no tenía intención de llevarme nada de lo que él me había comprado el día anterior.

Justo cuando estaba a punto de entrar al baño para recoger mis productos de higiene personal, escuché el sonido del agua de la ducha. Sin pensarlo dos veces, salí rápidamente de allí sin recoger nada del baño, pensando que ya tendría tiempo de comprar lo que necesitara más adelante.

Y el hecho de irme sin tener la oportunidad de verlo de nuevo no era por miedo, sino más bien por la necesidad de cuidar un corazón que ya había pasado por mucho dolor. No pensaba que fuera necesario hablar de nada más, ya que la noche anterior le había dicho todo lo que sentía. Era consciente de que él querría decir algo más, pero sabía que eso no cambiaría nada, porque esto no tenía solución.

No quise entrar en la habitación de los niños, porque eso me causaría mucho dolor y en la de Cloe tampoco, ya que ella dormía junto a Braden y no quería que se complicaran más las cosas.

Antes de ir a recoger la ropa, decidí llamar a un taxi para que llegara en una hora. Cuando llegué a la habitación de la abuela, ella ya me estaba esperando, así que sin perder tiempo, bajamos y salimos, encontrándonos con el taxi que ya estaba allí, esperándonos.

—¿Así de fácil? —me giré al escuchar su voz.

—No hay nada más que decir, Neil. —Me dolía, pero ya no había marcha atrás.

—¿Y los niños?

—Ellos son pequeños, en cuanto alguien nuevo llegue a sus vidas se olvidarán de mí, puede que pregunten los primeros días, pero se les pasará con el tiempo.

La que siempre los recordaría sería yo, porque quería a esos niños con todo mi ser. Subí al taxi y nos alejamos de aquel lugar; no tuve el valor de mirar atrás, porque era consciente de que si lo hacía, me llenaría de dudas sobre mi decisión de irme, y no podía permitir que me hablara de esa manera cuando quisiera.

La noche anterior, cuando la abuela se quedó dormida, busqué un hotel que no fuera demasiado caro. Encontré uno que parecía bastante agradable y limpio, y lo mejor de todo, a un precio razonable por la noche.

También estuve buscando casas de alquiler, encontré tres que estaban bien, eran pequeñas, pero para mi abuela y para mí, teníamos más que suficiente. Así que intentaría concertar una cita para hoy mismo e iría a verlas, del trabajo ya buscaría algo en estos días.

—¿Estás bien? —Me cogió la mano la abuela.

—No, pero lo estaré, te lo prometo. —Me llevé esa mano a los labios y le di un beso en los nudillos.

—Claro que sí, estaremos muy bien, si no es en este país, será en el nuestro o en el que sea. —Ella siempre tan positiva, afrontado lo que le trajera la vida. Acababa de perder al amor de su vida y aquí estaba, junto a mí, con un futuro lleno de incertidumbre, pero a mi lado.



Después de comer en un restaurante que nos llamó la atención, fuimos a ver las casas, de las tres que habíamos visto hubo una que nos gustó mucho.

Era pequeñita, pero muy acogedora y tenía un pequeño porche a la entrada. La casa era de una sola planta y contaba con dos acogedoras habitaciones, un baño completo y una cocina que estaba muy bien, ya que todos los electrodomésticos se veían nuevos. Además, había un salón con una chimenea que le daba un toque especial y un pequeño jardincito en muy buen estado.

Nos gustó tanto esa casa que le dijimos al propietario que nos la quedábamos, el dueño de la casa era algo mayor, pero se veía muy buena persona, tanto era así, que el pobre se ofreció a ayudarnos con la mudanza. Por supuesto le dijimos que no, además, tampoco es que tuviéramos que traer muchas cosas, me reí mentalmente al pensar que lo que teníamos cada una era una simple maleta.

Veintinueve años de mi vida reducidos en una maleta, ¿era para reírse o no? Desde luego que yo sí me lo tomaría a risa, la tristeza terminó para mí. «Anaís, espabila que tienes mucha vida por delante, en tus manos está como vivirla», eso era lo que me había estado repitiendo a mí misma todo el día.

Recogimos nuestras maletas en el hotel, pagamos el día y volvimos a la casa. Una vez que organizamos la ropa, decidimos salir a hacer algunas compras, al menos para abastecernos de comida y de lo esencial para el baño.

A solo dos calles de nuestra casa había una tienda que nos vino de maravilla. Aunque no era muy grande, tenía todos los productos básicos que necesitábamos, así que hicimos una compra rápida, eligiendo todo lo que se nos ocurría y que sabíamos que sería útil en los próximos días.

Al llegar a casa vimos que ya estaban en la puerta esperándonos Cloe y Braden, y es que de camino al hotel, cuando íbamos a recoger las maletas, llamé a mi amiga y le di la dirección de la casa. Le pedí el favor de que me trajera el resto de mis cosas.

Mientras hablábamos por teléfono me dijo que Neil les había dicho todo lo que pasó la noche anterior. En honor a la verdad, os diré que él no omitió ninguna parte, fue totalmente sincero y se lo contó todo, por lo que fue más sencillo para mí, porque tampoco es que tuviera muchas ganas de hablar de lo sucedido.

Braden en cuanto nos vio llegar cargadas a la abuela y a mí, vino a echarnos una mano, bueno él y la loca de mi amiga también nos ayudó con algunas bolsas.

—Cuñada, ¿puedo decirte algo? Bueno, no importa, de todas formas te lo voy a decir. —Le puso el brazo sobre el hombro a mi abuela mientras entraban en la casa—. Me alegro de que le hayas parado los pies a mi hermano; sé que te quiere y lo que dijo no lo pensaba en serio, pero necesita a alguien que le frene un poco su mal humor. —Yo lo seguía de cerca, con mi amiga detrás de mí—. No es una mala persona, realmente da todo lo que tiene sin que se lo pidan y lo hace de corazón, pero a veces su forma de hablar puede ser un poco hiriente, merecería que le cortasen la lengua.

—Cariño, que se la corten tampoco, mira qué, entonces, sin ella, ya no podrá hacer eso que dice mi amiga que hace tan bien. —Soltó una risotada, mira que era capulla—. ¡Abuela! —gritó cuando al pasar por su lado le dio una colleja.

—Ni abuela, ni leches. Te tengo dicho que cuides tu boquita.

—Abuela, mejor dejemos la boquita de mi chica tranquila, que te puedo asegurar que sabe lo que se hace con ella. —Un codazo recibió en las costillas por parte de mi amiga—. No, si al final la única que puede hablar vas a ser tú.

—No cuentes nuestras intimidades —le dijo ella señalándolo con el dedo.

—Claro, pero tú sí puedes contar las de mi hermano con su chica —resopló entre risas, y es que con estos dos lo más normal era reír.

—Eh... a mí dejadme tranquila que yo no soy la chica de nadie. —Levanté las manos como si me rindiera en plan gracioso.

Pasamos buena parte de la tarde organizando y limpiando la casa. La verdad es que nos la entregaron bastante limpia, pero siempre es bueno darle un repaso y dejar todo en su lugar. Una manita extra en la limpieza nunca está de más.

—¿Qué les ha dicho a los niños? —le pregunté a Braden cuando nos sentamos a tomarnos un café.

—Riley no lo entiende todavía bien, como ya sabes, solo ve que no estás. A Zoé le ha dicho que has tenido que volver a España con tu abuela para terminar de arreglar ciertas cosas que se os quedaron atrás. —Me miró esperando a que yo le contestara, como no lo hice, siguió hablando—. Mi sobrina le preguntó que cuándo volverías a casa, a lo que él le contestó que volverías dentro de poco.

Pues lo sentía mucho por ella, porque no pensaba volver.

—Bueno, dejemos pasar los días, ya verás que se acostumbra a estar sin mí. —Salí por la tangente porque tampoco quería ser borde con él con mi contestación, no se lo merecía, siempre me había tratado con mucho cariño y respeto.

—Otra cosa que quería comentarte, es que Duncan tiene una empresa y estoy seguro de que si hablo con él te dará trabajo. —Me hacía falta trabajar, pero no quería poner al hombre en un compromiso.

—Me lo pensaré y te diré lo que sea, primero quiero buscar por mi cuenta y si veo que no encuentro nada, ya como última opción, aceptaré tu propuesta. —Le toqué el hombro a modo de agradecimiento.

—Anaís, ¿vas en serio con esta decisión?, ¿no hay vuelta atrás? —preguntó Cloe.

—Creo que está de más esa pregunta, Cloe. Esto no es para llamar la atención de Neil, para que se arrepienta de ser tan duro con sus palabras. — De la manera que estaba hablando, ella sabía que lo estaba haciendo muy en serio—. Esto lo hago por mí, porque necesito quererme a mí misma, necesito tener a alguien que me valore a su lado, alguien que cuando se le crucen los cables no lo pague conmigo.

»Alguien que cuando pase algo entre nosotros podamos hablarlo con calma y no dando por hecho cosas que no son. Solo espero que me entiendas y que me apoyes. — Le cogí la mano a ella y a Braden—. Sé en la posición en la que os encontráis y jamás os pediría que tomarais posición de un lado o de otro. Es más, aquí no hay bando bueno, ni bando malo, aquí somos dos personas que no nos hemos entendido.

»No por ello, eso significa que tengáis que dejar de lado a Neil o a mí, él es tu hermano —miré a Braden— y tu cuñado. —Ahora miré a mi amiga—. Él es parte de vuestra familia, y yo estaré aquí cuando me necesitéis.

—Jo, qué bien hablas capulla mía. —Me abrazó—. Pero que no se te olvide que tú eres mi familia, somos hermanas y siempre estaremos juntas.

—Mi hermano no sabe todavía a la mujer que ha perdido. —Nos abrazó a las dos a la vez, dejando un beso en la cabeza de cada una.

Al final, se quedaron a cenar y entre los cuatro pusimos un picoteo, ya que habíamos estado merendando mucho y muy tarde. Cuando terminamos de cenar, se despidieron y quedamos en vernos alguna de estas tardes.

Capítulo 25



Llevaba ya una semana en la búsqueda de empleo y las únicas ofertas que aparecían eran para trabajar como camarera. La verdad es que esa profesión no era para mí. No es que tuviera algo en contra de ser camarera, simplemente sentía que no era lo mío y prefería evitarlo si podía. No me imaginaba corriendo de una mesa a otra, tratando de complacer a todos.

Por lo que tomé la decisión de escribirle a Braden para que hablara con Duncan. Me daba un poco de vergüenza ponerlo en esa situación, pero en tiempos difíciles, hay que hacer lo que sea necesario.

Anaís: *Hola, ¿habría la posibilidad de que llamaras a Duncan y le preguntaras sobre ese trabajo?*

Braden: *Hola, guapa. Dalo por hecho —me contestó rápido.*

Anaís: *Te lo agradezco, solo me están saliendo trabajos como camarera. —Puse un emoji con los ojos mirando hacia arriba—. No estoy preparada para que vengas a comer y sea yo la que te tenga que servir la comida. — Terminé poniéndole unas caritas llorando de la risa.*

Braden: *Pues yo conozco a alguien que si fueras camarera estaría todo el día comiendo en el restaurante en el que trabajarías. —Me puso el emoji que sacaba la lengua y guiñaba un ojo.*

Anaís: *Tus padres se quedaron a gusto cuando te hicieron. —Le mandé una mano con el dedo corazón haciéndole una peineta.*

Braden: *Qué maleducada, por favor ja, ja, ja. Te dejo, acaba de llegar mi hermano y me está mirando interrogante. Te aviso con lo que sea, pero desde ya te digo que cuentes con ello.*

Anaís: *Gracias, Braden. Besos.*

La abuela había salido a dar un paseo y conocer un poco mejor algunas de las calles de Glasgow, y yo me fui a poner una lavadora. Cuando terminara también daría una vuelta por esta zona.

Estaba tomándome un café en una cafetería que había cerca de la casa cuando me llamó un número que no conocía, lo cogí porque podía ser de alguna oferta de trabajo.

—¿Sí? —Era mi manera de contestar a los números desconocidos.

—¿Eres Anaís? —preguntó la voz de un hombre desconocido.

—Sí, ¿de parte de quién?

—Hola, soy Duncan. Me ha comentado Braden que estás buscando trabajo, y a mí me hace falta una persona para que sea mi asistente personal. ¿Te interesaría? Si quieres puedes venir a mi oficina y hablamos mejor en persona.

—Hola, Duncan. Por mí, perfecto, me dices dónde queda tu oficina y a qué hora puedo ir —dije ilusionada.

—¿Qué te parece mañana sobre las diez de la mañana? Mi oficina está en el número 122 en Buchanan Street.

—Muchas gracias, Duncan, allí estaré —dije agradecida y saltando de alegría, lo de saltar no era literal, vamos que no era plan de hacerlo en la cafetería.

—Gracias a ti, Anaís.

Nos despedimos hasta el día siguiente y me fui para la casa a contárselo a la abuela. Sabía que se iba a alegrar mucho, más que por el trabajo lo haría

porque a mí me hacía ilusión.

—Abuela, me ha llamado Duncan para ofrecerme trabajo.

—¿Quién es Duncan? —Ella no lo conocía y creo que nunca habíamos mencionado su nombre en su presencia.

—Es el amigo del padre de Neil y Braden, bueno, más bien es como un tío para ellos —le expliqué—. Por lo visto, tiene una empresa de publicidad bastante grande y dice que necesita una asistente personal.

—Me alegro mucho por ti, cariño. —Me abrazó.

—Me hace mucha ilusión, abuela.

—Lo sé, por eso me alegro mucho por ti.



Me encontraba frente a la entrada de la empresa de Duncan, con un torbellino de nervios en el estómago. A pesar de que ya había tenido la oportunidad de conocer a ese hombre, el miedo a lo desconocido o a lo nuevo, creo que a todos nos altera un poco.

Al entrar, le dije que guardia de seguridad que había allí, que el señor Duncan me estaba esperando, y si ningún problema, me dijo en qué planta se encontraba su despacho. Al llegar frente a la puerta, toqué suavemente y me quedé a la espera de que me diera paso.

—Adelante. —Se escuchó la voz profunda de ese hombre.

—Buenos días, Duncan. —Llegué frente a él y extendí la mano para saludarlo.

—Me alegro mucho de volver a verte, toma asiento, por favor —dijo amablemente.

—Muchas gracias por darme esta oportunidad, ya me veía buscando trabajo por otra ciudad o incluso en otro país —le dije, porque era lo que iba a hacer si no encontraba nada aquí. Mi abuela y yo no podíamos depender únicamente del dinero que obtuvimos de la venta de la casa; aunque era suficiente para mantenernos durante un tiempo, era evidente que si no generábamos más ingresos, ese dinero se acabaría pronto.

—¿Te puedo preguntar algo? —asentí con la cabeza— Se os veía bien a Neil a ti, ¿qué os ha pasado? —Puso sus manos encima de la mesa y entrelazó los dedos mirándome atentamente—. No me contestes si no quieres.

—Sé que no llega a ser nada en concreto, Neil no es malo, lo que pasa es su forma de hablar cuando algo no es lo que cree, le hace perder las formas, no controla las palabras que dice. Te aseguro que puede ser muy hiriente si se lo propone. —Lo miré a los ojos.

»Lo quiero mucho, pero no puedo permitir que me trate con ese desdén cuando a él le parezca. Una pareja se basa en el respeto y el entendimiento, no podemos actuar por impulsos, eso es algo que nos diferencia a los adultos de los niños. —Le dirigí una pequeña sonrisa—. Uff... lo siento, me he dejado llevar y creo que he hablado más de la cuenta, no tenías por qué escuchar toda esta parrafada.

—No, al revés, me gusta que me cuentes lo que piensas y sientes, eso demuestra que confías un poco en mí. Recuerdo que en el restaurante hablaste de tu madre, pero me pareció extraño que en ningún momento nombraras a tu padre.

—Bueno, es que de ese hombre no tengo mucho que decir. Nunca lo conocí y por lo que sé, no quiso saber nada de mí. Cuando mi madre le dijo que estaba embarazada huyó a su país, por lo visto era inglés. —Los ojos de Duncan trasmitían algo raro que no sabía cómo descifrarlo.

—¿Fue tu madre la que dijo eso?

—No, de ella casi no me acuerdo, murió cuando yo tenía cinco años. —Me removí un poco incómoda en la silla, no me gustaba hablar mucho de este

tema—. Todo lo que sé, es lo que me contaron mis abuelos y ellos a su misma vez lo saben porque es lo que les contó mi madre.

—Veo que no te sientes cómoda hablando de este tema.

—No es eso, no tengo ningún problema en hablar de mi madre, lo que no logro llevar bien es el abandono de mi padre. Entiendo que unas personas no pueden estar unidas por un hijo, pero no por ello, cualquiera de los progenitores, debería abandonarlos.

—¿Alguna vez te has planteado que quizás ese hombre no sabía de tu existencia?

—La verdad es que no, pero tampoco tengo que por qué dudar de la palabra de mi madre.

—Eres muy inteligente y buena persona, pero te voy a dar un pequeño consejo. No siempre es todo lo que parece, a veces es bueno ponernos en el lugar de la otra persona y pensar qué es lo que pasa o qué es lo que esa persona ha vivido para actuar de cierta manera. —Había algo parecido al anhelo en sus ojos—. Y esto deberías aplicarlo con Neil y con futuras cosas que te puedan llegar de sopetón.

Me gustaba hablar con este hombre, me hacía sentir que de verdad me escuchaba y me estaba dando consejos como si fuera un padre, el padre que nunca tuve. Bueno, tuve uno que valía por mil, porque mi abuelo así lo fue para mí, pero no era lo mismo, él tendría que haber ejercido de abuelo y no de padre.

Seguimos hablando un poco más, y después pasamos a lo que sería mi papel trabajando para él, que básicamente consistía en atenderlo y llevarle todo al día, desde la agenda, los correos, presupuestos y las cosas que el fuera pidiendo.

El sueldo estaba bastante bien, en realidad estaba más que bien, no me podía creer que me pagara al mes lo que él me había dicho.

Me despedí de él y quedamos en vernos al día siguiente, que era cuando iba a empezar a trabajar. Me acompañó hasta la puerta y en cuanto la abrió

me tropecé con un pecho duro y bien definido que estaba por entrar en el despacho.

Al mirar hacia arriba, me di cuenta de que era el hombre que tanto deseaba abrazar y besar. El hecho de que no estuviéramos juntos no significaba que mis sentimientos hubieran desaparecido; mi corazón seguía acelerándose cada vez que él se encontraba cerca de mí.

—Neil... perdona, no te vi. —Agaché la cabeza porque no me encontraba con fuerzas para enfrentarme a esa mirada.

—Pequeña, ¿qué haces aquí? —Fue escuchar ese apodo y con ese tono, y mi cuerpo reaccionó a él y a su cercanía.

—La mandé llamar yo para ofrecerle un puesto de trabajo —dijo Duncan.

—¿Cómo que un puesto de trabajo? —volvió a preguntar Neil y lo vi ponerse totalmente rígido.

—Me llamó tu hermano preguntándome si podía darle trabajo, ya que ella estaba buscando uno y no encontraba nada que no fuera servir mesas. —Duncan se colocó detrás de mí.

—No me puedo creer que me hagas esto, ¿así es como me pagas todo lo he hecho por ti? —No me podía creer que Neil no quisiera que Duncan me ofreciera trabajo.

—Necesita trabajar, Neil. Si no es aquí, se irá a cualquier otro lugar, y no creo que quieras eso.

—Pequeña, por favor. No te hace falta trabajar aquí, escucha, vente al castillo de nuevo. Los niños te echan de menos, no paran de preguntar por ti —me estaba suplicando—, hazlo por ellos, vuelve. No lo hagas por mí, si no quieres que me acerque a ti, no lo haré, pero allí estarás mejor. Tienes a personas que te quieren mucho, por favor.

Dios y ahora qué hacía, porque me moría de ganas de volver con mis niños, pero tampoco quería estar viéndolo continuamente. Por otro lado, no

quería ser desagradecida con Duncan, ya que se había mostrado en todo momento superamable.

—Neil, me estás quitando la oportunidad de que me conozca —dijo Duncan entristecido.

—Y tú me la estás quitando de entre los dedos, porque me tocará perderla a mí.

No tenía ni idea de lo que estaban hablando, todo me sonaba muy raro.

—Mira, yo no quiero ser la causante de ningún problema entre vosotros y tampoco sé de lo que estáis hablando. Será mejor que me vaya y busque otra cosa —dije pasando por el lado de Neil para irme, pero él me cogió de la mano impidiendo que saliera del despacho.

—Anaís, piénsalo. Sé que quieres mucho a los niños, que también echas mucho de menos a Dolores, Bernardo y a todos los demás, tienes allí a Cloe. No tienes que ir a ningún otro lugar.

—Neil, he alquilado ya una casa con la abuela, y ¿quién me dice a mí que no vas a volver a intentar nada otra vez conmigo?

—Te lo prometo, si tú quieres haré porque ni nos crucemos. Y por lo de la casa no te preocupes, yo pagaré el dinero que os haya costado el alquiler o la seguiré manteniendo para cuando necesites despejarte, tengas algún lugar al que ir.

Mi corazón me impedía ser fría con Neil; lo quería demasiado para seguir así. Tenía claro que no deseaba retomar nuestra relación romántica, pero extrañaba tanto a todos los que había dejado en el castillo que rechazar su propuesta iba en contra de lo que sentía. Así que tomé una decisión, pero no se la revelaría hasta que hablara con la abuela.

—Duncan, te agradezco que me hayas ofrecido un puesto de trabajo —empezó a mover la cabeza negando—, pero sintiéndolo mucho no lo puedo aceptar. Primero, porque no quiero crear un conflicto entre vosotros dos y segundo, porque quiero tanto a esos niños que no puedo estar alejada de ellos. —Me volví para encarar a Neil—. Esto no quiere decir que haya

tomado la decisión definitiva para volver al castillo. Lo tengo que hablar con la abuela, y antes que nada, miraré por el bienestar de ella, porque es la única familia que me queda en esta vida. Si ella no quiere regresar, no lo haré, la última palabra la tiene ella.

—Me parece bien. —Se veía más relajado.

—Neil, no intentes nada conmigo, si vuelvo es por los niños y por todos los demás —le dije seria.

—Anaís, entiendo tus razones para rechazar el puesto de trabajo, pero quiero que sepas que siempre podrás contar con él y conmigo. —Le tenía que haber caído bien a este hombre para ofrecerme algo así—. Te lo digo de verdad, no dudes en acudir a mí si tienes cualquier problema, sea el que sea. —Neil lo miró entrecerrando los ojos, aquí había algo que no me cuadraba.

—Te lo agradezco de corazón, lo mismo digo, si alguna vez me necesitas no dudes en llamarme. —Le abracé porque me salió del corazón y porque se había portado muy bien conmigo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —se ofreció Neil.

—No, tranquilo, cojo un taxi. Ya te llamaré o te escribiré con la decisión final.

—No me cuesta trabajo llevarte, te lo digo de verdad —insistió.

—Te lo agradezco, pero quiero dar una vuelta antes por las calles para despejarme.

Me despedí de ellos y salí de allí con una sensación extraña, como si algo no enajara del todo. La charla que tuvieron me pareció bastante rara, por decirlo de alguna manera.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que, cuando reaccioné, ya estaba en la puerta de mi casa. La verdad es que me di un buen paseo desde la oficina hasta aquí.

Capítulo 26



Al llegar a casa, me di cuenta de que la abuela estaba en la cocina, moviéndose de un lado a otro mientras preparaba la comida.

—¡Abuela! —Llegué por detrás y la cogí de la cintura, asustándola.

—¡Hija de tu madre! Me vas a matar del susto —dijo poniéndose una mano en el pecho, mientras yo me moría de la risa.

—Qué corazón más pequeño tienes, hija de mi vida.

—Niña, déjate de tonterías y dime cómo te ha ido con ese hombre —dijo mientras seguía liada con la comida.

—Si te digo la verdad, no sé ni por dónde empezar. —Puse los ojos en blanco—. Pasé un buen rato conversando con Duncan sobre diferentes temas; realmente parece una persona increíble. En fin, volviendo a lo que me preguntaste, después de hablar un poco sobre mi vida, llegamos al tema del trabajo.

»El puesto que me ofreció estaba bastante bien, y el sueldo era desorbitado, en comparación con las responsabilidades que tendría y el horario de trabajo, que por cierto, también estaba muy bien.

—Anaís, te conozco muy bien, y cuando te enrollas demasiado es porque me tienes que decir algo. —Qué sabia era esta mujer.

—Joe, abuela, no me das cuartelillo —resoplé—. A lo que iba, cuando estaba porirme llegó Neil y resumiéndote todo lo que me dijo, te diré que me

pidió que por favor volviéramos al castillo, aunque yo no volviera con él, que los niños me echan de menos y que allí tenemos a personas que nos quieren, y que, por lo tanto, no estaremos tan solas.

—¿Qué le has contestado?

—Que lo hablaría contigo, porque tu felicidad está por encima de la mía.

Vi que sacaba su teléfono y llamaba a alguien. La miré extrañada y me hizo un movimiento con su mano como diciendo que me callara.

—Neil —abrí los ojos exageradamente—, mi nieta me estaba contado tu propuesta de volver al castillo, y solo tengo una pregunta: ¿Cuándo vienes a buscarnos?

—¡Abuela! —le grité.

—Niña, calla que no me entero de lo que me dice. —No podía escuchar lo que le estaba diciendo él—. Claro, yo encantada, aquí me aburro mucho y si la niña empezaba a trabajar para ese hombre, más me iba a aburrir. —Un momento de silencio, supongo que estaba hablando él—. Bueno, no nos da tiempo a recoger mucho, pero sí lo suficiente para unos días. Vale, muchas gracias, Neil.

—Abuela, lo has llamado y todavía no había terminado de contarte en lo que había quedado con él. —Me crucé de brazos—. Se supone que te iba a preguntar si querías volver, pero no hace falta que me respondas ya, lo has hecho con esa llamada que acabas de hacer —negué con la cabeza—, por lo visto, estabas deseando regresar.

—Anaís, te lo dije los otros días y te lo vuelvo a decir ahora, yo voy a ir siempre donde tú vayas, pero si me das a elegir entre vivir aquí o vivir en el castillo, prefiero hacerlo allí. No porque sea un castillo, es que allí no me siento tan sola, están Dolores y Lupe, y con ellas me siento muy acompañada. Que aquí estoy muy bien, cariño —me cogió la mano—, pero allí estoy mejor, y tú también, no lo niegues.

—Claro que allí estoy mejor, sobre todo, porque estoy con todos a los que quiero, pero me da miedo volver a caer con Neil. Abuela, sabes que lo sigo

queriendo y verlo todos los días va a ser muy duro.

—Él también te quiere, si no lo hiciera no habría hecho todo lo que ha hecho por nosotras. Tienes que hablar con él, y entre los dos, llegar a un acuerdo o un entendimiento. Él tiene que ser más precavido a la hora de hablar y expresarse, y tú no puedes ser tan impulsiva. Creo que los dos os dejáis llevar por el momento y no pensáis las consecuencias de vuestros actos.

Cuando doña Inés hablaba, lo hacía con mucha sabiduría, siempre terminaba dándole vueltas a las palabras que me decía. Y aunque en algún momento volviera con Neil, porque sabía que lo terminaría haciendo, ya que lo amaba con todo mi corazón, antes de dar ese paso tendríamos que hablar largo y tendido. De todos modos, mis pensamientos por ahora eran que no quería volver con él, todavía me sentía muy dolida, tiempo al tiempo.

—Y ahora espabila, que dentro de dos horas estará aquí y todavía tenemos que comer. —Terminó dando una palmada al aire para que me pusiera en marcha.

—Pues sí que tenéis prisa; tú por irte y él por venir —dije levantándome mientras ponía los ojos en blanco.

Entre las dos, terminamos de cocinar. Una vez que la comida estuvo lista, nos sentamos a comer y luego nos pusimos a hacer las maletas. No tengo idea de cuántas veces había empacado en los últimos meses, pero ya me sentía como una experta en doblar la ropa, pensé con un toque de ironía.

Todavía no me había dado tiempo de hablar con el propietario de la casa, pero como tenía el mes pagado, no era urgente que lo contactara de inmediato.

Estaba terminando de guardar las cosas de aseo cuando escuché a Neil saludar a la abuela. Como dije antes, tenía prisa por venir, ya que no habían transcurrido las dos horas que mi abuela me había indicado como el tiempo de su llegada.

Sentí una mirada fija sobre mí, así que me di la vuelta, consciente de quién se encontraba allí.

—Parece ser que la abuela tenía muchas ganas de volver —dije mirándolo.

—Creo que las mismas que tenía yo de que volvieras. —Alcé una ceja—. Sé que lo haces por todos, menos por mí —levantó las manos como rindiéndose—, pero me alegra que estéis de vuelta o más bien de que vayáis a volver.

—¿Se lo has dicho a los niños?

—No, no se lo he dicho a nadie, así cuando os vean, la sorpresa será mayor para todos. Especialmente, para Zoé y Riley. Todos los días me preguntan por ti.

Era consciente de que los niños me echaban de menos, al igual que yo a ellos. Tenía unas ganas enormes de comérmelos a besos y achucharlos contra mi pecho mientras aspiraba su olor.

—Neil, ¿qué es lo que pasa con Duncan? Lo que dijisteis me pareció todo muy raro.

—Es un tema personal de Duncan y si llegado el momento te lo quiere contar, no dudes que lo hará. Entiende que yo no te lo puedo decir, es una promesa que hice en su momento, aunque después se haya complicado todo un poco, no puedo romper mi palabra con él. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí, no te preocupes. —Terminé de guardar todas las cosas—. Lista, cuando quieras nos podemos ir.

Lo vi esbozar una sonrisa y venir hacia mí para coger las maletas y llevarlas al coche, pero cuando pasó por mi lado me dejó una pequeña caricia en el dorso de la mano, fue tan sutil, que si no lo conociera pensaría que solo fue un simple rocé casual.

—Neil, no empieces que nos conocemos. —Lo señalé con el dedo.

—Todos usamos nuestras mejores cartas de la manera que mejor nos parezca —me dijo, guiñándome un ojo con un aire travieso.

—Argg... no vas a darme tregua. —No era una pregunta.

—Pequeña, tú no me la has dado a mí desde que te marchaste, de todos modos, creí que tenías un poco más de aguante. —Dios, esa mirada que me lanzó sabía que me derretía por completo, el muy cabrito—. O ¿acaso te pongo nerviosa? —No esperó a que le respondiera, y salió por la puerta.

Fui corriendo detrás de él.

—A este juego podemos jugar los dos, amorcito. —Al pasar por su lado, le di un pequeño pellizco en una de sus nalgas.

Me aguanté las ganas de reír al ver la cara que había puesto. Estaba claro que si quería jugar, yo le daría juego, a ver quién salía vencedor.

—Uy... más vale que nos vayamos o acabaréis quemándome entre los dos —dijo la abuela con un tono de vez alegre.

—Ese pellizco me lo voy a cobrar —me dijo en plan meloso.

A ver quién era la guapa que aguantaba convivir con este hombre, que era una pura tentación para mí. «Anaís tú puedes», me dije a mí misma, no muy convencida.

—Tus ganas, guapo —le guiñé el ojo.

—Me encanta este tira y afloja que tenéis, estoy segura de que lo voy a disfrutar un montón. —Se frotó las manos sonriendo—. Pero os digo una cosa, yo soy terreno neutral, así que arregláoslas como podáis. Y otra cosita, los demás tampoco se van a inclinar hacia uno u otro bando, de eso me encargo yo. —Lo más gracioso era que se veía muy feliz— ¡Qué empiecen los juegos!

—Abuela, ¿qué le has echado al café? —Ahogué una risa—. Lo tuyo hoy no es normal.

—No digas tonterías, niña. Que la vida está para disfrutarla y no para vivir amargados. —Señaló a Neil con el dedo—. Y eso lo digo por ti, muchachito. Más vale que vayas cambiando la cara de agrio que pones muchas veces.

Estallé en carajadas al escucharla decir eso, la expresión de él no tenía precio alguno. Estaba entre algo avergonzado y extrañado, porque él no había conocido verdaderamente a la abuela y no sabía lo graciosilla que podía llegar a ser. Además, se le daba de lujo poner a cada uno en su sitio sin que le temblara el pulso.

Capítulo 27



En cuanto puse un pie fuera del coche, Cloe y los niños salieron corriendo hacia mí. Ellos no me esperaban, pero como estaban jugando en el jardín delantero me vieron llegar.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Nada, aquí tu abuela postiza que me ha vendido y tu querido cuñado me ha secuestrado —le contesté con ironía.

—¡Anaís! —La niña llegó hasta mí corriendo y me abrazó por las piernas—. Que bien que ya estés aquí, te he echado mucho de menos. —Me agaché para cogerla en brazos y achucharla contra mi pecho—. Me tienes que prometer que ya no te vas a ir nunca más.

—Bueno, eso es una promesa muy difícil de cumplir porque nunca sabemos lo que puede pasar. —Le di un toquecito en la nariz—. Pero lo que sí te puedo prometer, es que voy a intentarlo. —La dejé en el suelo para coger a su hermano.

—Pero mira qué grande está mi príncipe —expresé contenta de tenerlo en mis brazos.

—*Nais, apa.* —Ya le tenía cogido el punto a su lengua de trapo.

—Tú, sí que eres guapo. —Empecé a darle besos por toda la cara y el cuello, mientras él se retorció de la risa entre mis brazos.

—Vamos a acompañar a Anaís y a la abuela a sus habitaciones —dijo Neil quitándome al niño de los brazos para besarlo él.

Subimos y dejamos a la abuela en la que había sido su habitación, que era la misma que la que había utilizado yo cuando llegué aquí la primera vez. El dilema ahora era ver qué habitación me tocaba a mí, porque el castillo contaba con muchas, pero no todas estaban totalmente amuebladas.

Al llegar a la puerta de su habitación frené en seco.

—Eh... todo el mundo quieto. —Como Neil estaba delante de mí y en estos momentos estaba por abrir la puerta, pues me estaba dando la espalda, así que le di unos golpecitos en el hombro para que me mirara—. ¿A dónde crees que vas tan rápido? —dije entrecerrando los ojos— No, no, no, ahí no entro ni loca. —Negaba con la cabeza, no estaba enfadada, me lo tomé más a broma.

—Anaís, si ahí es donde duermes con papi. Además, tienes toda la ropa que dejaste antes de irte a tu país. —«Puñetera niña», dije para mí entre risas, es que con esta niña no se podía, siempre estaba pendiente de todo.

—Zoé, recuérdame tu edad, porque creo que tienes veinte años.

—Papi, creo que a Anaís le pasa algo en su cabeza, no se acuerda de mi edad. —El padre y yo rompimos a reír, porque, aunque fuera muy lista todavía no sabía cuándo una persona era irónica.

—Ya has oído, tienes toda tu ropa aquí. —El capullo estaba disfrutando con todo esto.

Me acerqué para cogerle al niño de los brazos y aproveché el momento para decirle unas palabras al oído.

—O lo arreglas o te veo durmiendo en el suelo. —Para chulo él, chula yo.

—Si no hay más remedio. —Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que le tendré que decir a Dolores que me traiga unas cuantas mantas para ponerlas en el suelo. —Puse los ojos en blanco. Dios, a este hombre lo habían puesto en mi camino para hacerme la vida imposible.

—Neil, eso no es en lo que habíamos quedado —gruñí, ¿yo gruñendo? Veis, hasta eso me hacía hacer. Me sacaba de mis casillas.

—No pienso tener compasión. —Pasé junto a él y abrí la puerta, dejé a Riley en el suelo y comencé a organizar todo con la ayuda de los niños. Aunque, para ser sinceros, fue más bien Zoé quien me ayudó, ya que el pequeño parecía estar haciendo todo lo contrario.

—Anaís, papá me ha dicho que este fin de semana nos va a llevar a cenar para que podamos estrenar los vestidos que tenemos iguales —dijo de carrerilla, como si se lo hubiera aprendido.

—¿En serio? —Puse una expresión de sorpresa.

—Sí, y sabes otra cosa, nuestros vestidos son del mismo color que el de Bella. —Estaba feliz dando saltitos.

—Pues si nosotras vamos a ir vestidas parecidas a Bella, ¿no crees que tenemos que vestir a tu padre de Bestia? —le pregunté con la risa contenida.

—Pequeña... te estoy oyendo —gruñó.

—Mira, si ya es una bestia, porque gruñe como ellas. —Ahí ya no pude contener más la risa y rompí en una gran carcajada.

Mi abuela vino a recoger a los niños, asegurando que ya había terminado de organizar todas sus cosas y que les iba a preparar la merienda. Así que me quedé a solas con Neil en la habitación. Cuando la abuela se marchó con ellos, me di la vuelta y me di cuenta de que Neil estaba jugando con un tanga que colgaba de su dedo índice.

—¿Qué haces con eso? —Le di un tirón y se lo arranqué de su dedo.

—Ese es nuevo —dijo intentando esconder una sonrisa.

—Se puede saber qué haces rebuscando entre mi ropa interior. —Lo fulminé con la mirada.

—Yo no estaba rebuscando, solo te estaba ayudando a colocar la ropa. Ese tanga se escurrió de entre ella y acabó enganchado a mi dedo. —Encima me vacilaba.

—Neil, te lo digo en serio, tú estás fatal. —Me giré para seguir con las cosas.

—Fatal, me tienes tú. —Se acercó sigilosamente, y solo me di cuenta cuando sentí un suave roce de sus labios en mi cuello—. Pero sé que tú también estás fatal por mí y antes de lo que esperas, volverás a estar en mi cama.

—Fíjate si voy a estar antes de lo esperado, que esta noche dormiré yo en ella y tú en el suelo —le respondí, dándole un ligero empujón para alejarlo de mí y evitar caer en la tentación de morderle el labio—, y deja de jugar sucio usando a los niños.

—Pequeña, como dice el refrán, en el amor y la guerra todo está permitido, y yo estoy dispuesto a jugar, aunque sea de manera un poco sucia. —Sonrió mientras levantaba una ceja y me guiñaba un ojo—. Y entre tú y yo, los dos sabemos lo sucio que nos gusta jugar. ¿Te vas a poner ese tanga esta noche para mí? —preguntó mientras se dirigía hacia la puerta de la habitación.

—Esta noche sí que me lo voy a poner, pero no para ti, sino para el hombre que conocí ayer. —Chúpate esa, capullo.

—¿De verdad? —Se dio la vuelta y me atrapó a los pies de la cama—. ¿Y ese hombre consigue ponerte tan caliente como lo hago yo? —Con el dedo índice trazó el contorno de mi mandíbula hasta llegar a mi labio inferior, tirando de él hacia abajo—. Me apuesto toda mi fortuna que solo yo puedo hacerte sentir así. —Se acercó y pasó la punta de su lengua por el labio que tenía entre sus dedos, lo mordió suavemente y tiró un poco—. Ahora piensa en todo lo que estamos dejando pasar por una mala elección de palabras. —Y sin más, salió de la habitación.

—Engreído. —Di un golpe en el suelo con el pie, por la impotencia.

—Todo lo que tú quieras, pero cuando te pongas ese tanga, no podrás evitar pensar en mí —comentó mientras miraba por encima de su hombro.

Se marchó, y yo me quedé con ganas de que siguiera mordéndome el labio y lo que no era el labio. Pero esto me lo iba a pagar como Anaís Blanco que me llamaba.

Terminé de colocarlo todo y bajé al jardín trasero, donde estaban todos reunidos, excepto Neil, que por lo visto tenía una videoconferencia. Según lo que había comentado, tenía que resolver algunos temas de trabajo y pidió que nadie lo molestara.

—¡Te atrapé! —me dijo el tonto de Braden, mientras comenzaba a girar conmigo en un baile improvisado.

—¡Para ya, loco! Me vas a marear. —Le di un pellizco en el antebrazo para que me soltara.

—No veas cómo se notan las ganas que tenías de verme —dijo acariciándose la zona afectada.

—¡Calla, bobo! Casi me haces vomitar —llamé a Cloe para que se acercara—. Necesito que me hagáis un favor.

—Ya sabes que, si está en mis manos, cuanta con ello. —Por algo era mi amiga.

—Tenéis que entretener a los niños y a los demás, y aseguraros de que nadie, absolutamente nadie, entre en el despacho de Neil. —Estaba conteniendo la risa—. Antes me ha estado provocando y no tiene idea de con quién se está metiendo, así que necesito que me echéis una mano con eso.

—Pero ¿no se supone que está en una videoconferencia? —preguntó Braden.

—¿Y? —Me encogí de hombros—. Mejor para lo que tengo en mente.

—Ay... pillina, que me imagino por dónde vas. —Cómo se notaba lo bien que me conocía Cloe.

—¿De qué estáis hablando?

—Tranquilo, cariño, que después te lo explico todo con detalles, es más, si te lo tengo que demostrar, también lo hago.

—Uy, uy que aquí me huele que alguien va a sufrir un poquito. —Cogió a mi amiga de la cintura y le dio un besazo—. Anda ve, que nosotros nos quedamos montando guardia.

Me dirigí hacia el despacho de Neil y me paré delante de la puerta para infundirme un poco de valor. Hice un par de respiraciones profundas hasta que logré tranquilizarme.

Capítulo 28



Abrí la puerta con cuidado, asegurándome de no hacer el menor ruido, y al cerrarla, lo hice de la misma forma. Al girarme hacia Neil, lo encontré mirándome de reojo, como si se preguntara qué hacía allí.

—Shhh.... —Me puse un dedo en los labios, pidiéndole que guardara silencio.

La videoconferencia era en otro idioma, porque no entendía nada de lo que estaban hablando.

Con sigilo y sin hacer ruido, me acerqué a su mesa. Cuando estuve frente a él, le sonreí de manera traviesa y le lancé un guiño. Noté cómo se removía en su sillón, y una oleada de satisfacción me invadió al pensar en lo que estaba a punto de hacer.

Con una gran sonrisa en el rostro, me fui agachando frente a la mesa hasta quedar a cuatro patas y deslizarme por debajo de ella. Una vez en la posición que deseaba, comencé a subir mis manos de manera lenta por sus pantorrillas, luego continué hacia sus muslos, y después regresaba a sus tobillos, repitiendo este movimiento varias veces.

El pobre intentaba seguir la conversación y lo hacía muy bien, la verdad, si no fuera porque vi formarse el bulto debajo de sus pantalones, diría que este hombre era un témpano de hielo.

Pero como quería ponerlo un poco más incómodo, llevé las manos a sus ingles, ahí fue cuando se removió un poco y yo aguanté las ganas de reír. Lo

miré desde abajo y pasé mi lengua por mi labio inferior. Neil miró hacia abajo con disimulo y con una mano intentó que parara.

Llevé mis manos a su miembro y noté la pequeña sacudida que dio su erección. Lo malo de este juego era que yo me quedaría demasiado insatisfecha, vamos, que me iba a quedar con las ganas que me cogiera contra la pared o contra la superficie que fuera.

Di un paso más y llevé las manos a su cinturón, comenzando a desabrocharlo con una expresión inocente en mi rostro. Era consciente de que, en cuanto tuviera la oportunidad, se cobraría todas las travesuras que había hecho, pero eso no iba a arruinar mi disfrute en ese instante.

Desabroché el botón y la cremallera, y luego, con atrevimiento, introduje mi mano en su bóxer, comenzando a acariciar su miembro con movimientos suaves y delicados. Podía notar que Neil estaba tan afectado que incluso parecía sudar un poco.

Tiré un poco hacia abajo de sus pantalones junto con su ropa interior, y liberé toda su longitud. Me mordí el labio, pensando que me gustaría tener esa parte de cuerpo en otra de la mía.

Hubo un momento antes de que me la metiese en la boca, que puso el micrófono en silencio y me dijo que esta se la pensaba cobrar esa misma noche, pero que, ya que había empezado no se me ocurriera parar. Lo que no sabía él, es que pensaba dejarlo con las mismas ganas que él me había dejado a mí esa misma tarde.

Saqué la punta de la lengua y le di una pequeña pasada por toda la longitud de su miembro, cuando llegué al glande hice un pequeño círculo con ella, rodeándolo por completo. Volví a bajar hasta llegar a la base de su miembro. Neil tenía una mano apoyada en los reposabrazos del sillón y cuando me metí el miembro en la boca, lo apretó con todas sus fuerzas.

Comencé a subir y bajar la cabeza, acompañada también de pequeños masajes que le iba dando con una de mis manos, cuando llegaba a la punta succionaba con fuerza.

Sé que le quedaba poco para acabar porque notaba como se le contraía el bajo vientre y por el gruñido que soltó, escuché que le dijeron algo y que él contestó, pero como no entendía nada de lo que estaban hablando, no puse atención.

Justo cuando estaba a punto de culminar en su placer, decidí retroceder lentamente, cuando, de buenas a primeras, cortó la llamada. Me levanté de un salto y me dirigí rápidamente hacia la puerta, pero el capullo llegó antes que yo, a pesar de que sus pantalones apenas se sostenían en sus caderas.

—¿Dónde crees que vas, pequeña bruja? —Me atrapó contra la puerta.

—¿Dónde voy a ir? —Me encogí de hombros—. Con todos los demás, es que no te quiero seguir molestando.

—Oh... pero yo quiero que me molestes un poquito más. —Me besó en la mandíbula.

Me levantó en brazos sin pensarlo dos veces, y para no perder el equilibrio, envolví su cintura con mis piernas. Avanzó hasta su sillón, y se sentó conmigo todavía encima. En ese momento, noté cómo su miembro daba pequeñas sacudidas junto a mi zona íntima, lo que me puso cardiaca.

—Me están esperando —dije con un gemido.

—Creo que te van a esperar un poco más, por lo menos hasta que termines lo que has empezado. —Todo lo que dijo, lo fue diciendo mientras iba dejando un camino de besos a lo largo de mi mandíbula y cuello—. Sabes que cuando se juega con fuego te puedes quemar, y aquí vamos a arder los dos.

Tiró del bajo de mi camiseta y me la sacó por la cabeza. Llegados a este punto, como si tenía que arder en el mismísimo infierno. De un tirón, me bajó las copas del sujetador y dejó mis pechos al aire.

Al principio, sus manos me acariciaban con delicadeza, pero a medida que percibía que mi cuerpo pedía más, comenzó a apretar con firmeza. Mientras tanto, sus labios recorrían mi cuello, besándolo y lamiéndolo con ternura, hasta que poco a poco se dirigieron hacia uno de mis pechos. Allí, me mordió

el pezón con intensidad, pero sin causar dolor, lo que me hizo estremecer de placer.

Mis caderas parecían tener vida propia, ya que no podía evitar frotarme contra su erección. La humedad se iba acumulando en mi vagina, sintiendo cómo se desbordaba y empapaba la ropa interior.

No había duda de que, tal como me había comentado esa tarde, nadie en el planeta podía encenderme como él lo hacía, y lo más frustrante era que él era plenamente consciente de su efecto en mí.

Me cogió de la mano y me puso en pie mientras él seguía sentado, no tardó ni dos segundos en quitarme los pantalones junto con la ropa interior. Cuando me tuvo completamente desnuda, a falta del sujetador, se levantó lo suficiente para quitarse él la parte baja de su ropa.

No esperé a que él me quitara el sujetador, llevé las manos a la espalda y lo hice yo misma. En cuanto él se desnudó, volví a sentarme encima de él, colocándome a horcajadas.

Dios, sentir su miembro contra mi intimidad sin nada que nos separara, era la mejor sensación del mundo. Comencé a moverme suavemente contra él, mientras nuestros labios se encontraban en un beso lleno de deseo, un deseo que había crecido con el tiempo que habíamos pasado separados.

—Pequeña, necesito estar dentro de ti ya —masculló junto a mi oído.

—Madre mía... —Me levanté un poco, y cogí su erección con una mano para dirigirla hacia mi vagina, cuando ya estuvo en la posición, fui bajando lentamente, sintiendo como centímetro a centímetro iba penetrándome y haciendo que mis paredes vaginales lo acogieran con gusto. —Era demasiado bueno para ser real.

—Pues disfrútalo porque está pasando de verdad. —Y para dar énfasis a sus palabras, se impulsó hacia arriba con fuerza para que pudiera sentirlo completamente dentro de mí—. ¿Sientes esto? Pues no vuelvas a privarnos de este placer. —Otra embestida más y cuando él subía con fuerza, yo bajaba a su encuentro con la misma intensidad.

Me dejé caer un poco hacia atrás y apoyé mis manos en sus rodillas, dándole así una mejor visión de nuestra unión por nuestros sexos. Con la mirada fija en ese punto de unión, fue arremetiendo contra mí sin vacilación y con mucho ímpetu.

—Neil... me voy a correr ya, no pares, por lo que más quieras —dije conteniendo el grito que pugnaba por salir.

—Joder, pequeña, eres perfecta —dijo mientras pasaba una mano por todo el centro de mis pechos hasta llegar a mi vagina y hacer círculos sobre el clítoris con dos de sus dedos.

Con la otra mano me tenía bien sujeta de la cintura. Tras unas cuantas embestidas más me dejó llevar hasta alcanzar el orgasmo, para hacerlo más intenso siguió haciendo círculos sobre el clítoris y no paró hasta que él llegó a su alcanzar su propio placer.

Con un suspiro de satisfacción, me incorporé para apoyar la cabeza en el hueco de cuello y dejar un beso tierno allí. Estando así, apoyada en él y con su miembro todavía en mi interior, Neil se dedicó a darme pequeñas caricias por toda la espalda con las yemas de sus dedos.

—Esto no es lo que yo tenía pensado —susurré contra su cuello.

—Seguramente no, pero apuesto lo que quieras que es mucho mejor. —Depositó un beso en mi cabeza.

—No tengo fuerzas ni para levantarme —dije entre risas.

—Pues como tardes mucho en hacerlo, preveo que vamos a empezar otra vez —dijo en tono risueño—, porque como bien sabes, yo me recupero rápido.

Con mucha pereza, empecé a levantarme, y conforme iba saliendo de mi interior, vi que ya estaba otra vez erecto.

—Lo tuyo de verdad que no tiene nombre. —Me agaché para coger la ropa, momento que aprovechó para darme una palmada en la nalga derecha.

—Eso por el pellizco que me diste hoy en el culo. —Rio.

Salimos del despacho para dar encuentro a todos los demás, y nos encontramos con que habían puesto la mesa en el jardín y que allí habían llevado toda la cena. En esta ocasión estaban todos sentados, Dolores, Bernardo a su lado y Lupe también.

Me encantó ver que ellos también se sentaron en la mesa, porque para mí eran parte de esta familia que habíamos formado.

—¿Te imaginaste alguna vez esta escena? —le pregunté.

—No, la verdad es que nunca lo me lo hubiera imaginado —me abrazó por los hombros y me acerco a él—, pero me gusta mucho. Has tenido que llegar a mi vida para dar alegría e ilusión a todos los habitantes de este castillo. —Acarició mi mejilla con ternura.

—Qué le vamos a hacer, si soy la alegría de la huerta —dije con voz cantarina.

—Oye... que os estamos esperando para comer, daros prisa que estamos muertos de hambre —gritó Braden.

Fue una cena muy tranquila, donde no faltaron las risas y las charlas, tan a gusto estábamos que la sobremesa se alargó más de la cuenta, tanto, que Riley se quedó dormido entre mis brazos y Zoé entre los de su padre.

Para los ojos de alguien que no nos conociera, parecíamos un matrimonio con dos hijos. En mi fuero interno, deseaba que algún día se cumpliera ese deseo.

Capítulo 29



El tan esperado sábado de mi pequeña finalmente había llegado, y aquí estábamos las dos, preparándonos junto a Cloe en su habitación. El pequeño se quedó con su padre y su tío, ya que Zoé se negó a que se arreglara con nosotras; decía que era un día de chicas y que su hermano, siendo un niño, debía vestirse con los hombres.

Al principio, la idea era salir solo los cuatro, pero decidimos invitar también a mi amiga y su novio. Como a ella no le gustaba perderse una salida, no tardó en aceptar la invitación.

La única pega que puso Zoé fue que su tita no iba vestida como nosotras, porque claro, a mi amiga ya la llamaba «tita», como era de esperar, al verla como novia de su tío.

—No te preocupes Zoé, además, a mí me gusta ser única. —Y tanto que le gustaba ser única, porque otra más como ella y el mundo sería un auténtico caos.

Con los vestidos puestos iguales, salvo porque el suyo tenía un corte más infantil, los zapatos en el mismo color y las dos con el pelo recogido en una coleta bien alta, estábamos listas para comernos la noche. Ah, que se me olvidaba, yo sí que me maquillé un poco, todo en tonos neutros, pero a la niña no, y no porque ella no quisiera, que no sabéis el trabajo que me costó de convencerla, porque a cabezona no la ganaba nadie.

Era un momento especial, y aunque no quería parecer arrogante, al vernos las tres frente al espejo, sentía que no había nadie en el planeta que pudiera

competir con nosotras. Podía sonar un poco vanidoso, pero la verdad es que estábamos espectaculares. Zoé, con esa cara tan bonita que tenía y esos ojos que brillaban y llenaban de luz todo a su alrededor, parecía sacada de un cuento de hadas.

Después estaba Cloe, y no es por exagerar, pero su belleza y figura eran difíciles de igualar por cualquier otra mujer. Ella optó por ponerse un vestido verde botella, que hacía que su cabello y sus ojos brillaran aún más. Combinó el vestido con unas sandalias de tacón doradas, estaba espectacular. Estaba segura de que mi cuñado se quedaría boquiabierto cuando la viera.

Después estaba yo, con mi pelo castaño claro y largo recogido en una coleta bien alta, con mi metro setenta de altura y mi figura, me veía superbién. El vestido que llevaba puesto parecía hecho a medida, acentuando mis curvas y ajustándose de manera impecable.

—Papi se va a enamorar esta noche más de ti —dijo tapándose la boca para esconder una risita.

—¿Y tú cómo sabes que él está enamorado de mí? —Me agaché delante de ella para preguntarle mientras la miraba a la cara.

—Porque he visto que te da besos en la boca, y eso solo lo hacen los que se quieren.

Qué inocentes eran los niños, ojalá le durara muchos años esa inocencia.

Bajamos al encuentro de los chicos, que estaban esperándonos en el salón junto con todos los demás habitantes de la casa, y cuando nos vieron entrar a las tres, solo se escucharon exclamaciones de asombro.

—Dios, nunca había visto tanta belleza junta —dijo Bernardo con los ojos bien abiertos mientras nos miraba a las tres detenidamente.

—Viejo, que se te cae la baba. Ellas ya están pilladas, y tú también —le dijo su mujer entre risas.

—Mujer, pero cuando uno ve algo bonito no puede dejar de admirarlo. —Se encogió de hombros.

—*Bapaaaaa...*—nos dijo el pequeño estando en los brazos de la abuela.

—¡Vale ya! Que nos vais a sacar los colores y eso no combina con los vestidos que llevamos puestos —dije para que dejaran de echarnos piropos porque yo no estaba muy habituada a ellos, bueno, más bien, me daba mucha vergüenza que lo hicieran.

—A mí no me importa que me saquen los colores todo lo que quieran —dijo Cloe poniéndose una mano en la cintura—. Cariño, tú todavía no te has pronunciado.

—Eso es porque me has dejado sin palabras. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

Mi mirada se enfocó en Neil, y mi corazón dio un salto al ver cómo me recorría el cuerpo entero con la mirada. A veces no se necesitan las palabras para hablar, con la mirada se podía decir mucho más, y esta era una de esas veces.

Me fui acercando poco a poco, y cuando estuve de frente a él me detuve y le eché las manos a los hombros.

—Está usted muy guapo, señor Campbell. —Posé una mano en su mejilla para acariciarla.

—Pequeña, si hay alguien aquí que merece ser admirada, esa eres tú. Estás deslumbrante. —Me cogió de la cintura para acercarme más a él y acto seguido me dio un beso en la frente—. Hoy todas las miradas estarán puestas en ti.

La abuela nos hizo posar a todos los que íbamos a cenar para hacernos una foto. Después, pidió que nos hiciéramos una nosotros con los niños y por último, nos dijo a Neil y a mí que nos pusiéramos a solas.

En esa foto de los dos, él me agarró de la cintura y me hizo girar hacia él, quedando frente a frente. Con una mano en mi cintura y la otra acariciando mi mejilla, acercó su rostro al mío, uniendo nuestras frentes y mirándonos intensamente, como si no hubiera nadie más en el mundo. Fue mi abuela quien capturó ese momento con su cámara.

Cuando nos la enseñó, el resultado que vimos fue espectacular; era una foto preciosa, donde se veía un amor grande y un brillo especial en la mirada. Así era lo que sentía por ese hombre, un amor fuerte y desbordante.

Tenía que pedirle a la abuela que me enviara esa foto, me encantó tanto que quería imprimirla y tenerla en mi habitación o en cualquier otro lugar, pero quererla la quería para mí.

Como era habitual, nos dividimos en dos coches porque no cabíamos todos en uno solo; así que Braden y Cloe se fueron en el suyo, mientras que los otros cuatro nos acomodamos en el coche de Neil.

El restaurante al que fuimos era simplemente maravilloso, parecía sacado de un sueño. Al llegar, te recibía un sendero iluminado por diminutas bombillas que brillaban intensamente, guiándote hacia un hermoso jardín donde se encontraban varias mesas adornadas con manteles blancos, farolillos delicados y pequeños jarrones llenos de flores en suaves tonos pastel.

A ese jardín era a donde nos dirigíamos para ocupar nuestra mesa. Por la temperatura no había de qué preocuparse, ya que estaba resguardado por una carpa que estaba decorada con cientos de luces parpadeantes, creando un ambiente más acogedor y romántico.

Repartida entre las mesas también había puestas un motón de estufas exteriores para que sus clientes no pasaran frío, y así pudieran disfrutar plenamente de la velada.

—Neil, este sitio es magnífico. —Le di un apretón en el brazo del que iba cogida, mientras con la otra mano agarraba a Zoé y Neil, a su vez, sostenía a Riley.

—¡Papi, ahora sí que parece que estamos dentro de un cuento de princesas! —exclamó, llena de emoción.

—Y tú eres la más bonita de todas ellas —le respondió su padre con amor.

—¿Sabes que mamá y yo vamos vestidas igual que Bella? —En cuanto esa palabra salió de su boca, sentí cómo se me encogió el corazón y mis ojos se

empañaron de unas lágrimas, que estaba intentando contener, por la emoción.

Desde aquella noche en la que discutimos su padre y yo, no se había vuelto a sacar ese tema de conversación, pero claro, del problema que tuvimos Neil y yo, la pequeña no tenía ni idea.

Miré a Neil y lo vi igual de emocionado que estaba yo, sabía por sus propias palabras que quería que yo ejerciera ese papel con sus hijos y para mí era un orgullo ser la madre de estos niños. Aunque no llevaran mi sangre, los consideraba míos. Porque madre no es la que te pare, madre es aquella que está junto a ti en las buenas y en las malas, y aunque su verdadera madre no estaba, no porque no quisiera, sino porque tuvo la mala suerte de que se la llevara una enfermedad, ahora la que estaba haciendo de madre para ellos era yo.

—Mi vida, me has llamado mamá, ¿lo sabes?

—Es que quiero que seas mi mamá, ¿tú quieres serlo? —Me miró con dudas en sus ojos y un poco de miedo a lo que sería mi respuesta.

—Yo ya soy tu mamá y la de tu hermano, porque os quiero como a mis hijos, es más, no podría haber tenido unos hijos mejores. —La abracé contra mi pecho mientras me corrían las lágrimas por las mejillas. Al mirarla vi que ella también estaba emocionada—. Espero que estas lágrimas sean de alegría —le dije mientras se las retiraba con los dedos.

—Sí, me hace muy feliz que, por fin, te pueda llamar mamá.

—¡Qué momento más bonito, por favor! —Cloe también estaba emocionada.

Mi amiga se dejó abrazar por su pareja, que, aunque se estaba haciendo el duro, este momento también le había removido por dentro.

—Entonces, ya que vas a ser mi mami, te tienes que casar con mi papi, ¿verdad? —Dios mío, en menudo lío nos estaba metiendo la niña.

—Bueno, cariño, eso lo tenemos que ir viendo tu papi y yo, ¿verdad, cariño? —Miré hacia Neil para que dijera algo.

—No te preocupes, princesa, que todo llegará con el tiempo.

—¡Qué bien! Entonces papi va a ser tu bestia de verdad, y después se convertirá en tu príncipe.

—Pequeña, ¿le dijiste a la niña que soy una bestia? —preguntó con la ceja arqueada.

De fondo, se escuchaban las risas de Braden y Cloe.

—No, no fue así, te lo prometo. —Estaba conteniendo la risa—. Ella me dijo que nuestros vestidos se parecían al de Bella y yo le dije en broma, que si yo era Bella tú serías mi bestia. —No lo pude aguantar más, y rompí a reír—. No digas que no, un poco gruñón sí que eres. —Me acerqué a él para darle un suave beso en los labios.

—Esta noche, te voy a demostrar lo bestia que soy. —Me garantizó a media voz.

—¿Con gruñido incluido? —pregunté zalamera.

—Chicos, que hay niños, por favor tenéis que comportaros.

Entre risas y felicidad nos dirigimos a la mesa que teníamos reservada. La velada fue transcurriendo de lo más agradable y los niños se comportaron en todo momento superbién.

Estaba claro que Zoé, no tenía ninguna duda, que lo haría, pero Riley era más pequeño y tenía ciertas dudas. Aunque era un niño muy bueno que no daba problemas, eso no quitaba que dejara de serlo y como tal, podía tener sus momentos, pero nos sorprendió a todos con su buen comportamiento.

La comida fue toda una exquisitez para el paladar, de más está decir que todos los que estábamos sentados en la mesa teníamos buen paladar y no hacíamos asco a las comidas, pero que vamos, esta estaba fuera de lo normal.

Ya bien entrada la noche, se empezaba a notar el cansancio en los niños, por lo que en un momento de la noche el pequeño me echó los brazos para que lo cogiera y así acurrucarse contra mí.

—Mamá —dijo extendiendo sus manitas para que lo cogiera.

—Ven aquí, mi pequeño príncipe. —En el momento que su cabeza tocó mi pecho se quedó dormido tocándome la oreja, y es que tenía esa pequeña costumbre.

Zoé se subió al regazo de mi amiga y se quedó también dormida.

—Amiga, yo quiero ser madre como tú.

—Nena, eso lo solucionamos esta noche entre los dos —dijo Braden, moviendo ambas cejas hacia arriba y abajo en repetidas ocasiones.

—Cállate, bruto, que no me dejaste acabar lo que quería expresar. Lo que realmente quería decir es que me encantaría ser madre como ella, pero sin tener que pasar por embarazos ni sufrir dolores de parto, y simplemente encontrarme con los niños ya crecidos.

—Nena, pues como no los busquemos en otro sitio, no sé, porque yo no soy como mi hermano que ya tengo dos hijos, al menos que yo sepa.

—Por la cuenta que te trae espero que no los tengas. —Lo fulminó con la mirada, pero en plan broma.

—Pues yo quiero tener por lo menos dos hijos más —dije de lo más resuelta.

—Pequeña, que ya tenemos dos —me dijo Neil mientras tragaba saliva.

—Pues por eso, quiero dos más; si no es contigo, ya buscaré a alguien. —Le guiñé un ojo.

—Mejor te quedas conmigo, que sabes que por lo menos los hago bien guapos —dijo resuelto.

Y entre risas y conversaciones relajadas, decidimos que la noche había llegado a su fin. Yo llevaba a Riley en mis brazos, mientras que Neil había tomado a la niña de los brazos de mi amiga para cargarla él mismo. Así, nos dirigimos a nuestros coches, listos para regresar al castillo.

Capítulo 30



Afortunadamente, los niños estaban en un sueño tan profundo que ni se dieron cuenta de que les quitamos la ropa, ni de que le pusimos el pijama, y mucho menos de que los metimos en la cama. Vamos, que si caía una bomba, ellos tan tranquilos.

—¿Así que tu bestia? —susurró a mi espalda causándome un escalofrío — Te voy a demostrar lo que te puede hacer una bestia como yo. —Sin previo aviso, me cogió y me cargó en su hombro hasta la habitación.

Una vez allí, me dejó caer sobre la cama haciendo que rebotara en ella. Me apoyé en los codos mientras lo veía desnudarse con parsimonia, pero sin quitarme la vista de encima, en ningún momento.

—Me encanta cuando me haces estos estriptis —dije mordéndome el labio inferior de modo sensual.

—No lo había notado —dijo con ironía.

—Pero me gusta más cuando te ayudo yo. —Me levanté de la cama y me fui hacia él.

Deslicé mis manos desde sus hombros hasta su pecho, comenzando a desabrochar los botones de su camisa. Con cada botón que soltaba, le iba dando un beso en la zona que iba quedando al descubierto.

Una vez que la camisa quedó completamente abierta, mis manos se dirigieron a su cintura. Con la yema de los dedos, tracé un camino que

iniciaba en el borde de su pantalón, recorriendo su bajo vientre, donde el roce de mis dedos provocó una ligera contracción. Continué ascendiendo por su ombligo, delineando cada uno de los marcados abdominales que tenía, hasta llegar al centro de su pecho y finalmente a sus hombros.

Con mis manos sobre sus hombros, empecé a quitarle la camisa, sin dejar de besar su clavícula. Neil inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y soltó un suspiro profundo.

—Mi turno. —Me cogió las manos para detenerme.

Me dio la vuelta, así que mi espalda quedó pegada a su pecho. El vestido, con su escote barco, dejaba mis hombros casi al descubierto. Él colocó sus manos en esa zona y comenzó a darme un suave masaje, recorriendo desde la base de mi cuello hasta mis hombros, alternando entre besos y caricias delicadas.

Con la punta de la lengua, trazó un camino desde un hombro al otro, luego llevó sus manos al principio de la cremallera y, con toda la tranquilidad del mundo, la fue bajando. Cuando me tuvo con la espalda al descubierto, se arrodilló detrás de mí y me deslizó el vestido hacia abajo, dejándolo caer a mis pies, mientras yo permanecía de pie con los zapatos puestos y un tanga negro de encaje.

—Una imagen preciosa —dijo mientras amasaba mis nalgas.

Y al igual que hizo él cuando lo estaba acariciando, incliné la cabeza hacia atrás y dejé escapar un suspiro de satisfacción. Me dio algunos mordiscos juguetones en las nalgas, alternando entre una y otra con una picardía que me hizo reír.

Se puso en pie, dejándome con el tanga y los zapatos puestos, y aunque estaba detrás de mí, pude escuchar el sonido del cinturón desabrochándose y luego el de los pantalones deslizándose. Cada movimiento que hacía resonaba en mi piel, intensificando la anticipación.

Cuando finalmente se desnudó por completo, se pegó a mi espalda y, con una mano, me cogió de la mandíbula para girarla hacia él y así poder tener

acceso a mis labios. Los que delineó con la punta de su lengua para terminar tirando del inferior con los dientes.

Su otra mano se deslizó desde mi cadera hasta el monte de Venus, y luego se dirigió al centro de mis piernas. Allí, tomó la tira del tanga y, con un movimiento brusco, la desgarró. En el instante en que lo hizo, no pude evitar soltar un jadeo de excitación.

—Me encanta cómo suenan tus jadeos. —Mordisqueó el lóbulo de la oreja —. Esta noche, todavía te quedan muchos jadeos que soltar. —Introdujo dos dedos dentro de mi vagina.

Los curvó y empezó a rozar ese punto oculto que hacía que viera las estrellas. Tenía unos dedos muy hábiles y sabía dónde tenía que tocar para llevarme al límite. Con el dedo pulgar iba haciendo pequeños círculos sobre el clítoris y con su boca me iba dando pequeños besos por toda la mandíbula.

El sonido de mis jadeos y gemidos se escuchaba por toda la habitación. Llevé mis manos hacia atrás y con una lo agarré de una de sus nalgas y con la otra lo cogí por el cuello mientras mi espalda se curvaba por completo.

El roce de su erección en las nalgas me estaba matando, porque lo que hacía era que deseara de una forma casi animal tenerlo por completo enterrado en mi interior.

No paró de mover los dedos que tenía en el interior de la vagina hasta que me llevó a un orgasmo tan intenso que, si no me hubiera tenido cogida, seguramente habría caído de rodillas al suelo.

—Dios... Neil, eso ha sido demasiado intenso —dije cuando normalicé mi respiración un poco.

—No, nena, lo intenso viene ahora.

Me incliné sobre la cama y levanté una pierna, apoyándola en ella para que pudiera entrar en mí con aún más intensidad.

—Neil... —Mi tono de voz sonó a súplica.

En el momento que me escuchó nombrarlo, se adentró en mi canal de una sola embestida, fue profunda y fuerte. Volví a soltar otro grito, este entre la sorpresa y a la excitación, llegó hasta mi alma.

Sentir cómo entraba y salía de mi interior era una sensación que resultaba casi indescriptible. Con un compás constante, me transportaba de nuevo a un universo donde todo lo demás perdía su significado, permitiéndome sumergirme en un placer tan profundo que rozaba la locura.

—Dios... pequeña, esta es la mejor sensación del mundo —dijo gruñendo.

Mis manos agarraron en un puño las sábanas de la cama para intentar controlar un poco los gritos que se me iban escapando.

—Ah... Neil... no puedo más. —Se agachó sobre mi espalda dejando un beso allí.

—Me encanta cuando estás al límite, me encanta sentir cómo me aprietas —gimió—, déjate llevar cuando quieras.

Una embestida más, otro grito; dos embestidas, los jadeos se escuchaban por toda la habitación; tres embestidas y más gruñidos resonando entre esas cuatro paredes y con una embestida final, llegamos al unísono a un orgasmo que nos consumió por completo.

Salió de mi interior y me dio la vuelta para que quedara de cara a él. Con sus manos cogió mis mejillas para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien? —Sus ojos transmitían ternura.

—Estoy mejor que bien. —Le sonreí con amor.

Me alzó e hizo que con las piernas le rodeara por la cintura para llevarme al baño. Todo el camino fuimos dándonos besos, cuando estuvimos en él, nos metimos en la ducha, todavía rodeando su cintura.

En ningún momento me soltó. Empecé a notar cómo cierta zona de su anatomía se volvía a despertar. Arquee una ceja como preguntándole si iba en serio.

—¿Qué puedo decir? —Se encogió de hombros mientras me sonreía de medio lado—. Contigo a mi lado y estando desnuda, cobra vida propia.

—Ja, ja, ja. —Reí— ¿Tú no te habrás tomado alguna de esas pastillitas azules?

—Muy graciosa, ¿de verdad piensas que las necesito? —En venganza a mi pregunta, me dio un mordisco en el pezón derecho—. Yo creo que todavía soy capaz de follarte durante una noche y un día entero, sin necesidad de tomar nada. —Y para darle más valor a sus palabras, me penetró, pero esta vez lo hizo poco a poco—. ¿Lo sientes? ¿Sientes cada centímetro que estoy introduciéndote? —gruñó—, pues eso es lo que me provocas continuamente.

—Qué suerte he tenido —jadeé—, al final me voy a tener que quedar contigo. —Quería provocarlo un poquito.

—Pequeña... —me advirtió— no me provoques. —Y ahora arremetió contra mí, con fuerza.

Y así, con mis brazos alrededor de su cintura y él sosteniéndome de las caderas, volvimos a entregarnos a la pasión hasta que nos sentimos exhaustos. Al finalizar, decidimos darnos una ducha, y luego nos acomodamos en la cama. Yo apoyé mi cabeza en su pecho, disfrutando del suave latido de su corazón, y con ese sonido constante, me fui quedando dormida, con una sonrisa dibujada en mis labios.

Capítulo 31



Habían pasado tres semanas desde aquella cena especial, y durante este tiempo, las cosas estaban yendo de maravilla. Mi relación con Neil iba mucho mejor. Ahora, él se mostraba más cuidadoso con lo que decía y su expresión seria no aparecía con la misma frecuencia que antes. En cambio, solía sonreír más y se mostraba mucho más considerado, especialmente con sus hijos y conmigo.

La vida en el castillo estaba siendo fantástica. Esa tarde, a Cloe no se le ocurrió otra cosa que investigar todas las habitaciones por si encontraba pasadizos secretos, como si todavía estuviéramos en una época de aventuras y misterios.

No es de extrañar que, después de un tiempo, se le ocurriera hacer de las suyas, mientras que Zoé, como siempre, la seguía de cerca, intentando hacer lo mismo que su tía. Así que, sin descanso, se dedicó a inspeccionar cada habitación del castillo, y al final, su emocionante búsqueda dio sus frutos.

que la niña tuvo un papel fundamental en todo esto, ya que, a pesar de su corta edad, parecía conocer algunos secretos del castillo.

Al final, nos encontramos los cuatro en fila, y cuando digo cuatro, me refiero a Cloe, que era la líder del grupo, Zoé, que también se mostraba bastante persuasiva para su edad, y yo, la que caía en sus trucos, llevando al pequeño en brazos.

—Cloe, ya sé que al final has encontrado un pasadizo, pero vamos a dar la vuelta ya.

—¡Anda ya! Si lo divertido viene ahora, y haz el favor de hablar más bajo, no sabemos dónde estamos, como tampoco sabemos quién nos puede estar escuchando.

—Estamos cerca del despacho de papi.

—¡Papi! —gritó Riley y le tuve que poner la mano en la boca para que no volviera a gritar.

—Shhh... —Le chistó su hermana.

Cuando quería, se ponía en plan mandona con su hermano, muy metida ella en su papel de hermana mayor.

No os penséis que, porque este castillo tenía pasadizos, también tenía esos agujeritos que estáis acostumbrados de ver en las películas, no, pasadizos sí, pero agujeritos para ver a través de las paredes, no.

En fin, a lo que iba, que andando por esos pasillos estrechos, llegamos hasta donde se suponía que estaba el despacho de Neil, así fue, porque escuchamos hablar a los dos hermanos a través de la pared.

—No me jodas, Neil. —Se escuchó decir a Braden.

—Braden, te lo estoy pidiendo como un favor.

¿De qué estarían hablando los hermanos? Esta ya era la tercera conversación que escuchaba y me dejaba con intriga.

La tonta de mi amiga no tuvo otra ocurrencia que ponerse a maullar como un gato, además es que le salía como uno auténtico, y lo hacía desde pequeña.

—¿Has escuchado eso?

—No.

—¿Cómo qué no? Si suena como si hubiera un gato maullando.

—Neil, estás fatal, más vale que te vayas de vacaciones, tienes mucha responsabilidad encima.

—Te digo que he escuchado un gato maullar, el oído no tiene nada que ver con el trabajo.

—Miauuu... —Volvió a hacerlo de nuevo mi amiga.

—Hostias, tienes razón, se oye un gato.

—Te lo dije, suena como si estuviera aquí dentro, por algún rincón. ¿Se habrá metido alguno de fuera?

—No me extrañaría, cuando no está la puerta abierta de la entrada principal, está la trasera.

—Miauuu... —Ese miau, sonó algo raro por la risa que estaba conteniendo mi amiga.

—Hermano, esto es muy raro —dijo Braden.

Quitó un momento la mano de la boca de Riley para taparme la mía, porque no me aguantaba más las ganas de soltar una carcajada.

—¡Papi! —chilló el niño con alegría.

—Hostia puta. Neil, que ese es tu hijo.

—Pero ¿dónde está el niño? ¡Riley! —lo llamó.

Ya estaba todo perdido, tontos no eran y nos iban a descubrir en nada, por la tanto no le volví a tapar la boca al niño.

—¡Aquí, mamá! —dijo como diciendo que estaba conmigo.

—Sé exactamente dónde está el niño, ¿recuerdas cuando éramos pequeños y nos escondíamos para escuchar a papá?

No escuchamos la contestación, por lo tanto, le respondería con un movimiento de cabeza. Lo que sí que pudimos escuchar fue como él arrastraba muebles.

—Que sepas que estoy seguro de que esto es cosa de tu novia, porque Anaís no hace estas cosas.

—Hermano, creo que todavía no terminas de conocer a tu mujer.

Vimos cómo entraba una luz por la rendija de una puerta que se iba abriendo poco a poco, hasta terminar de abrirse por completo.

Puse al niño en el suelo para que fuera el primero en salir.

—¿Qué hacías ahí dentro? —le preguntó el padre.

—Tita.

—Ves cómo te dije que esto era cosa de tu novia. —Vimos aparecer la cabeza de Braden.

—Si, si, lo que tú digas, hermano.

—Princesa, ¿tú también estabas ahí? —le preguntó cuando la vio salir en segunda posición.

—No me iba a quedar aburrida con Dolores. —La madre que parió a la niña.

La siguiente fue Cloe y la última fui yo. Lo más bonito de todo es que Cloe y yo salimos con las cabezas llenas de telarañas.

—Cuñado, yo creo que deberías enviar a alguien a que limpiara esos pasadizos —le dijo mi amiga entre risas.

—Y no sería mejor que no entrarais ahí.

—No sé si sería mejor o peor, pero divertido ha sido un rato, sobre todo cuando estabais buscando al gato. —Ahí rompimos todos en carcajadas.

—¿Y quién era ese gato? —preguntó Braden echándole el brazo por los hombros a su novia.

—Tita —respondió la niña.

—Pequeña, a ti sí que no te esperaba ahí dentro. —Se acercó a mí para quitarme algo que tenía en el pelo—. Anda, más vale que os vayáis a duchar que esta noche tenemos invitados a cenar. —Me dio un beso y fue a darme al niño para que lo cogiera.

—Ah, no, si nos tenemos que arreglar, vosotros os encargáis de los niños —le dije resuelta—. Hala, tú bañas al niño y tu hermano a la niña. —Levantó las cejas como preguntándome si era cierto lo que le había dicho.

—Así se habla, amiga. —Dio un respingo porque Braden le dio un pellizco en el culo.

—¿Y con quién cenamos? —pregunté.

—Con Duncan y su mujer, Grace.

—Pues ya sabéis, no tardéis mucho en bañar a los niños y ojo con el diablillo, este —le toqué la mejilla al niño—, que es experto en mojar a la persona que lo baña. —Le guiñé un ojo, y me fui.

Cloe y yo, nos dirigimos cada una hacia nuestra habitación para ducharnos y arreglarnos. Después de una larga ducha donde me relajé bastante, opté por ponerme para la cena un vestido en rosa pastel, era sencillo, pero a la vez me hacía una figura muy bonita. Menos mal que había cogido algo de peso en este último tiempo, porque me había quedado demasiado delgada.

El vestido me llegaba por encima de las rodillas, de cuello cuadrado y manga larga. Lo combiné con unos zapatos de salón en tono marrón claro, vamos un poco más oscuro que *beige*. El pelo me lo alisé y me lo dejé suelto. No solía llevarlo así mucho, ya que lo tenía bastante largo y para mi día a día solía ser incómodo, pero también sabía que a Neil le encantaba vérmelo de esa manera. Esta noche quería ponerme guapa, primero para mí y después para él. Todo acompañado de un maquillaje sutil.

Estaba por salir de la habitación cuando entró Neil, y como era de esperar, venía completamente empapado.

—Se nota que tu hijo se ha divertido. —Me mordí el labio para no reír.

—Estás preciosa esta noche. —Me estaba comiendo con la mirada.

—¿Solo esta noche? —pregunté con segundas.

—Si vas por ese camino, no te va a valer haberte arreglado, sabes que tardo muy poco en desnudarte. —Se empezó a acercar a mí.

—Pisa el freno, campeón, que te aceleras muy rápido. —Extendí la mano para que no se acercara.

—Te digo una cosa —fue diciendo mientras iba al baño—, yo le hago a los niños todo lo que tú quieras, menos bañarlo. El agua ha salido hasta por debajo de la puerta. —Se fue desvistiendo para meterse en la ducha. Yo me apoyé en el quicio de ella y mordiéndome el labio inferior, me quedé observándolo—. Si sigues mirándome así, me va a dar igual la cena, te lo advierto.

—No es culpa mía que estés tan bueno, te lo digo de verdad, eso debería estar prohibido. —Soltó una carcajada al escucharme.

—Eres una provocadora. —Salió de la ducha y se lio una toalla alrededor de la cintura.

—Dices que yo soy una provocadora, pero tú me provocas a mí con esa tableta de chocolate que tienes, y con esa V que señala a algo de tu cuerpo que me gusta tanto. —Me humedecí los labios.

—Tú lo has querido, que esperen todos. —Cuando vi que iba a venir hacia mí, salí huyendo de allí.

—Mejor esperas tú hasta esta noche. —Le guiñé un ojo y me fui a buscar a los niños.

Capítulo 32



Los niños estaban con mi abuela en el salón, más bonitos no podían ser.

—Buenas noches. —dije al entrar.

—¡Mami! —Vino andando Riley hacia mí.

—Ven aquí, mi príncipe precioso.

—Cariño, esta noche estás muy bonita —me dijo la abuela.

Me senté en el sofá junto a ella, y la niña se pegó a mí, de modo que la rodeé con el brazo e hice que apoyara la cabeza en mi costado. Me puse a hablar con la abuela de cosas cotidianas sin importancia ninguna.

Cloe apareció poco después acompañada de Braden, y lucía espectacular. Llevaba unos pantalones negros que se ajustaban perfectamente a sus caderas y con caída en las piernas. En la parte superior, optó por una camisa de un amarillo suave, lejos del amarillo intenso que suele ser común; este tono pastel le quedaba de maravilla. Al igual que yo, decidió llevar su cabello suelto

—Cloe, estás realmente preciosa —le dije.

—Cuñada, a mí no me echas esos piropos. —Su hermano pasó por su lado y le dio una colleja.

—A ti que te los eche tu novia —le dijo causándonos la risa al resto.

—Vale, vale, pero ¿a que estoy guapo, cuñada? —Parecía un niño pequeño a veces.

—Ya te digo, eres el más guapo del castillo, sin contar con mi niño —le contestó mi abuela. Cuando dijo mi niño, me refería a Riley.

—Abuela, eres la mejor. —Se fue hacia ella para darle un montón de besos.

Neil se sentó a mi lado, y me cogió al niño de entre los brazos para sentarlo en su regazo. La niña ocupó el lugar que había dejado su hermano, por lo que decidí que era más cómodo sentarse en mis piernas que estar sentada en el sofá.

Si retrocediera en el tiempo y contemplara mi vida tal como la veo ahora, seguramente pensaría que estoy en medio de un sueño, ya que todo esto me parecería tan irreal. ¿Quién iba a imaginar que acabaría viviendo en un castillo en Escocia y que un *Highlander* robaría mi corazón?

Pues aquí estaba, y era muy real. Miré a Neil y le dediqué una sonrisa de amor, me acerqué para decirle algo al oído.

—Te amo. —Sentí la necesidad de decírselo, como si una ola de emociones me inundara el corazón y no pudiera evitar expresarlo.

—Pequeña... —Llevó una mano a mi mejilla para acariciarme suavemente—. Sabes que yo también te amó. —Me besó con ternura.

—Buenas noches —dijeron Duncan y su mujer cuando entraron en el salón acompañados por Dolores. Tan ensimismada estaba mirando a Neil, que ni me enteré de que habían tocado al timbre.

—¡Abuelo Duncan! —gritó Zoé en cuanto los vio— Abuela Grace, qué guapa estás. —Este matrimonio era muy bien mirado por esta familia por lo que me había contado Neil en su momento, tanto era así que para los niños eran como sus abuelos, incluso más que los que eran de verdad.

La mujer que acompañaba a Duncan se veía que tenía mucha clase, era de esas personas que, con solo mirarla, te dabas cuenta de la educación tan

buena que había tenido.

A mí, personalmente, me gusta mirar a los ojos de las personas, porque en la mirada de cada uno podías notar más o menos cómo era esa persona, y en la mirada de Grace vi amor, ternura y mucha ilusión.

Suponía que al no haber podido tener hijos, a los hermanos los quería como tales, y por lo tanto, a los niños como sus nietos.

Me levanté cogida a la mano de Neil y lo acompañé hasta llegar a nuestros invitados, para saludar a Duncan y presentarme a Grace.

—Anaís, qué alegría volver a verte, y por lo que veo estás muy bien. —Me abrazó y me dio un beso en la frente, ese beso me transmitió algo muy especial, no sabría decirlo, pero sentí algo bonito—. Ella es Grace, mi mujer.

—Encantada —la saludé con dos besos.

—Tenía razón Duncan cuando me habló de ti. —Me cogió de la mano—. Eres una mujer preciosa.

—Mi nieta es una belleza en todos los sentidos —dijo mi abuela viniendo a nuestro encuentro para conocer a la pareja—. Soy Inés, la abuela de Anaís. —Alargó la mano para saludarlos—. Bueno, y la abuela para el resto también —dijo riendo.

—Estamos encantados de conocerte, Inés —respondió Duncan.

Después de todas las presentaciones, nos fuimos para el comedor donde Dolores, con la ayuda de Lupe, habían puesto la mesa decorada con mucho gusto.

Me hubiera gustado que tanto ellas dos como Bernardo cenaran con nosotros, porque los quería mucho y los consideraba parte de esta familia que estábamos formando, pero también entendía que en momento ellos prefirieran no sentarse.

Lupe en esta ocasión se esmeró mucho en la comida, nos preparó tanto comida típica escocesa como española, y todo presentado con mucho gusto y

mimo.

Para los aperitivos, nos sirvió unas deliciosas tostas de queso de cabra con nueces y mermelada, además de una tabla de quesos y jamón ibérico. En el primer plato, nos sorprendió con una sopa de pescado típica de la región llamada *cullen skink*, a la que ella le daba un toque especial que la hacía aún más sabrosa. Para el plato principal, disfrutamos de unos medallones de solomillo de ternera, acompañados de unas patatas al horno que estaban sazonadas con una mezcla de hierbas aromáticas. Cada bocado fue una delicia, y es que esta mujer realmente tenía una mano excepcional para la cocina.

En muchas ocasiones, durante la cena vi cómo mi abuela le dirigía miradas a Duncan, y conociéndola como la conocía, había algo de él que le estaba llamando mucho la atención.

Duncan también la miraba a ella de reojo, intentaba disimular esas miradas, pero a mí no se me escaparon. Por el resto, fue una cena superdivertida, donde Cloe iba dando alegría con sus comentarios graciosos, y claro, mi cuñado la iba acompañando en sus respuestas, lo que hizo que la velada fuera todavía más distendida y divertida.

Para el postre, Lupe no pudo resistirse a preparar una tarta de queso increíblemente cremosa, y estoy segura de que lo hizo especialmente para mí, ya que conocía mi debilidad por ese dulce. La tarta se sirvió en los platos junto a una bola de helado de fresa y un hilo de sirope de caramelo que caía en finas líneas, creando una presentación irresistible.

Durante la mayor parte de la cena, Neil me estuvo cogiendo de la mano o apoyando la suya por encima de la rodilla. No era un gesto de índole sexual, sino más bien una forma tierna de mostrarme su cariño a través de suaves caricias. En varias ocasiones, intercambiamos miradas cómplices que dejaban claro cuánto lo quería.

Después de la cena, decidimos movernos al salón para disfrutar de un ambiente más acogedor y familiar, lo que nos permitió conversar más cómodamente sin la barrera de una gran mesa entre nosotros.

—Duncan, ¿has vivido siempre aquí? O ¿de joven vivías en algún otro lugar? —preguntó de pronto mi abuela.

—Soy escocés de nacimiento, siempre he vivido aquí en Escocia, menos un tiempo que estuve en España, por estudios. —Vi que sus hombros se pusieron un poco rígidos—. ¿Lo preguntas por algo en particular?

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuviste en España?

—Abuela, ¿desde cuándo eres tan cotilla? —pregunté, porque me parecía raro que mi abuela hiciera esas preguntas.

—Desde que este hombre se parece mucho a ti, o más bien, tú a él. —Ya os he dicho alguna vez que mi abuela no se callaba nada cuando había algo que no le cuadraba, así era su forma de ser.

Cuando dijo eso, el salón quedó en un silencio algo incómodo.

—Abuela, creo que estás desvariando.

—A callar niña, que sabe más el diablo por viejo que por diablo, y te digo yo que aquí hay algo raro —me dijo ella, toda seria—. ¿Estoy esperando tu respuesta?

—Dolores, puedes hacerme el favor de llevarte a los niños para que duerman ya, se ha hecho un poco tarde —le pidió Neil a ella—. Niños, despediros de todos. —Y ellos, como buenos hijos que eran, le hicieron caso a su padre sin rechistar.

Esa petición por parte de Neil lo que hizo fue ponerme bastante nerviosa, ya que si pidió que se llevaran a los niños, así, de pronto, era porque se iban a tocar temas algo más delicados.

Miré a Cloe, buscando respuestas en su expresión, pero ella solo se encogió de hombros, igual de confundida. Luego, observé a los demás, y como ya había mencionado, mi amiga no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero la abuela había dejado claro lo que pensaba con sus preguntas. La forma en que los otros cuatro se miraban entre sí decía mucho más que las palabras.

—¿Y bien? —volvió a preguntar la abuela.

—Inés... —pidió Grace.

—Ni Inés, ni nada. Aquí hay algo que no me huele bien.

—Abuela, creo que te estás equivocando. —La cogí de la mano para tranquilizarla, y de paso, tranquilizarme yo.

—Estuve durante un año entero en el sur de España hace treinta y un años, casi.

—Pequeña... —me llamó Neil, a lo que yo negaba la cabeza, porque empezaba a ver por dónde estaba yendo la abuela.

—No, es mentira lo que mi abuela se está imaginando. —No podía ser cierto lo que pretendía saber la abuela.

—Conocí a tu madre cuando yo estaba estudiando allí. —Se levantó y vino hacia mí, lo que hizo que yo me levantara también para estar a su altura y así no sentirme tan vulnerable—. Cuando nos conocimos sentimos una instantánea por parte de ambos.

—No sigas, por favor —rogué.

—Tienes que saberlo todo. —Me miró suplicante—. Mantuvimos una relación durante un tiempo, hasta que mis padres me obligaron a volver.

—¿La dejaste sola y no quisiste saber nada del niño que traía consigo?

—No, eso no es así, te lo juro. —Miré a Neil y agachó la mirada.

—¿Tú lo sabías, verdad? ¿Por eso me lo presentaste?

—Pequeña, deja que se explique y escúchalo —dijo intentando que no tuviera en esta ocasión una reacción impulsiva.

—Tu madre no me dijo en ningún momento que estaba esperando un hijo cuando me fui, y te juro, que aun sin saberlo, le rogué que se viniera

conmigo. —Miró a su mujer—. Quiero mucho a Grace, y ella lo sabe, pero a tu madre también la quise.

—Mientes, ella le dijo en su momento a mis abuelos que el padre de su hijo no quiso hacerse cargo, que en cuanto se lo dijo huyó del país. —Miré a mi abuela para que corroborara lo que estaba diciendo y cuando ella negó con la cabeza el mundo se me vino encima. —Abuela... tú no.

—Cariño... cuando tu madre sufrió el accidente, no falleció de inmediato. Tu abuelo y yo tuvimos la oportunidad de despedirnos de ella, y en ese momento, nos reveló que nunca le había contado a tu padre que estaba esperando un bebé. Duncan tiene razón, tu madre nunca le mencionó que iba a tener una hija. —Me miró con pena.

—¿Por qué nunca me lo dijisteis? —le reproché— Siempre he creído que tenía un padre que no me quería, que me despreciaba, que para él yo no significaba nada —le confesé entre lágrimas, sintiendo cómo el dolor de esa revelación me atravesaba.

—Tu abuelo y yo llegamos a la conclusión de que era mejor que no estuvieras al tanto de esto. Aunque tu madre nos reveló algo, nunca nos dio su nombre ni nos indicó dónde podríamos encontrarlo, así que no teníamos información sobre él. No queríamos que crecieras con la incertidumbre de quién podría ser o que estuvieras buscando alguna pista para dar con él.

—Anaís, te prometo que no tenía idea de que existías. Casi dos años después de irme, volví a buscarla y la encontré empujando un carrito de bebé. Eso me hizo detenerme en seco, ya que pensé que había comenzado una nueva vida. En ese instante, decidí dejar todo atrás, hasta que hace unos años, hablando con Grace, le compartí mi historia con tu madre.

»Fue ella quien me animó a investigar, y así fue como descubrí que tú eras mi hija. —Su voz temblaba, llena de dolor, mientras continuaba—. Después, no supe cómo acercarme a ti, ya que no tenía idea de lo que te habían contado sobre mí, y el miedo a que me rechazaras me paralizaba.

—Otra vez me vuelves a lastimar. ¿Cuántas veces más lo vas a hacer? —le dije a Neil.

—Pequeña, eso no es así. Jamás haría algo que te lastimara, te quiero demasiado. —Quería confiar en sus palabras, pero no podía—. Solo te pido que no tomes decisiones sin escucharme antes, permíteme explicarte cómo han sido las cosas. —La última vez que nos reconciamos, le pedí que midiera las palabras que me decía cuando estaba enfadado, y él me hizo prometer que yo también controlaría mis reacciones. Esta vez, estaba decidida a cumplirlo, sin importar lo herida que me sintiera, primero iba a escuchar antes de actuar.

—Prometimos en su momento que cualquier cosa la hablaríamos, y pienso cumplir mi promesa, por lo tanto, después hablaremos nosotros. —Me miró con agradecimiento.

Cloe se acercó a mí y me abrazó por los hombros, sabía que con ese acto me estaba diciendo que estaba junto a mí, se lo agradecía de todo corazón, porque ella, mejor que nadie, sabía lo que hubiera dado por tener una figura paterna.

Como he dicho varias veces, mi abuelo cumplió muy bien con ese papel, de hecho, lo hizo más que bien, pero eso no quitaba el hecho de que me hubiera gustado criarme junto a un padre.

Porque por una cosa o por otra, había tenido la mala suerte de crecer sin una madre y sin un padre, que no digo que lo hubieran hecho mejor que mis abuelos, pero eso ya nunca lo sabría.

Por otro lado, me dolió bastante que mis abuelos nunca me contaran la verdad. Si lo hubieran hecho, tal vez hoy tendría a Duncan ocupando ese lugar en mi vida, y por lo que estaba viendo, creo que le hubiera gustado y mucho.

—Anaís, tu padre tiene razón.

—No lo llares padre, por favor, todavía no estoy preparada para escuchar ese nombre en alguien que no sea mi abuelo.

—Lo siento, cariño, pero independientemente de si estás preparada o no, es tu padre. —La abuela puso una mano sobre el lado de mi corazón—. Al abuelo siempre lo llevarás aquí, pero ese hombre que está ahí necesita

conocer a su hija. Debido a una verdad que no se dijo en el momento adecuado, él no ha podido disfrutar de tu compañía, y tanto él como tú os merecéis esa oportunidad. —No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía removerme por completo.

—Muchas gracias, Inés. Tus palabras significan mucho para mí —le dijo Duncan.

—¿Me podéis entender a mí? —pregunté en general— Necesito procesarlo todo, necesito hablar conmigo misma. Esto es mucho, y de golpe. —Lo único que quería ahora mismo era acurrucarme en mi cama sin que nadie me hablara, quería estar en completo silencio.

—Te entiendo —contestó Duncan.

—Duncan, te prometo que le llamaré para que podamos reunirnos y charlar tranquilos, pero esta noche ya no tengo fuerzas. —Solo pensaba que, si él no sabía de mi existencia, lo justo que merecíamos, o más bien, lo que ambos necesitábamos, era una conversación a solas y sin distracciones, porque esto era algo que solo nos concernía a nosotros dos.

Con esa promesa que le hice, salí por la puerta del salón y me dirigí a mi habitación.

Capítulo 33



Tenía la intención de ir a mi habitación, pero en el último instante opté por un giro inesperado y me encaminé hacia la puerta que conducía al patio trasero de la casa. Al salir al jardín, tomé varias bocanadas de aire, ya que la presión en mi pecho se intensificaba, como si el aire que entraba no terminara de llenar mis pulmones.

Tan metida estaba en mis pensamientos, que no escuché cómo salía alguien y me rodeaba la cintura desde atrás.

—Pequeña, te he ido a buscar a nuestra habitación y no estabas allí. — Apoyó su barbilla en mi hombro derecho—. ¿Por qué estás aquí?

—No podía respirar y necesitaba tomar un poco de aire —suspiré— ¿Ya se han ido? —pregunté refiriéndome a Duncan y Grace.

—Sí, hace un rato. No sé si te habrás dado cuenta, pero llevas aquí mucho tiempo.

—¿Tanto hace?

—Sí, tanto que te he estado buscando por varios sitios del castillo, hasta que he visto a Lupe y me ha dicho que te vio salir al jardín.

—Lo siento, no quería preocuparte, se me ha pasado el tiempo volando. — Lo miré por encima del hombro—. Neil, ¿desde cuándo lo sabes tú? —La pregunta no iba con reproche, más bien iba con incertidumbre.

Suspiró profundamente, tomó mi mano y me condujo hacia un sofá de jardín que estaba junto a dos sillones y una mesa. Se acomodó en el sofá y me hizo sentar de lado sobre sus piernas.

—Verás, cuando Duncan averiguó que eras su hija, un día vino a verme y me lo dijo sin darme más detalles, solo mencionó: «Tengo una hija en España». Le hice varias preguntas y me contó todo; como ha dicho él, dejó pasar el tiempo por miedo a que lo rechazaras. — Me tomó del rostro y me hizo girar para que pudiera mirarlo a los ojos.

»Hace unos meses volvió a buscarme por la misma razón y juntos pensamos en cómo podrías conocerlo —suspiró, moviendo la cabeza con tristeza—. Yo estaba un poco abrumado con la empresa y la pérdida de mi mujer. Dolores no podía con todas las responsabilidades de la casa y ayudarme con los niños, así que se me ocurrió poner un anuncio para encontrar a alguien que pudiera cuidar de ellos.

—No logro entenderte, ¿y cómo es que fui yo quien lo encontró por casualidad?

—Bueno, ese es otro punto. La verdad es que Duncan, a través de su investigador privado, se enteró de que estabas buscando trabajo fuera de España. Sumado a que tengo un excelente equipo de informáticos en mi empresa, decidimos poner un anuncio que solo tú pudieras ver. —Lo miré con los ojos muy abiertos.

»No había visto fotos tuyas ni nada, pero tu padre me había comentado que tenía una hija muy guapa y que, según lo que había averiguado, eras muy buena persona y muy trabajadora. Solo quería ayudar a Duncan, a quien le tengo un gran cariño, así que, a pesar de no estar en mi mejor momento, decidí ofrecerte un trabajo. —Se notaba que estaba un poco nervioso, ya que no dejaba de jugar con mis dedos.

»Imagínate mi sorpresa cuando te vi aparecer detrás de Héctor; no podía creer lo que estaba viendo, eras la mujer más bonita que había visto en mi vida. —Por primera vez, Neil se estaba abriendo en canal ante mí—. Por un lado, me moría de ganas de besarte, pero por otro, temía enamorarme de ti y que, al enterarte de la verdad, decidieras alejarte de mí.

—¿Por eso te comportaba así conmigo?

—Sí, pero no lo pude evitar y terminé cayendo a tus pies. —Besó la punta de mis dedos.

—¿De eso estabais hablando cuando fui con Cloe la primera vez a tu oficina? —asintió con la cabeza—. Y ¿por eso dijo también mi padre que le estabas quitando la oportunidad de conocerme cuando me iba a contratar?

—Sí, bueno, eso fue juego sucio por parte de mi hermano, porque en vez de ayudarme a mí a recuperarte lo estaba ayudando a él. Y que sepas que tu padre te iba a dar ese puesto porque quería tenerte cerca, porque en realidad ya tiene a alguien ocupando ese lugar. —Le salió una pequeña sonrisa.

—¿Y pensaba pagarme ese sueldo desorbitado solo para conocerme mejor?

—Tú quieres a mis hijos como tuyos, ¿verdad? —le dije que sí con la cabeza— Pues ya puedes entender lo que es capaz de hacer un padre por sus hijos.

En ese sentido tenía toda la razón del mundo, porque yo por mis niños iría hasta el mismo infierno si hiciera falta.

—No tengo nada que reprocharte Neil, sé que lo hiciste por tu amigo o tío, como quieres decirle.

—Bueno, ahora es mi suegro —me cortó y tuve que sonreír, porque, aunque todavía no lo viera como mi padre, era su suegro.

—Llámalo como quieras. Lo que te intentaba decir, es que entiendo tus razones para actuar de la forma en la que lo has hecho. —Pegué mi frente a la suya—. Pero entiéndeme tú a mí, necesito tiempo para hablar con él, ahora mismo no me siento preparada.

—Te entiendo, pequeña. —Me dio un leve beso en los labios—. ¿Qué te parece si nos vamos los dos solos unos días? A donde tú quieras, creo que nos merecemos pasar un tiempo a solas.

Lo pensé durante unos segundos y, sinceramente, me pareció que sería una gran idea. Pasar unos días a solas con él era justo lo que necesitábamos, ya

que desde el principio siempre habíamos estado rodeados por más personas, salvo en los momentos de intimidad tras la puerta de nuestro dormitorio.

—Eso sería estupendo, la verdad es que me apetece mucho. —Le eché las manos por encima de los hombros y lo abracé por el cuello, llevando mis manos hasta su pelo para acariciarlo.

—Estupendo, ahora dime, ¿a dónde te gustaría ir? —Lo pensé durante unos minutos.

—Depende de los días que tengamos.

—Puedes contar con todos los días que quieras.

—Pues entonces, me gustaría ir a Italia, en concreto me gustaría visitar la ciudad de Verona.

—¿Por qué esa ciudad en concreto?

—Te parecerá una tontería, pero hace unos años junto a Cloe en una de nuestras noches de cine en casa, vimos una película que me gustó mucho y la película estaba rodada en esa ciudad.

—Así que mi pequeña es una romántica por completo. —Rio.

—Bueno, también puedo ser algo picarona, tú me entiendes. —Le di un beso en el cuello.

—¿No te parece que se ha hecho tarde y deberíamos acostarnos ya?

—¿De verdad quieres dormir?

—¿Tú que crees? —Se movió un poco para que pudiera sentir su erección pegada a mi trasero.

—Definitivamente no, dormir es lo que menos te apetece.

—Pues eso. —Se levantó conmigo encima y me llevó hasta nuestra habitación

Ese encuentro no fue solo sexo, bueno, con él nunca lo era, lo que quiero decir, es que esta vez hicimos el amor en el más amplio sentido de la palabra.

Fue un encuentro lento, lleno de muchos sentimientos, donde no hicieron falta las palabras, porque en momentos como ese sobraban todas ellas.

Hubo una lluvia de besos y caricias que nos envolvieron por completo. Él estaba sobre mí, mientras yo envolvía su cintura con mis piernas, mirándonos intensamente a los ojos y entrelazando nuestras manos. En ese instante, nos entregamos el uno al otro, cuerpo y alma, como si el mundo a nuestro alrededor se desvaneciera.

La sensación de sentirme querida y amada por él me invadió en cada segundo, y me preguntaba si realmente había encontrado al amor de mi vida. En ese momento, no tenía una respuesta, pero lo que sí sabía era que esa conexión era profunda y auténtica, y hoy puedo afirmar con certeza que así lo sentí.

No deseaba nada más en la vida que terminar formando una familia junto a él, y por ahora, íbamos por buen camino.

A pesar de la noche, bueno, más bien del descubrimiento de que tenía un padre que deseaba de conocerme y todo lo que conllevaba eso, me sentí en paz. Tal vez fue porque Neil se mostró vulnerable conmigo o porque logré comprender lo que sentía Duncan. Después de todo lo que había pasado, me quedé dormida tras hacer el amor con él, y fue un sueño reparador en el que me sentí en paz conmigo misma y tomé la firme decisión de hablar con Duncan y darle la oportunidad de que nos conociéramos, así como de construir ese vínculo de padre e hija que ambos necesitábamos.

Capítulo 34



Tres días habíamos tardado en organizar el viaje a Verona, estaba de lo más ilusionada. En esos días también llamé a Duncan y le dije que en cuanto regresara del viaje con Neil, nos reuniríamos y hablaríamos largo y tendido.

Era justo que tuviéramos esas palabras, y él merecía tener una hija, al igual que yo merecía tener un padre. Además, debo mencionar que tomé la decisión de dar este paso porque los pocos encuentros que había tenido con él me demostraron en todo momento lo buena persona que era.

Los niños los íbamos a dejar a cargo de Cloe y mi cuñado, con la ayuda mi abuela y del resto de los habitantes de la casa, que como he dicho en varias ocasiones, para mí eran ya mi familia.

Me daba mucha penita irme y dejar a los niños aquí, pero como me había dicho Neil, necesitábamos tiempo a solas.

Nos despedimos de todos ellos y nos dirigimos al aeropuerto.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó cuando íbamos en el coche.

—Más que nerviosa, estoy emocionada. —Le acaricié la pierna.

—Te llevaré a explorar varios lugares que te van a enamorar.

—Una de las cosas que tenemos que visitar, sí o sí, es la casa de Julieta.

—¿También quieres dejar una tarjeta en el pasillo que te lleva al patio donde está el famoso balcón? —Estaba aguantando la risa.

—Pues mira, ya que lo dices sí, pero tiene que ir firmada por los dos —le dije pegándole un pellizco en el costado de la cintura.

Llegamos al aeropuerto y como tampoco íbamos a estar demasiados días, no hizo falta facturar las maletas. Pasamos el control policial y una vez dentro, como todavía faltaba un poco para la hora de embarque, nos sentamos en una cafetería a tomarnos un café.

Levanté la vista un momento y lo que me encontré casi delante de mi cara, me dejó completamente atónita.

—Anaís... —Chasqueó los dedos delante de mi cara—. Te has quedado a medias con lo que me estabas contando.

—Cariño, es que detrás de ti se está desarrollando una escena que jamás me hubiera imaginado. —Como él no podía girarse de golpe para no parecer un cotilla total, con disimulo, se levantó para ir a la barra a pedir una botella de agua y, de reojo, echó un vistazo hacia donde yo estaba mirando.

—¿Los has visto?

—Sí, y están más juntos que nunca —respondió entre risas.

No era para menos, ya que justo detrás de Neil estaban Isabella y Héctor dándose un beso apasionado. La verdad es que, si no lo hubiera visto con mis propios ojos, jamás lo habría creído.

Ahora todo tenía más sentido, especialmente el hecho de que él se hubiera marchado al día siguiente de que Neil despidiera a Isabella; estaba convencida de que ellos ya tenían algo antes. Y la muy bruja intentando hacerme la vida imposible, porque se suponía que estaba locamente enamorada de Neil.

—¿No se decía que estaba enamora de ti?

—Y yo qué sé. —Se encogió de hombros—. Los problemas empezaron cuando llegaste tú. —Míralo, ahora resultaba que era gracioso y todo.

—¿Así que la problemática soy yo?

—No, yo no he dicho eso, y no vayas por ahí que nos conocemos. No te va a funcionar.

—Pues a mí me ha parecido que sí. —Le di un sorbo al café—. Bueno, a lo que iba, que esa se suponía que se moría por tus huesos y yo con esto creo que lo que se moría era por tu dinero. —Solté una carcajada—. Al final, va a resultar que no eres tan irresistible.

—Mientras te lo parezca a ti, lo demás me da igual. —Me dedicó una de esas sonrisas de medio lado que tan loca me volvían. Y lo peor de todo era que, el muy capullo, lo sabía y se aprovechaba de eso.

—Y ¿quién te ha dicho a ti que me lo pareces? —Me encantaba provocarle un poco de vez en cuando.

—Pequeña, no hace falta de que me lo diga nadie, con solo notar lo caliente que te pongo, me vale —eso me lo dijo más cerca, para que no lo pudiera escuchar nadie. Y con esa voz con la que me lo dijo me entró hasta calor. Definitivamente, no se podía ocultar cómo me ponía.

—¿No hace mucho calor aquí de buenas a primeras?

—Creo que ese calor lo sientes solo tú —dijo con segundas.

—Ya han abierto la puerta de embarque. —Lo vi en el panel que estaba justo delante de mí.

Qué alivio que la pareja feliz tomó un rumbo diferente al nuestro, porque si además hubieran viajado al mismo destino, me habría dado un ataque. No es que tuviera nada en contra de ellos, pero la idea de cruzármelos en el avión me ponía nerviosa. Con la suerte que tengo en ciertas situaciones, seguro que les tocaba un asiento justo al lado del nuestro.

El vuelo duraba más o menos dos horas y media, el tiempo más que suficiente para apoyar la cabeza en el brazo de Neil y quedarme dormida en un suspiro.

—Pequeña, despierta que vamos a aterrizar. —Me cogió un mechón de pelo que había caído sobre mi cara y me lo apartó llevándolo detrás de mi

oreja.

—¿Ya? Pero si acabamos de salir. —Me senté derecha para abrocharme el cinturón.

—Claro, no será que últimamente duermes como un tronco.

—Tienes razón, pero que conste, yo no duermo más horas que tú, solo que tardo menos tiempo en quedarme dormida —le contesté de lo más resuelta.

Me giré para ponerme a mirar por la ventanilla, ya que me encantaba mirar a través de ella cuando el avión despegaba o aterrizaba. Era fascinante ver el mar a lo lejos y las nubes que parecían esas esponjosas de algodón que venden en las ferias. Me encantaba notar cómo las ciudades se iban alejando o acercando, y cómo las personas se veían como diminutas hormiguitas desde esa altura. En definitiva, era una experiencia que me llenaba de emoción, sobre todo la sensación que se te cogía en el estómago al ascender o descender.

Cuando nos bajamos del avión, fuimos en dirección a la empresa de alquiler de coches. Como lo teníamos reservado con antelación, tardamos muy poco en que nos lo dieran.

Habíamos decidido alquilar una casa en vez de irnos a un hotel, los dos queríamos más intimidad y no sentirnos limitados a solo una habitación. Como ya era casi mediodía, de camino a la casa paramos a las afueras de la ciudad donde vimos un restaurante muy típico de aquí, nos gustó la fachada exterior, se veía muy pintoresco.

Para esta primera toma con la experiencia culinaria, de entrante decidimos pedir la típica ensalada César, Neil de primero optó por un *risotto all'Amarone*, este plato lo hacían principalmente con el tan famoso vino Amarone. Y yo opté por unos tallarines a la carbonara, que tenía una pinta que se te hacía la boca agua. De postre, decidimos compartir el típico tiramisú.

—Esto está todo buenísimo —dije mientras chupaba la cuchara del postre.

—Sí, no hace falta que jures que te ha gustado todo. —Sonrió al ver cómo seguía con la cuchara en la boca.

—¿Hoy qué vamos a hacer?

—Para hoy no tenemos nada en concreto, había pensado que podíamos dar un paseo, tranquilos e ir viendo un poco algunas zonas. —Nos trajeron los cafés que habíamos pedido—. Para mañana vamos a hacer una ruta y tenemos programada una cata de vinos en un pueblo que hay aquí cerca.

—Neil, pues con la cata lo más posible es que me tengas que llevar en brazos, porque el vino y yo no somos muy amigos. —Volteé los ojos—. Se me sube muy rápido a la cabeza. —Solté una risa al recordar la última vez que cogí una borrachera con Cloe de vino.

—¿Recordando viejos tiempos, pequeña?

—Tu cuñada, que está demasiada loca y me hacía cometer locuras a mí.

—Ya, porque a ti no te gusta liarla nunca. —Enarcó una ceja.

Después de disfrutar de nuestros cafés, nos pusimos en pie para marcharnos y encontrar la casa. No fue complicado localizarla; gracias al GPS, llegamos en un abrir y cerrar de ojos.

Al estar a las afueras de Verona, la casa estaba rodeada por unos jardines muy bonitos. Era de piedra, con paredes blancas y de una sola planta, como una de esas casitas que salían en las postales. En cuanto la vi, sentí un flechazo, fue amor a primera vista.

Di un grito porque sin esperarlo, Neil me cogió en brazos para entrar en la casa como unos recién casados.

—¿Así no entran los recién casados a su casa? —pregunté entre risas—. Que yo sepa no estamos casados, ni esta es nuestra casa.

—Para mí eres mi mujer, un papel no cambia ese sentimiento y en cuanto la casa, si tú quieres, la compro para ti. —Era un arrogante, nadie podía superarlo en eso.

Al entrar en la casa, lo primero que se veía era un acogedor recibidor, decorado con un encantador estilo rústico, que se complementaba a la perfección con unas flores que parecían recién recogidas del campo. A la derecha, se encontraba un salón igualmente decorado, donde la pieza central era una impresionante chimenea que no solo brindaba calidez, sino que también se convertía en el foco de todas las miradas.

En el lado izquierdo del recibidor, se abría la puerta hacia la cocina, un espacio que desbordaba encanto con sus muebles de un suave color amarillo pastel y electrodomésticos blancos de estilo vintage. Era, sin duda, la cocina más bonita que había visto en mi vida, dentro de este tipo de decoración.

La casa contaba con baño muy grande, equipado con una amplia ducha, un inodoro y dos lavabos, lo que lo hacía muy funcional. Al salir del baño, te encontrabas frente a dos puertas: una conducía a la habitación principal, mientras que la otra daba acceso a una segunda habitación que contaba con dos camas.

Nuestra habitación contaba con un baño que incluía una amplia bañera tipo jacuzzi y un vestidor. Era un espacio realmente impresionante, de esos que se veían en las revistas con decoraciones románticas. La cama, enorme y con dosel, estaba adornada con delicadas telas blancas que caían suavemente, aportando una luminosidad especial al ambiente.

Enamorada, esa era la palabra de cómo me había quedado con esa casa.

—Neil... la casa es preciosa —dije poniéndome frente a él y abrazándolo por la cintura.

—Si tú quieres, la cambiamos por el castillo —dijo con un tono de voz juguetón.

—Bueno, tampoco nos pasemos, que en una casa así no podemos meter a todos los que viven allí, y yo no quiero prescindir de nadie.

—Siempre pensando en los demás. —Me dio un beso en la frente—. ¿Qué te parece si nos duchamos y salimos a dar una vuelta y a comprar algo de comida?

Eso hicimos, pero no sin antes disfrutar de una intensa sesión de sexo en el baño, esa vez optamos por utilizar el de fuera, por la ducha. Sin embargo, durante los días que aún pasamos allí, definitivamente nos daríamos un buen baño en esa impresionante bañera.

Decidimos dar un paseo, aunque la casa, situada en las afueras de Verona, no estaba muy lejos. Aun así, teníamos muchas ganas de explorar y descubrir los encantos de esta hermosa ciudad.

Era maravilloso ir descubriendo esas calles, parecía que estabas en otro siglo. Tenía zonas que como es normal eran más modernas, pero seguía teniendo calles que aún conservaban su encanto. En una de esas calles vimos una cafetería muy acogedora. Nos gustó mucho, por lo que decidimos parar para disfrutar de un café.

El resto de la tarde lo dedicamos a seguir recorriendo esas calles, y cuando vimos que ya se nos iba echando la hora encina para comprar algo de comida antes de que cerraran las tiendas, dimos ese día por terminado en la calle, porque en la casa nos quedaban muchas horas por delante todavía.

De verdad que no sabía de dónde sacaba la vitalidad que tenía ese hombre, la vitalidad y la fogosidad.

—¿Estás intentando darme lo que no podrás darme dentro de unos años por tu edad? —Levantó la cabeza que tenía en esos momentos entre mis piernas como un resorte—. Pero no te pares ahora, hombre, que estamos en la mejor parte.

—Te estás riendo de mí. —Entrecerró los ojos y profundizó dentro de mí con sus dedos.

—Ah... no... cariño, no pares —dije entrecortadamente.

—No te preocupes, que te queda Neil para muchos años. —Pasó la lengua por encima del clítoris.

Y tanto que me demostró que tenía energía para mucho, hasta que no hizo que me corriera esa noche tres veces no paró, vamos, un poco más y tienen que venir los médicos a reanimarme.

Al terminar con esa sesión de sexo, caímos los dos bocarriba en la cama; él con los brazos detrás de su cabeza y yo con mis manos encima de mi barriga.

Lo miré de reojo y me pilló mirándolo.

—¿Qué? —me pregunté con una ceja levantada.

—Neil, ¿eres de este mundo o vienes de otro planeta? —Al escucharme, soltó una carcajada que se tuvo que escuchar en toda la casa.

Se giró y se puso de lado para mirarme de frente.

—Estoy más que dispuesto a hacerte gritar de nuevo. —Se inclinó y atrapó mis labios entre sus dientes.

—Mejor deja la demostración para mañana, no quieras tenerlo todo en una sola noche —le dije cuando me soltó el labio—. Vamos a dormir un poco, tú sabes, por eso de recuperar energía. —Lo empujé hacia atrás para ponerme en mi postura favorita para dormir, que no era otra que con la cabeza apoyada en su pecho mientras él me acariciaba el brazo.

—Te quiero, pequeña.

—Y yo te amo.

Le di un beso en el pecho sobre el corazón, y con un bonito recuerdo de este día, caí en un sueño profundo.

Capítulo 35



Para nuestro segundo día en la ciudad, decidimos que lo primero que haríamos sería visitar La Arena, un impresionante anfiteatro que se encuentra entre los mejor conservados a nivel mundial. De hecho, su estado de conservación es tan notable que ha sido declarado patrimonio mundial por la UNESCO. Habíamos comprado las entradas con antelación a través de Internet, lo que nos facilitó mucho la visita.

Desde fuera ya se podía ver lo majestuoso que era, con esos arcos tan bien conservados, y cuando entramos a lo que era La Arena nos quedamos impresionados. Todavía tenía sus asientos originales, de hecho, este anfiteatro lo utilizaban para dar conciertos de lírica cuando se celebraban los carnavales.

Neil me llevó durante todo el camino cogidos de la mano, y si no era así, me llevaba cogida de la cintura, pero en todo momento fue muy atento y cariñoso. Al salir de allí, dábamos directos a una plaza muy famosa llamada Plaza Bra. Esta plaza contaba con un hermoso jardín, una fuente impresionante y una estatua de Vittorio Emanuele II, además de estar rodeada de cafeterías muy famosas.

Fue en una de esas cafeterías donde decimos parar para desayunar.

—¿Qué te parece aquella que se ve allí? —le pregunté señalando una que me gustó mucho—, pero antes vamos a hacernos un selfi aquí para mandárselo a Cloe y que se lo enseñe a los niños.

Estábamos a un lado de la plaza y desde esa perspectiva se veía de fondo la fuente y la estatua. Como era normal, Neil fue el que cogió el teléfono para hacernos la foto, ya que él tenía el brazo más largo y podía sacarla mejor.

La foto salió increíble. En el instante en que la tomamos, yo estaba mirando a la cámara con una gran sonrisa, mientras Neil se encontraba detrás de mí, abrazándome por la cintura con un brazo y apoyando su barbilla en mi hombro, girando la cabeza para mirarme.

Esa pose, junto con la ropa que llevábamos, hizo que la imagen fuera espectacular. Neil había elegido un pantalón *beige* y un polo de manga corta blanco, y con su figura tonificada, la ropa le quedaba de maravilla; el pantalón acentuaba su culo de tal manera que era difícil apartar la vista de él, y el polo se ajustaba perfectamente a su abdomen y brazos. «Anaís, más suerte no tienes en otra vida ni naciendo veinte veces», me dije a mí misma.

Yo había optado por un vestido de manga corta que llegaba hasta las rodillas. Era totalmente blanco y con un poco de vuelo, lo acompañé con unas cuñas en color *beige* y me puse un cinturón finito del mismo color que las cuñas. El pelo me lo había recogido con una coleta bien alta.

Nos acomodamos en una de las mesas que había en la terraza, y a medida que observaba cada rincón de la plaza, más me encantaba todo lo que veía. Sin lugar a dudas, este viaje dejaría una huella imborrable en mi corazón. Esta ciudad, desde luego, estaba hecha para descubrir todos sus rincones con tu pareja de la mano, no creo que hubiera ciudad más romántica que esta, o por lo menos yo no la había conocido.

Después de ese desayuno, regresamos a la casa, ya que teníamos que coger el coche para ir a lo de la cata de vinos.

Salimos con anticipación, aunque el viñedo al que nos dirigíamos no estaba muy lejos. Queríamos disfrutar del trayecto y apreciar el paisaje que nos rodeaba.

—Voy a echar de menos esto cuando regresemos —dije mirando por la ventanilla.

—Todavía no nos hemos ido, y ya lo estás echando de menos. — Me cogió de la mano para darme un apretón.

—No lo digo por irnos de aquí, lo digo porque voy a echar de menos estar todo el tiempo contigo. —Creo que su manera de decirme que él también lo echaría de menos, fueron las caricias que me dio con el dedo pulgar en el dorso de la mano y la mirada que me dirigió.

—Bueno, mira el lado bueno, vas a estar entretenida con los niños, tu abuela y Cloe. No te van a dejar tiempo libre para que me echés de menos. — Me guiñó el ojo—. Además, sabes que muchos días me quedo a trabajar desde el despacho de casa.

—Lo sé. —Le di un beso en los nudillos.

Llegamos al viñedo donde iba a tener lugar la cata, y yo imaginaba que habría más gente, pero me di cuenta de que Neil la había reservado solo para nosotros. Era evidente que el dinero podía abrir muchas puertas, o casi todas.

No era para nada una experta en catas, vamos, para ser más exactos, no era mucho de vinos. No entendía de qué uva estaba hecho uno u otro, solo sabía si me gustaba el sabor o no.

Lo bueno que tenían este tipo de catas, es que iba todo acompañado con distintos tipos de maridajes, haciendo resaltar cada sabor de los vinos que íbamos probando.

—Pequeña, te noto un poco acalorada —me dijo después de probar el tercer vino.

—Eso es por tu culpa, es que me pones mucho —le dije abanicándome con la mano. La verdad es que una de las cosas que me pasaba al tomar vino era que me volvía un poco más tontilla de cuenta, vamos, hablando claramente, que me excitaba.

—Creo que en esta ocasión es a causa del vino, y no por mí —dijo tras soltar una risotada.

Estábamos sentados en un lugar que nos daba algo de intimidad, así que aprovechando eso, llevé una mano a su rodilla y de ahí la fui subiendo poco a poco hasta llegar cerca de su ingle, al llegar ahí detuve mi mano.

—¿Decías? —Lo miré fijamente.

—Pequeña, te vas a quemar —dijo cogiéndome la mano.

—Eso es lo que quiero, quemarme. —Me mordí el labio inferior.

—No puedo permitir eso. —Neil tenía su mano también puesta encima de mi rodilla—. Quédate quietecita —susurró en mi oído, mientras iba subiendo la mano lentamente por la pierna.

Mirándome fijamente a los ojos adentró la mano hasta colocarla por encima del tanga que llevaba, con ese simple roce hizo se me encogieran hasta los dedos de los pies.

—Shh... pequeña. —Me chistó para que no hiciera ruido, intenté no cambiar la expresión para que no me notaran nada.

Apartó el tanga hacía un lado y empezó a pasar los dedos por encima de los labios exteriores, cuando a través de ellos salió mi humedad y la sintió, fue entonces cuando adentró dos dedos y empezó a masajear el clítoris. Primero, con suaves pasadas, iba desde el clítoris hasta la entrada de la vagina, donde introducía un poco los dedos para después volver a llevarlos al clítoris.

Clavé los dedos en su pierna al darme cuenta de que estaba a punto de alcanzar el clímax. No podía creer que estaba logrando contener los gemidos que amenazaban con escapar de mis labios. Esta experiencia se estaba convirtiendo en una de las más excitantes que había vivido, y todo sucedía en un lugar público.

—Neil... No puedo aguantar más —le dije en voz baja.

—Pues no aguantes, y déjate ir en mis dedos. —Tenía la voz ronca.

Y así lo hice, me dejé ir y me corrí entre sus dedos. El muy descarado sacó los dedos de entre mis piernas y se los llevó a su boca, donde se los introdujo para saborearlos.

—Definitivamente, este será hoy mi postre en cuanto lleguemos a la casa.

Después de la cata nos fuimos a seguir recorriendo más cosas de esa ciudad.



Este sería nuestro último día en Verona y como tal, desde un principio decidimos que queríamos dejar lo que más ilusión me hacía como última visita.

Tenía unas ganas enormes de atravesar el pasillo donde todos los enamorados ponían notas o cartas con frases de amor, y es que era necesario pasar por dicho pasillo para llegar al interior del patio donde estaba el famoso balcón de Julieta. Donde tantas y tantas películas se habían rodado a lo largo de la historia.

Cogida de la mano de Neil, atravesamos ese pasillo y nos detuvimos un momento para poner nuestra propia nota, donde cada uno escribimos unas palabras de amor, nos hicimos un selfi en ese pasillo.

Seguimos andando y llegamos a la entrada del patio, cuando vi ese balcón me emocioné, también nos tomamos una foto con ese bonito balcón de fondo.

Y en el centro de dicho patio estaba la famosa estatua de Julita. Se supone que había una tradición con esa estatua, y es que si tocabas su pecho derecho te traería buena suerte. Por supuesto, no podíamos irnos y no tentar a esa buena suerte, así que con nuestras manos entrelazadas le tocamos el pecho derecho y nos hicimos una foto en esa posición.

—Espero que nos traiga la buena suerte de que siempre estemos unidos. —
Le acaricié la cara mientras le decía esas palabras.

—Estoy completamente seguro de que siempre estaremos juntos. —Se inclinó y me dio un beso lleno de amor.

Había sido un viaje muy bonito donde me iba a llevar conmigo unos recuerdos maravillosos, no cabía duda de que este viaje nos había venido muy bien a los dos, porque regresábamos a Escocia más unidos de lo que habíamos estado desde que nos conocíamos.

Esa noche para despedirnos de la casa, también hicimos el amor en la bañera, bueno para ser sincera, no necesitábamos despedirnos de la casa para hacer el amor, ese lo hacíamos en cualquier momento o lugar en ella.

Llevamos dos copas de vino y con la bañera llena de agua a una temperatura perfecta, nos metimos en ella.

Me senté encima de él, mirándolo a la cara, y fui moviendo las caderas para crear fricción entre nuestros sexos e ir subiendo un poco la temperatura. Entre el roce, las caricias y los besos, llegamos a un punto de no retorno y sin poder esperar más, agarré su erección y la dirigí a la entrada de mi vagina. Fui bajando sobre su miembro poco a poco hasta que estuvo totalmente en mi interior.

Al principio, fui subiendo y bajando lentamente, puso sus manos en mis caderas cuando necesitó que subiera la intensidad y con ellas guiándome nos dejamos arrastrar por el placer irrefrenable que estábamos sintiendo.

—Pequeña... me vas a matar —gruñó con voz ronca.

—Si hay que morir de placer, se muere y punto. —Le mordí el labio inferior.

—Um... eso sería una buena muerte. —Y tras decir eso, levantó las caderas y se clavó más profundamente en mi interior.

Ese movimiento fue el que nos provocó que llegáramos al final, sumergiéndonos en un universo de placer desbordante. Yo solté un grito y él emitió un gruñido, y juntos alcanzamos un clímax que nos hizo sentir como si estuviéramos tocando las estrellas.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, decidimos salir y organizamos todo lo necesario para el regreso a casa al día siguiente.

Capítulo 36



Tan pronto como llegáramos al castillo, tenía en mente llamar a Duncan. Quería tener una conversación con él, ya que estos días junto a Neil me habían hecho darme cuenta de lo que necesitaba que mi padre y yo nos pusiéramos al día. Contarnos nuestras inquietudes, que nos abriéramos el uno al otro y que nos diéramos una oportunidad de conocernos.

Extrañaba muchísimo a mis niños durante estos días que habíamos estado fuera. Cada noche, hacíamos una videollamada en la que Zoé no paraba de hablar, mientras que Riley intentaba imitar a su hermana en todo lo que podía.

Una de las cosas que nos había dicho mi pequeña era que tenía una sorpresa muy especial preparada para nosotros a nuestro regreso. No hubo manera de convencerla, ni a ella ni a los demás que estaban allí, de que nos revelaran de qué se trataba. En fin, ya quedaba poco para descubrirlo.

Tal y como pasó en la ida, ocurrió en la vuelta. En cuanto el avión despegó, me quedé dormida y no me desperté hasta que Neil me avisó de que estábamos a punto de aterrizar, así daba gusto viajar.

—Anaís, ¿vas a llamar a tu padre? —me preguntó, y es que todavía no le había dicho a él que tenía pensado de llamarlo.

—Se me hace raro que alguien me hable de él como padre, aún no me acostumbro a tener uno.

—Lo sé, tiene que ser difícil para ti, pero como ya te he dicho, Duncan te va a poner las cosas muy fáciles.

—Neil, ¿me juras que todo lo que dijo es cierto? ¿Qué mi madre nunca le dijo que estaba embarazada?

—Oye... pequeña, mírame. —Lo miré—. Te prometo que todo es verdad, Duncan hubiera dado lo que tiene, con tal de haber podido disfrutar y conocer a su hija. —No sabía por qué, pero en ese momento lo creí ciegamente.

—¿Estarás a mi lado cuando vaya a hablar con él? —Quería o, más bien, necesitaba sentir su apoyo en esos momentos.

—Creo que lo mejor sería que hablaras con él a solas, pero su tú vas a sentirte mejor y necesitas que te acompañe, siempre estaré a tu lado.

—Te amo, Neil, con todo mi corazón. —Se deslizó una solitaria lágrima por mi mejilla.

—Yo también te amo, pequeña, con toda mi alma. —Me secó la lágrima con sus labios.

Llegar al castillo y ver cómo los niños corrían para que los cogiéramos su padre y yo en brazos, hacía que sintiera una felicidad enorme.

—¡Mami, papi! —Venían corriendo hacia nosotros.

—Riley, estás más grande. —Me lo comí a besos—. Y mi princesa está todavía más bonita.

Cuando el padre la soltó, me pidió que la cogiera yo, mientras que el pequeño se marchó con él. Con la niña en brazos, me dirigí a saludar a mi amiga y a todos los demás.

—Abuela. —La abracé—. ¿Qué tal han ido estos días? ¿Se ha portado bien Cloe? —Nos reímos—. Los niños ya sé que sí, pero ella tiene más peligro que ellos.

—Muy graciosa, sí señor. —Le di dos besos—. Nena, ¿qué tal te lo has pasado?

—Cloe, Verona es mágica, te lo digo de verdad. —Me giré para saludar a mi cuñado—. Braden, tienes que llevar a mi amiga allí alguna vez.

—¿Has escuchado a tu cuñada? Pues ya estás tardando, cariñito mío.

—Nena, tampoco tiene que ser para ya. —Le echó el brazo por los hombros.

Estos dos siempre estaban iguales, lo bueno que tenían era que los dos eran exactamente iguales.

—Mami... pedo. —Me quedé un poco sin saber qué era lo que quería decir el niño—. Pedo, pedo. —Vi que mi amiga se daba con la palma de la mano en la frente y me di cuenta de que algo me quería decir el niño, y mi amiga tenía algo que ver.

—Neil, ¿tú entiendes al niño?

—Pequeña, yo lo único que he entendido es que se quiere tirar un pedo o que se lo ha tirado ya. —La niña, mi cuñado, mi amiga y mi abuela empezaron a reír, pero con ganas.

—¿Zoé? —la miré y como de tonta no tenía un pelo, nos dijo lo quería decir el hermano.

—Riley está diciendo perro. —Miró hacia el suelo con las manos entrelazadas por delante, otra cosa no, pero peliculera lo era un rato.

Miré de reojo a Neil, y creo que los dos llegamos a al mismo pensamiento.

—Cariño, ¿por qué tu hermano está diciendo «perro»?

—Es que los titos nos han regalado uno.

—No —dijo el padre.

—Pero papi, es muy pequeñito y se lo encontraron cerca de la carretera y lo cogieron para que no lo pillara un coche. —El chantaje emocional también se le daba muy bien, y es que encima te miraba con unos ojillos a los que no se les podía decir que no.

Salió corriendo para dentro del castillo y no tardó mucho en salir de el con un cachorro en brazos, creo que tuve amor a primera vista en cuanto puse mis ojos encima de esa bolita de pelo blanco.

—Ay, qué cosa más bonita. —Lo cogí en brazos—. ¿Le habéis puesto nombre?

—Pequeña, que si se le ponen nombre, no sale de aquí —dijo Neil mientras me miraba con el perro en brazos.

—Neón —dijo el pequeño de la casa.

—¿Neón? —preguntó su padre.

—Nerón, papá. Madre mía, parece mentira que todavía no entiendas a tu hijo. —Se puso una mano en la cadera en plan mandona.

—No te hagas la listilla, que tú tampoco lo entiendes. Sabías lo del perro y lo de Nerón, pero no porque lo entendieras realmente —le contesté.

Entramos en la casa y, mientras todos se quedaron en el salón, Neil y yo decidimos ir a darnos una ducha para refrescarnos un poco. Siempre he pensado que, sin importar lo breves que sean los viajes, la sensación de llegar a casa y disfrutar de una buena ducha es incomparable.

Le comenté a Neil que se pusiera en contacto con Duncan para ver si podía quedar al día siguiente. Al final, optamos por ir a su casa y sentarnos a charlar los cuatro: Neil a mi lado y Duncan junto a Grace.

Volvimos a bajar para reunirnos junto a los demás, los hermanos se sentaron un poco más alejados porque tenían que hablar de algunos temas de la empresa.

Los niños estaban correteando de un lado para otro detrás del pobre Nerón, aunque mirándolo bien, era el perro quien iba en busca de los niños para jugar.

Me senté al lado de la abuela y Cloe, quienes no paraban de bombardearme con preguntas sobre el viaje. Querían saber si me había encantado Verona, qué opinaba de la comida y todo lo que se les pasaba por la cabeza en ese momento.

Me acordé de que les habíamos traído regalos para todos, así que corrí hacia la habitación para cogerlos y empezar a repartirlos. Llamé a todos, incluyendo a Dolores, Lupe y Bernardo.

Para Bernardo y Braden, elegimos una botella del famoso vino Amarone, mientras que para las mujeres optamos por unos elegantes conjuntos de oro blanco combinado con oro rosa. Cada conjunto incluía pendientes, una pulsera y un colgante, pero con decoraciones únicas para cada una.

A todas les encantaron las sorpresas, pero Dolores y Lupe se emocionaron tanto que no pudieron contener las lágrimas y nos dieron las gracias varias veces.

A Zoé le trajimos un montón de cosas, al igual que a su hermano, y ambos se pusieron locos de contentos.

Siempre me había gustado ser atenta con las personas que quería, ser detallista y demostrar el cariño por las personas a las que quieres no cuesta nada. No importa cuán pequeños sean los gestos, cuando regalas algo de corazón y ves la alegría en la persona que lo recibe, tu propio corazón se llena de felicidad.

Pasamos el resto del día relajados en casa, o más bien en nuestro castillo, ya que siempre lo he llamado así. En fin, el día transcurrió de manera tranquila y placentera.

Esa noche decidimos irnos a la cama temprano, y cuando Neil apareció buscando otra noche loca de sexo, le tuve que decir que no podía, que estaba completamente agotada.

La verdad es que el cansancio me había vencido y lo único que deseaba era descansar. Él, comprensivo como siempre, me abrazó por detrás, me dio un suave beso de buenas noches y así, en la posición de cucharita, nos quedamos dormidos.

Capítulo 37



Justo habíamos llegado a la entrada de la casa de Duncan, y los nervios me invadían. Aunque ya no había mucho más que descubrir, porque durante la cena me reveló casi todo lo que necesitaba saber. Lo que no dijo esa noche me lo fueron contando Neil y mi abuela, aunque ella solo tenía información limitada.

La verdad es que me encontraba frente a la puerta de mi padre, a quien creí que nunca llegaría a conocer. Tomada de la mano de Neil, así fue como decidimos tocar el timbre.

Fue Duncan quien salió a recibirnos, y Neil fue el primero en saludarlo, probablemente con la intención de aliviar un poco la tensión del momento.

—Qué alegría me das que hayas venido —me dijo, y mi corazón no me permitió no acercarme y abrazarlo.

No sé cómo explicar la sensación que me causó ese abrazo, pero lo que sí puedo decir, es que lo apreté contra mí y él, al notar ese apretón por mi parte, me lo devolvió mientras me daba un beso en la cabeza. Nos quedamos durante un rato los dos abrazados.

Por fin, después de veintinueve años, podía decir que estaba siendo abrazada por mi padre. Un padre que se notaba que me quería o que, por lo menos, anhelaba el contacto con su hija.

—Hija —dijo con un suspiro.

Cuando nos separamos, nos hizo pasar al salón donde nos estaba esperando Grace, ella era una mujer muy amable y al igual que mi padre, me recibió con los brazos abiertos.

—No sabes lo que significa para tu padre que estés aquí. Gracias por hacer esto posible. —Esas palabras me emocionaron, porque con ellas demostraba todo lo que quería a su marido y todo lo que estaba dispuesta a dar por verlo feliz.

—Para mí también significa mucho saber que tengo un padre al que le hubiera gustado conocerme hace mucho.

Me acomodé al lado de Neil en el sofá, y en cuanto nos sentamos, tomó mi mano. De vez en cuando, me daba suaves apretones, como si quisiera transmitirme una sensación de calma y seguridad.

—¿Estás bien? —me preguntó en un momento que nos quedamos a solas, porque mi padre y su mujer se levantaron para traer unas bebidas.

—Sí, estoy mejor de lo que me esperaba. —Le di un beso rápido en los labios.

En cuanto trajeron las bebidas, comenzamos a ponernos al tanto de lo que había sucedido en nuestras vidas. Él ya tenía información sobre mi historia gracias a su investigador privado, pero yo no sabía mucho sobre lo que había pasado en la suya.

—¿Por qué crees que mi madre no te dijo que estaba embarazada? —le pregunté cuando llevábamos un rato hablando.

—Supongo que lo hizo sin mala intención. Tal vez pensó que, al ser de otro país, no quería que me sintiera presionado a estar a su lado solo por tener una hija, o quizás creía que mis padres no lo aceptarían.

—¿Tus padres no querían que estuvieras con mamá?

—Por desgracia, mis padres no querían que estuviera con nadie que ellos no eligieran, eran unos clasistas, por eso dejé de hablarles muchos años antes de que murieran. Yo no soy así, y no quería que dominaran mi vida. Creo que

tu madre no pensó que yo sería capaz de hacerlo, no sé qué es lo que de verdad se le pasó por la cabeza para no decírmelo, y no sabes la pena que me da no haber vivido junto a ti.

Lo vi emocionarse y me removió todo por dentro.

—Papá, ahora estamos juntos y así será para siempre, porque ahora que te he encontrado no pienso alejarme nunca de ti. —Era la primera vez que lo llamaba papá.

—Hija... —Lo que me entró por el cuerpo al ver a un hombre tan grande, taparse la cara con las manos y llorar como un niño pequeño. Me dio pena, emoción y rabia, todo a la vez.

Pena por habernos perdido tantas cosas el uno del otro, emoción porque era muy difícil no emocionarse ante una situación así y rabia, pues, por lo mismo, por no haber podido disfrutar de mi padre. Me levanté y me senté a su lado cogiéndole una mano y apoyando la cabeza en su hombro.

En cuanto me sintió a su lado, me rodeó por los hombros estrechándome contra él.

Comimos en su casa los cuatro juntos y, sinceramente, la comida fue muy bien. Grace me trataba con el mismo afecto y cariño que solía mostrarme mi padre, lo cual era realmente bonito, ya que nuestra única conexión era a través de él. A media tarde, decidimos dar por concluida la visita, pero no sin antes planear otra comida en el castillo en uno de estos días.

No hace falta mencionar que podían venir a vernos tantas veces como desearan; ninguno de los dos necesitaba una invitación, ya que el castillo también era su hogar. Así lo expresó Neil, ya que el castillo no era mío, no era plan de que me pusiera a mandar en él.



Había pasado casi un mes desde que fuimos a comer a casa de mi padre, y desde hacía unos cuatro días me sentía un poco indispuesta.

Durante todo el día, mi estómago estaba revuelto y me invadían las náuseas; cualquier comida que probaba terminaba saliendo de mi boca o me caía muy pesada. Por eso, en estos días había estado comiendo mucho menos de lo habitual. Para colmo, hoy al mediodía teníamos una barbacoa familiar, pero mi cuerpo pedía a gritos descansar y no levantarme en al menos cinco días.

—Anaís —me llamó Cloe asomándose a la puerta de la habitación, ya que estaba tumbada en la cama—. Te he traído una cosa —dijo entrando dentro.

—Cloe, ahora mismo no me apetece nada. —Ni siquiera levanté la cabeza para mirarla.

—Esto te prometo que lo vas a querer.

Me incorporé sentándome en la cama, apoyando la espalda en el cabecero para mirarla.

—Toma —me entregó una bolsa de papel—, mira dentro.

Al abrirla y ver lo que contenía me quedé blanca, porque sí, había esa posibilidad.

—Cloe, ¿crees que lo que me pasa es que estoy embarazada?

—Lo creo yo y el resto de las mujeres que viven aquí, lo que pasa es que no han querido decirte nada para ver si te dabas cuenta por ti misma, pero chica, tú sabes como soy, no aguanto esta intriga. Así que, andado para el baño y así, salimos de dudas, aunque dudas ninguna si a los síntomas que tienes le añadimos el retraso de la regla. —Tiró de mi brazo para que me levantara.

Me levanté y me encerré en el baño para hacer pipí en ese palito. Después de hacerlo, había que esperar cinco minutos y saldríamos de dudas. Le abrí la puerta a Cloe para que entrara y me hiciera compañía mientras esperábamos el resultado.

¿En cinco minutos decían que salían los resultados? Ja, me reía de eso, porque en mi caso, ni siquiera pasaron tres minutos antes de que aparecieran

las dos líneas rosas. Agarré la prueba que estaba sobre el lavabo para observarla con más claridad, y mis manos temblaban de una manera increíble.

Me sentía un poco nerviosa al pensar en la reacción de Neil. No pensaba que fuera a reaccionar de manera negativa, pero tampoco estaba segura de que lo recibiera con entusiasmo.

—¡Anaís! —Cloe me abrazó con ganas y muy emocionada—. ¡Vas a tener un bebé!

—Shh... Cloe, por favor, no grites. No quiero que nadie más se entere hasta que se lo cuente a Neil.

—Perdón, perdón, es que estoy tan emocionada —dijo, loca de contenta.

—¿Cómo piensas que se lo va a tomar Neil?

—Chica, pues cómo se lo va a tomar, pues genial. Seguro que te pide que te cases con él antes de que se te note el bombo.

—Qué graciosa estás. —Le di un pequeño empujón con el hombro—. Anda, vamos a bajar, que seguro que están ya todos en el jardín.

Como ya imaginaba, todos estaban reunidos en el jardín. Los hombres se agrupaban alrededor de la barbacoa, mientras las mujeres estaban poniendo en la mesa los aperitivos y las bebidas.

Saludé a mi padre y a Grace, e inmediatamente me puse a ayudar a traer cosas de la cocina.

En cuanto empezó a salir toda la comida de la barbacoa, se me empezó a revolver el estómago con solo olerla, Dios, qué angustia tenía. Neil, que estaba sentado a mi lado, no dejaba de mirarme, porque estaba viendo que no comía nada. Pero en ese momento, no podía hacer como si comiera algo, porque si me atrevía a meterme algo en la boca, seguramente terminaría devolviendo hasta la primera papilla.

—Pequeña, no estás comiendo nada —me dijo en un tono de preocupación.

—Es que no tengo mucha hambre.

—Papi, mami no puede comer porque esta malita —dijo la niña mirando a su padre muy seria—. El bebé que tiene en la barriga hace que quiera vomitar. —En ese momento, Braden, que estaba tomando un trago de cerveza, casi se atraganta, y la bebida le salió por la nariz.

Miré a Cloe y con la mirada le pregunté cómo era posible que la niña lo supiera, a lo que ella solo se encogió de hombros.

Neil se quedó a medio camino de llevar su bebida a los labios, y el resto a nuestro alrededor se quedaron estupefactas.

—Enana, ¿y tú cómo sabes eso? —le preguntó mi amiga.

—Porque papi me dijo que fuera a buscarlos cuando llegó el abuelo, y os escuché hablar a las dos en el baño. —Pues anda que le había faltado tiempo para soltarlo.

—Anaís, ¿me estás diciendo que estás embarazada?

—Yo no, te lo ha dicho tu hija. —Le dediqué una pequeña sonrisa—. Pero no creas que lo sé desde hace varios días, me acabo de enterar justo antes de bajar. ¿Te hace feliz? —le pregunté con miedo.

—Me hace inmensamente feliz. —Se levantó y me cogió en brazos, llenándome de besos.

Los demás se fueron levantando también y empezaron a felicitarnos, al final, ese día se iba a quedar en una bonita celebración.

—Hija, qué alegría me das, un tercer nieto —dijo mi padre todo emocionado mientras me abrazaba con ternura. Lo de tercer nieto lo decía porque los niños, para él y para Grace, eran como sus nietos.

—Papá, yo no he podido estar a tu lado desde pequeña, pero el que mis tres hijos te tengan, me hace muy feliz. Sé que eres un abuelo maravilloso, y mis hijos van a poder contar siempre contigo. —Le rodeé la cintura y apoyé la cabeza en su pecho, quedándome abrazada a él durante un rato. Cuando me separé de mi padre, abracé a Grace.

—A ti te digo lo mismo que a mi padre, mis hijos no podían contar con una abuela mejor que tú. —La pobre, al escucharme, se echó a llorar. Sabía que esas palabras significaban mucho para ella, porque, al fin y al cabo, yo era hija de su marido, pero ella no tenía ningún hijo y que yo le hubiera dado su lugar como abuela, era su mayor felicidad.

—Cariño, no sabes lo que significan estas palabras para mí.

—Sí, lo sé, y por eso mismo te vuelvo a decir que mis hijos no podían contar con una abuela mejor que tú.

—Inés, mejor no habrías podido criar a tu nieta. Le has dado unos valores que pocas personas conocen, y eso es gracias a ti y tu marido.

—Te lo agradezco, Grace. Lo hicimos lo mejor que pudimos, aunque el buen corazón ya venía de casa como quien dice.

Las dejé hablando y me dirigí a coger a mi pequeño príncipe en brazos, mientras con la otra mano tomaba la de mi niña. Así, los tres juntos nos dirigimos hacia donde estaba Neil.

—Vida —me miró cuando lo llamé—, hemos creado una familia perfecta. —Cogió a la niña en brazos y nos dio un beso a cada uno.

—Mejor imposible, ahora solo falta que nos casemos para que todo sea perfecto.

—¿No me digas que me estás pidiendo que me case contigo? —le pregunté, entre haciéndome la sorprendida y a la vez un poco irónica.

—Pequeña, da la casualidad de que te lo iba a pedir hoy delante de toda la familia, pero te has adelantado dando otra sorpresa.

—Perdona, lo de la sorpresa se lo tienes que agradecer a la niña, yo pensaba decírtelo esta noche cuando estuviéramos a solas. Quería que te enteraras el primero, bueno en este caso el segundo, porque fue Cloe la que me trajo la prueba sin yo saberlo.

—No cambies de tema. ¿Qué me dices a lo de la boda?

—¿No te arrodillas ni nada? —Me aguanté la risa al ver la cara que puso.

—¿De verdad? ¿Vas a hacer que me arrodille?

—Hombre, pues claro, si no, no es una pedida de mano en condiciones, aunque pensándolo mejor, creo que le tendrías que pedir la mano a mi padre.

—Por ahí, sí que no —dijo tajante.

En ese momento, no pude contener la risa y estallé en carcajadas. Lo vi girarse en silencio y, al principio, pensé que se había ofendido, pero cuando vi hacia dónde se dirigía, no daba crédito.

—Duncan, te he querido siempre como a un tío, y ahora lo haré como a un padre. —Mi padre lo miraba sin saber a qué venía todo aquello—. ¿Sería tan amable de darme la mano de su hija para que podamos dejar de vivir en pecado?

Ay, madre, no podía parar de reír, este hombre era realmente único, y eso que cuando lo conocí, no mostraba ni una pizca de humor.

—No, no te la concedo —mi padre, con su sentido del humor, se entendía a la perfección con él.

—Hermano, te has quedado sin mujer, porque, si el padre dice que no, es que no.

—Tú mejor cállate, porque la boda tiene que llevarse a cabo. Quiero verte con el *kilt*, necesito asegurarme si lleváis ropa interior debajo.

—Por el camino que está tomando el asunto, te vas a quedar con las ganas de saberlo. No te pienso decir nada, porque eso es una cosa que la tienes que

descubrir por ti misma.

De verdad, que entre unos y otros más no me podía estar riendo ese día. Al final, me puso el anillo, porque era cierto que lo había comprado.

Mi padre y Grace se quedaron esa noche a dormir en el castillo, porque entre una cosa y otra, las horas fueron pasando sin que nos diéramos cuenta. Como se hizo tan tarde, no me hacía gracia que condujeran, tampoco es que faltaran habitaciones, de esas íbamos sobrados.

Al entrar en nuestra habitación, Neil empezó a darme besos cortos por cada parte de mi cuerpo que iba desnudando. Habían pasado unos días desde que empecé a sentirme mal y no habíamos podido intimar. Esa noche, su deseo por mí era evidente, casi tan intenso como el que yo sentía por él.

Fue una noche tierna, era como si le diera miedo que al bebé le pasara algo o que me pasara a mí, como estaba de tan poco tiempo, no se atrevió a hacerme el amor con más fuerza.

Pero con él me gustaba siempre, de la manera que fuera. Cuando era duro e intenso, me volvía completamente loca, pero cuando era tierno y apasionado, me hacía enamorarme más de lo que estaba. Me preguntaba cómo era posible que una misma persona pudiera ser tan diferente en la intimidad. No lograba entenderlo, pero lo que sí sabía era que me hacía temblar en ambas facetas.

Esa noche me hizo tocar las estrellas con su ternura y pasión, arrastrándome con él a un mundo donde me hizo alcanzar el orgasmo más de una vez.

Ese hombre tenía la habilidad, si quería, de llevarme a un orgasmo solo con sus besos, y lo hacía con tanto empeño que todo lo demás se desvanecía. Hoy, más que nunca, podía decir que estaba locamente enamorada de Neil, porque él es el único que ha logrado conquistar mi corazón de una manera tan profunda.

Capítulo 38



No podía creer lo rápido que pasaba el tiempo, como si todo sucediera en un instante. Al mirarme en el espejo frente a mí, la imagen que veía parecía sacada de un sueño, pero era completamente real.

La imagen que me devolvía el espejo está mal que lo diga yo, pero me veía espectacular. No quise en ningún momento un vestido pomposo para el día de mi boda, nunca lo quise y no me lo compré.

Siempre me habían gustado los vestidos sencillos pero elegantes, y uno así es el que elegí para ese día.

El vestido que elegí tenía una parte superior de encaje, con un elegante cuello barco y mangas de tres cuartos. El encaje era delicado y suave al tacto, lo que le daba un aire romántico. La falda, en cambio, estaba confeccionada en seda, con una caída espectacular y una pequeña cola que no era demasiado larga, ya que siempre he creído que las colas largas pueden resultar incómodas.

En cuanto a mi pelo, opté por llevarlo suelto, puesto que a Neil le gustaba mucho y quería darle ese gusto, no porque él me lo hubiera pedido, más bien era porque me salía del corazón.

Aunque lo llevaba suelto, lo recogí ligeramente de un lado, adornándolo con unas horquillas que tenían pequeños brillantes discretos. En lo que respecta al maquillaje, decidí mantenerlo en tonos neutros, que siempre han sido mis favoritos. Llamadme tonta, pero creo que el día de la boda es el

momento en el que más cómoda y auténtica debes sentirte contigo misma, y eso fue exactamente lo que hice.

Eso sí, los taconazos no me los quitaba ni dios. Anaís sin tacones simplemente no existía. Así que opté por unas sandalias de tacón fino llenas de tiras, adornadas con los mismos brillantes que mis horquillas.

—Pasa —contesté cuando tocaron en la puerta. Lo que no me esperaba era que vinieran todas las mujeres juntas en tropel—. Hala, todas a la vez, la habitación es grande, pero con tantas dentro parece minúscula.

—¡Anaís! —dijeron todas a la vez.

—Nena, nunca había visto una novia tan bonita como tú. —Me abrazó con lágrimas en los ojos—. Menos cuando me case yo, que entonces seré la novia más espectacular de la historia.

—Anda, calla ya, que no te doy una colleja por no despeinarte —dijo la abuela apartándola a un lado—. Cariño, estás preciosa, si tu abuelo estuviera aquí estaría muy orgulloso de ti. —Me limpió una lágrima que se me escapó cuando nombró al abuelo—. No llores, porque sabes que a él no le gustaba verte llorar. Hoy es un día muy especial y como tal, lo tienes que recordar con una sonrisa, de esas que sabes que le gustaba verte.

—Te prometo que no voy a llorar de tristeza, que si lo hago será de felicidad. —La abracé contra mi pecho con todas mis fuerzas.

—Mami, cuando te vea papi, se va a enamorar más todavía. —Qué bonita estaba mi niña, y qué bonitos sentimientos guardaba ese pequeño corazón.

—Yo creo que se va a enamorar aún más, pero de ti, porque eres nuestra princesa, y hoy lo pareces más que nunca. —Le acaricié la carita para secarle una lágrima que se le había escapado. No entiendo qué tienen las bodas que siempre parece que todos terminan llorando.

—Cuando te vea tu padre va a llorar como un niño pequeño. Estás preciosa, Anaís. —Me abracé también a Grace.

Volvieron a tocar a la puerta y fue Lupe quien la abrió, dando paso a mi padre, que, como dijo su mujer, en cuanto me vio, empezó a llorar.

—Hija, me has dejado sin palabras, jamás pensé que viviría este momento junto a ti. Vivirlo y verte así, es un sueño para mí.

—Ains... papá no me hagas llorar. Cuando murió mi abuelo pensé que ya no tendría a nadie que me llevara al altar si alguna vez decidía casarme. Sin embargo, la vida me quitó a un padre, pero me dio otro. Y no puedo estar más feliz de ir acompañada hasta el amor de mi vida cogida de tu brazo.

Las mujeres se fueron todas, y en la habitación solo nos quedamos mi niña, mi padre y yo.

Iba a ser una boda muy íntima, donde solo estarían los más allegados, y en este caso, allegados a Neil, porque yo los míos ya los tenía aquí. De todos modos, Neil invitó a muy pocas personas, solo las personas más cercanas a él de su empresa.

La boda decidimos celebrarla en el castillo, ya que hacía muy buen tiempo. De todos modos, pusimos carpas por el jardín, porque aquí, en Escocia, nunca se sabe lo que puede pasar con el tiempo.

Al llegar a lo que era el principio del pasillo que me llevaba al altar y levantar la vista, la mirada de Neil y la mía conectaron en ese mismo instante, y todo lo demás dejó de existir, solo estábamos los dos.

Cuando lo vi luciendo en tradicional *kilt* en los colores de su clan, con una camisa blanca y el broche de su emblema familiar, no pude evitar enamorarme de él una vez más, si es que eso era posible.

Del brazo de mi padre llegué a su lado, y al entregarme mi padre, pronunció esas palabras que todos los padres suelen decir en momentos como este.

—Te entrego lo más preciado que tengo en mi vida, por favor, cuídala con todo tu corazón.

—Siempre la cuidaré, te lo prometo. —Me cogió de la mano mirándome a los ojos—. Eres lo más bonito que he visto en mi vida, te amo, pequeña. —Me dio un beso en los nudillos.

—Te amo, mi vida. —Fue lo único que le pude contestar, porque el nudo que tenía en la garganta me impedía seguir hablando.

La ceremonia fue muy romántica, donde nos dedicamos unas palabras muy bonitas, pero lo que más llegó a mi corazón fue lo que pasó después de darnos el «sí, quiero».

Estando todavía en el altar, Cloe se acercó de la mano de los dos niños, mientras Braden la acompañaba, sosteniendo un hermoso sobre en una de sus manos.

—Mamá, como bien sabes, para mi hermano y para mí ya eres nuestra madre. —Mi niña iba diciendo todo lo que mi amiga le iba susurrando al oído—. Desde que llegaste nos entregaste tu cariño y amor, nos cuidaste, nos mimaste y con todo eso te fuiste ganando el amor de nosotros, pero no un amor normal, el que te entregamos fue nuestro amor hacia una madre. —No creo que en mi vida hubiera llorado tanto como lo estaba haciendo en esos momentos, pero no era yo sola, porque todos los invitados estaban igual que yo. No soy tonta y sé que esas palabras exactas no estaban dichas por mi hija, pero sí sé que transmitían todo lo que mis hijos sentían hacia mí—. Por eso quiero que abras el sobre que tiene el tito y veas lo que contiene, y después nos digas si aceptas.

Con manos temblorosas cogí el sobre que me entregó Braden. Al abrirlo, descubrí los documentos necesarios para registrar a los niños como mis hijos, formalizando así lo que ya sentía en mi corazón. Los papeles ya contaban con la firma de Neil, así que solo necesitaba añadir la mía para completar el proceso.

—Un boli, por favor —pedí en medio del llanto, no sabía ni cómo me saldría la firma, pero que firmar los firmaba en este mismo instante.

El bolígrafo me lo entregó el propio Neil, y cogiéndole la mano a mi marido firmé los papeles. Aunque para mí, con o sin papeles, los niños eran

mis hijos, sabía que para ellos y para su padre era un paso muy importante, y no nos engañemos, para mí también lo era.

Ahora sí que podía decir que éramos una familia real, al menos según lo que dictaba la ley, porque en nuestros corazones siempre lo habíamos sido desde que Neil y yo comenzamos nuestra historia juntos. Y dentro de poco, se sumaría otro miembro más a la familia.

El servicio de *catering* que seleccionamos para la celebración resultó ser una excelente elección, tanto por la calidad de la comida como por la amabilidad del personal.

Además, se encargaron de la decoración de las mesas y las carpas, lo que contribuyó a crear un ambiente mágico y de ensueño para nuestra boda.

Bailamos mucho, yo prácticamente pasé la noche de mano en mano. Bailé con todos los invitados, con mi padre bailé una balada y fue un momento muy emotivo.

—Papá, quiero darte las gracias por estos casi tres meses que llevas junto a mí ejerciendo de padre. —Le acaricié la mejilla y él me cogió esa misma mano para darme un beso en los nudillos.

—Cariño, las gracias te las tengo que dar yo a ti, por dejarme formar parte de tu vida, por abrirme los brazos sin dudar. No he podido tener una hija mejor. —Seguimos bailando hasta que terminó la canción.

—Suegro, ¿me permites que te robe a mi mujer? —preguntó Neil en plan gracioso.

—Toda tuya.

—Nos toca una por fin.

Nuestra canción la eligió Neil y fue una de Adele que se titulaba *Make you feel my love*. La letra era preciosa y mientras ella cantaba de fondo, nosotros nos mirábamos a los ojos.

«When the shadows of the sunset and the stars appear

*and there is no one to dry your tears
I could hug you for a million years
to make you feel my love...»*

El momento fue totalmente mágico, los invitados no nos quitaron la vista de encima, cuando estaba terminando la canción se acercaron los niños y con ellos en brazos la terminamos de bailar los cuatro juntos.

La noche fue avanzando de lo más divertida.

Ya sabéis como es el tiempo aquí en Escocia, ¿verdad? Pues en un momento de la noche se levantó un poco de viento, no mucho, pero sí el suficiente para que se liara la que se lio.

Estaba descansando un poco porque los pies ya me estaban matando y estaba sentada junto a mi padre, su mujer, mi abuela y mi marido. Estábamos los tres hablando de lo más relajados y a gusto cuando de pronto escuchamos a Zoé de gritar.

—¡Mami, mami! Al tío se le ha visto todo el culo. —Ay, madre, esperaba que no fuera así.

—¡Braden! —gritó Neil, pero cuando vi aparecer a mi cuñado rojo y a mi amiga muerta de la risa, me confirmaron que sí se le había visto.

—Nena, ya te puedo confirmar que los escoceses no llevan ropa interior debajo del *kilt*. —Más no se podía reír.

—¿Pero qué tonterías dices, niña? Pues claro que llevamos —dijo mi padre.

—Pues la llevarás tú, Duncan, porque este que está aquí no la lleva, te lo digo yo. Porque la niña ha dicho que se le ha visto el culo, pero desde ya te digo yo, que también se le ha visto lo que no es el culo.

Madre mía, más no me podía reír, yo y todos los que estábamos en esa reunión.

—Vida, ¿tú llevas ropa interior? —le pregunté cuando dejé de reírme un poco.

—Pequeña... mejor te lo digo después. —Otro que también se puso rojo, al final estos hermanos eran vergonzosos.

—Amiga, eso es que tampoco la lleva. —Cloe no podía para de reír.

Cuando el cansancio pudo más que nosotros, dimos la boda por terminada, además, necesitábamos descansar para estar frescos para el viaje de luna de miel.

Y como era normal, la noche de bodas no podía terminar sin una buena sesión de sexo desenfrenado.

Capítulo 39



Del viaje se había encargado Neil, solo le pedí que fuera un sitio cálido y con unas playas de ensueño. Para lluvia y frío ya teníamos a Escocia. Que se encargara él, no quería decir que fuera secreto, porque saber, sabía muy bien a dónde nos íbamos, y ese sitio no era otro que Isla Mauricio.

Todo lo que había visto de ella por Internet me pareció paradisiaco y muy exótico.

Aunque esta era nuestra luna de miel, les dijimos a Braden y Cloe que se vinieran con nosotros, por supuesto, estaríamos en cabañas separadas, como se suele decir, cada oveja con su pareja, pero sí nos gustaba la idea de que vinieran con nosotros.

Los niños se iban a quedar a cargo de mi abuela, y mi padre junto a Grace también irían de vez en cuando a visitarlos. Incluso, alguna que otra noche, se los llevarían con ellos a casa de mi padre para dormir.

Cuando le pregunté a mi amiga si le gustaría acompañarnos en el viaje, se emocionó tanto que empezó a saltar de alegría, pero literalmente.

Nos despedimos de todos y comenzamos nuestro viaje, íbamos a estar diez días en total. Con ese tiempo, teníamos más que suficiente para explorar cada rincón y disfrutar de un montón de actividades.

Tras varias horas de vuelo, que incluyeron una escala, finalmente llegamos a nuestro destino.

—Vida, esto se ve muy bonito —le dije mientras íbamos en el coche que habíamos contratado con chófer, de camino al hotel donde teníamos reservadas dos cabañas de esas que estaban construidas sobre el agua.

La bienvenida al hotel fue muy atenta, donde nos esperaban con unos cócteles sin alcohol. Estaban riquísimos, eran de fruta y el sabor que más sobresalía era la piña.

Después de todo el papeleo, nos llevaron a las cabañas con unos carritos de esos que eran de golf, las cabañas estaban una al lado de la otra.

Llegamos justo a la hora del almuerzo, así que apenas dejamos nuestras cosas, decidimos explorar un poco el hotel mientras nos dirigíamos a un restaurante que estaba justo al lado de la playa. A medida que nos acercábamos, el aroma del pescado a la brasa que flotaba en el aire hacía que se nos hiciera agua la boca.

Si olía bien la comida que estaban cocinando, no os podéis ni imaginar el sabor que tenía. No recordaba haber disfrutado de sabores tan auténticos en mucho tiempo.

—La verdad es que creo que lo más sensato hoy es quedarnos en las cabañas y relajarnos un poco. Bueno, en realidad, en la playa que tenemos justo aquí, a nuestro alcance. Lo que quiero decir es que podríamos dejar lo de explorar la isla para mañana —comenté, al notar que todos teníamos una expresión de cansancio después de un viaje tan largo.

—A mí me parece una idea estupenda —corroboró Cloe—. Yo estoy muerta, y después de esta comida me está entrando un sueño increíble.

—Podemos descansar un poco, porque si lo hacemos, no nos adaptaremos al cambio de horario —comentó Neil.

Esa tarde decidimos echarnos una siesta, pero no demasiado larga, ya que Neil nos había advertido que si lo hacíamos, nos costaría más adaptarnos después. Al despertar, me puse un bikini de un suave color rosa claro, y fue la primera vez que noté la pequeña curvatura que comenzaba a aparecer en mi bajo vientre.

Estaba delante del espejo acariciando mi barriguita cuando Neil se puso detrás de mí para tocarla también.

—Mira, vida, ya se me empieza a notar. —En ese momento estaba de tres meses y una semana.

—Sí, ya se empieza a notar nuestra niña. —Arqueé una ceja para que me viera a través del espejo.

—¿Por qué estás tan seguro de que es una niña?

—Porque quiero una réplica de su madre. —Me dio un mordisco en el cuello.

—Umm... —gemí— Pues yo creo que va a ser un niño igual de guapo que su padre y su hermano. —Siguió dándome bocados por todo el cuello y hombro—. Si sigues así, no vamos a salir de aquí. —Con esto del embarazo tenía ganas a todas horas de que me hiciera el amor.

—No te preocupes, no tenemos prisa por salir. —Cogió el nudo de la parte de arriba del bikini y lo desató por la espalda—. Me encanta cómo te sienta el embarazo en todos los sentidos.

—Pues si tanto te gusta, ¿por qué dices que este será el último niño que vamos a tener?

—Pequeña, con este serán tres. —Me iba acariciando los pechos.

—Ah... Qué más te da, te sobra el dinero y no lo sufres los nueve meses —dije entre jadeos—. Hacemos una cosa, si es niña no tenemos más hijos porque ganas tú, pero si es niño, debemos tener otro más. ¿Tenemos trato o no? —Metió una mano por dentro de la braguita del bikini y fue directa a mi vagina.

—Hay trato, pequeña. —Estaba rozando su erección contra mi trasero.

Me ponía mucho observarnos a través del espejo. Con un movimiento ágil, me desató los lazos de los lados de la braga del bikini, dejándome

completamente al desnudo. Luego, bajó su bañador, quedando en la misma situación que yo.

Me giró y nos empezamos a besar, nuestras lenguas se chocaban, nos mordíamos y nos chupábamos el uno al otro. Cogiéndome a pulso, me llevó hasta una mesa que había en la cabaña, me sentó sobre ella y así follamos en ese momento como dos locos.

Porque en esos momentos era un sexo intenso, lleno de mucha lujuria y pasión.

Cada vez que me penetraba movía hasta la mesa. Me recosté sobre ella y apoyé los talones, con las piernas bastante separadas para que tuviera mayor profundidad.

—Neil... esto es demasiado intenso. —Me estaba provocando un placer tan intenso que creía que no era posible.

—Pequeña, esto es el paraíso, mejores vistas no puedo tener —dijo con la vista fija en nuestro punto de unión.

Con dos embestidas más, me dejé llevar alcanzando el orgasmo que tanto deseaba obtener y él, tras unas cuantas penetraciones más, también se dejó ir, terminando con un fuerte gruñido.



Los días aquí iban pasando sin darnos apenas cuenta, entre las actividades que íbamos haciendo, las excursiones para conocer la isla y los paseos en barco, de verdad que pasaban los días muy rápido.

Un día decidimos hacer esnórquel, y fue impresionante observar todos esos corales y la gran variedad de peces de colores que nadaban a nuestro alrededor; realmente fue una experiencia maravillosa. En otra ocasión, tuvimos la oportunidad de nadar con delfines, y debo decir que fue algo que me fascinó por completo. Hubo otras actividades que no pude disfrutar

debido a mi embarazo, pero esas las disfrutaron los hombres mientras Cloe se quedaba a mi lado, y así nos hacíamos compañía.

Hubo muchísimas otras actividades, pero también hubo unas excursiones que nos cautivaron.

Como las que hicimos para visitar volcanes inactivos, tortugas gigantes, barcos con el suelo de cristal y conocer el sur de la isla y ver algunas de sus muchas cascadas.

Este viaje me gustó tanto como el que hicimos a Verona, no tenían nada que ver el uno con el otro, pero los dos fueron igual de especiales para mí.

Por otro lado, ya echaba mucho de menos a mis niños, a mi abuela y todos los demás, pero sobre todo a mis niños. Tenía muchas ganas de estrecharlos entre mis brazos y que se quedaran dormidos por las noches mientras yo les contaba un cuento. Su padre, apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa en el rostro, nos observaba con ternura. Sin duda, esos instantes eran de los más especiales de mi rutina diaria.

No puedo explicar exactamente por qué, pero esos instantes tocaban lo más profundo de mi ser. No sabía cuál sería nuestro futuro, pero me propuse guardar en mi corazón cada recuerdo compartido con él y con todos mis seres queridos.

Epílogo



Neil

Veinte años después...

Jamás en mi vida me hubiera imaginado que cuando Duncan, veinte años atrás, me pidió que le ayudara con su hija, en ella iba a encontrar a la compañera de mi vida y a la madre de mis hijos.

Desde el instante en que la vi, sentí una atracción inexplicable. Al principio, me resistía a acercarme a ella, ya que hacía aproximadamente un año que había perdido a mi primera esposa. A pesar de que todos creían que la había amado profundamente, la realidad era muy diferente.

No puedo negar que nos teníamos mucho cariño, pero amor, eso no existía, ni de mi parte ni de la suya. Sin embargo, ambos éramos conscientes de esto cuando decidimos casarnos. En ese momento, creímos que era lo correcto y por eso dimos el paso. Ahora, eso ya no importa tanto, porque al final, creo que fue gracias a ella que mi pequeña llegó a mi vida.

Y sí, se salió con la suya y la apuesta que hicimos en nuestra luna de miel la ganó ella, porque nuestro tercer hijo, fue un niño, al que quisimos poner el nombre de mi suegro, en su honor.

Mis cuatro hijos eran todo para mí, junto a su madre.

Zoé tenía ya veintitrés años y había terminado sus estudios porque quiso empezar a trabajar en mi empresa y fue allí donde conoció a su novio, Alex. A pesar de que había una diferencia de siete años entre ellos, Zoé demostró

ser muy lista y supo escoger muy bien al que parecía que iba a ser su compañero de vida.

Después estaba nuestro hijo Riley, que en ese momento tenía veintiún años, continuaba con sus estudios, ya que su sueño era convertirse en cardiólogo especializado en pediatría. Cuando nos dijo a su madre y a mí la carrera que quería cursar nos pareció superbonita. Además, Riley estaba en una relación con una chica que también estaba en la facultad de medicina, pero ella se inclinaba hacia la ginecología.

Ahora es el turno de nuestro tercer hijo, Duncan, quien contaba con diecinueve años y se encontraba cursando Administración y Finanzas de Empresa. Al igual que su hermana Zoé, tenía el deseo de unirse a la empresa familiar. A diferencia de los mayores, Duncan no tenía pareja y, según sus propias palabras, no estaba interesado en tener una. Se parecía mucho a su tío en su juventud, un verdadero conquistador que disfrutaba de la soltería.

Y, por último, estaba nuestra cuarta hija, Ella, que tenía quince años. Su llegada fue una sorpresa, ya que creíamos que no tendríamos más hijos. Era un verdadero torbellino, siempre en movimiento y llena de energía, y sin duda, tenía el corazón más grande y generoso de todos mis hijos.

A lo largo de estos veinte años de matrimonio, nunca nos habíamos perdido esos momentos de pasión, y a mis cincuenta y nueve años, Anaís siempre se maravillaba de cómo aún conservaba la misma energía que tenía cuando nos conocimos.

La verdad es que siempre me había gustado mantenerme en forma y, de hecho, sigo dedicando tiempo a cuidar de mí mismo.

Mi hermano y Cloe se casaron tan solo unos meses después que nosotros, ya que Braden dejó a Cloe embarazada durante su viaje a Isla Mauricio. Y es que ella decía que con barriga no se casaba, que lo quería hacer antes de que naciera su hijo.

Ellos eran padres de dos niños. Mi primer sobrino, que tenía dieciocho años, llevaba el mismo nombre que su padre, mientras que su hermano menor, de dieciséis años, se llamaba Neil, igual que yo. Ambos eran chicos muy buenos y, afortunadamente, no habían heredado la locura de sus padres.

Hoy estábamos todos reunidos en el castillo para celebrar que Anaís y yo llevábamos veinte años casados.

Por desgracia nos faltaban seres queridos que fueron pilares fundamentales para todos nosotros.

—Pequeña, ¿te queda mucho? —Fui a buscarla a nuestra habitación y al entrar y verla con ese conjunto de ropa interior de encaje blanco me puso malo—. Nena, ¿cómo es posible que veinte años después me sigas poniendo cachondo?

—Vida, tú necesitas poco para ponerte a tono —dijo entre risas.

—Pero solo contigo. —Me acerqué a ella y la abracé por detrás—. No lo puedo evitar, con solo estar a tu lado me hace querer estar enterrado en ti. — Le mordí un hombro.

—Neil, que nos conocemos, deja las manos en su sitio o no salimos de aquí. —No tenía intención de dejarla salir de aquí hasta que tuviéramos un orgasmo mínimo cada uno.

—A uno rápido nos da tiempo, no pretenderás tenerme todo el día así. — Me restregué contra sus nalgas para que notara mi erección.

Nos entendíamos tan bien que no necesitábamos decir nada más. Con suavidad, bajé su tanga hasta los tobillos e, inclinándola para que apoyara las manos en la cama, le pedí que separara las piernas. Mientras tanto, me bajé la bragueta del pantalón y saqué mi miembro, que ya estaba completamente erecto.

De un solo empujón me adentré en ella, haciendo que gritara tanto como me gustaba oírla. Ella era la perfección hecha persona, por muchos años que lleváramos juntos, jamás me cansaría de ella.

Todo el sexo que teníamos era único, siempre nos sentíamos como si fueran experiencias nuevas, nunca teníamos bastante el uno del otro.

Dirigí mi atención hacia el punto donde nuestros sexos se unían, y, si era posible, me excité aún más. La intensidad del momento era tal que sentía un

ardor que me recorría todo el cuerpo, haciendo que incluso me doliera el pene. Sin embargo, la imagen de mí mismo entrando y saliendo de ella eran las mejores vistas que nunca podría tener.

Diez empujones más dentro de ella y terminamos corriéndonos al unísono, ella soltando sus gritos y yo mis gruñidos, como ella decía.

Me fui retirando poco a poco y cuando estuve totalmente fuera, la giré para darle un beso y un abrazo.

—Te amo, vida. —Nunca me faltaron sus palabras de amor y de cariño.

—Yo también te amo, pequeña. —Siempre intentaba demostrarle cuánto la quería.

Fuimos al baño para asearnos y después nos fuimos hacia el jardín donde estaba toda la familia esperándonos.

Ese día contraté un *catering* porque no quería que nadie tuviera que hacer nada, solo necesitábamos disfrutar todos juntos.

—Hombre, ya era hora de que apareciesen los homenajeados — dijo mi hijo Duncan, y su tío, que estaba a su lado, le dio una colleja—. Auch... que no he dicho nada malo.

—No, si es para que no lo digas, te la he dado de aviso —le dijo mi hermano, desde luego que a veces parecían padre e hijo de lo iguales que eran.

—Tía, haz el favor de controlar a tu marido que tiene la mano muy larga.

—Y, a ella, ¿quién la controla? —dijo su hijo mayor.

—Chicos, no empecemos que somos muchos y aquí se lía en cuestión de segundos. —Menos mal que mi suegro empezó a poner un poco de orden.

Cogí de la mano a Anaís e hice que nos separamos un poco de todos, y a cierta distancia de ellos, me coloqué detrás de ella y abrazándola le pregunté.

—¿Te alegras de haber venido aquí a trabajar de niñera? —Apoyé mi barbilla en su hombro.

—Eso es de lo que más me alegro en esta vida, de haber acabado en las manos del *Highlander* que conquistó mi corazón.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu